

A promotional poster for the film 'Leal al Corazón'. The main focus is a close-up of a woman with dark hair, wearing a highly ornate, jeweled crown and large, intricate earrings. She has a serious expression and is looking slightly to the left. In the bottom left corner, a knight in full plate armor is visible, holding a sword. In the bottom right corner, a crow is perched. The background is a dark, cloudy sky with several birds in flight.

En sus manos
estaba salvarla,
en las de ella
devolverle
la libertad

LEAL
AL

Corazón

NOA XIREAU

LEAL AL CORAZÓN

NOA XIREAU



Él era el único que podía salvarla, ella la única que podía liberarlo

ÍNDICE

[Sinopsis](#)

[Agradecimientos](#)

[Nota de la autora](#)

[Capítulo 1](#)

María

[Capítulo 2](#)

Kaden

[Capítulo 3](#)

María

[Capítulo 4](#)

Kaden

[Capítulo 5](#)

María

[Capítulo 6](#)

María

[Capítulo 7](#)

Kaden

[Capítulo 8](#)

María

[Capítulo 9](#)

María

[Capítulo 10](#)

Kaden

[Capítulo 11](#)

María

[Capítulo 12](#)

María

[Capítulo 13](#)

María

[Capítulo 14](#)

María

[Capítulo 15](#)

María

[Capítulo 16](#)

Kaden

[Capítulo 17](#)

Kaden

[Capítulo 18](#)

María

[Capítulo 19](#)

María

[Capítulo 20](#)

María

[Capítulo 21](#)

Kaden

[Capítulo 22](#)

María

Capítulo 23

María

Capítulo 24

María

Capítulo 25

María

Capítulo 26

María

Capítulo 27

María

Capítulo 28

María

Capítulo 29

María

Capítulo 30

Kaden

Capítulo 31

María

Capítulo 32

María

Capítulo 33

María

Capítulo 34

María

Capítulo 35

María

Capítulo 36

Kaden

Capítulo 37

María

Capítulo 38

María

Capítulo 39

María

Capítulo 40

Kaden

Capítulo 41

Kaden

Capítulo 42

Kaden

Capítulo 43

Kaden

Capítulo 44

María

Capítulo 45

María

Capítulo 46

María

Capítulo 47

María

Capítulo 48

María

Capítulo 49

María
Capítulo 50
María
Epílogo

SINOPSIS

Ser reina en un mundo gobernado por hombres no podía ser fácil, sobrevivir en un mundo regido por las traiciones y la ambición aún lo era menos.

Nací para ser reina; Kaden para protegerme.

Él era todo lo que me separaba de la muerte, mi tabla de salvación... también era mi perdición, todo lo que no podía tener y aquello con lo que no debía soñar.

AGRADECIMIENTOS

A Naitora y Paz Fernández, sin vosotras esta historia no habría sido la misma.

NOTA DE LA AUTORA

Esta novela es una “fantasía” por cuanto que usa una ambientación medieval, pero no está basada en hechos reales.

La protagonista, tiene una mentalidad y actitud que difícilmente se habría dado en aquella época; las mujeres se casaban a edades tan tempranas que una escena erótica habría sido un enaltecimiento de la pederastia; y los baños eran tan raros que plantearme un toque de sensualidad en esas circunstancias habría superado la capacidad de mi ingente imaginación.

¿Conclusión? En esta novela no hay máquinas del tiempo, ni bombillas que funcionen con magia demoníaca, pero si eres una lectora que siente alergia por las licencias que a veces nos tomamos l@s autor@s y le chirrían los dientes si tiene que dejar volar la imaginación, quizá sea mejor que te lo pienses antes de leer este libro.

Bienvenid@ a uno de mis reinos imaginarios, espero de corazón que disfrutes viajando por él.

CAPÍTULO 1

MARÍA



*R*eino de Lanlow

Lissy y yo intercambiamos una mirada divertida cuando el carruaje cogió un bache y los ronquidos de mi tía resonaron en el pequeño espacio como los gruñidos de un cerdo al atragantarse. Ambas nos tapamos la boca para acallar nuestras risitas, aunque no sirvió de mucho. Mi tía abrió un ojo y se incorporó. Frente a mí, mi tutor, nos echó una de esas miradas recriminatorias con las que pretendía aleccionarnos, pero le traicionó el leve temblor en la comisura de sus labios y que escondiera sus manos bajo su hábito de fraile.

—¿Cuánto falta? —Mi tía se limpió apresurada el fino hilillo húmedo que le caía por la barbilla.

Solté un profundo suspiro. ¿Cuántas veces le había respondido a la misma pregunta desde que habíamos salido de la posada al amanecer? Con su acostumbrada cortesía, Fray Roland se asomó por la ventana.

—El paisaje se está volviendo cada vez más empinado y los bosques más frondosos, Crowshead ya no debe estar demasiado lejos.

Mi tía asintió con expresión agria, apretó los labios y se limitó a estudiar enfurruñada una protuberancia en la madera algo desgastada de la puerta.

—¿Desea algo de comer, tía? —Señalé la cesta que tenía a mis pies.

Si a mí me dolía la espalda y estaba desesperada por estirar un rato las piernas, ella, con su corpulencia y más del doble de edad, debía de encontrarse agonizando. Negó abstraída hasta que de repente se puso rígida y le lanzó una mirada a fray Roland.

—¿Podemos hacer una parada?

Mi tutor puso cara de «¿aquí en medio de la nada?!», pero acabó por asentir con un disimulado suspiro.

—Por supuesto, lady Grey.

Sacando su bastón por la ventana, dio varios golpes en el techo del vehículo indicándole al cochero que frenase. Enseguida se acercó el oficial de la escolta que nos acompañaba.

—¿Ocurre algo, padre?

—Lady Grey desea hacer un alto.

El hombre estudió con rostro grave el trayecto por delante y detrás de nosotros.

—No es el mejor sitio. El camino es estrecho y, en caso de una emboscada, el carruaje tendría problemas para girar si nos cerrasen la huida hacia el frente. Tampoco es un buen lugar en el que

dividir a los hombres.

Fray Roland hizo un gesto de confirmación como si se hubiese esperado aquella respuesta, pero mi tía resopló y se bajó del carruaje.

—Si nos atacan, lo mismo da que sea aquí que dentro de cien metros y prefiero tener la vejiga vacía de darse el caso —gruñó con una mueca mientras arqueaba la espalda con un gimoteo y las manos en la cintura.

—La acompañaré —me ofrecí cuando quedó claro que la decisión ya estaba tomada—. Lissy, ¿vienes?

La chica asintió reajustándose inquieta su túnica. No es que me hubiera esperado otra cosa, podíamos ser amigas, pero Lissy jamás olvidaba cuál era su posición como mi sirvienta.

—No tienes que venir si no quieres —le recalqué con tranquilidad, a sabiendas de lo miedosa que era.

Lissy negó.

—Como dice milady, hay cosas que es mejor enfrentarlas con la vejiga vacía.

Apenas habíamos entrado en la línea de la arboleda cuando mi tía se giró hacia nuestra escolta.

—¿A dónde creen que van? —preguntó con los brazos en jarras a fray Roland y al oficial, que iba seguido por uno de sus soldados.

Los hombres se miraron entre ellos y no me pasó desapercibido cómo el joven soldado apartó incómodo la vista en tanto que Fray Roland se masajeó el puente de la nariz. Me mordí el interior de la mejilla para no reír. Dudaba mucho que ninguno de ellos quisiera espiar a mi tía mientras se levantaba la saya. El oficial era lo suficientemente atractivo como para no echar en falta la atención femenina en su vida y el joven soldado tenía ese tipo de facciones lindas que le hacían a una desear robarle un beso en la parte trasera del establo.

—No vamos a permitir que se adentren a solas en el bosque, nos quedaremos a una distancia prudencial —el tono del oficial era de pura resignación.

—Está bien así, tía —intercedí—. Tras unos arbustos o un buen tronco no la verán, y nos avisarán si viene alguien —murmuré solo para ella cuando por su semblante quedó patente que estaba a punto de aclararle al pobre hombre dónde se podía meter su «distancia prudencial».

—Al menos guarda tu capa, María. ¿Cómo pretendes hacer una entrada grandiosa en Crowshead si llegas como si fueras la hija de un herrero? —me reprochó, con la mirada sobre el borde de la lujosa piel de armiño blanco que remataba mi larga capa azul, en la que ya se habían enganchado algunas ramas y hojas secas.

Con un suspiro, la deslicé por los hombros y se la entregué a Lissy.

—¿Te importa dejarla en el asiento? —Me froté los brazos en un intento por contrarrestar el frío.

—Tome la mía. Hace fresco y tampoco queremos que enferme. Cogeré la manta para envolverme —se anticipó Lissy a mi protesta.

Colocándome su capa, mi tía y yo retomamos el camino. Si había esperado que mi tía siguiese teniendo prisa, por desgracia me equivoqué. Su vejiga pasó a un segundo plano y no cesó en su búsqueda del mejor sitio para aliviarse hasta que encontró un viejo abedul con un enorme tronco, flanqueado por varios arbustos.

—¿Necesita ayuda, tía? —le pregunté apenas acabó su gemido de placer desde detrás de los arbustos.

De repente, alguien me tapó la boca y tiró de mí hacia el suelo.

—¡Shhh! —El oficial señaló una mancha oscura a unos treinta metros por delante de nosotros.

Me llevó unos instantes discernir que se trataba de un hombre agazapado de espaldas a nosotros y, aún más, detectar a otras siete figuras que también se ocultaban. Con un vistazo asustado sobre mi hombro, comprobé que el joven soldado se había hecho cargo de mi tía. Fray Roland, por su parte, se encontraba encorvado tras un roble y rodeaba su cruz con ambas manos.

—¡Lissy! Tenemos que avisarla a ella y a los demás —susurré lo más bajo que pude.

El oficial vaciló como si le costara tomar aquella decisión.

—Iré yo, pero necesito que se quede aquí escondida. Será menos peligroso para mis hombres si no tienen que estar protegiéndolas a vuestra merced y a su tía. Tiéndase y cúbrase de hojas secas, mientras menos visible sea, más segura estará y, sobre todo, no haga ruido.

Asentí aterrada. ¿Qué otra cosa podía hacer? Como si fueran una máquina bien engrasada, bastaron algunas cortas señales del oficial para que fray Roland se aproximase a nosotros, refugiándose conmigo entre los matorrales.

Apenas habían pasado unos minutos de la marcha del oficial, antes de que comenzaran a oírse gritos de batalla y el estruendo de las armas al chocar. Sin la necesidad de presenciárselo era fácil adivinar qué alaridos eran de rabia y cuáles de dolor. Aún así, no mirar era lo más difícil que había hecho en mi vida. Fray Roland permaneció con los labios apretados, pero, lejos del nerviosismo que habría esperado de un religioso de cierta edad como él, conservaba una férrea calma.

—¡Corra! —El rugido urgente del oficial, que se oyó desde la contienda, me llegó hasta los huesos.

Asustada miré a mi tutor. No hubo ocasión de formular preguntas. Un agónico chillido femenino atravesó el bosque.

—¡Lissy! —Intenté incorporarme llena de pánico, pero el peso de fray Roland me aplastó sobre el terreno y su mano acalló mis sollozos con eficiente frialdad.

—Demasiado tarde —murmuró con pesar—. Nos matarán a todos si nos descubren.

El mundo, el tiempo, todo pareció detenerse a mi alrededor mientras seguían sonando algunos los gritos, los lamentos de los heridos, las voces camufladas de los desconocidos, los relinchos de los caballos y lo que suponía que era el estruendo de nuestras baúles al estamparse contra el suelo.

Cuando las voces se alejaron y se hizo el silencio, fray Roland me mantuvo atrapada durante un buen rato más. Por entre las copas de los árboles iban entrando algunos rayos de sol que parecían irreales, casi mágicos. Deseé perderme en ellos para que me trasladasen a otra dimensión, cualquier cosa por no tener que enfrentarme a lo que me esperaba cuando me levantara. Pero los deseos eran solo eso, la ilusión de alguien que se aferra a la más exigua esperanza con tal de no enfrentar la realidad.

El soldado que había estado junto a mi tía apareció a nuestro lado con una expresión hermética, como si se hubiera obligado a no sentir.

—Parecen haberse ido. Iré a comprobar si queda alguno de los atacantes en la retaguardia —le informó a fray Roland en murmullos—. Se han marchado en la misma dirección a la que nos dirigíamos. Si me ocurre algo, será más seguro que regresen hasta el último poblado por el que hemos pasado.

Fray Roland asintió y aligeró el peso con el que me mantenía aprisionada, pero no me liberó hasta que el soldado regresó. Mi tía se acercó enseguida a mí y se lanzó a mi cuello con un sollozo.

—Se han ido —anunció el soldado—. No eran ladrones, excepto sus heridos, no se han llevado nada más.

Mi tutor escrutó el paisaje con una mirada distante, como si considerase la información.

—Era de prever. El populacho no posee espadas como esas. Había al menos dos caballeros nobles entre ellos y el resto eran sin duda sus hombres o mercenarios.

—¿Y Lissy? —Mi voz salió tan apagada y temblorosa que apenas se escuchó.

—Cielo... —Mi tía me abrazó cuando el soldado apartó la mirada.

No esperé a que me revelasen lo evidente, me alcé las faldas y corrí dando tumbos en busca de la que había sido mi amiga y compañera desde el día que mi tía me acogió en su hogar. La encontré al principio de la arboleda, tendida bocabajo, la cabeza ladeada, los ojos abiertos de par en par y el horror aún reflejado en su semblante.

Fray Roland se arrodilló a mi lado y le cerró los párpados mientras murmuraba una oración.

—Era una buena chica —comentó después de hacer la señal de la cruz.

—Llevaba puesta mi capa. —Mi voz se quebró.

—Sí, te era fiel. —Fray Roland me apretó la mano.

—¿Por qué iba a llevar mi capa si dijo que cogería la manta? Ella nunca se ponía mi ropa —balbuceé.

—Era una chica lista. Sabía que venían a por ti y que si no te encontraban saldrían a buscarte.

—La compasión en los ojos del fraile fue inconfundible mientras dejaba que sus palabras penetraran en mi mente.

—¿Ha dado la vida por mí? —musité.

—A ella ya no le quedaban esperanzas, la habrían matado de una u otra forma. Seguro que lo intuía y tomó la decisión más noble.

—¡Oh, Dios! —Me tapé el rostro y rompí a llorar.

—Hemos de marcharnos, cuanto más tiempo permanezcamos aquí, mayor será el peligro. Además, algunos de los heridos aún siguen vivos. Debemos atenderlos y llevarlos al pueblo más cercano. ¿Puedes ayudar?

Asentí agradecida de que me diera una tarea que no me permitiese pensar demasiado.

Después de atender a los heridos y subirlos como pudimos al carruaje junto a los muertos, me volví hacia fray Roland y el soldado, quienes discutían en voz baja. Ambos se callaron cuando me acerqué a ellos.

—¿Qué ocurre? —exigí.

—Tenemos dos opciones —me explicó mi tutor con su usual paciencia—. Regresar por donde hemos venido, dejar a los heridos en un lugar seguro en el que puedan ser atendidos y procurar llevaros a ti y a tu tía a la protección de su ducado, o seguir adelante para que puedas reclamar tu trono. Aunque ahora carecemos de la más mínima defensa si vuelven a venir a por nosotros.

—En apariencia la primera opción sería la más factible y segura. ¿Cuáles son los inconvenientes? —Lo conocía lo suficiente como para sospechar que no me habría presentado una alternativa si tuviera una solución indiscutible.

—Fueran quienes fuesen esos atacantes, es muy posible que acaben por enterarse de la existencia de dos mujeres viajando junto a un grupo de soldados malheridos. En cuanto lo hagan, vendrán a por nosotros con el propósito de terminar su trabajo. También te mostrará como una persona débil y dependiente que huye ante el más mínimo obstáculo, lo que no favorecerá en absoluto tu ya de por sí inestable posición como la sucesora de tu tío.

Si ser una mujer joven en el trono iba a resultar difícil, más aún lo sería si daba muestras claras de debilidad. No necesité que me explicase más y elaboré mi propia lista de posibilidades.

—En ese caso, solo nos queda la tercera opción —decidí al fin.

—¿Sí? —Mi tutor no parecía sorprendido de que le propusiese una vía diferente a las que él

me había ofrecido.

—Llevará de regreso a mi tía junto a los escoltas heridos —le indiqué al soldado.

—No puedo abandonarla sin protección, vuestra merced —objetó el hombre—. Mi deber es protegerla por encima de cualquier otra persona.

—Y eso es justo lo que hará. También se llevará a Lissy. De esa forma recibirá el funeral que se merece a su llegada a Goodshire. Entretanto, la gente la confundirá conmigo y creerá que he muerto. De ese modo, yo y fray Roland podremos seguir nuestro viaje con tranquilidad. Nadie espera que la futura reina llegue a caballo, acompañada solo por un religioso. Una vez en Crowshead, no podrán atacarme en público y habremos superado el primer escollo. En cuanto llegue a casa de mi tía, ocúpese de elegir a hombres de confianza que puedan venir a apoyar a mi Guardia Real. Eso ayudará a reforzar mi seguridad.

—¿Y luego? —indagó Roland complacido.

—Tendremos la oportunidad de plantearnos ese *luego* mientras viajemos. ¿No has dicho que debíamos partir cuanto antes?

Intenté aparentar fortaleza y calma mientras me despedía de mi tía. Vi cómo el soldado se llevaba el cuerpo ensangrentado de Lissy al carruaje y la depositaba en lo alto del techo, junto a uno de los heridos. Al observarlo, no dejé de preguntarme qué sería lo que me esperaba cuando llegase a mi destino, un sitio en el que, a todas luces, me deseaban muerta.

CAPÍTULO 2

KADEN



Antes de que pudiese dar un paso para salir de detrás de la esquina en la que me había estado ocultando, un conocido rostro femenino apareció frente a mí con una radiante sonrisa.

—¿Qué tal un ratito a solas, capitán? —Las cejas rubias se arquearon en una provocación casi tan abierta, como la mano femenina que fue deslizándose por mi estómago acompañado por un lento ronroneo—. Contigo sería capaz de pasarlo gratis.

Sonreí divertido ante el descarro de Sira, una de las camareras más codiciadas de la taberna del Pato Cojo, y le sujeté la muñeca antes de que alcanzase terreno peligroso.

—¿Eso no sería desperdiciar un tiempo valioso para una mujer como tú? —Me llevé su mano a los labios y le besé la parte interna de la muñeca con estudiada delicadeza.

—Una también tiene que consentirse un capricho de vez en cuando —murmuró Sira, recorriéndome con la mirada sin enmascarar el apetito en sus ojos verdes.

—Lo tendré en cuenta, pero me temo que ahora mismo estoy de servicio.

—¿Qué tal a media tarde? —Poniéndose de puntillas, se inclinó hacia mí regalándome un tentador vistazo a su escote—. Procuraré estar libre para ti —me murmuró al oído, acariciándome con su aliento mientras sus generosos pechos se aplastaban contra mi brazo.

Sira no era exactamente mi tipo, pero podría llegar a ser una bienvenida distracción de la tensa situación en el castillo.

—Veré qué puedo hacer —respondí sin comprometerme.

No era del todo mentira. Puede que realmente me plantease su oferta. ¿Por qué no? Le eché una ojeada a la elegante figura encapuchada a la que llevaba siguiendo las últimas dos calles. Con ella probablemente no hubiera dudado en aceptar una propuesta como aquella, aunque, para ser sincero, tampoco parecía el perfil de mujer que las hiciera.

Cuando la forastera se acercó a otro puesto y olisqueó un ramo de especias, cerrando los ojos de placer, avancé unos pasos más. Sira me sujetó del brazo.

—Acuérdate, a media tarde.

Asentí y me olvidé de ella tan pronto como quedó a mi espalda. Apreté la mandíbula al reparar en el calzado de terciopelo azul bordado de mi sospechosa. Puede que vistiera una capa de lo más corriente, una digna del personal de servicio de alguna casa de bien o de un familiar de algún mercader, pero su calzado era harina de otro costal, lo mismo que la túnica que ocultaba bajo la capa.

Poseía la gracia de una dama en sus ademanes, pero una verdadera señora jamás se aventuraría a solas al mercado, ni se entretendría en inspeccionar las mercancías más simples con aquel interés desbordado. ¿Se habría hecho con los ropajes de su ama? ¿O se había buscado un amante que pudiese mantenerla bien? Lo último habría sido una explicación plausible. Por lo poco que había conseguido ver de ella, tenía un corte de cara agraciado y una nariz quizá demasiado recta y puntiaguda, aunque su estrecha cintura y caderas anchas lo compensaban, al igual que lo hacían sus senos. Habría apostado mi próxima paga a que cabrían en mis manos. La simple idea de constatarlo ya hacía que las palmas me cosquillearan.

Crucé los brazos sobre el pecho cuando una de las ratas callejeras, que solían dedicarse a birlar a los incautos compradores, la convirtió en su blanco y le sacó de la limosnera, sin ella percatarse, lo que probablemente era un saquito de monedas. En el último segundo ella se giró con un jadeo ahogado, sin embargo, al contrario de lo que hubiera hecho cualquier otra víctima, no hubo gritos de auxilio ni acusaciones, ni un solo: «¡Al ladrón! ¡Acaba de robarme!». Lo que en sí mismo atizó aún más mi curiosidad por descubrir quién era aquella desconocida y lo que hacía allí.

Sonreí para mis adentros cuando el ladronzuelo corrió en mi dirección y me bastó estirar un poco la pierna en el momento adecuado para que acabase estampado contra el suelo. El zagal giró de inmediato hacia mí, seguramente con la intención de soltarme una ristra de improperios y amenazas, pero, en cuanto me reconoció, sus ojos se agrandaron y, bajo las capas de tizne, su piel palideció. Me acuclillé a su lado y lo estudié con ojos entrecerrados.

—Bryan, creo que la última vez te advertí que esto de los robos se acabó —gruñí.

—Mi madre va a dar a luz de nuevo, necesito el dinero para mis hermanos —protestó con un gimoteo chillón el pilluelo de apenas nueve años.

Con un profundo suspiro recuperé el botín de sus manos y me incorporé.

—Largo de aquí —le gruñí lanzándole la moneda suelta que me quedaba en la limosnera.

¿Qué más podía decirle? Yo era el primero que había robado por motivos no muy distintos a los de aquel muchacho. Probablemente seguiría haciéndolo si el que fuera en aquel entonces el capitán de la Guardia no me hubiese sacado de las calles para llevarme al castillo y entrenarme como soldado.

No esperé a comprobar si Bryan se largaba corriendo. Me giré hacia la dama misteriosa, que lo había observado todo boquiabierto, y dejé colgar el pequeño bolsito de terciopelo de un dedo. Por el peso, lo que llevaba podía muy bien duplicar mi sueldo trimestral en la Guardia Real, lo que significaba que difícilmente acabaría viéndose seducida por mi capacidad para sustentarla o proporcionarle algún que otro caprichillo. Tampoco es que aquella fuera siquiera una opción que yo considerase, me recordé a mí mismo con un cierto deje amargo sobre el paladar. Los hombres como yo no se podían permitir el lujo de tener una familia, no cuando mi cercanía solo podía acarrearles sacrificios y pesares.

Ella se aproximó reticente, con la desconfianza reflejada en su rostro, cuando no hice el intento de jugar al caballero y me mantuve en mi sitio.

—¿Es suyo? —Esperé a que estuviera lo bastante cerca como para distinguir las motitas doradas en sus ojos color miel antes de preguntarle.

—Sí, gracias. —Alargó el brazo con la intención de recuperarlo y yo retiré el mío antes de que pudiera alcanzarlo.

La había seguido para averiguar su identidad y eso era precisamente lo que pensaba hacer. Era lo suficientemente sospechosa para haber llamado mi atención, y en los tiempos que corrían, no era bueno bajar la guardia.

—Creo que no me equivoco al afirmar que este dinero bien vale un beso de una hermosa dama como vos.

Ella parpadeó varias veces.

—¿Perdón?

—Un beso y se lo devuelvo —repetí inmutable.

—¡Cómo se atreve!

Su exclamación airada no coincidió con ninguna de las respuestas que había esperado. Una ladrona ya habría recuperado el bolsito o habría fingido estar dispuesta a besarme para quitarme lo que era suyo, y, de paso, desvalijarme de cualquier otro objeto de dudoso valor que pudiera llevar encima. La amante de un hombre poderoso me hubiese amenazado con el poder de su protector. Si no era ni lo uno ni lo otro, ¿qué era entonces? Una mujer no solía pasear con esa cantidad de dinero encima.

—¿Prefiere que lo tome por voluntad propia? —la reté, acortando sin prisas el escaso espacio entre nuestros cuerpos.

A pesar de la oportunidad que le ofrecí para alejarse de mí, se mantuvo quieta. Sus mejillas se cubrieron de un tono rosado tan encantador que me resultó difícil resistirme a la tentación de descubrir si sus labios sabrían tan dulces como me resultaban aquellos ademanes o si, por el contrario, mi misteriosa extraña era una excelente actriz que sabía perfectamente lo que se hacía.

Aun cuando no perdí de vista sus ojos, no me pasó desapercibido cómo se entreabrieron sus labios cuando bajé la cabeza. Mi mano se deslizó por su exquisita cintura para acercarla a mí. Por si el calor que me transmitió a través de las capas de tela no hubiera sido suficiente invitación, la forma en la que su cuerpo se amoldó al mío hizo el resto.

Dudaba de mi fuerza de voluntad para detenerme si cedía a mi instinto por besarla, aun así, no pude evitar concederme el capricho de sentir sus labios sobre los míos. Con un débil roce le recorrí los suyos. Suaves, tiernos... Casi gruñí y mi resolución de mantener las distancias se evaporó.

—¡¿Qué hace?! —Una enojada voz masculina me devolvió a la realidad y me enfrentó al error que había estado a punto de cometer.

Retrocedí dos pasos, no sin antes atisbar cómo ella parpadeaba en un intento por recuperar la compostura, al igual que trataba de hacerlo yo, o cómo su tez se había vuelto de un profundo tono rojizo que le llegaba hasta las orejas.

Estiré el brazo y le ofrecí su bolsito. Fue el espigado fraile quien me lo arrancó con frío desdén, el mismo que yo le devolví de regreso.

—Su... milady, ¿se encuentra bien? —le preguntó el fraile a la mujer.

Entrecerré los ojos cuando ella se limitó a asentir. No era el primer religioso al que había conocido que mantuviera a una amante, pero si de algo estaba seguro en aquel instante era de que ese no era el caso. La educada frialdad que existía entre ambos jamás habría podido dar lugar a una relación apasionada.

—¿Puedo saber quiénes son y de dónde vienen? —Me decidí a un interrogatorio más directo cuando resultó obvio que la sutileza ya no me serviría para alcanzar mi propósito.

—¿Por qué habría de importarle? —indagó el fraile sin dejarse inmutar por mi presencia física, que fácilmente le duplicaba en anchura, a pesar de que ambos éramos inusualmente altos.

—Porque no creo que quiera enfrentarse a un miembro de la Guardia Real y porque no es una buena época para ser un forastero en esta ciudad, al menos no sin tener un buen motivo para encontrarse aquí —repliqué con la calma que me daba mi estatus mientras abría mi capa para que pudieran vislumbrar mi uniforme.

—¿Pertenece a la Guardia Real? —Los ojos masculinos se entrecerraron al pasar la vista desde el descolorido escudo sobre mi pecho, a los remiendos poco acertados que trataban de disimular las desafortunadas incidencias de mi último viaje en nombre del rey.

—Consulte a cualquiera de las personas que le rodean —le ofrecí con ironía.

—¿Y por qué dice que es un mal momento para ser un forastero por aquí?

Le sostuve la mirada. No me gustaba mentir, pero tampoco pensaba traicionar mi obligación de mantener el secreto que conllevaba mi posición ni poner en peligro el viaje de la futura reina.

—Vivimos tiempos agitados, el rey acaba de morir.

—¿Y no cree que la inminente llegada de la nueva reina pondrá la situación en orden?

Mis músculos se tensaron y lo estudié con más atención.

—¿Cómo sabe que la reina está a punto de venir?

—¡Basta ya! —saltó la dama con una decisión que no había mostrado hasta ese momento, sorprendiéndome a mí y, por su expresión, al religioso que la acompañaba—. Si sois guardia real, imagino que reconoceréis esto, ¿no? —La mujer estiró el brazo para mostrarme su anillo.

Rara vez, ni siquiera en las batallas más cruentas, había sentido que mi sangre me bajase a los pies, y eso fue justo lo que me pasó en aquel momento.

—¿Majest...?

Ella posó su mano sobre mi boca, pero la apartó con rapidez, como si la hubiese quemado.

—No aquí —me advirtió con solemnidad.

Me bastó ver sus ojos para adivinar que algo ocurría y que, fuera lo que fuese, estaban en peligro. Aquella realidad fue lo que me devolvió la compostura. Era mi trabajo protegerla y en ese preciso instante comprendí que había estado preparándome toda mi vida para cumplir con aquel cometido.

CAPÍTULO 3

MARÍA



Cabeza de cuervo, ese era el significado exacto de Crowshead. A medida que nos acercábamos por el irregular camino al castillo, intenté centrarme en él y no en el desconcertante capitán de mi escolta que cabalgaba al lado del carruaje escoltándonos con sus hombres, ni en los recuerdos de los nefastos sucesos de aquella mañana, cuyo oscuro peso, seguía atenazándome el pecho.

De la imponente edificación, que una vez fue renombrada y generó la envidia de otros reinos por la majestuosa elegancia de su construcción, ahora solo quedaban frías paredes grises llenas de manchas impresas por el tiempo y la dejadez. Ni siquiera el escudo desteñido sobre el portón de entrada carcomido por las polillas, o los jirones de lo que alguna vez fueron orgullosas banderas, conseguían con sus apagados rojos y ocre cambiar la impresión sombría y mustia de la fachada.

—¿Desde cuándo está así el castillo? —susurré impactada.

Lady Hemsword, designada provisionalmente como mi dama de compañía, asomó la cabeza por la ventana sin demasiado interés antes de recuperar su porte regio.

—Su tío estuvo enfermo durante mucho tiempo.

Enfermo... ¿Se refería a la gota, o era su forma de justificar la incapacidad de mi tío de despegarse de su copa de hidromiel y de las mujeres? Podía ser joven e inocente, pero incluso a Goodshire llegaban los rumores de lo que sucedía en Crowshead. A pesar de su apariencia bonachona y su carácter afable, mi tía no tenía un pelo de tonta y, con dos de las posibles herederas al trono bajo su custodia, se aseguró de estar al tanto de lo que acontecía en la corte.

—¿Se refiere a la enfermedad que se lo llevó?

Mi tutor me lanzó una mirada de advertencia y lady Hemsword titubeó por un instante tan efímero que daba buena cuenta de lo acostumbrada que estaba a mentir.

—Sí. Sufrimos todos con él durante sus últimos días.

Fray Roland me miró fijamente, puede que a la espera de cuál sería mi reacción o, tal vez, para invitarme a imitar su rostro indescifrable. Me eché atrás en el asiento y devolví mi vista al castillo. Lady Hemsword mentía. Ambos lo sabíamos. No importaba que en la carta timbrada que nos había enviado el senescal de mi tío anunciando su fallecimiento, mencionara exactamente lo mismo: defunción por enfermedad.

Hay cosas que no se pueden ocultar, no cuando los que están envueltos son los sirvientes y soldados llanos, y menos aún, cuando estos forman parte de un pueblo aterrorizado que se muere

de hambre sin la más mínima esperanza en el horizonte.

Mi tío murió envenenado. Fue una noticia que nos llegó a través de uno de sus asistentes personales, el único de los tres que sobrevivió tras presenciarlo. Su suerte fue la de abrir la puerta de servicio en el mismo instante en que el rey comenzó a retorcerse de dolor y a echar espuma blanquecina por la boca y, sobre todo, tener la suficiente lucidez de esconderse antes de que nadie lo viera y escapar después a Goodshire para solicitar la protección de mi tía.

Tragué saliva y me froté los brazos. Por si aquel no hubiera sido ya suficiente aviso, la emboscada a la que nos habían sometido en el camino lo terminaba de dejar claro. Quien quiera que asesinase a mi tío, tampoco me quería a mí en el trono. Solo iba a ser una cuestión de tiempo el que acabase asesinada y yo no era la única que lo veía venir. Aunque evitaba mencionarlo a las claras, mi tutor me había estado previniendo y haciéndome reflexionar sobre cualquier eventualidad. En cuanto a mi tía, se había tomado mi nombramiento como sucesora con demasiada calma. Yo era seis meses mayor que mi prima, pero existían los suficientes recovecos legales que le habrían permitido deshacerse de mí como legítima heredera a la Corona. No cuestionaba que me quisiera, pero ¿qué madre no preferiría que fuese su hija la próxima reina? Una pregunta que solo se podía responder con otro interrogante: ¿qué madre expondría a su hija a una condena de muerte segura?

¿Cuántas probabilidades había de que al amanecer mi corazón siguiera latiendo?

Al traspasar el gigantesco portón de las murallas, los semblantes de aquellos que se encontraban en la calle, me advertían que no muchas. No hubo vítores ni alegres saludos, ni siquiera miradas abiertamente curiosas. Aquellos que se atrevían a contemplar el carruaje y mi séquito, lo hacían con la cabeza agachada, con disimulo y hasta con miedo, como si el ver a su nueva reina pudiera dejarlos fulminados en el sitio. Estaba tan cansada de darle vueltas, tan harta del dolor que sentía por la muerte de Lissy, que ni siquiera me importaba.

Donde mis sirvientes y el pueblo llano evitaban mirarme, los barones, que me esperaban ante los robustos escalones del castillo, no perdían de vista nuestra llegada a medida que nos aproximábamos a ellos. Con las cabezas altas, intercambiaban cuchicheos y alguna que otra sonrisa despectiva.

Traté de prepararme para lo que me esperaba al bajar del coche, pero nada podría haberme prevenido para el odio y el abierto desdén que encontré en los ojos de aquellos que me recibieron, y decir «recibieron» era una manera muy generosa de definirlo.

La puerta del coche se abrió desde el exterior y ante mí apareció una robusta mano masculina para ayudarme a bajar. El capitán no se inmutó cuando tardé en aceptársela. Era áspera, con callos en su palma que atestiguaban las largas horas de entrenamiento con su espada, pero, sobre todo, era fuerte, cálida y transmitía una sensación de seguridad y protección que me hacía querer mantenerme aferrada a ella. A pesar de que en su duro rostro no se traslucía ni una sola emoción, no se me escapó la preocupación en sus ojos grises. Más que hermosos eran fascinantes, tanto como una tormenta en una tarde de verano.

Con destreza me sujetó por la cintura mucho antes de que mi mente registrase que mis pies se habían resbalado sobre los inestables escalones del carruaje. Mi respiración se cortó ante su cercanía y, por un efímero instante, su máscara se resquebrajó, dejándome entrever al hombre que me había exigido un beso a cambio de mi dinero.

—No se entretenga aquí afuera y evite que puedan rodearla. Nos será mucho más sencillo protegerla en el interior. Nadie se atreverá a atacarla si los saluda de uno en uno —murmuró tan bajo que solo yo pude oírlo.

—Gracias. —Me forcé a sonreír cuando me soltó sana y salva sobre el suelo, regresando a su

rígida postura de guardián.

Inerte estudié a los silenciosos asistentes, que no vacilaron en estudiarme del mismo modo. Lo que, indiscutiblemente, constituía una abierta falta de respeto hacia mi persona. Sin inmutarme, descansé la vista sobre un hombre mayor que, a deducir por su generosa panza, gustaba del buen comer y disfrutaba de los lujos que le ofrecía la vida, y cuya abundante joyería de oro, debía ser la causa de que estuviera ligeramente encorvado, además de ser indicio de que ocupaba algún importante cargo en la administración del reino. El hombre comenzó a ponerse nervioso cuando no me acerqué a él ni le quité la vista de encima, y terminó por aproximarse a mí con pasitos apresurados para terminar con una reverencia llena de florituras, que era digna al menos de un bailarín de la corte, por no decir del bufón.

—Su majestad, permítame presentarme: soy el duque de Clouthsword, senescal del difunto rey y consejero del reino.

—Duque... —Le ofrecí mi mano para que me la besara—. Me alegra conocerle al fin más allá de sus cartas.

—Gracias, su majestad. Siento mucho lo que he oído acerca del desagradable incidente que ha sufrido durante su viaje.

Parecía que las noticias volaban o quizá no tanto. Lo escruté con la mirada. ¿Sería él uno de los implicados? El puesto de senescal era importante, el más poderoso después del rey. ¿Podía aquel hombrecillo ridículo haberse dejado llevar por la ambición? Cuando mi tío lo había mantenido como su senescal durante décadas, debía de ser porque poseía cualidades que iban más allá de su apariencia.

—No se preocupe, lo importante es que ya estoy aquí. —Fingí una sonrisa despreocupada y crucé los dedos para realmente parecerlo ante los demás—. No fue más que el ataque patoso de lo que sin duda eran unos incompetentes bandidos de tres al cuarto.

A través de la multitud resonó un jadeo colectivo, lo que no pude discernir fue quién se había escandalizado por mi presunto valor y quién se había alterado sintiéndose ultrajado por mi afirmación. A nadie se le ocurrió cuestionar que fueran meros delincuentes o mencionar que en realidad no habían robado nada. Por los ojos como platos del senescal, y la forma en la que le temblaban los labios entreabiertos, parecía haberlo dejado sin habla. En lo que a mi escolta de ojos grises se refería, y, al contrario que al resto de los presentes, se le había curvado casi imperceptiblemente la esquina derecha de sus labios, algo de lo que jamás me habría percatado de no ser porque antes habían formado una perfecta línea recta.

—Tenga por seguro que haremos todo lo que esté en nuestras manos para que apresen a esos desalmados y reciban el castigo que se merecen —aseveró el senescal en cuanto recuperó la compostura.

—Tengo la total certeza de que así será —le repliqué con un mal disimulado sarcasmo, aunque esperaba que él lo interpretase como desprecio hacia los «ladrones».

—Si me permite que la introduzca a los miembros de la corte...

—Excelencia —lo interrumpí antes de que pudiera iniciar las presentaciones—, le agradecería que me guiase al salón del trono para hacerlo allí. Hace frío. No quisiera que mis súbditos enfermen por mi causa. Además, me gustaría tomarme mi tiempo en conocerlos. Dentro al menos estaremos protegidos de la intemperie.

—Sí, sí, por supuesto... —balbuceó el senescal—. Si es tan amable de seguirme...

—Eso ha sido una jugada inteligente —murmuró mi tutor que se había colocado a mi izquierda, justo un paso detrás de mí.

—No ha sido idea mía sino del capitán —contesté sin volverme—. Puede que tengamos a

nuestra primera persona de confianza.

—O al primero que trata de hacértelo creer —me advirtió con cautela.

CAPÍTULO 4

KADEN



Lejos de los dedos largos, níveos y aristocráticos que estaban de moda entre las cortesanas y los ideales de belleza, la reina poseía manos más bien pequeñas y anchas. No me disgustaban en absoluto, y los pensamientos que me evocaban deberían condenarme al fuego eterno del infierno. Un castigo que, para mi desgracia, no me disuadía de preguntarme si sus manos serían lo bastante grandes como para rodear mi erección con una sola de ellas o si tendría que usar ambas. Con un gruñido interno aparté las prohibidas imágenes de mi mente.

En el fondo, sus manos eran como todo en ella: un contraste entre fuerza y vulnerabilidad, saludables y delicadas a la vez, inocentes y decididas, pero por encima de todo hermosas. Aun sin apenas conocer a su dueña, podía predecir que se trataba de manos a las que no les asustaba el trabajo o incluso las tareas más sencillas destinadas a los sirvientes y gentes del campo, del mismo modo, en que sin duda, serían aptas para afrontar las labores más cultas y artísticas con las que se las podía confrontar.

Desde mi humilde opinión, eran las manos perfectas para una mujer que debía hacerse cargo de una herencia condenada y el destino de un pueblo. O lo habrían sido si en ese mismo instante no hubieran estado agarrotadas sobre el apoyabrazos del trono, en un intento fútil de disimular su temblor.

Me hubiese gustado ponerme frente a ella con la intención de resguardarla de las miradas mordaces, y más aún, de aquellas otras que constituían una abierta confrontación a su autoridad. Más de uno se hubiera merecido que le partiera las piernas para enseñarle lo que de verdad significaba postrarse ante una soberana.

Con cada larga ojeada que les dedicaba a las personas que se amontonaban en la sala, mayor era la acidez que me invadía el estómago. Algunos tenían la decencia de agachar la cabeza y detener el cotilleo y las risitas burlonas ante mi fría mirada de advertencia, pero un buen número de ellos confiaban en que un mero capitán de la Guardia Real no tuviera la potestad de llevar a cabo ninguna de sus silenciosas amenazas.

Me avergonzaba de ellos, de su cinismo e hipocresía. La mayoría de ellos tenían hijas a las que cuidaban y salvaguardaban como un tesoro, con la ilusión de que algún día se convirtieran en las esposas de un rey o al menos de un noble de alta alcurnia, pero, cuando tenían a una mujer en el trono y la oportunidad de cambiar las cosas, la desdeñaban por las mismas razones por las que valoraban a sus hijas: su hermosura, edad y sexo.

Un velado vistazo a la reina me confirmó que seguía sentada en la hierática postura que había

asumido a su llegada, con su sempiterna sonrisa de cortesía y su afabilidad a la hora de atender a aquellos que se presentaban ante ella. Nada, aparte de su palidez o el temblor de sus manos, revelaba que notase las faltas de respeto de su corte hacia ella.

Algunos de los presentes probablemente lo interpretaban como un signo de su falta de luces. No eran más que unos pobres ilusos. Podría equivocarme con ella, pero tenía la impresión de que se daba perfecta cuenta de lo que ocurría a su alrededor, y que estaba ejerciendo una paciencia infinita para mantener su fachada mientras estudiaba a sus enemigos, a la vez que su mente tejía un plan que le permitiera poner a todos y cada uno de ellos en su lugar. Solté un pesado suspiro. No tenía la certeza de si ese era el caso o meramente mi deseo de que lo fuese.

Era el primero en admitir que el reino probablemente estuviese mejor bajo el mando de un hombre capaz de gobernar con mano firme, pero por mucho que simpatizaba con el rey anterior, no dejaba de reconocer que, más allá de lo bien que se comportaba conmigo, era un borracho más afanado en satisfacer sus propios placeres y antojos que en preocuparse por su pueblo. Puede que aquella mujer supiera poner la casa en orden con mayor atino de lo que hubiera hecho cualquiera de sus antecesores masculinos. Por desgracia, no tendría la oportunidad de hacerlo. Sus opciones eran limitadas: casarse con uno de ellos y acabar reducida a convertirse en la sombra de su esposo o hacerse a la idea de que estaba disfrutando de sus últimas horas de vida. Mis puños se crisparon ante la idea. ¿Por cuánto tiempo podría mantenerla protegida de las intrigas de la corte?

—¿Y puedo preguntarle a su majestad qué tipo de flores son las que más le agradan? —pidió el barón de Sommerish con un tono tan galante como condescendiente, que dejaba patente lo que pensaba de la inteligencia de su nueva monarca.

Sus amigos, el duque de Clouthsword y el marqués de Felondale, rieron por lo bajo. Mi mirada se cruzó con la del conde de Redland, que se acercaba con burlona calma la copa a la boca, retándome con la mirada. Los conocía, a él y a aquella expresión calculadora que desvelaba que todo estaba saliendo según sus planes.

—Me cautivan los pensamientos, tienen un encanto cargado de misterio que no muchos saben apreciar —respondió la reina con una amable sonrisa.

No pude más que cuestionarme si estaba hablando realmente de flores o si lo había dicho con un doble sentido. No era la primera respuesta que parecía destinada a burlarse de aquellos que intentaban mofarse de ella.

—Sin duda su elección es un tanto atípica, la mayoría de las mujeres de la corte prefieren las rosas, mucho más elegantes y sofisticadas —intervino lady Hemsworth, despertando un animado cabeceo y alguna que otra risita de su grupo de amigas.

—En efecto, tengo que darle la razón —contestó la reina sin inmutarse—. Son tan distinguidas y sofisticadas como traicioneras son sus espinas.

Lady Hemsworth dejó de parpadear por unos segundos, como si necesitase procesar el sentido de aquellas palabras.

—Obviamente, nadie habló de rosas con espinas —replicó con altivez.

—Cierto, es mucho más práctico eliminar las espinas antes de que puedan dañarnos y mantenerlas como meros e inofensivos objetos de decoración. —La reina estudió a lady Hemsworth con la cabeza ladeada y le sonrió con tal dulzura que la pobre arpiá miró a sus compañeras en busca de una explicación de qué estaba ocurriendo.

Por unos momentos pensé que se percataría de que la reina acababa de advertirla de que podía ver a través de ella y que se ocuparía de ponerla en su lugar, pero, tan pronto como otro de los enaltecidos aristócratas prosiguió con los intentos de chanza, lady Hemsworth se relajó.

—Lástima que no se le ocurriera casarse antes de venir aquí. Habría sido una buena soberana de haber estado acompañada por un marido —murmuró Robinson, que se había colocado a mi lado—. O al menos no hubiéramos tenido que prepararnos para su entierro.

—Apuesto a que se habrían deshecho del marido. Les interesa más que ella se case con uno de ellos —mascullé entre dientes, sin tomarme la molestia de señalar que me refería a los nobles.

—Parece que eso no entra en los planes de los barones —me refutó Robinson.

Aquello consiguió que girara la cabeza hacia él y que le prestase toda mi atención.

—¿A qué te refieres?

—Están difundiendo entre ellos los rumores de que es una ramera y cada vez hay más que afirman haber tenido como mínimo una noche o un rato a escondidas con ella.

—Acaba de llegar y no la hemos perdido de vista. ¿Cómo demonios se supone que han estado con ella? ¿Lo han hecho con la ayuda del Espíritu Santo? —bajé la voz cuando Robinsón me propinó un empujón disimulado llamando mi atención sobre el hecho de que la reina nos estaba observando.

—Algunos afirman que compartieron lecho con ella cuando vino de visita a los catorce años; otros cuentan que fue en Goodshire.

—Eso no hay quien se lo crea —repliqué irritado—. Si la reina tuviera esa experiencia, estaría usándola para tenerlos a todos a sus pies.

—¿Importa si es cierto o no? —Robinson encogió un hombro—. Son varios los barones que aspiran a ocupar el trono y algunos de ellos ya están casados. No les conviene que ninguno de sus competidores solteros se adelante para arrebatarles el puesto. Como comprenderás, el honor de convertirse en el consorte de la Reina Puta es cuando menos dudoso.

—¿Quién empezó? —pregunté entre dientes apretados

—No podría afirmarlo con certeza, aunque sospecho que fue el conde de Redland y sus aliados. Son los que más tienen que ganar si consiguen deshacerse de ella y los siguientes dos sucesores. Sería quien accedería al trono a través de su mujer. Eh, tranquilo, compañero. —Robinson me colocó una mano en el hombro cuando di un paso en dirección al conde—. No es el momento de perder los papeles.

Se me ocurrían muchas formas de acabar con aquel bastardo, pero ninguna de ellas me parecía lo suficientemente dolorosa para lo que se merecía.

—Capitán Kaden, podría acercarse un momento. —La voz femenina no perdió su suavidad, a pesar de que la orden en su tono era imposible de ignorar.

—Su majestad... —Me incliné a su lado para que pudiera hablarme sin que nos oyeran.

—¿Qué ocurre, capitán? —exigió sin andarse por las ramas.

—Nada, su maj...

—Verá, capitán —me cortó con una helada calma—. A pesar de ser mujer, resulta que no soy tonta y no me gusta que me traten como si lo fuera.

—Jamás se me ocurriría insinuar algo así de vuestra majestad.

—En ese caso, decida si estará de mi lado o contra mí. —Mantuvo la mirada al frente sobre sus súbditos, pero sus palabras no dejaron ni la más mínima duda de que iba en serio.

Apreté los labios. ¿Qué traición era peor? ¿La de protegerla del sufrimiento o la de enfrentarla a él?

CAPÍTULO 5

MARÍA



La atenta inspección de las docenas de inquisitoriales ojos puestos sobre mí se sentía como un manto de insectos venenosos sobre mi piel.

—¿Y bien, capitán? —Intenté aparentar una indiferencia que no poseía.

No importaba lo bien que me hubiera preparado fray Roland, perder en un mismo día a Lissy, enfrentarme a la realidad de que la amenaza de acabar con mi vida era auténtica, ser atracada por un pilluelo, y tolerar las burlas y humillaciones de aquella banda de nobles altaneros, ya era más de lo que podía soportar, pero encima, descubrir la traición del único hombre que había encontrado hasta ese momento en la corte del que pensaba que podría llegar a fiarme era la gota que colmaba el vaso.

Los ojos grises me estudiaron con gravedad, como si le supusiera un enorme peso el tener que contestarme.

—Puede que sea mejor que se lo cuente una vez esté a solas.

—¿Por qué?

—Porque nadie debería ser testigo si se altera, ni descubrir el motivo por el que lo hace.

—¿Tan poco cree que puedo manejar mis emociones?

Un profundo tono rojizo invadió sus mejillas.

—No es lo que pretendía insinuar, su majestad.

—Sigo esperando, capitán —insistí usando mi irritación para cubrir mis ganas de rendirme y dar salida a mi miedo y dolor.

Hubo un nuevo titubeo por su parte.

—Su vida está en peligro.

—¿Qué más? —Resoplé cuando se quedó mirándome fijamente—. Que mi vida está en peligro es un hecho, ambos lo sabíamos antes de pisar Crowshead. De modo que no trate de fingir que no ha ocurrido algo más para intranquilizarlo. —El capitán asintió con un suspiro apenas perceptible. La sospecha en la mirada de aquellos que nos observaban y permanecían atentos a nuestra conversación se incrementó—. Acompáñeme —le indiqué de camino a uno de los largos ventanales, que me permitió ponerme de espaldas a los asistentes.

El capitán no me decepcionó cuando se mantuvo a una distancia suficiente como para ser respetuosa, a la vez que nos permitía hablar sin ser escuchados por los demás.

—Están difamando su honor.

—¿Cómo? —Tragué saliva.

—La llaman la Reina Puta, y hay hombres que afirman haber tenido una relación... íntima con su majestad.

—¿Les cree? —la pregunta se escapó mucho antes de que pudiera retenerla—. No importa, no necesita contestar —me corregí de inmediato—. Puede irse.

Resistí la urgencia de abrazarme. Como muy bien había indicado el capitán, era mejor que nadie averiguase que habían conseguido penetrar mi escudo.

—¿Su majestad?

—Hable —le pedí sin girarme hacia él.

—Aunque no importe lo que yo pueda pensar al respecto, cualquier persona con dos dedos de frente se daría cuenta de que solo se trata de sus enemigos intentando...

—Aislarme y volverme más vulnerable —terminé por él.

—Eso mismo, su majestad.

Me giré cuando oí sus pasos al alejarse de mí.

—¿Capitán?

—¿Sí?

—Gracias.

Desconozco cuánto tiempo más conseguí aguantar en aquella sala llena de víboras. Era como si mi espíritu se hubiera despegado de mi cuerpo y contemplase lo que ocurría a través de los ojos de otra persona.

—Les agradezco su recibimiento —les dije al fin tras levantarme de mi trono—. ¿Mis aposentos se encuentran listos? —pregunté a lady Hemsword que se había autoproclamado mi dama y supuesta protectora.

—Por supuesto, su majestad, faltaba más.

La miré con frialdad. Podría haberle recriminado su carencia de decoro para el cargo que pretendía ostentar, pero una vez más apreté los labios y lo dejé pasar. Mañana sería otro día y, si aquellos barones engreídos pensaban que iba a seguir siendo una marioneta para entonces, estaban muy pero que muy equivocados. Suponiendo que siguiera viva al amanecer, claro estaba.

—Que alguien me señale el camino.

Como era de esperar, lady Hemsword y sus amigas me abrieron el paso charlando y riendo como si yo no existiera o no fuera más que una visita molesta a la que pudieran ignorar a su antojo.

Fray Roland, que me seguía a un paso tras de mí, respondió a mi mirada cuando lo miré por encima de mi hombro, pero no hizo ni el más mínimo gesto o comentario sobre cuál debería ser mi actitud al respecto. Sabía que si le pedía consejo me lo ofrecería y me daría varias opciones entre las que elegir, cada una con sus pros y contras. Era lo que me gustaba de él, lejos de tratarme como una niña, me había educado desde pequeña como una futura gobernante, y no iba a ser menos ahora que al fin lo era de verdad.

Era una lástima que no pudiese nombrarlo de inmediato como senescal, pero ambos habíamos coincidido en que sería más útil si no atraía envidias y pasaba desapercibido. Era dudoso que los barones fuesen a sentirse amenazados por un simple fraile.

—¿Capitán? —No necesité mirar atrás para adivinar que seguía a mi tutor de cerca.

Aún sin verlo, podía sentir su tranquilizadora presencia.

—¿Su majestad?

—Reúna a los representantes de la Guardia Real y a los miembros que se encuentren en el

castillo en... ¿qué sitio tengo para reunirlos?

—¿Puedo sugerirle la Sala del Consejo, su majestad?

—De acuerdo, que me esperen allí. —A pesar de mis palabras, me dirigí derecha a mis estancias.

El capitán debía de ser una de las pocas personas que no me habían cuestionado desde que pisé Crowshead. Ni puso en duda que fuera mala hora para celebrar una reunión ni que quisiera tomarme mi tiempo en asistir a algo que yo misma había convocado. Se lo agradecí en silencio.

Mis aposentos consistían básicamente en un saloncito privado y una alcoba, en los que no sé si resultaba más llamativo la ausencia casi absoluta de muebles, o el hecho de que la única virtud que tenían los que quedaban era su aparente robustez. Ni siquiera había un triste fuego encendido en ninguna de las estancias, y solo podía esperar que fuera por falta de organización y no porque no hubiera ni siquiera dinero para eso.

—Gracias, ya pueden marcharse —indiqué cansada al pasar a mi alcoba.

—No creo que...

—Lady Hemsword, fuera —la corté con voz helada, harta de fingir una educación que no se merecían ni ella ni ninguna de las otras damas de su séquito que ahora se encontraban en mi dormitorio, mirándose las unas a las otras sin moverse del sitio—. ¡He dicho que fuera!

—Señora...

—Soy la reina, lady Hemsword, no tengo que darle más explicaciones.

—Pero...

—O sale por sus propios pies o haré que la echen.

Los ojos de la dama en cuestión se agrandaron, pero esta vez obedeció y salió al saloncito seguida de las cotorras de sus compañeras. Tan pronto cerraron la puerta, eché el pestillo y me dejé deslizar con una mano en el pecho hasta el suelo. Forzando aire a mis pulmones, me resistí al nudo en la garganta y a la quemazón en mis ojos. Sabía que no podía llorar, que si cedía, ya no podría parar de hacerlo, y una soberana que llora es débil. Nadie seguiría a una monarca que mostrase debilidad con tanta evidencia. Esa lección me la habían grabado con hierro candente en la memoria.

—Eres la reina y vas a actuar como tal —murmuré tratando de convencerme a mí misma, a pesar de que lo único que quería era huir lo más lejos que pudiera de aquel nido de serpientes venenosas.

Sin permitirme ni un solo pensamiento más, me fui al aparador y vertí algo de agua fría en la palangana. Me refresqué el rostro y me lo sequé. Delante del espejo, alcé la cabeza y enderecé los hombros.

—Eres la reina. ¡Hazte valer!

CAPÍTULO 6

MARÍA



Con dos escoltas abriéndome camino, recorrí los pasillos hasta la Sala del Consejo con zancadas firmes, sin mirar a nadie y sin detenerme a comprobar por qué las damas jadeaban asfixiadas al seguirme. No importaban, nadie importaba más que los hombres que me esperaban en aquella sala. Después de hablar con ellos me enfrentaría al resto del mundo, pero en aquel instante era con ellos con los que necesitaba hablar.

Al entrar en la amplia sala, se produjo un tenso silencio entre las tres docenas de hombres que me esperaban de pie. Ignorándolo, me dirigí al asiento de madera elevado, situado al fondo.

—Solo quiero aquí a los hombres que pertenezcan a la Guardia Real —aclaré con una mirada fija al duque de Clouthsword y a los nobles apostados a su lado con expresiones ofendidas.

—Pero, su majestad... —el viejo senescal fue el primero en protestar, pero no el único.

—Creo que las instrucciones que he dado han sido claras, los asuntos que he de tratar con mi guardia no son de la incumbencia de nadie más.

—Su seguridad es una cuestión de estado —me contradijo el viejo con una mirada inquisitoria y un tono ofendido.

—Su excelencia, ¿se ha autoproclamado vuestra merced como el nuevo rey?

—¿De qué está hablando, su majestad? —Sus pupilas se movieron nerviosas de un lado a otro.

—Creo que es evidente. O posee un título que desconozco o en este preciso momento sigo siendo la reina, y como reina he dado una orden clara. ¡Quiero hablar a solas con mi guardia! —Apreté los dientes ante los cuchicheos alterados con los que los miembros del Consejo salieron de la sala. Nada más cerrar la puerta tras ellos, estudié a la treintena de hombres ante mí y me dirigí hacia el que me observaba en silencio desde un rincón—. Capitán Kaden, ¿sería tan amable de poner a una pareja de hombres en la entrada para evitar que nos molesten o nos espíen?

Algunos de los presentes intercambiaron incómodas miradas entre ellos, pero el capitán se limitó a asentir.

—McGuirre, Robinson, aseguraos de que las ordenes de la reina se cumplan.

Aliviada de que al menos por el momento nadie más pusiera en duda mis decisiones, tomé varias inspiraciones profundas, antes de recorrer con la mirada los semblantes expectantes de los hombres que quedaban.

—¿Puedo confiar en que lo que se diga aquí se mantendrá entre nosotros? —pregunté con los

hombros cuadrados y la cabeza alta.

Era en sí misma una pregunta estúpida, porque no tendría forma de garantizar que me dijeran la verdad, pero al menos dejaba claro que irían en contra de la reina si hablaban, y eso en sí mismo se consideraba traición, algo que debían saber por la posición que ocupaban.

Casi como si me hubiera leído la mente, un hombre mayor, con las insignias de un alto mando, dio un paso al frente.

—Cualquiera que ose comentar fuera de esta sala lo que se hable, será considerado un traidor a la Corona —avisó con calma, a lo que los demás asintieron.

—De acuerdo. Creo que no tengo que explicarle a ninguno de los asistentes que carezco de una buena reputación en esta corte o que ya hay varios candidatos que pretenden hacerse con el trono. —A pesar del desconcierto reflejado en algunos rostros, no me detuve. Suponía que no estaban acostumbrados a tanta sinceridad por parte de sus regentes y que aún menos se la esperarían de una mujer—. Cuando ponga en marcha los cambios que conllevarán mis nuevas decisiones políticas, mi popularidad seguirá menguando. Podría mentirles, hacerme la tonta y hacerles creer que necesito su apoyo hasta que encuentre a un esposo fuerte que ocupe el trono a mi lado, pero iría en contra de todo lo que creo. No cederé mis poderes a ningún marido ni tengo prisa por buscar a ninguno. Haré lo que considere correcto, y en este caso es acabar con los abusos y la hambruna por la que está pasando el pueblo llano.

Se me escapó un resoplido cuando los hombres se limitaron a ojearme como si fuera una loca soltando un discurso. Me levanté y me acerqué a la ventana para ocultarles mi expresión.

—No importa lo que rumien esos viejos carcamales de ahí afuera. Se guían más por sus propios intereses que por los míos o los de mis súbditos, solo es cuestión de tiempo que ayuden al siguiente aspirante al trono, si no lo están haciendo ya. No son ellos los que defenderán mi derecho a ser reina. —Me giré hacia los presentes—. Sois vosotros, mi Guardia Real. Sois mi primera línea de defensa. La única que tengo en este momento. De nada me sirve lo que trate de luchar si vosotros no estáis dispuestos a cubrir mis espaldas. De modo que dejémonos de teatros y de hipocresías, comprendo lo difícil que es la posición en la que os encontráis, pero necesito saber si estáis conmigo o no.

La conmoción estaba reflejada en las expresiones masculinas, en todas menos en la del capitán Kaden, que permanecía en el rincón con un rostro que parecía esculpido en piedra.

—Su majestad, ¿puedo preguntar por qué dudáis de nuestra lealtad? —preguntó alguien con cautela.

—No dudo de ella, os doy la opción de elegir de qué lado estáis. Si he de poner mi vida en vuestras manos, entonces quiero la certeza de que está en buenas manos. Ignoro qué funciones teníais con mi antecesor, pero puedo informaros desde ya que lo que espero de mi guardia es que me apoye, que me mantenga a salvo usando cualquier medio necesario para ello, que me proteja de las conspiraciones y que me informe de las intrigas. No quiero que protejáis las puertas del castillo, que también, lo que necesito es que estéis tan presentes a mi lado como lo estarán mis damas, mis sirvientas, mis consejeros o hasta mi propia sombra. Quiero que establezcáis una red de espías. Quiero poder confiaros las misiones que no puedo encargar a nadie más. Espero de vosotros, de mi guardia personal, que me mantengáis informada y me hagáis sugerencias sobre mi seguridad y la de la corte. Necesito que seáis un cuerpo fuerte y temible, lo suficiente como para que los traidores que planifican derrocar me se lo piensen dos veces antes de tratar de hacerlo por la fuerza. Sé que el respeto me lo habré de ganar por mí misma, pero no tendré oportunidad de hacerlo si me clavan un puñal mientras duermo esta noche o me cortan la cabeza dentro de dos semanas.

No me pasó desapercibido que el desasosiego se había transformado en excitación y que muchos de ellos parecían incluso más erguidos ahora.

—¿Qué deseáis de nosotros, majestad? —preguntó uno de ellos.

—Que me aclaréis si puedo contar con vosotros, que me juréis lealtad a mí, no al trono, y que lo hagáis como individuos, no como grupo. Y, a partir de ahí, que me ayudéis a fortalecer a la Guardia Real y a la creación de un consejo de seguridad que dependa directamente de mí como comandante supremo y que vaya más allá de los muros de este castillo.

—Me atrevo a afirmar que todos los integrantes de la Guardia Real le jurarán sobre la Biblia sin dudar, majestad —intervino uno de los altos mandos.

—¿Y si antes de que lo hagan les aviso que esperaré que me demuestren dicha lealtad y que tengo toda la intención de ponerla a prueba?

Me clavé las uñas en las palmas cuando se levantaron algunos murmullos escandalizados, aunque suponía que el que la mayoría de los hombres se mantuvieran callados podría ser una buena señal.

—Majestad, ¿cree que es necesario poner a prueba nuestra devoción? Algunos de nosotros hemos servido a la monarquía durante toda nuestra vida —dijo uno de los más viejos.

—¿Cómo se llama, señor?

—General Middleton.

—Gracias. —Me aproximé a él—. En su posición, general, habrá momentos en los que sostendrá mi vida en sus manos y otros en los que dispondrá de información que afectará a todo el país. Esa es una gran responsabilidad. Tanto para vos como para mí que tengo que encomendarme a vuestra merced. Si se supone que ha de protegerme con su vida, que es lo más importante que posee, ¿por qué habría de temer que le arrebatará o que le pidiese que renunciase a algo de menor importancia? Y si no es capaz de darme eso, ¿por qué habría de confiar en que estaría preparado a morir por mí y por su reino?

—Su majestad... —Cuando el hombre pareció haberse quedado sin argumentos regresé al trono.

—Es una duda razonable —habló otro individuo—. Lo queramos o no, la Guardia Real está formada por personas individuales. Todos estaremos más seguros si la persona que lucha a nuestro lado tiene claro el motivo por el que se encuentra allí.

Una buena parte de los presentes asintieron.

Un hombre, que ya debía de estar bien entrado en la cincuentena y que probablemente era el más viejo de los presentes, se hincó sobre una rodilla.

—Majestad, tiene mi lealtad y estoy dispuesto a jurarlo sobre la Biblia.

Uno a uno los hombres de la sala fueron siguiendo su ejemplo, clavándose de rodillas e inclinando la cabeza ante mí. El último que quedó en pie fue el capitán Kaden, que pasó lentamente entre sus compañeros y, al contrario que los demás, me mantuvo la mirada cuando se arrodilló.

—Mi lealtad es suya, majestad.

Con un nudo en la garganta, me incorporé y me detuve frente a él.

—Gracias. —Le ofrecí la mano para ayudarlo a levantarse. Parpadeó, pero acabó por aceptar mi oferta. Un estremecimiento me recorrió cuando la áspera mano envolvió la mía—. Sé lo que significa y lo valoro de corazón.

—Su majestad. —El capitán se inclinó ante mí.

—Háganme llegar una lista de los hombres que formarán parte de esta nueva Guardia Real, junto a una propuesta sobre una subida justa de sueldos.

—Por supuesto, su majestad —accedió afanoso el general Middleton.

La avaricia en su mirada fue imposible de ignorar y me di cuenta de que había cometido mi primer error.

—Capitán, elíjame algunos hombres de confianza, sin familia, para que se trasladen a habitaciones cercanas a la mía.

—Siempre tendrá al menos dos centinelas ante sus aposentos. —El capitán titubeó y echó una rápida mirada hacia su superior—. Si quiere puedo duplicarlos.

—El ala estará mejor protegida si hay refuerzos cercanos, y el que se vea un mayor movimiento a mi alrededor reforzará esa imagen. Si alguien osa atacarme por la noche, que sepa que no saldrá vivo de allí porque mis hombres acabarán con él.

Por primera vez descubrí una mezcla de sorpresa y admiración en sus ojos.

—Una estrategia inteligente, su majestad. Me encargaré personalmente de designar a los hombres y hacer los arreglos con el servicio —intervino el general obviamente molesto.

—No. Deje que lo haga el capitán, tengo otros trabajos más urgentes que requieren su atención —decidí, a pesar de que fue evidente que no le hizo gracia que me saltase su autoridad.

CAPÍTULO 7

KADEN



Apreté los labios ante las propuestas que el general Middleton le presentó a la reina, sin duda alentado por la ausencia del senescal. No me fiaba de él y mucho menos de su afán de poder.

—Ahora, si no les importa, señores, me gustaría quedarme a solas.

El cansancio en la voz de la que ahora era mi soberana era notorio. Tuve que luchar conmigo mismo ante la desagradable sensación de que solo iba a añadirle más quebraderos de cabeza a los que ya tenía. ¿Debía de esperar a mañana para hablar con ella? Recordé el incidente en el mercado, el roce de sus labios... No, era mejor afrontar mi culpa ahora, podía soportar que dudase de mi valía para ocupar el puesto que desempeñaba, pero no de mi honor y dignidad.

—¿Su majestad?

—¿Qué quiere, capitán? —preguntó el general con una desconfianza poco disimulada en su mirada.

Bien, había algo que parecía que ambos compartíamos en lo que al otro se refería.

—Quisiera presentarle mis respetos a su majestad —vacilé. No quería que él se enterase, pero se trataba precisamente de asumir mi responsabilidad—. Y pedirle perdón por los incidentes que se produjeron en el pueblo.

—¿Qué incidentes? —La voz del general se tornó exigente.

Los ojos color miel se posaron sobre mí apenas unos parpadeos antes de apartarse.

—Está bien, su excelencia, se trata de algo sin relevancia. —La reina hizo un gesto de desdén—. Serían tan amables de dejarme a solas con el capitán. —A pesar de su educación al formularla se trataba de una orden.

—Majestad, no creo que sea apropiado que se quede a solas con...

Rechiné los dientes ante la protesta del general. Incluso más que una afrenta hacia mí se trataba de una ofensa hacia ella. ¿Quién se pensaba que era poniendo en entredicho su decisión?

—A menos que me equivoque, el escudo en su uniforme indica que pertenece a mi guardia personal —replicó la reina con una repentina frialdad de la que el general parecía no percatarse.

—Es un hombre, majestad. Debe pensar en su honor.

—También habré de quedarme a solas con vos si la ocasión lo requiere, su excelencia. Y, a menos que esté confundida, es un hombre. ¿Considera que eso compromete mi honor? —La reina arqueó una ceja manteniéndole la mirada al viejo carcamal, cuyas mejillas adquirieron un vivo tono carmesí.

Sonreí satisfecho para mis adentros. Puede que me equivocara, pero tenía la sensación de que la juventud y aparente timidez de la reina engañaban. Tenía más coraje que muchos de los caballeros de su corte.

—No, por supuesto que no, su majestad. —El general agachó la cabeza y retrocedió varios metros de espaldas.

Habría disfrutado de su muestra de humildad, si no hubiera sabido que tarde o temprano me tocaría pagar un precio por aquella humillación. Después de que el último de mis compañeros saliera de la sala, la reina me miró con aquellos intensos ojos que parecían penetrarme hasta los huesos.

—¿Y bien, capitán?

Me acerqué hasta el centro de la enorme sala y me hincé de rodillas ante ella.

—Quería disculparme con vos, majestad —formulé alto y claro, con la vista sobre el suelo, dejando claro que lo decía con honestidad y que aceptaba mi culpa y las consecuencias que se derivaban de ella.

—¿Por?

—Por haberla chantajeado para besarme.

Cuando ella se levantó y se acercó a una de las cristaleras, la curiosidad pudo más que yo y, manteniendo la cabeza baja, la seguí con disimulo con la mirada. Me habría gustado verle el semblante para adivinar qué era lo que estaba pensando.

—¿Cuál es el castigo por besar a la reina sin su consentimiento?

—La horca en la plaza del pueblo y dejar el cadáver colgado hasta que los cuervos lo hayan devorado.

—Es una muerte horrible por un simple beso —murmuró distraída.

Sí, tenía razón, era horrible, pero ¿un simple beso? Era experto en besos, y si de algo estaba convencido era que el que habíamos compartido no había sido nada simple, y no era solo porque fuera a morir por él.

—No era un simple beso, sois la reina.

—¿Y eso lo cambia todo? —lo preguntó como si estuviera cansada, como si ni siquiera quisiera oír la respuesta.

—Sí, su majestad.

—¿Por qué?

Habría sido fácil darle la respuesta correcta, la que ella esperaba, pero por algún motivo que desconocía por mis labios salió la verdad.

—Porque si hubiera sido cualquier otra mujer, me habría quedado la esperanza de volver a repetirlo, con vos... sé que jamás volverá a suceder.

No me di cuenta de que había alzado la cabeza y que la estaba mirando de frente hasta que la mezcla de anhelo y tristeza en sus ojos me quitó el aliento. Traté de convencerme de que no había sido una mera ilusión cuando me dio de nuevo la espalda y se puso a mirar por la ventana.

—En ese caso, imagino que me debe su vida.

—¿Va a eximirme?

—Cualquiera diría que le extraña —la reina regresó a su trono y apoyó la cabeza en el respaldo—. ¿No es esa la causa por la que ha venido a pedirme perdón?

—No.

—¿No?

—No —admití—. Quería que me perdonase, porque lo que hice estuvo mal, pero no para que me eximiese del castigo.

—¿Quiere que lo envíe al cadalso? —Las definidas cejas se arquearon.

Solté un suspiro. ¿Qué me hacía decir tantas pamplinas? La mujer estaba dispuesta a absolverme, ¿y qué hacía yo? Comportarme como un maldito necio.

—Es algo que preferiría evitar.

—Yo también. Ya estoy lo suficientemente preocupada por mi propia muerte como para mandar a los demás a que me abran el paso.

—¿Su majestad? —Parpadeé. ¿De qué estaba hablando? ¿Se refería a su temor a las traiciones palaciegas o se refería a otra cosa?

—No tiene importancia. Estoy exhausta. Ha sido un día largo.

No me pasó desapercibido que solo mencionase aquel día. Debía de llevar al menos una jornada más de viaje y varios de preparativos desde que le había llegado el anuncio de la muerte de su tío y su nombramiento como heredera al trono.

—Su majestad, ¿hay algo que pueda hacer por aliviar sus preocupaciones? —Me percaté demasiado tarde de mi indiscreción.

Ella se estudió la mano en la que lucía el anillo real.

—Capitán, estuvisteis guardando la puerta de mi tío durante los últimos días de su enfermedad, ¿no es cierto?

Me puse rígido. ¿Sospecharía algo o lo había preguntado por simple casualidad?

—No, me enviaron a Inverness para que entregase un mensaje.

La forma en que ladeó la cabeza y me estudió me dejó claro que las casualidades con ella no existían.

—¿Quién lo envió?

—El senescal del rey, su majestad.

Ella asintió para sí misma, como si no le sorprendiera la información.

—¿Qué pasó con el chiquillo del mercado?

—¿El pilluelo que salió corriendo? —Me resistí a llamarlo por su nombre con la esperanza de que supusiese que no lo conocía.

—Bryan, sí.

En mi estómago se hizo un nudo.

—Seguramente en su casa, Su majestad. Si me permite...

—¿Sí?

—No es un mal muchacho, se lo aseguro. Son los tiempos. La gente pasa hambre y él solo trataba de...

—¿Está tratando de justificar el robo? —preguntó ella con suavidad.

Suspiré y dejé caer los hombros. Aquella parte de mi trabajo era la que odiaba: castigar a gente por delitos que básicamente consistían en un intento de sobrevivir y de proteger a los suyos.

—No, su majestad.

—Bien. Prefiero que quede entre nosotros el motivo de mi sentencia, pero creo que será un castigo justo que trabaje durante un año en los establos o algún otro sitio que considere oportuno. Asegúrese de que coma a diario y que pueda llevar algún alimento a su casa, pero no recibirá ningún tipo de remuneración hasta que supere ese año de castigo o... hasta que consideremos que demuestre una valía excepcional que le haga ganarse un puesto mejor.

Tragué saliva y carraspeé antes de poder hablar.

—¿Le parecería bien que lo cogiera bajo mi tutela y que en su tiempo libre fuera entrenándolo para formar parte de la Guardia Real?

—¿Cree que servirá de algo?

—Funcionó conmigo, su majestad.

No sé por qué revelé aquella parte de mi historia, pero pareció comprenderme y no hubo juicio en su mirada al asentir.

—En ese caso, confío en su decisión. Puede marcharse.

Casi había alcanzado la puerta cuando farfullé una maldición baja y volví a girarme hacia ella. Sabía que no debía hacerlo, que no debía preguntar, pero no parecía existir nada más importante en aquel instante que descubrirlo.

—¿Está enferma, su majestad?

Ella sonrió con amarga ironía.

—Tanto como lo estuvo mi tío, sin duda.

En su voz se transparentaban un dolor y una impotencia que nadie que acabase de superar el día más importante de su vida debería sentir. Lo que más me impactó, sin embargo, fue la inevitabilidad que se traslucía de sus palabras. Esperaba morir de manos de los mismos traidores que habían acabado con la vida de su tío, y se había resignado a ello. Algo en mis entrañas se alzó con furia contra aquellos que le habían arrebatado las esperanzas a una muchacha que se merecía ser feliz.

—¿Por qué se queda?

Ella me comprendió sin necesidad de elaborar.

—Porque me perseguirían vaya a donde vaya mientras suponga un peligro y porque he visto a la gente del pueblo y la situación en la que viven. Se merecen que alguien luche por ellos.

Asentí.

—Su tío jamás supo la enfermedad de la que adolecía o quizá no quisiera reparar en ella. Vos sí. Es fuerte e inteligente, podrá con ella. —No sé si lo dije por ella o porque yo mismo deseaba crearlo.

—¿Estará a mi lado?

Por primera vez la miré a los ojos sin sentirme culpable por ello.

—Le he jurado lealtad, majestad. Moriré por o con vos si hace falta, pero antes de que eso ocurra mi prioridad será verla a salvo.

CAPÍTULO 8

MARÍA



La cabeza me amenazaba con estallar, me dolían los pies y hasta el trasero de llevarme el día reunida con unos y con otros. Había sido mi primera jornada como reina y ya estaba hasta las narices.

Me llevé la copa a los labios, pero apenas me los mojé. Era mi excusa para echar un furtivo vistazo al resto de los invitados en la cena. Nada había cambiado con respecto a la tarde anterior. Seguían los cuchicheos, las risitas a escondidas y las miradas burlonas y de reojo. ¡Lo que habría dado por cenar en mi alcoba y haberme ahorrado todo aquel desagradable espectáculo! Pero fray Roland estaba en lo cierto: evitarlos solo les daría armas a mis enemigos para seguir difamándome y restarme valía.

—¿Perdón? —Bajé la copa y devolví mi atención al senescal que acababa de comentarme algo y parecía estar esperando una respuesta.

—Le decía, su majestad, que va a tener que decretar una colecta extraordinaria de impuestos que nos permita hacer frente al invierno. Los ingresos de este año han sido escasos y los gastos muchos. En especial con las continuas trifulcas con los reinos vecinos. Apenas vamos a alcanzar para cubrir los costes de la coronación y, le guste o no, necesitamos seguir manteniendo al personal de servicio, la Guardia Real y la corte.

Mi corazón amenazó con detenerse, aunque conseguí refrenar justo a tiempo que el horror se reflejase en mi semblante. ¿Es que ese hombre no había visto en qué condiciones vivía el pueblo? Una buena parte de la población iba a tener dificultades para no pasar hambre durante la época de las heladas, ¿y él hablaba de la coronación y de mantener a la corte? Tragué saliva al recordar que le había prometido a mi Guardia una negociación sobre sus sueldos. Por la pinta de sus uniformes lo necesitaban, pero supongo que debería no haber dado por supuesto el estado de las finanzas de mi tío.

La risita prepotente y nada disimulada del conde de Redland me irritó sobremanera, en especial cuando el muy canalla se atrevía a sostenerme la mirada como si no me debiera ni el más mínimo respeto.

—La coronación será mañana por la tarde, en privado. No necesito grandes alardes.

—¡Su majestad! Debe dar una imagen. Es la reina.

Me entraron ganas de romper a reír. ¿Una imagen? ¿Cuál? ¿La de ramera que me habían dado ellos? El amargor que me produjo el pensamiento me dio una idea.

—Dígame una cosa, su excelencia. ¿Alguna vez ha conocido a una cortesana de lujo?

—¡Su majestad!

—Sé que no es costumbre que una dama hable de forma tan directa sobre esas cuestiones, pero tengo curiosidad por saber cómo funcionan las cosas aquí en la corte de Crowshead. En Goodshire a veces oía a las sirvientas murmurar sobre algunas y las fortunas que llegaban a ganar. Me pregunto si aquí los barones son igual de generosos con ellas que los de Goodshire.

—Aunque no debería hablar de esos temas, y menos con vos, su majestad —apuntó el hombre inclinándose en mi dirección con una confianza excesiva—. Déjeme decirle que sin duda las cortesanas de Crowshead son las mejor pagadas del mundo. Algunas han llegado a recibir casas y joyas extraordinarias a cambio de una sola noche.

—Interesante... —Jugueteé pensativa con el tenedor, trazando pequeños círculos sobre las verduras algo quemadas que había dejado en el plato. Fui consciente de que, a pesar de que el senescal me había hablado con un tono confidencial, los invitados más cercanos habían silenciado sus conversaciones y estaban metiendo sus orejas en lo que hablábamos—. Entonces, un hombre con sus conocimientos, seguro que sabría estimar el valor de una de esas joyas o propiedades, ¿cierto?

El anciano hizo varios mohines y movió la cabeza como si tuviera un resorte.

—Yo diría que entre dos y tres mil monedas de oro.

—Vaya, eso es una fortuna.

—Se lo he dicho. Los barones de Crowshead tienen el poder y la estabilidad económica para poder concederse caprichos como esos.

Apreté los labios para retener un resoplido. Yo era la que estaba arruinada y encima tenía que conseguir los recursos para alimentarlos y atenderlos. ¿Cómo era posible que los aristócratas tuvieran tanto dinero mientras la Corona se encontraba al borde de la ruina? Me apunté mentalmente una visita a cada una de sus propiedades con la intención de hacerme una idea de cuál era la situación exacta de su bonanza económica y, ya de paso, probablemente podría ahorrarme el sustentarlos y aprovechar que, para variar, me alimentasen ellos a mí y a los hombres de mi guardia.

—Y dígame algo más. —Me incliné hacia el senescal con un gesto de confidencialidad, aunque no hice el intento por bajar el volumen de mi voz—. Si una prostituta recibe tanto por sus favores, ¿cuánto considera que se le debería pagar a una que tuviera un rango extraordinario, digamos... Una reina? ¿No debería percibir al menos el doble? ¿Qué opináis?

Azuzado por las confianzas, el duque carcajeó y colocó una mano encima de la mía. Apartándome asqueada, meforcé a devolverle la sonrisa.

—Su majestad, si una soberana se rebajase hasta ese punto, tenga por seguro que los nobles le pagarían al menos el triple que a una cortesana famosa. Como si quisiera multiplicar el importe por cuatro. Al fin y al cabo, una reina es un bien muypreciado, podemos contar con los dedos de las manos las monarquías que existen. Ella misma podría ponerse precio.

A esas alturas, la sala al completo se había quedado enmudecida y hasta el último de los presentes estaba observándonos sin disimulo.

—En tal caso, su excelencia. Creo que ya tengo la solución a nuestros problemas financieros.

—¿Ah, sí? —El hombre me ojeó contrariado.

—Sí. —Le sonreí con dulzura—. No iré a decirme que aún no se ha enterado de que soy la Reina Puta, ¿no?

El hombre se atragantó y comenzó a toser. Tuve que darle varias palmadas en la espalda mientras él se ponía más rojo que un tomate y trataba de llevar aire a sus pulmones.

—¡Su majestad!

—Oh, pero no se preocupe, su excelencia. Después de todo, es una ventaja para nosotros. Y ese será precisamente su trabajo durante las próximas dos semanas. Haga una relación con los nombres y títulos de aquellos que han proclamado haberse acostado conmigo y las veces que lo han hecho. —Ignoré el repentino ataque de tos colectivo que se extendió entre los comensales masculinos—. Si tiene problemas para elaborar esa lista, consúlteme, estoy recabando mi propio listado.

—Pero, su majestad...

—Le requeriré a cada uno de ellos el doble de la cantidad que ha mencionado, por cada vez que ese noble afirme haber yacido conmigo. Y, dado que es bastante dinero y no quiero que le roben, pondré a mi guardia a su disposición para que lo acompañe a recaudar el dinero. ¿Capitán?

El capitán, colocado en la pared detrás de mi silla, dio un paso adelante y realizó una leve reverencia.

—Será un placer servirle en esa tarea, su majestad.

A pesar de que había vuelto a usar su máscara inexpresiva, no se me escapó la elección de sus palabras ni el brillo divertido en sus ojos. «Será un placer», había dicho, lo que implicaba que para él sería mucho más que un simple deber proporcionarles lo que se merecían a aquellos malditos traidores que me habían difamado.

Una silla cayó ruidosamente al suelo, captando la atención sobresaltada de los presentes.

—¡Es inaudito que una soberana cobre por acostarse con un hombre! ¿Qué clase de mujer que se precie se rebajaría a eso? Somos su pueblo, nos merecemos mucho más que una ramera en el trono.

Un murmullo de apoyo reverberó por el comedor. Apoyando ambas manos en la mesa, me levanté despacio y miré sin pestañear al hombre que se había levantado de un salto.

—En primer lugar, conde de Greymore, preferiría no tener que recordarle quién sois vos y quién soy yo, y que veo fuera de lugar que se atreva a alzarme la voz en público.

—Yo... —La voz del conde se quebró en el momento en el que el capitán y los otros diez miembros de la Guardia Real dieron un amenazador paso en su dirección.

—En segundo lugar, conde, creo que ayer ya quedó claro en este mismo lugar que soy una mujer libertina. No lo anuncié yo, sino vos y varios amigos suyos. Con lo cual, no entiendo por qué se exalta ahora de este modo. Y, por último, ¿qué clase de *mujer* sería si no cobrarse lo que valgo por mis servicios? —Esperé a que mis palabras penetraran en las mentes de los asistentes.

—¡El pueblo se merece algo mejor! —protestó con el rostro sonrojado, aunque esta vez con un tono mucho más comedido.

—¿Algo mejor que una reina dispuesta a sacrificarse por él para evitar una hambruna durante este invierno? —Arqué una ceja—. Encuentre a una soberana más entregada y sacrificada que yo, y abdicaré voluntariamente si no soy capaz de superarla.

—¿Y si alguno de esos hombres se retractase? —me preguntó el senescal con los ojos puestos en el conde de Greymore.

—¿Cuál es el castigo por difamar a la Corona en público? —Lo miré con frialdad hasta que bajó la vista a sus manos. Ambos sabíamos que a los barones no les quedaría más remedio que asumir el pago—. Y ahora, si me disculpan, voy a retirarme a mis aposentos. Ha sido un día largo.

Sin esperar una respuesta, salí de la sala dejando un tenso silencio tras de mí. No tardé en darme cuenta de que ninguna de mis supuestas damas de honor me acompañaba. Probablemente temían por su propio buen nombre, ahora que me había declarado abiertamente como una mujer

perdida, o quizá que mi cercanía podría poner sus vidas en peligro. Me apreté el estómago, rezando por que fuera capaz de aguantar mis ganas de vomitar hasta llegar a mis estancias. ¡Dios! ¿Dónde me había metido? Había conseguido resolver un problema metiéndome en otro. ¡Necesitaba controlar mi orgullo y sobre todo mi dichosa boca!

Impaciente esperé ante la entrada a mi dormitorio a que el capitán se asegurase de que no había ningún intruso o peligro. Cuando al fin pude pasar, él se quedó con la mano en el pomo.

—¿Sí? —le pregunté, deseando que se marchase y me dejara a solas—. En el nombre del Altísimo, suelte lo que tenga que decir. No voy a lincharle por ello. ¿Cree que no sé que acabo de cometer una locura? No soy tan tonta ni tan loca para no saberlo.

Una de las comisuras de los labios masculinos tembló de forma casi imperceptible.

—Acaba de granjearse la enemistad de un puñado de hombres que ya eran sus rivales, pero también se ha ganado la admiración y el respeto de muchos, y estoy seguro de que el pueblo le agradecerá lo que ha hecho por ellos.

Resoplé airada.

—La gente solo se entera de lo que esos barones quieren que se entere. Sigo siendo una desconocida para el pueblo.

—En ese caso, tendremos que ocuparnos de que se difunda la verdad.

Me dejé caer en el sillón y apoyé cansada la cabeza en el respaldo.

—¿Y podría decirme cómo puedo lograr semejante hazaña?

—La hazaña ya la ha realizado, ahora deje que su guardia y sus sirvientes se encarguen del resto. No olvide que la mayoría de ellos pertenecen al pueblo, y el mercado y las tabernas siempre han sido los mejores focos de información.

—¿Haría eso por mí? —Lo miré sorprendida.

—Ayer me hizo prometerle que la protegería con todas las armas a mi alcance. Es justo lo que haré, su majestad.

—Capitán... —lo detuve antes de que pudiera cerrar la puerta tras él.

—¿Su majestad?

—Gracias de nuevo

Ambos intercambiamos una larga mirada y fui yo quien acabó por apartar la vista.

—Mis hombres estarán en la puerta y yo al final del pasillo. Descanse, señora. Nosotros la protegeremos.

CAPÍTULO 9

MARÍA



*S*eguía sin conocer sus nombres, al menos el de la mayoría de ellos, pero reconocía sus caras y las odiosas sonrisas que portaban, mientras me señalaban con los brazos extendidos, y se acercaban peligrosamente, paso a paso, acorralándome contra las almenas del torreón. Intenté razonar con ellos, prometerles que me iría, que me rendía, pero ninguna palabra salía por mi reseca garganta, atenazada por el terror, mientras ellos seguían recortando la distancia que nos separaba.

Mi espalda chocó contra el helado muro y supe que mi fin había llegado, estaba atrapada. En el mejor de los casos me tirarían desde lo alto de la torre, pero ¿y si no les bastaba matarme así? ¿Y si querían que sufriera? ¿Y si me llevaban a los calabozos para torturarme? Quizá fuera preferible que yo misma me lanzase al precipicio buscando un final rápido, aunque ello supusiera condenarme al infierno por toda la eternidad. Si Dios era misericordioso, quizá se apiadase de mí.

Las lágrimas me recorrían las mejillas. Si debía morir, lo único que quería era que fuera tan fulminante que no pudiese percatarme de cómo ocurría. Habría rogado por ello si hubiese podido, pero, por más que movía la boca, no salían más que jadeos desesperados.

—¿Pensó que podría librarse de nosotros? —se mofó uno de los nobles.

—Tal vez creyó que podía manipularnos con sus artes en la cama —rio otro.

—Es la Reina Puta, debería morir haciendo lo que sabe hacer mejor —espetó una de las mujeres.

Mis ojos se agrandaron horrorizados. A ella sí que la conocía, era lady Hemsword. Había tanta maldad y burla entremezcladas en su semblante que parecía algún tipo de criatura diabólica. ¿Estaba insinuando que me raptaran hasta la muerte? La simple idea consiguió que mi corazón se encogiera y mi cuerpo entero temblase. Sacando fuerzas de donde no las tenía traté de subir entre las almenas, pero, mientras más me esforzaba por escalar, más se resbalaban mis manos y menos podía moverme, casi como si una entidad sobrenatural me sujetase para sentenciarme.

—¡Majestad! ¡Majestad! ¡Tiene que despertar!

Mis párpados se abrieron de golpe. A través de la penumbra tropecé con un par de ojos grises que me escrutaban ansiosos. Con el corazón latiéndome a mil por hora y los pulmones adoloridos por mis intentos de insuflarles aire, miré asustada a mi alrededor. Un centinela se encontraba apostado a los pies de la cama y otro junto a la puerta. Ninguno de ellos trataba de atacarme.

Un sueño, todo había sido un sueño.

—Shhh... Solo ha sido una pesadilla —murmuró Kaden tranquilizador, apartándome los mechones de cabello de mis mejillas húmedas.

Con un jadeo ahogado me lancé a su pecho y rompí a llorar. Fui consciente del corto titubeo, antes de que me abrazase, pero en cuanto lo hizo supe que aquel era el único lugar en el que quería estar.

—Creo que sería mejor que regresásemos a la vigilancia en el pasillo —mencionó uno de los guardias indeciso.

—Encended un par de velas antes de marcharos y que nadie entre hasta que yo os lo indique. Y ni una palabra a nadie de lo que ha pasado aquí, ¿entendido? —El tono de Kaden no dejaba lugar a dudas de que habría consecuencias si no obedecían.

Después de que se marchasen, el único sonido en mi alcoba era mi llanto y la suave respiración de Kaden. No tardó en incorporarse con una maldición.

—Mañana me encargaré de hablar con los sirvientes. Vivimos rodeados de bosques, es inconcebible que nadie se haya preocupado de encenderle el fuego —masculló colocando bien el triste tronco que reposaba en la chimenea.

Pronto la habitación se iluminó con el brillo anaranjado de una llama. Regresó a por mí, me cogió en brazos y, envolviéndome en una manta, me llevó al sillón ante la chimenea y me acomodó sobre su regazo, permitiéndome desahogarme sin la más mínima queja o consejo.

Mucho antes que el calor de las llamas, me llegó el de su cuerpo y el rítmico latido de su corazón que fue poco a poco calmándose.

—¿Mejor? —me preguntó después de un rato. Asentí—. ¿Quiere hablar de ello?

Negué, pero antes de que pudiera controlarlo le confesé la verdad.

—No sé cuánto tiempo seré capaz de aguantar si incluso en mis sueños me persiguen para deshacerse de mí.

Los músculos de Kaden se tensaron y así lo hicieron también sus brazos al rodearme como si quisiera protegerme del mundo.

—No se lo permitiremos —gruñó como si pretendiera cazar uno por uno a mis enemigos para romperles el cuello.

—¿Cómo?

—Desarmando sus planes antes de que puedan ponerlos en práctica, protegiéndola veinticuatro horas al día y llevándolos uno a uno a una situación en la que, o ya no quieran estar contra vos o no les quede nada con lo que luchar.

—Suenan bien —murmuré apoyando mi mejilla de nuevo sobre su pecho.

Por primera vez comprendí por qué sentía su calor con tanta nitidez. Debía de haberlo despertado cuando vino a mí, y apenas llevaba una camisa suelta, por cuya apertura en uve se apreciaba una fina pelusilla negra como el carbón.

—¿Su majestad?

Alcé la cabeza ante su extraña ronquera y su repentina rigidez, y seguí su mirada hasta el lugar en el que mis dedos jugaban inconscientemente con su aterciopelado vello. Mi primer impulso fue retirar abochornada mi mano, el segundo, mirarlo a los ojos.

—¿Y si te pidiera que me hicieras olvidar?

Mi aliento se detuvo al observar cómo sus pupilas se dilataban y el gris de sus ojos se oscureció. Bajó la cabeza con una lentitud intencionada, casi amenazante, para detenerse apenas a unas pulgadas de mis labios. Los entreabrí, invitándolo a recorrer el prácticamente inexistente trecho entre ambos. Cuando vaciló, fui yo quien se estiró para alcanzarlo.

Kaden no me lo permitió. Con la respiración pesada, apoyó la frente contra la mía y negó con los párpados apretados.

—No hay nada que me tentase más ahora mismo que la posibilidad de aceptar su oferta, la ansío con cada fibra de mi ser, pero no me tomo mis juramentos a la ligera. He jurado protegerla, y eso incluye hacerlo también de mí.

—Kaden...

Me puso un dedo en los labios y volvió a negar, esta vez con una mirada atormentada.

—Seré suyo cuándo y cómo quiera, con la única condición de que no acuda a mí por desesperación o porque otros la empujaron a mis brazos.

Abrí la boca con la intención de protestar, pero terminé por cerrarla cuando reparé en la intensa mirada con la que contemplaba mis labios. Hubo un largo momento de silencio, hasta que soltó un profundo suspiro y cuadró los hombros.

—Es hora de que regrese a la cama. Mañana la espera otra larga jornada.

Sin esperar una contestación, se levantó conmigo en brazos y me acostó, tapándome con cuidado.

—No quiero quedarme sola —musité cuando reuní el suficiente valor para confesarlo.

—No pienso irme, no hasta que amanezca, al menos. Aunque convendría que se plantease buscar damas de compañía para que la acompañasen por las noches. No es bueno que se corra la voz sobre mi presencia en sus aposentos, su majestad.

—¿Podrías no llamarme eso por un rato? —pregunté irritada, secándome los últimos rastros mojados de mis mejillas.

El lado izquierdo de sus labios se curvó.

—Date la vuelta, hacia la pared.

Fruncí el ceño. Su rostro no reveló ninguna reacción. En condiciones normales me habría negado en redondo a seguir una orden como aquella, pero era la primera vez que me tuteaba y tenía curiosidad por averiguar sus intenciones.

—¿Así? —pregunté cuando estaba de espaldas a él.

Kaden se tendió detrás de mí, por encima del edredón y me abrazó.

—¿Bien así? —inquirió.

Su cálido aliento jugaba con mi cabello y su brazo era tan pesado que me hundía en el colchón. Hacía mucho que no me había sentido tan protegida y segura como en aquel instante. Asentí y enredé mis dedos con los suyos. Kaden no objetó, ni retiró su mano.

—Cuando ocurra, quiero estar seguro de que no habrá arrepentimientos luego.

Parpadeé cuando su profunda voz retumbó al lado de mi oído. Me llevó un tiempo comprender a qué se refería y, cuando lo hice, mi corazón latió más deprisa.

—Has dicho «cuando ocurra» no «si ocurre» —murmuré.

Kaden metió su nariz en el hueco de mi cuello y aspiró.

—Necesito creer que ocurrirá, me volvería loco de no ser así.

CAPÍTULO 10

KADEN



La carcajada de Robinson resonó a través del campo de entrenamiento cuando mi segundo contrincante se levantó con un gimoteo del suelo, recogió su espada y se secó con el antebrazo la sangre que corría por su labio rasgado, farfullando una ristra de blasfemias difíciles de discernir.

—¿Qué? ¿Alguien se encuentra de mal humor hoy? —se burló Robinson con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada fija en mí.

—Déjate de contiendas verbales y ponte en guardia —gruñí irritado.

—¿Tal y como estás ahora mismo? *Nah*, no me interesa terminar en las manos de un matasanos solo porque tú quieras desahogar tu mala leche. Aunque no lo entiendo. ¿No deberías de estar relajado después de lo que pasó anoche?

Entrecerré los ojos.

—¿Qué se supone que pasó anoche?

—Ya sabes... —Robinson escrutó los alrededores y bajó la voz—. Entre tú y... ella.

Él no supo lo que se le venía encima, hasta que quedó atrapado contra uno de los hombres de paja que solíamos usar para entrenar la puntería y el afilado filo de mi espada presionó peligrosamente su garganta.

—AYER-NO-PASÓ-NADA —mascullé más al límite de mi escaso control del que me hubiera gustado admitir.

—¡Eh! ¡Está bien, capitán! —Robinson alzó ambas manos en rendición mientras me estudiaba en alerta—. Prometimos que no mencionaríamos nada a nadie y no tengo intención de hacerlo.

Dejé caer mi arma y retrocedí un paso.

—No. —Sacudí la cabeza en un intento por aclarar mi mente—. Lo digo en serio. Lo que presenciaste es lo que hubo. La abracé y me quedé con ella asegurándome de que estuviera bien, nada más.

—Vale, te creo. —Robinson asintió—. De todos modos, no es asunto mío y no os hubiera juzgado ni a ti ni a ella si hubiera sucedido algo más. Se te nota a leguas que te gusta y ella... —Encogió un hombro—. A ella no la envidio. Haría bien en disfrutar los días que le restan. Por mí como si quiere hacer uso de toda la guardia para distraerse. ¡Diablos! Me ofrecería voluntario para hacerla feliz.

—Ella no es de ese tipo de mujeres. —Lo fulminé con la mirada, sin estar seguro de si lo que

más me enfurecía era la sentencia de muerte que llevaban implícitas sus palabras o la idea de que ella pudiera recurrir a otros para aliviar el peso que acarreaba sobre los hombros.

¿No era eso mismo lo que me había pedido a mí la noche anterior? ¿Se lo propondría a otro después de que yo me negara? Mis puños se crisparon.

—Lo que sea —replicó Robinson con indiferencia—. ¿Por qué no te acuestas un poco? Pareces cansado.

Me froté los ojos. Con el cuerpo femenino suave y cálido amoldado contra mi torso, no hubo forma de pegar ojo. Era como si su vulnerabilidad despertase el lado más bestia y salvaje enterrado en mi interior, a la vez que el más protector, ese que me impulsaba a analizar cualquier recurso que me permitiera mantenerla con vida.

Por supuesto que el anhelo cada vez más urgente que avivaba su cercanía tampoco ayudó a sosegar me. No le mentí al confesarle que necesitaba pensar que tarde o temprano sería mía, al menos en lo que a su cuerpo se refería, si no quería acabar volviéndome loco, pero tal y como aquella afirmación dejó mis labios supe que jamás podría llegar a ocurrir. Si sus enemigos descubrían que nos habíamos convertido en amantes, sería lo primero que usarían en su contra para derrocarla, en especial ahora que había usado su supuesta promiscuidad para sacarles los cuartos.

Con aquella penosa realidad en mente, al amanecer salí a hurtadillas de su alcoba y, lejos de tratar de recuperar las horas de sueño perdidas, acabé machacándome en la arena de entrenamiento.

—A todo esto, ¿qué haces aquí? —pregunté enjuagándome la cara y el pecho con agua de un tonel cercano, frotándome los brazos para deshacerme de las salpicaduras de sangre.

—Ah, sí, me pediste que te avisase cuando viéramos algo sospechoso. —Robinson me lanzó un paño con el que secarme y mi camisa.

—¿Qué ha pasado? —Con dos zancadas estuve de nuevo frente a él.

—Nada... —Robinson se rascó la nuca—. Por ahora al menos.

—¿De qué estás hablando? —presioné impaciente.

—Que su majestad tiene esa misma expresión abstraída que tenía ayer antes de anunciar que pensaba cobrar su salario de meretriz.

—¡Por todo lo que es santo!

No esperé a que Robinson elaborase algo más. Si estaba en lo cierto, y solo podía esperar que no lo estuviese, ella estaba de nuevo a punto de lanzarse de cabeza a un pozo lleno de serpientes venenosas. La jugada del día anterior para recaudar dinero fue una jodida genialidad, pero no dejaba de ser un juego peligroso. Si pensaba meterse en más problemas, al menos sería conmigo a su espalda, asegurándome de que iba a estar protegida.

Poniéndome la camisa por el camino, me precipité hacia el salón principal, en el que sabía que estaría reunida la corte para el almuerzo. Comprendía el sarcasmo de la reina al referirse a los ilustres barones: podían criticarla y desdeñarla, pero bien que procuraban acudir a que los alimentase y mantuviese.

Apenas iba por el vestíbulo, colocándome mi cinturón de armas, cuando reparé en el tenso silencio. Robinson tenía razón, algo no iba bien. ¿Una comida sin cuchicheos, risas o insultos? El vello de mi nuca se erizó y un helado estremecimiento me atravesó, partiendo de los pies hasta llegar a la punta de mis cabellos. Corrí los últimos metros, ignoré a mis compañeros, apostados ante la puerta, y la abrí de golpe, esperándome encontrarla muerta.

Todas las cabezas se giraron sobresaltadas hacia mí mientras di una profunda inspiración de alivio. Le mantuve la mirada a la única persona de aquella sala que de verdad me importaba, a la

única a la que había evitado durante aquella mañana. Una de sus finas cejas castañas se arqueó, preguntándome sin palabras por la causa de mi agitación, aunque la vulnerabilidad en sus ojos me reveló que ella tampoco había olvidado la noche que había pasado en mis brazos. Tragué saliva.

—Bien... —la reina carraspeó—, como iba explicando, por la presente convoco a las mujeres de origen noble para elegir entre ellas a mis doce damas de compañía. Espero a todas las que tengan entre quince y treinta años, solteras o viudas sin hijos, aquí mañana por la tarde.

Por la sala estallaron jadeos y murmullos.

—¿Qué pasa con nosotras? No puede quitarnos nuestro puesto así, sin más. Es una ofensa — chilló lady Hemsword alterada, a lo que sus amigas asintieron con un cacareo agitado.

Resoplé para mis adentros. ¿Dónde había estado la noche anterior como dama de la reina? ¿O aquella misma mañana? Si algo me constaba era que habían sido sirvientas quienes habían atendido a su majestad para asearla y arreglarla, porque yo mismo me había ocupado de elegir las.

—Mi querida lady Hemsword, nada está más lejos de mis pensamientos que restar valor a su ayuda y sacrificios. —No pude más que admirar la calmada sonrisa de la reina. Yo a esas alturas ya habría dado varios golpes en la mesa o estaría amenazado con decapitar a alguien—. Pero ¿sería tan amable de recordarme cuándo la nombré mi dama de compañía?

Mis labios se estiraron. A eso lo llamaba yo poner a alguien en su sitio con elegancia. Lady Hemsword abrió y cerró la boca como un besugo y miró a sus amigas en busca de auxilio. Al fin se dejó caer en su asiento de un modo poco agraciado. Aproveché la distracción para posicionarme cerca de la reina sin llamar la atención.

—Las doncellas solteras de esas edades son la mayoría casaderas y ya están prometidas —se indignó alguien—. No pueden venir aquí a, a...

—¿A cuidar de su soberana? ¿A compartir su comida y bebida con ella? ¿A dormir con ella en su alcoba? ¿A cumplir con aquellas misiones que ella estime oportunas y que solo ellas pueden desempeñar?

Con cada una de aquellas cuestiones, formuladas con una suavidad tan extrema que le erizaban a uno el vello, el revuelo se acrecentó. Y no fue porque se tratase de tareas desacostumbradas para una dama de compañía real, sino porque todos sabían que si sus hijas o hermanas compartían los alimentos y bebidas con la soberana se jugaban el ser envenenadas y, si se encontraban en sus cercanías en el caso de un ataque, también ellas morirían como testigos. No menos importante era que si se ponía en juicio el honor de la reina, también el de ellas y sus familias se vería en entredicho.

En cuanto al tema de las misiones, incluso a mí me llamó la atención aquella premisa. Nunca había oído hablar de damas de la reina implicadas en política. ¿Era una forma de insinuar que podría usar a las doncellas como monedas de cambio en posibles tratos y favores? Por las expresiones escandalizadas, así era como lo había interpretado más de uno.

—Mi hija va a casarse la semana que viene —intervino una madre con la voz aguda.

—Solo estarán a mi servicio por unos años —la consoló la reina sin dar a torcer su brazo—. Y tampoco es como si supiéramos ahora mismo si va a tener la distinción de encontrarse entre las elegidas.

—¡No pienso participar en este disparate! —Uno de los barones se levantó con tanta brusquedad que cayó la copa de su esposa. Me tensé—. ¡Mi hija no vendrá!

—Me parece bien. —Por la parsimonia con la que lo dijo, cualquiera hubiera dicho que la reina se había tomado algún tipo de hierba medicinal que le impidiera alterarse—. Capitán Kaden, trabajará con el duque de Clouthsword en tomar las medidas oportunas que aseguren los

destierros sin incidentes de aquellas mujeres nobles y sus familias que no asistan. Quiero que se hagan efectivas en el plazo máximo de tres días.

—¿Qué?! —El mismo padre que había tirado la copa se giró airado.

—¿Preferiría que lo mandase junto a su familia al cadalso por traición y desobediencia? —La sonrisa de la reina fue tan inquebrantable como la soga de una horca.

Mi estómago se retorció en un nudo cuando el conde de Redland se levantó con parsimonia, portando una de sus odiosas sonrisas de seguridad, que solían implicar que tenía la sartén por el mango.

—Creo que no conoce cómo funcionan las cosas en la corte, ni cómo se gobierna un reino como este.

Mis puños se crisparon. Se había saltado a la torera los protocolos y fórmulas de respeto en su velada amenaza, dejando patente en qué baja estima la tenía y cuán poco le importaban las consecuencias.

—¿Ah, sí? —indagó la reina con fingida inocencia, inclinándose sobre la mesa como si le interesara lo que tuviese que decir—. ¿Y sería tan bondadoso de ilustrarme?

Hubo un leve ladeo de su cabeza, un casi imperceptible titubeo antes de que Redland respondiera, el suficiente para revelar que la reacción de la reina no era la que había esperado.

—Vuestra merced podrá ostentar el título de soberana por ahora —recalcó—, pero ¿qué haría sin nuestra ayuda y apoyo? Necesita a nuestros soldados, requiere de nuestra protección y depende de nuestros préstamos, sin los que no sería nada.

Ninguno de los presentes se atrevió a hablar, pero resultó notorio que la mayoría asintieron, concediéndole la razón. No se me escapó que también hubo varias cabezas que se mantuvieron agachadas e incluso algunos ceños fruncidos en la dirección de Redland.

—Ah, cierto, querido conde de Redland. Ese es su nombre, ¿verdad? —Ella sonrió ante su mirada furibunda. Podía ser un hombre que manejase las intrigas políticas, pero su ego estaba demasiado inflado para que alguien le insinuase a la cara que su nombre no valía ni más ni menos que el de los demás barones de aquella estancia—. Imagino que, suponiendo que consiguiera salir de este castillo sano y salvo...

La reina ignoró los jadeos de los asistentes. La necesidad de protegerla se disparó en mi sangre y, de inmediato, valoré nuestras posibilidades de sacarla indemne de allí si se diera una posible rebelión. No eran muchos los invitados que significasen un peligro real a la hora de luchar. De hecho, era más que posible que aquella sala se convirtiera en un baño de sangre si ella nos daba la orden, pero, sin importar lo que ocurriera, ella debía salir de allí sin un solo rasguño.

—¿Nos está amenazando?! —rugió Redland alterado con sus ojos prácticamente saliéndose de sus órbitas.

Bastó un intercambio de miradas con McGuiarre para que la estrategia de defensa que habíamos diseñado la noche anterior se pusiera en marcha. Podríamos no ser más que simples peones a las órdenes del general en la Guardia Real, pero habíamos prometido protegerla y, por nuestro honor, eso era justo lo que íbamos a hacer. Incluso si nuestros altos mandos no se lo tomaban tan en serio como nosotros.

—Oh, pero claro que no, mi estimado conde —le aseguró enseguida la reina—. En realidad, me planteaba más bien... —Frunció los labios como si estuviera considerando una posibilidad remota—. ¿Cree que se habrá corrido ya la voz sobre la Reina Puta entre el pueblo?

Redland parpadeó confundido.

—¿Y me lo pregunta a mí? —resopló incrédulo—. El populacho es impredecible y me da igual lo que diga o piense de vos —escupió.

McGuire le murmuró algo a otro de los centinelas, quien enseguida desapareció por la puerta de servicio, situada cerca de la mesa principal.

—Ah, bien, no, no, claro... —balbuceó la reina pensativa, sacudiendo de cuando en cuando la cabeza—. Es solo que... Cierto, es impredecible, ¿verdad?

—¿Es que ni siquiera puede tener una conversación normal? —siseó Redland airado—. ¿Y así pretende gobernar un país?

—Lo que me interesaría averiguar es cómo reaccionaría un pueblo hambriento a la promesa de que pudieran quedarse con aquellas propiedades y riquezas de los traidores a la Corona con la única condición de servirme y obedecer mis órdenes.

Redland palideció y el resto de los presentes tornaron ansiosos las cabezas de un sitio a otro mientras más guardias reales armados fueron repartiéndose por la estancia, ubicándose junto a las paredes hasta rodear la sala. Satisfecho, crucé los brazos sobre el pecho. La protección de la reina estaba garantizada.

—Los nobles somos lo único que se interpone entre los vasallos y la Corona. ¿Qué le hace pensar que no acabarán también con vos? —irrumpió uno de los amigos de Redland.

—¿Por qué habría de importarme si muero a manos de unos o de otros? ¿Acaso no son todos mis súbditos? —inquirió la reina con indiferencia.

—Son interesantes suposiciones todas ellas y, efectivamente, el populacho es un factor difícil de predecir. —El duque de Clouthsword carraspeó, dirigiéndole una mirada de advertencia a Redland—. Por fortuna, se trata de una tesitura que jamás se dará, porque nadie se rebelará contra vuestra merced, y, por supuesto, todos estamos encantados con el honor que les concede a nuestras hijas. ¿Quiere que avise también a los barones de las provincias? Va a ser un poco justo que puedan enviar a sus candidatas para mañana.

—De las doce damas, cuatro puestos se reservarán para las familias de las provincias. Tendrán la posibilidad de ser entrevistadas este domingo. Eso les proporcionará tiempo más que de sobra para preparar su viaje y asistir —decretó la reina.

—Me encargaré de ello —asintió el senescal con una nueva mirada de advertencia a Redland, que tomó asiento malhumorado.

La reina alcanzó su copa, pero, antes de que pudiera llevársela a los labios, le quitó una jarra a una de las criadas y me coloqué a su lado.

—Su majestad, permítame rellenar su copa, estoy seguro de que éste vino será más de su agrado.

Ella asintió y me entregó su copa sin poner en duda mi palabra ni el motivo por el que tiré el contenido.

—Rellene también las bebidas del senescal y del conde de Redland si no le importa, capitán. Me gustaría brindar con ellos sobre un futuro que sea tan brillante como cargado de paz —me instruyó ella.

—Será un placer, su majestad.

Ella aguardó a que les sirviera. Redland me echó una ojeada furiosa cuando rellené su vaso, pero lo más que consiguió fue arrancarme una mueca burlona. ¿Había tratado de poner a la reina en su lugar y había salido escaldado? Ese era su problema. Que se lo llevase el diablo. Ya era hora de que alguien lo enfrentara.

Mi satisfacción incrementó cuando ella alzó la copa para el brindis, pero esperó a que Redland y el senescal tomaran un sorbo antes de hacerlo ella, dejándoles bien claro que, por mucho que sonriera, era muy consciente de qué pie cojeaban y cuáles eran sus planes con respecto a ella.

Solo quedaba esperar que no le hicieran pagar demasiado caro aquel atrevimiento.

CAPÍTULO 11

MARÍA



Sentía punzadas en las mejillas de mantener la sonrisa estampada en la cara a medida que me presentaban, una a una, a las candidatas que habían acudido para convertirse en mis damas de compañía. Algunas de ellas se asemejaban a fantasmas, con su tez pálida enterrada bajo capas de polvos y posturas tan rígidas que bien podrían estar ocultando en alguna parte de su anatomía los palos de sus escobas de bruja. Otras, eran tan niñas que probablemente tendría que jugar con ellas a las muñecas para mantenerlas entretenidas.

¿Para qué quería yo acompañantes talentosas en bordado, música y danza? Bordar me ponía de los nervios. ¿Y en serio esperaban que, con la que me había caído encima, iba a tener tiempo y ganas de ver a nadie luciendo sus gráciles movimientos cuando yo era como una garza en un charco de ranas? No, gracias, no me gustaba que me recordaran lo torpe que era, al menos no por ahora. En cuanto a la música... ya había aguantado a una de las solicitantes con la voz tan dulzona y baja que por poco me quedé dormida y a otra tan chillona que temí que me fuera a quebrar los cristales de la sala. Era lo único que me faltaba, tener que conseguir vidrios nuevos, como si no me hubieran pasado ya una lista de nunca acabar sobre reparaciones necesarias en el dichoso castillo.

—Y sería todo un honor ayudarla a preparar su boda y asistirle durante sus embarazos, y en aquellos momentos en que su marido esté demasiado ocupado con el gobierno del reino para...

Parpadeé ante la sarta de sandeces que estaba soltando aquella pobre chica que dudosamente podría tener uno o dos años menos que yo. ¿Aquellos momentos en que mi marido estuviera demasiado ocupado con el gobierno del reino? ¿En serio creía que iba a buscarme a un marido para que él se ocupase de reinar mientras yo me conformaba con ser relegada al papel de esposa? Mi buena educación y amabilidad estaban a punto de quebrarse. ¿Dónde estaban las mujeres formadas e inteligentes que podían ofrecerme charlas interesantes o consejos sobre algo más que la crianza de niños o la combinación de colores en las puntadas? ¿Las mujeres que se preciaban lo suficiente a sí mismas para buscar a un compañero de aventuras y no a un dueño al que entregarle sus vidas y sus propiedades? Jamás había tenido tan claro como en aquel momento la suerte que había tenido de vivir bajo la tutela de mi tía, y que esta me ofreciera la oportunidad de aprender sin que me impusieran limitaciones por el simple hecho de que no me colgase un trozo de carne entre las piernas.

El capitán Kaden asomó la cabeza por la puerta y le hizo una señal a uno de los centinelas apostados en los lados de la habitación. Entrecerré los ojos cuando vi cómo cruzó una larga

mirada con una de mis aspirantes a damas y esta se ruborizó. Ambos se despidieron con un disimulado asentimiento de cabeza, que reveló que se conocían, aun cuando era algo que no parecía querer difundir en público.

—¿Y vos sois? —Me dirigí a la chica sonrojada en cuanto el capitán se marchó.

—Lady Rebeca, hija del conde de Redland, señora.

—Creo recordar que era hija única. —Mis uñas se clavaron en los apoyabrazos de madera.

Lady Rebeca titubeó.

—Sí, su majestad —contestó sellando su destino.

Por alguna razón que decidí no analizar prefería mantenerla lejos de mí, pero con el conde de Redland como padre lo prudente era tenerla tan cerca como vigilada. Solo esperaba que su cercanía me protegiese en vez de exponerme aún más al peligro.

—Acaba de llegar lady Irene Westwind —resonó la voz pastosa de lady Hemsword en la entrada a la sala—. ¿Desea que la haga pasar?

—Sí, hágalo —le indiqué a pesar de que aún quedaban tres aspirantes por entrevistar.

¿En serio solo llevaba dos días con aquellas entrevistas? ¿Cómo se me ocurrió la idea de invitar a las candidatas de provincias para atenderlas el domingo? Estaba tan harta que me entraron ganas de hacer la selección simplemente echándolo a suertes. Mi sonrisa se congeló al reconocer a la rubia con carita angelical y mirada de diablesa manipuladora que entró en la sala.

—Lady Irene Westwind, señora —anunció lady Hemsword con rigidez.

—¿Westwind? —A duras penas conseguí mantener mi ceño estirado y mis cejas en su sitio.

¿A qué demonios estaba jugando Irene?

—Su majestad, es un honor conocerla. —Irene realizó una de sus perfectas reverencias.

—Ajá... —Me levanté y procuré ignorar los rostros de las expectantes candidatas que aguardaban su turno—. Lady Westwind, voy a retirarme un rato para descansar, pero, ya que ha venido, me gustaría que me acompañase.

—Por supuesto, su majestad, será un placer atenderla si me lo permite.

A duras penas retuve un resoplido exasperado ante su actitud sumisa. ¿Es que yo era la única capaz de detectar el brillo de diversión diabólica en sus ojos? Si las inocentes criaturas que nos rodeaban de verdad se creían su apariencia angelical, que Dios las cogiera confesadas.

Me despedí con una leve inclinación de cabeza del resto de las postulantes y sus familiares, quienes intercambiaron miradas confundidas, pero se limitaron a inclinarse a mi paso.

Sin detenerme, me dirigí derecha a mis aposentos privados. En cuanto estuvimos fuera de la vista de los demás, con la excepción de los dos escoltas que me seguían como sombras, agarré a Irene del brazo.

—¿Se puede saber en qué estás pensando? —siseé por lo bajo para que nadie más que ella pudiera escucharme.

—Yo también me alegro de verte, prima —me replicó con sequedad.

—Basta de pamplinas. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿No es evidente? Estoy aplicando al puesto de una de tus damas. *La Dama*, para ser más específica.

—¡Déjate de bromas! Esto es peligroso. ¿Es que no te ha contado tu madre lo que nos ocurrió durante nuestra venida? Estamos vivas de milagro.

La diversión desapareció de su semblante.

—Eso es precisamente por lo que estoy aquí. ¿En serio pensaste que te abandonarías ante el peligro? ¿En especial ahora que Lissy ya no está para apoyarte y cuidarte?

Sus palabras me detuvieron en seco. No encontré más que la verdad en sus ojos y ese cariño

que siempre me había dispensado desde que éramos pequeñas y me había ido a vivir con ella. Abrí la boca, pero en vez de hablar acabé por lanzarme a su cuello. Irene me achuchó sin reparos.

—Ojalá pudieras quedarte. No sabes cuánto te he echado en falta —le confesé.

—Pues claro que puedo quedarme, y es justo lo que haré.

Estuve a punto de ceder a la necesidad de tener a alguien conocido junto a mí, alguien de quien de verdad podía fiarme, pero en ese instante el capitán Kaden salió de su cuarto, devolviéndome a la realidad.

—¿Su majestad, ocurre algo? —El capitán miró de una a otra.

Con un vistazo a los otros escoltas, empujé a Irene hasta la antesala de mi alcoba.

—No. Acompáñenos, por favor, capitán. —Esperé a que cerrase la puerta tras de sí para girarme hacia mi prima—. No puedes quedarte aquí.

—Por supuesto que sí... —protestó Irene.

Aun cuando se me partía el corazón, la interrumpí:

—Irene, deja que te presente al capitán Kaden de la Guardia Real. Capitán, mi prima, Lady Irene de Goodshire, quien va justo detrás de mí en la línea de sucesión al trono de Lanlow.

—Es un placer conocerla, señora —la saludó él con una reverencia.

—Yo diría que el placer es todo mío —ronroneó Irene ofreciéndole su mano.

Por algún motivo inexplicable, me tensé cuando él tomó sus dedos y se inclinó a besarle el dorso de la mano.

—¿Y bien? ¿Qué piensa sobre la presencia de mi actual heredera en la corte, capitán? —exigí con frialdad.

Él me estudió por un momento con un semblante inexpresivo.

—¿Quiere la verdad o lo que prefiere escuchar?

—Déjese de florituras y diga todo cuanto tenga que soltar —espeté, fulminándolo con la mirada, algo que no parecía afectarle demasiado.

—Si tuviera que hablar por el bien de la Corona, entonces le advertiría que es inadmisibles que su sucesora esté en el mismo sitio que vos bajo las actuales circunstancias de una posible rebelión o de un intento de atentar contra su vida. También desde un punto de vista estratégico, en el que debemos velar por la seguridad de ambas, sería más práctico que su prima se marchase cuanto antes.

—¿Eso es todo lo que tiene que aportar? —Esta vez fue Irene la que lo increpó.

—No —replicó el capitán con ironía—. Quedaría lo que pienso en realidad.

—¿Y eso sería? —preguntamos yo e Irene al unísono e igualmente irritadas.

¿Es que había que sacarle las palabras de una en una?

El que el capitán alzase una ceja y en sus pupilas apareciera una chispa de diversión al mirar de la una a la otra, ambas con los brazos en jarras, no contribuyó en nada a apaciguarme.

—Creo que le vendría bien que su prima la acompañase durante una temporada. Si es cierto que puede confiar en ella, entonces tendrá una aliada que la ayudará a enfrentarse a sus detractores y que le podrá ofrecer el apoyo que necesita en privado. Suponiendo, eso sí, que esté segura de que no se convertirá en el principal peligro teniendo en cuenta que, quitándola del camino, conseguiría beneficiarse de forma obvia.

—¿Perdón? —Lo miré alucinada, mientras Irene a mi lado rompió a reír a carcajada limpia.

—Me gusta este hombre, María. ¿De dónde lo has sacado? —Irene lo rodeó inspeccionándolo desde todos los ángulos como si fuera un bicho raro—. Inteligente, honesto, leal y... extraordinariamente apuesto.

—¡Irene! —Si la desfachatez de mi prima consiguió incomodar al capitán, entonces lo

disimulaba con maestría. Me senté en un sillón y me froté la sien—. Prima, de verdad que me encantaría que te quedaras aquí conmigo. El capitán tiene razón, me serías de gran ayuda, pero por nada del mundo pondría tu vida en peligro por sentirme bien y escudarme en ti. Tengo que enfrentarme a esto sola y tú tienes que marcharte. No nos queda otra.

—¿Ah, no? —Irene resopló—. Y dime, querida prima, ¿qué crees que ocurrirá si consiguen deponerte o quitarte de en medio? ¿Quieres que te lo diga? Que seré yo la siguiente a por la que irán, si es que no van a por mí primero para evitar posibles sospechas.

—Te asignaré escoltas que se encarguen de protegerte.

Irene se paró frente a mí.

—Dime una cosa, María, ¿temes que el capitán esté en lo cierto y que pueda querer hacerte daño para hacerme con tu corona?

—¡No! ¡Claro que no! Pondría la mano en el fuego por ti. Eres como mi hermana.

—Entonces no hay nada más de qué hablar. Me quedaré a tu lado para ayudarte y apoyarte en lo que haga falta.

—Creo que no te has enterado aún. —Me incorporé alterada—. Soy la reina y ordeno que te vayas.

Irene entornó los ojos.

—La que no se entera de nada eres tú. Ya eras la candidata designada para la sucesión cuando jugábamos a las casitas y no por eso hacía lo que querías.

—¡En el nombre del Altísimo! ¿Es que siempre tienes que ser tan cabezona e irremediable? —Me entraban ganas de tirarme de los pelos.

—Cuando se trata de proteger a mi hermana, sí. —Irene me sonrió y abrió los brazos. No me lo pensé dos veces y corrí a abrazarla. Con la frente apoyada en su hombro solté un profundo suspiro.

—¿Qué vamos a hacer para mantenerte a salvo? Si te ocurriese algo me hundiría —confesé.

—Podrías designarme como tu dama de honor y podemos fingir que no nos conocemos. No creo que nadie me reconozca. Nunca vine aquí a conocer al tío y ya sabes lo poco que le gustaba a mamá lucirnos delante de las visitas.

—Hacerse pasar por una familiar lejana y actuar como una más de sus damas de compañía podría ser una excusa aceptable. Si desconocen quién es en realidad reduciría el riesgo al que se expone —intervino el capitán por primera vez desde que había soltado su inoportuna opinión.

Tras un momento, acabé por cerrar los ojos y asentir.

—Así lo haremos, pero quiero guardias para protegerla.

Irene se separó de mí.

—Si ven que tengo un trato especial, diferente al de las otras, entonces no tardarán en percatarse de que no soy quien afirmo ser.

—Habría otra solución —opinó el capitán pensativo—. Si me permiten que lo exponga.

—Capitán, ¿no le he dicho ya que se deje de sutilezas conmigo? —Me volteé hacia él—. ¿Qué propone?

—No habría problema en ponerle a su prima un escolta cuando salga del castillo, pero, como ella misma ya ha mencionado, llamaría mucho la atención si la acompañase un miembro de la Guardia Real mientras permanezca en el castillo o sus jardines. La propuesta que se me ocurre podría no ser muy conveniente para su reputación, pero nadie prestaría excesiva atención si ella tuviera un flirteo con un escolta o puede que con dos, y eso nos permitiría que estuviese siempre custodiada.

—¡Me parece una idea genial! —soltó Irene decidida—. Y esos escoltas... ¿podría

encontrarme a algunos igual de guapos que usted... o incluso vos mismo?

—¡Irene! —La miré boquiabierta.

La comisura izquierda de los labios masculinos se ladeó ligeramente. ¿Estaba el capitán disfrutando de la descarada seducción de Irene? Entrecerré los ojos con una repentina ira.

—Me temo que yo solo le sirvo a mi reina, pero tomaré en cuenta su petición y trataré de encontrarle una propuesta que se adapte a sus deseos. Ahora, si me disculpa, su majestad, me pondré manos a la obra para zanjar el asunto cuanto antes.

Irene y yo nos quedamos contemplando en silencio la puerta cerrada. Fue mi prima la que se giró hacia mí con una ceja arqueada, consiguiendo que un bochornoso calor se acumulase en mis mejillas bajo la inquisitiva inspección.

—¿Solo le sirvo a mi reina? —imitó Irene con un mohín burlón—. Es la primera vez que empiezo a plantearme si no me traería cuenta hacerme con tu puesto, queridísima prima. Al parecer, ocupar el trono tiene más ventajas de las que había anticipado.

—Muy graciosa —refunfuñé—. ¿Cómo se te ocurre coincidir con ese estúpido plan? ¡Eres mi sucesora! No puedes poner en entredicho tu honra.

—¿Qué honra? ¿La que perdí hace cuatro años en los establos con Sep? —se burló Irene, sentándose en un sillón con una pierna sobre el apoyabrazos y una sonrisa de oreja a oreja—. ¿O te refieres al resto de veces que he disfrutado de mi pobre honra desde que aprendí lo que es llegar al éxtasis?

Gemí para mis adentros.

—En esas ocasiones tu reputación no dependía de mí —mascullé con sequedad.

—Querida prima, deja de preocuparte por mí. Si alguna vez sale a la luz quién soy de verdad, podremos explicar que se trataba de mi guardia personal, hasta entonces, ¿qué más da lo que piensen de lady Irene Westwind? Lo importante ahora mismo es que sobrevivamos y les demos una lección a esos pobres imbéciles que quieren hacerse con lo que es nuestro por derecho. El resto lo resolveremos cuando llegue el momento.

Con un suspiro me senté frente a ella y apoyé la cabeza en el respaldo.

—De acuerdo, y ahora dime, ¿cómo la tía te ha dejado venir y cómo pudiste llegar tan rápido para presentarte a la selección de las damas de honor?

Irene arqueó una ceja.

—¿Quién ha dicho que mamá lo sepa?

—¡Irene, por Dios! ¡¿Dime que solo estás bromeando?!

CAPÍTULO 12

MARÍA



La expresión de falsa inocencia de mi prima al recibir la carta timbrada que mi tía me había remitido desde Goodshire, junto al refuerzo de soldados para mi guardia personal, tenía que haberme preparado para su contenido.

—¡Dios, aún no sé cómo lo has logrado! —murmuré al bajar el pliego. Le eché una ojeada acusatoria a Irene—. Tu madre cree que realmente estás en Normandía con tu prima Matilda. Hasta me cuenta las cosas que se supone que estás haciendo allí.

Irene frunció los labios divertida y echó un corto vistazo al resto de mis damas, que se encontraban al otro lado de la estancia charlando animadas entre ellas.

—Te lo he dicho. ¿Qué esperabas? Sé lo que me hago.

—Me consta que enviaste allí a tu sirvienta, lo que no sé es cómo has convencido a Matilda de que apoye tus mentiras —susurré.

Metiéndose un trozo de queso en la boca, Irene se echó atrás en su asiento como habría hecho una gata satisfecha después de zamparse a un ratón.

—¿Recuerdas los ojitos que Matilda ponía cada vez que Alaric se encontraba cerca? —preguntó con fingida inocencia.

—Uhhh... Tengo grabada su cara cuando os pescó juntos. Me costó toda la tarde convencerla de que no os delatara.

Los labios de Irene se estiraron con picardía.

—Digamos que le he dado a Matilda un motivo por el que no le interesa que yo ande cerca de ella.

—¿Alaric está en Normandía?

—Alguien tenía que proteger a mi criada y encargarse de que mis planes salieran bien —confirmó Irene con un encogimiento de hombros.

—¿Cómo has conseguido convencerlo? Dudo que a Alaric le apasione la idea de que vinieras sola.

—Ah, pues por supuesto que no le hizo gracia la idea, pero sabe que, si pretende aspirar a mi mano algún día, necesita una fortuna que acompañe a su título, algo que puede obtener con la asistencia de Matilda o de otras mujeres poderosas como ella.

—¿Estás insinuando que lo has mandado a Normandía para que se case con una mujer poderosa? ¿Y qué presumes que hará luego? ¿Asesinarla? —La miré horrorizada.

—Cálmate, primita. Matilda no es tan inocente como para comprometerse con un hombre

como él, al menos no mientras carezca de una fortuna propia.

—¿Entonces?

—Que es ambiciosa y sabe cómo desenvolverse en su mundo. Si ella quiere que a él le vayan bien las cosas, lo ayudará a conseguirlo. Si él luego le pide en matrimonio o no... bueno... esa ya es otra cuestión.

—No parece que te importe si acaba con otra o no —espeté con ironía.

La melodiosa risa de mi prima llamó la atención de alguna de mis otras damas. Permanecimos en silencio hasta que volvieron a olvidarse de nosotras. Inclinandose hacia mí, Irene me miró a los ojos.

—Mi querida María, el mundo está lleno de hombres apuestos, cuando uno desaparece, ya viene otro empujando detrás. Deseo algo más que un hombre guapo que se interese por mí solo porque sea joven y bella, busco uno que me haga vibrar, uno que me dé la certeza de que cuando mi tez se arrugue seguirá a mi lado y, sobre todo, quiero a uno que me demuestre que me merece.

—¿Y Alaric no lo hace?

—Hacerme vibrar, sí. ¿Merecerme? A día de hoy, no. Y no, no lo digo por el dinero o el título. Es más por el hecho de que está lleno de sueños, pero no hace nada por conseguirlos, y eso... No lo sé, es algo que me retiene. Puede que algún día cambie de opinión sobre él, pero se me termina el tiempo. A mi madre se le está acabando la paciencia. No tardará mucho en exigirme que me case y, antes de que eso ocurra, pretendo disfrutar.

—Irene, no creo que...

—Tranquila. Sentaré la cabeza cuando llegue el momento, pero voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que sea yo quien decida con quién y cuándo. Quizá incluso pueda terminar mis días con Alaric si ninguno de los otros me convence —declaró con un guiño.

Sacudí la cabeza con un profundo suspiro.

—Eres una criatura perversa.

—Sí, ¿verdad? —Sonrió orgullosa—. Ahora solo me queda convencerte de que tú también puedes ser una.

Fue mi turno de reír.

—Sinceramente, creo que habrías sido mejor reina que yo.

—¿Y cargar con esa ingente responsabilidad? —Una de sus cejas doradas se arqueó—. No, gracias. Prefiero dejarte ese honor a ti.

—¿Se puede saber qué es lo que estáis cuchicheando en ese rincón con tanto entusiasmo? —pregunté en voz alta cuando mis damas se veían más y más excitadas.

Hubo un par de risitas y varias de mis damas apartaron la mirada abochornadas, poniéndome el vello de la nuca de punta. ¿Apenas llevaban una semana conmigo y ya intentaban conspirar contra mí?

Lady Rebeca se levantó para acercarse a nosotras, cogió un taburete y se sentó junto a mí.

—Dicen que hay un fantasma en el castillo. Uno que hace crujidos por la noche y se mete en las alcobas de las mujeres casadas, para hacerles el amor mientras sus maridos siguen dormidos ajenos a todo.

—Vaya, ese parece un rumor horrible. ¿Y nadie las escucha chillar cuando ocurre? ¿Ve cómo es mejor no casarse, mi reina —se burló Irene a pesar de que en sus ojos se reflejaba la misma preocupación que yo experimentaba.

—¡Nooo! Todo lo contrario. —Rebeca rio con aire secreto—. Afirman que es un amante tan experto que días después de su visita la mujer aún flota con la sensación de inmenso placer que le ha dejado.

—Ah, pues en ese caso más bien habría que invitarlo y agasajarlo. —Irene me lanzó un guiño—. ¿Y hay alguna forma de concertar una cita con ese espíritu?

—¡Irene! —la reñí estremeciéndome—. No lo digas ni en broma.

¿Qué persona en su sano juicio querría acabar en el lecho con un espectro? Solo imaginarme sus fríos y ancianos dedos recorriéndome la piel conseguía erizarme el vello. Me froté los brazos para deshacerme del repentino frío.

—En realidad, no se le puede convocar. Solo elige a mujeres cuyos maridos no las satisfacen o que no pueden tener hijos —afirmó Rebeca.

—En ese caso, debe de tener una buena docena de bastardos repartidos por la corte. Tengan cuidado, señoritas, no vayan a acabar desposadas con sus hermanos —se burló Irene provocando las risas de las demás—. Creo que deberíamos hacer una lista de las esposas a las que ha asistido nuestro fantasma libertino.

—Me temo que será difícil —intervino lady Arlene—. Ninguna mujer a la que le ha pasado se ha atrevido a contar lo que le ha sucedido.

—Y, entonces, ¿cómo se sabe si es cierto o no? —pregunté con sequedad.

—A lo mejor el cometido de la aparición no es el de satisfacer a las mujeres, sino el de hacer que los consortes se tomen más en serio sus obligaciones —bromeó lady Rebeca.

—Brindo por eso —propuso Irene levantando su copa de agua—. De hecho, considero que su majestad debería concederle algún título honorífico por sus servicios.

—¡Marqués de Nocheslargas y Alegrías! —exclamó Rebeca animada.

Si no hubiese sido la hija de Redland y no estuviese continuamente intercambiando miraditas y gestos con mi capitán, me habría caído bien.

—Por el marqués de Nocheslargas y Alegrías. —Alcé mi vaso junto a las demás y tomé un sorbo mientras observaba a las damas que me rodeaban.

La mayoría eran las hijas de mis peores enemigos y, sin embargo, parecían el tipo de muchachas sanas y equilibradas de las que, en condiciones normales, me habría gustado ser amiga. ¿Hasta qué punto aquella impresión era real y hasta cuál me estaba dejando engañar por ellas?

—¿Y ese es el único secreto que existe en este castillo? —pregunté con la única finalidad de descubrir sus reacciones.

Hubo dos que intercambiaron miradas, pero al resto no pareció llamarles la atención mi curiosidad.

—En realidad, sí que lo hay —saltó lady Arlene—. Cuéntaselo tú, Rebeca, a mí se me pone la piel de gallina de solo pensarlo.

—¿Lady Rebeca? —La miré.

—Cuentan que en este castillo hay dos escaleras que bajan hacia la tierra. La primera es la que lleva a las mazmorras y está compuesta por un laberinto tan enrevesado que solo con la ayuda de alguien que lo conoce puedes salir de allí.

—Ahí es también donde están las salas de tortura. A veces, en especial por las noches, se oye cómo gritan los prisioneros a los que llevan allá abajo —susurró lady Arlene como si temiera que el verdugo la oyera.

—¿Y la otra bajada? —indagué.

—Esa lleva a un lugar tan prohibido que nadie, excepto los reyes y las personas que ellos designan, tiene permitido ir.

—¿En serio? —En los ojos de Irene apareció un brillo cargado de interés—. ¿Cómo de prohibido?

CAPÍTULO 13

MARÍA



Con cuatro escoltas con antorchas abriéndonos el paso, seguidos por fray Roland y el capitán Kaden, e Irene y yo cerrando la comitiva, fuimos descendiendo por las estrechas escaleras que nos llevaban al misterioso sótano vedado del castillo. A pesar de la fría corriente de aire, cada vez sudaba más. Odiaba las escaleras cuando eran tan empinadas como aquella, y más cuando eran curvas, y tampoco me hacía demasiada ilusión descubrir la causa por la que aquella zona era tan secreta y prohibida. Si lo era, algún motivo había y, a deducir por el desagradable olor a polvo y moho, no podía ser algo demasiado bueno.

—¿No podrías ir un poco más despacio? —murmuró Irene con sarcasmo cuando mi distancia con respecto a la espalda del capitán fue incrementándose.

—No pienso salir rodando y partirme el cuello solo porque tú quieras descubrir qué nos espera en ese agujero oscuro de ahí abajo —mascullé irritada mientras mis dedos se agarrotaban en mi falda concentrándome en que mis pies no acabasen enredados en las capas de tela.

A pesar de que lo había dicho por lo bajo, Kaden se giró y se detuvo a esperarme. Mi corazón se saltó un latido bajo la atenta inspección de los ojos grises y mi miedo a trastabillarme se incrementó.

Me habría sujetado a las paredes si no fuera por el repelo que me daba el ver a los guardas apartando y quemando las telarañas a su paso.

—No sabemos en qué estado están los escalones, quizá sería mejor que se sujetara a mí, su majestad. —Los ojos grises se mantuvieron sobre mí cuando me ofreció la mano.

Parpadeé. Su mano cálida rodeó la mía con firmeza, sin las falsas delicadezas tan típicas en la corte. Tal vez fuera esa diminuta diferencia la que de inmediato me hizo sentir segura y protegida. Me colocó la mano sobre su hombro y se dio la vuelta, pero no antes de que pudiera presenciar cómo sus pupilas se agrandaron. Tragué saliva ante el movimiento de sus definidos músculos bajo mis palmas. ¿Era eso lo que habría sentido si me hubiese hecho el amor la noche en la que se lo pedí?

Estuve a punto de romper el contacto con él, avergonzada de las reacciones de mi cuerpo. Solo la idea de que pudiera percatarse de lo que me provocaba me lo impidió. Para mi alivio, los escalones terminaron en un pequeño recibidor levemente iluminado por los huecos en el muro, lo que mitigó algo el efecto tétrico de aquella expedición.

—¿Cómo es posible que haya ventanas cuando se supone que estamos bajo tierra? —pregunté señalando los estrechos vanos que atravesaban los gruesos muros de piedra.

Fray Roland usó un pequeño taburete para subir y echar un vistazo por ellos.

—Dan a la ladera inaccesible de la colina, por eso no se ven desde fuera. Lástima que ya sea tan tarde, por la mañana seguramente entre luz suficiente como para poder prescindir de las antorchas —explicó, dirigiéndose impaciente al pasillo flanqueado por puertas a ambos lados.

Irene se colocó a mi lado y Kaden ordenó a dos de los escoltas que se colocaran a nuestras espaldas mientras él nos iluminaba el camino.

—Ese gesto en la escalera por parte del capitán ha sido interesante —me susurró Irene al oído.

—¡Irene! —siseé con una ojeada a la ancha espalda para comprobar que esta vez no nos hubiese oído.

—Tranquila, majestad. Solo es envidia —murmuró con sorna.

A medida que los soldados y fray Roland fueron abriendo las puertas y fuimos inspeccionando las estancias atiborradas de viejo mobiliario, objetos decorativos y todo tipo de cachivaches, mis miedos fueron esfumándose al mismo ritmo en que el entusiasmo de fray Roland iba acrecentándose. Viejos papiros, estatuas en mejor o peor estado, tapices, escudos y armas que parecían provenir de tropas extranjeras... Nada demasiado valioso, aunque sí lo suficientemente llamativo como para despertar nuestra curiosidad.

—Si me lo permite, señora, en el futuro me gustaría venir a revisar estas habitaciones con más tranquilidad —me comunicó fray Roland pasando la manga por el lomo de un grueso libro que aún parecía estar en buen estado.

—Por supuesto. Podría ser bueno que trajese a alguien que pudiera ayudarle a hacer un inventario —asentí, tapándome la nariz con un pañuelo cuando el polvo y el olor a rancio comenzaron a irritarme las fosas nasales.

—Lo que no entiendo es a cuento de qué venían esos rumores de que este sótano estaba prohibido para cualquiera que no fuese el rey o a quien él autorizase —comentó Irene desilusionada mientras apartaba un rollo de papiro con la punta de sus pies.

—Creo que he descubierto una posible causa —comentó el capitán en el momento en el que entró en la habitación.

—¿Cuál? ¿Dónde? —saltaron fray Roland e Irene al unísono.

El capitán titubeó e intercambió una mirada con mi tutor.

—No tengo muy claro que sea conveniente que lo vean.

—Iré a determinarlo —confirmó fray Roland.

Kaden carraspeó.

—Su merced tal vez sea el que menos debiera verlo —opinó.

—¡Pamplinas! —espetó fray Roland después de un breve titubeo.

—Capitán, quiero una palabra en privado con vos —exigí, adelantándome a Irene—. ¿Nos podéis conceder un momento? —le pedí a los demás. En cuanto se fueron, me giré hacia el capitán, cuyas facciones masculinas se veían acentuadas por los claros que la antorcha arrojaba sobre ellas—. ¿Qué tipo de peligro entraña lo que ha descubierto?

—En realidad, ninguno.

—¿Ninguno? —Lo miré boquiabierto—. Entonces, ¿por qué piensa que era mejor que no lo viéramos?

—Me refería al fraile. No sé si podría escandalizarse.

—¿Por qué cree que lo hará?

Él se rascó la barbilla antes de responder.

—Digamos que lo que he visto es una habitación que probablemente iba destinada a menesteres nada decentes a deducir por las pinturas que cubren sus paredes. He visto a religiosos

formar escándalos por menos de lo que hay ahí.

—Eh... oh... —Ladee la cabeza—. ¿Y cree que yo o mi prima no nos inmutaríamos ante ellas? —le pregunté cuando me di cuenta de que no había tratado de convencerme de que no fuera a verlo.

La comisura de sus labios tembló.

—Creo que es difícil permanecer impasible ante imágenes como esas, pero tiene razón, no tengo ni idea de cómo reaccionará ante ellas —admitió como si descubrirlo le produjera curiosidad.

Aun pasó un rato antes de que el capitán, mi tutor, Irene y yo nos adentrásemos en la estancia de la que me había hablado, mientras los guardias permanecieron en el pasillo.

—¡Madre del amor hermoso! —Con la mano sobre su pecho, Irene miraba con ojos como platos la imagen de un trío desnudo en el que una mujer se encontraba sentada a horcajadas sobre el regazo de un hombre y otro la penetraba desde atrás—. ¿Eso puede hacerse? —preguntó sobrecogida.

Con un codazo le recordé que nos encontrábamos en presencia de fray Roland, aunque este se había detenido tan impactado como lo estábamos nosotras ante los desnudos de dos mujeres que se acariciaban mutuamente.

En un silencioso pacto, todos avanzamos hacia la puerta al fondo de la habitación, aunque fue imposible no fijarse en el resto de las pinturas que decoraban aquel lugar. El capitán tuvo razón, era imposible no sentirse afectada de una u otra forma, aunque, lejos de sentirme repugnada, me sentí fascinada. Mis ojos se encontraron con los grises e inescrutables de Kaden, que parecía estar estudiando hasta mi más mínima reacción. Con un intenso calor en las mejillas proseguí mi camino, pasando de largo una pintura en la que un hombre se encontraba arrodillado ante una mujer con la cabeza entre sus muslos.

En la siguiente estancia, mucho mejor iluminada, seguían viéndose aquellas escandalosas pinturas, aunque lo que verdaderamente nos sorprendió fue la alberca llena de agua azul verdosa que se encontraba en el centro.

Arrodillándose, fray Roland restregó la manga de su hábito en amplios movimientos sobre el suelo para apartar el polvo acumulado. Cuando se incorporó, portaba una expresión de puro éxtasis.

—Se trata de mosaicos romanos. Vi unos similares durante mi estancia en Roma. Los dibujos geométricos son casi idénticos. Sí, estoy seguro de ello.

—Son bellos —admití al estudiar la figura de un pájaro que asemejaba un cuervo.

A pesar de las grietas, la suciedad, algunas zonas hundidas o teselas perdidas, aquella obra reflejaba la opulencia y el poder de una época pasada.

—Creo que ya sé lo que es esto —afirmó fray Roland con un vistazo a su alrededor.

—¿El cuarto de juegos libertinos de los romanos? —preguntó Irene con una risita.

—¡Irene! —siseé con una mirada disimulada hacia el fraile, quien me sorprendió cuando en vez de reaccionar sacudió pensativo la cabeza.

—Es un *balnea*, un baño, la versión privada de las termas. El agua seguramente proviene del arroyo, por eso no está estancada y en alguna cámara cercana debe de existir un sistema de calefacción con el que lo caldeaban.

—Vaya, eso es interesante. —Me acerqué al filo del enorme rectángulo y, tal y como había dicho mi tutor, bajo la porquería que flotaba en la superficie había agua clara.

—¿Cree que aún funcionará? —indagó Irene curiosa.

—Es posible —asintió fray Roland—. Usaban un mecanismo relativamente sencillo, no

debería ser difícil arreglar los posibles desperfectos que haya causado el tiempo.

Irene se giró hacia mí con un brillo pícaro en sus ojos.

—Deberías hacer que lo limpien y lo arreglen para que podamos usarlo.

—No lo sé... No sé si será apropiado... —Le eché una incómoda ojeada a la pared con las imágenes desnudas y luego a fray Roland.

El fraile siguió mi mirada hacia los frescos.

—Debería pedirle que se destruyesen esas imágenes paganas, pero mentiría si afirmara que no aprecio su belleza. —Después de una breve pausa, fray Roland miró a Kaden con una dura mirada—. Jamás he estado aquí. —Esperó a que el capitán asintiera en silencio para girarse hacia mí—. Sospecho que os vendría bien tener estos baños como una zona íntima en la que pueda refugiarse y pensar con libertad. Echadle cuenta a vuestra prima, pero reservad la entrada a personas de confianza y haced que os hagan unas cortinas o unos biombos que cubran las pinturas más escandalosas. Reina o no, arte o no, sigue siendo una mujer rodeada por personas con una visión muy limitada del mundo.

—¡Bien! —Irene tocó las palmas—. Y, entonces, ¿cómo lo hacemos?

Fray Roland dio un suspiro y se pasó una mano por los ojos.

—Capitán, acompáñelas arriba y después regrese. Necesito que me ayude a buscar la estancia en la que calentaban el agua. Si logramos que funcione, ya habrá tiempo de pensar en lo demás.

CAPÍTULO 14

MARÍA



Nunca me había atraído la idea de tener damas de compañía y, ahora que tenía a una docena y que al menos la mitad de ellas siempre se encontraba a mi alrededor, era como si me hubiese tragado una vasija de tierra y el barro se me hubiera espesado en el paladar hasta invadir mis fosas nasales, impidiéndome respirar o tragar.

Si ya en condiciones normales me incomodaba y me sentía prisionera de mi propia corona, en instantes como aquel, en que venía de una de esas interminables discusiones con mis supuestos consejeros, verme escoltada por aquellas mujeres desconocidas de intachable virtud (o al menos de eso era de lo que presumían sus familias) y de la media docena de guardias a través de los estrechos pasillos, no solo me resultaba asfixiante, sino además enervante.

A sabiendas de que mis escoltas tenían órdenes estrictas de no perderme de vista, y que un paseo sin séquito por el castillo solo invitaría a la gente a acercarse a mí para someterme a una de sus eternas sesiones de quejas colmadas de peticiones y exigencias, esperé a llegar a mis aposentos para dejar a los centinelas en la puerta y dirigirme a mis damas.

—Voy a descansar un rato... a solas —especifiqué cuando algunas hicieron el intento de seguirme a mi alcoba.

Ninguna trató de ofrecerse a abrimme el edredón o a ayudarme a ponerme más cómoda, la mayoría se dirigió a las sillas apostadas frente a la chimenea para retomar sus bordados mientras una de ellas cogió un laúd. Probablemente las dos semanas que llevábamos juntas habían sido adiestramiento suficiente como para que supieran que la insistencia solo les cosecharía una mirada fulminante o una respuesta cortante por mi parte. Debería experimentar algún tipo de sentimiento de culpabilidad por tratarlas así, pero me encontraba demasiado cansada para hacerlo.

—Su majestad... —lady Rebeca titubeó.

—¿Sí?

—Si no le hago falta, ¿podría aprovechar un momento para hacer un recado? Necesito... enviarle un mensaje a mi madre —farfulló con tanta rapidez que la estudié con más detenimiento

Fue inevitable reparar en el tono carmesí que invadió sus mejillas.

—Por supuesto, no hay problema. —Sonreí aun cuando mi espalda se había puesto tan rígida que me dolía a la altura de mis hombros.

En cuanto cerré la puerta de mi alcoba tras de mí y comprobé que al fin estaba a solas, solté un pesado suspiro y me apoyé en ella. Tendría que ordenar a mi guardia que se ocupase de

vigilar a lady Rebeca y su padre. Si planificaban poner en marcha algún tipo de artimaña para acabar conmigo me urgía descubrirlo por la cuenta que me traía.

Acercándome a la ventana consideré el asunto. ¿Arriesgaría Redland a su hija en su propósito de deshacerse de mí? ¿O simplemente la usaba para conseguir la información que requería?

Redland pasó a un segundo plano en cuanto reconocí abajo, en el campo de entrenamiento, al hombre que estaba impartiendo clases de espada al pequeño Bryan. Por más que el pobre chico lo intentara, el capitán siempre contrarrestaba sus ataques con total parsimonia, casi como si pudiese leerle la mente y anticiparse a sus intenciones. Cuando el pilluelo cayó sobre sus posaderas y acabó por dejarse caer de espaldas y tirarse frustrado de los pelos, en mis labios se extendió la primera sonrisa sincera del día.

Podía ponerme en su pellejo. Sin demasiadas palabras y con una impasibilidad absoluta, el capitán lograba mantener un constante dominio de la situación, ya fuera con las armas o en cualquier otra circunstancia. Era algo que podía resultar exasperante. Lo admiraba y conseguía que me sintiese segura en su presencia, pero al mismo tiempo me volvía consciente de lo difícil que me resultaba controlar mis propias emociones y anticiparme a los movimientos de los demás.

Apenas hubo unos breves toques de aviso en la puerta cuando Irene ya se encontraba en mi dormitorio inspeccionándome con una ceja arqueada.

—¿Volvemos a escondernos? —se burló.

—¿Esperabas encontrarme bordando con mis damas? —pregunté con ironía, apartándome un poco de la ventana para impedir que descubriera lo que había estado haciendo.

Lo único que me faltaba era que me pillase, una vez más, espionando al atractivo capitán. Ya lo había hecho un par de veces y dudaba mucho que me dejase escapar indemne con una tercera.

—Te está costando adaptarte, ¿no? —Su tono divertido se esfumó al sentarse en el filo de mi cama y en sus ojos se reflejó la preocupación.

—Cualquiera diría que soy la persona más poderosa y libre de estas tierras. Si mis súbditos supiesen cuál es la realidad que se oculta detrás de tantas apariencias... —Solté una carcajada seca—. Es como si estuviese encerrada en una jaula que no me permite moverme más allá de sus fronteras. ¿Conoces a alguien que tenga menos intimidad que yo? No solo estoy atrapada en sus confines, sino que estoy expuesta e indefensa ante todos. Es... la peor tortura que jamás imaginé —confesé.

Ambas guardamos silencio, hasta que ella dio una palmada y se levantó de un salto.

—Y precisamente por eso te va a venir bien la sorpresa que te tengo preparada.

—¿Una sorpresa?

Su rostro se iluminó.

—Te va a encantar. Ya está casi todo preparado, espera a que avise a las criadas y podemos irnos.

—¿Irnos a dónde? —Fruncí desconfiada la nariz ante su exagerado entusiasmo.

—Espera y lo verás. Ven, vamos —gritó antes de desaparecer por la puerta.

Con un profundo suspiro eché un último vistazo por la cristalera. En ese preciso instante el capitán se giró como si acabase de llamarlo alguien y varios cuervos salieron volando alarmados. Bajando la espada, Kaden le comentó algo a Bryan y salió del campo de entrenamiento. Me acerqué a la ventana para comprobar a dónde iba y casi dejé de respirar al ver cómo, tras echar una rápida mirada a su alrededor, le ponía a la hija de Redland la mano en la parte baja de la espalda para llevársela de allí.

—¿María? ¿Vienes? —La voz de Irene me hizo girarme sobresaltada—. ¿Qué sucede? —Se

arrimó a mí para comprobar qué era lo que había estado mirando y me echó una ojeada intrigada cuando no vio nada especial en el paisaje que se extendía ante nosotras.

—¿Debería ocurrir algo? —pregunté en un intento por no mentir.

—Vamos. Te prometo que en un rato vas a sentirte mucho mejor —me aseguró dándome un abrazo.

Aunque no le di crédito, tuvo razón.

—¡Dios! Estos romanos sabían cómo disfrutar de la vida —gimió Irene hundiendo la cabeza en el agua caliente de la terma.

—Brindo por eso —coincidió, tomando el enésimo sorbo de mi copa de vino que sin duda reforzaba el efecto relajante que el baño estaba ejerciendo sobre mí.

—¿Sabes lo que falta? —Irene alargó el brazo para pillar un trocito de bizcocho de la bandeja que teníamos en el borde—. La próxima vez deberíamos venir solas, sin criadas, y abrir esas cortinas para poder admirar los frescos en las paredes.

—Eso sería un verdadero escándalo si alguien se enterase. —Se me escapó una risita al imaginarme los rostros de mis puritanos cortesanos ante las decadentes imágenes que se escondían tras las recién colocadas cortinas.

¿Qué diría lady Hemsworth si las viese? ¿Y el conde de Redland y compañía?

—Y eso lo dice la Reina Puta —se mofó ella—. No creo que puedas escandalizarlos más de lo que ya has hecho.

—Cierto, soy la Reina Puta, ya no puedo ser más puta de lo que soy, ¿no? —espeté con sequedad.

—¿Qué más da lo que piensen? Te ha funcionado. Les has puesto una soga al cuello tan firme que nadie más se atreve a afirmar que ha estado contigo y hasta has logrado recaudar el dinero que te hacía falta para pasar el invierno. De modo que no le des más vueltas. —Irene me metió un trocito de bizcocho en la boca y tomó un trago de su copa.

—¿Sabes? A veces me he llegado a plantear lo conveniente que habría sido si de verdad fuera una, una ramera me refiero. Posiblemente no tendría tantos enemigos y, a lo mejor, hasta habría conseguido algunos apoyos.

—O al menos hubieras resuelto algunas incógnitas interesantes o descubierto las intrigas que hay por estos lares —coincidió Irene—. Mi prima Madeleine me contó una vez sobre el poder que tenía en la corte de la Isla de Francia una de sus cortesanas más renombradas. Se rumoreaba de ella que custodiaba los secretos más importantes del reino.

—Lo recuerdo, estaba allí cuando lo relató. ¿Piensas que sería cierto que incluso conocía los secretos mejor guardados de la Iglesia?

—¿Quieres la verdad? —susurró Irene moviendo ambas cejas hasta que rompimos a reír—. No me cabe la menor duda de que sabía más sobre la Iglesia de esa nación que el mismo Papa —confesó sin dejar de reír.

—Me vendría bien una asesora con esos conocimientos y relaciones —bromeé con un resoplido.

—¿Y por qué no te buscas a una?

—No creo que... ¿Lo estás diciendo en serio? —me aseguré al verle la cara.

—¿Qué tienes que perder? —preguntó seria.

—No tengo claro que pueda fiarme de alguien así —admití.

—Somos mujeres en un mundo de hombres. Lo único que hacemos es sobrevivir. ¿Piensas que ellas hacen algo diferente a nosotras? ¿Cuántas esposas se venden a sus maridos por mucho menos que ellas? ¿De dónde supones que surgió el rumor sobre ese fantasma que complace a las

mujeres insatisfechas en el castillo? Nos han educado para creer que es nuestra obligación casarnos y servir a nuestros maridos, y que eso justifica ante los ojos del Altísimo que nos abramos de piernas y soportemos que ellos se desahoguen en nosotras mientras miramos el techo y esperamos a que terminen. ¿En serio consideras que eso nos diferencia de las rameras que cobran por su trabajo?

Cerré los ojos y apoyé la cabeza atrás. ¿Qué podía argumentar contra aquel razonamiento? Nada, nada en absoluto.

—Tienes razón. No es justo juzgar a las que pasan por ahí o que hayan elegido ese camino.

—Hemos tenido a amigas que han tenido que sufrir ese tipo de matrimonios —me recordó Irene—. ¿Has despreciado a alguna porque llorase al tener que pasar por ese trance con su anciano marido? ¿O porque terminase por ponerle los cuernos con alguien más joven y apuesto?

—No, nunca —confirmé, a pesar de que ella ya conocía la respuesta—. Pero no tengo ni idea tampoco de cómo contactar a una cortesana lo suficientemente poderosa y bien relacionada como para que pudiera servirnos.

—¿Y si le preguntas al capitán? Parece que te es leal y que confías en él.

Estuve a punto de confesarle que ya no estaba tan segura de poder confiar en él, sin embargo, por algún motivo, opté por mantener ese hecho para mí. Necesitaba reflexionar sobre lo que había presenciado, pero prefería hacerlo a solas, cuando pudiera manejar los sentimientos implicados y, sobre todo, el peso que se había instaurado en mi pecho.

—Quizá lo haga —dije sin comprometerme a nada, cosechándome una mirada suspicaz de mi prima.

CAPÍTULO 15

MARÍA



El capitán iba señalándome el camino mientras recorríamos las laberínticas callejuelas hasta la taberna. De tanto en tanto, me echaba un vistazo con el ceño fruncido y los labios apretados en una fina línea. Puede que lo hiciese para comprobar si seguía con la cabeza agachada y tapada por la amplia capucha de mi capa, tal y como me había indicado o, tal vez, fuera sencillamente, porque continuaba enojado porque hubiese decidido salir de incógnito para encontrarme con la cortesana más famosa del reino, en contra de su insistente consejo.

Después de toparnos con varios borrachos pujando por una prostituta y metiéndole mano a plena luz del día entre risas y jolgorios, tuve que reconocer que yo también había comenzado a poner en duda mi salida a escondidas del castillo. ¿Había sido idea mía o de Irene? Ya no lo tenía claro. ¿Qué ocurriría si alguien trataba de atacarnos o si me reconocían? ¿Podría protegerme el capitán? Me constaba que era bueno luchando, el mejor de mis hombres de hecho, pero ¿bastaría eso si lo atacaban varios hombres? Mis dedos se aferraron al mango de la daga que ocultaba en mi limosnera y, como solía ocurrir, me relajé un poco. No era una experta luchadora, aunque contaba con la ventaja de que pocos esperaban que supiera defenderme.

Apartándome con un salto al grito de: «¡Agua va!», mis pensamientos retornaron a la discusión nada amistosa que había mantenido con el capitán esa mañana. Con aquello de «es una vieja amiga», ¿se había referido a que la cortesana y él eran amigos de verdad o a que había existido algo más entre ellos? Me mordí los labios al considerar que, si alguna vez habían sido amantes, quizá todavía seguían siéndolo. De alguna forma, aquella no era una idea que me agradase. Ignoré la vocecita de mi mente que me advertía que solo estaba molesta porque no me gustaba verlo con otras mujeres, y traté de enumerar una lista de motivos por los que era contraproducente que se citase con alguien como la famosa y polémica lady Eleora.

Terminé por avergonzarme de mí misma cuando caí en la cuenta de que las razones por las que podría ser inadecuado que él se relacionase con aquella famosa meretriz eran los mismos argumentos que esgrimía el capitán sobre cuán perjudicial podría resultar que la gente pudiese verme con ella. ¿Qué demonios me estaba ocurriendo? ¿Había empezado a usar un doble rasero para interpretar las situaciones? Iba a tener que replantearme muy seriamente aquella cuestión, pero no iba a ser en aquel momento. No cuando acabábamos de entrar a la taberna El Pato Cojo y el capitán me condujo entre las mesas hasta llegar a la barra.

Fue suficiente un breve intercambio de palabras con el tabernero y unas monedas para que este cogiera dos jarras y nos guiase a una habitación trasera, alejada del bullicio del resto del

local. En cuanto pasamos, la mujer sentada ante la chimenea se levantó con sosegada elegancia y esperó en silencio a que el tabernero dejase las bebidas en la mesa y se marchase.

Me bastó un único vistazo para comprender por qué los hombres más influyentes y ricos de Lanlow la codiciaban. No solo era de una belleza extraordinaria, casi etérea, en la que se combinaban la delicadeza de su tez inmaculada con la fortaleza interior reflejada en sus facciones ligeramente angulosas, sino la impresión que provocaba en su conjunto: su porte orgulloso y sus ademanes absolutamente exquisitos, unidos a un aire de misterio e inaccesibilidad que despertaba, sin duda, la curiosidad y el deseo de cualquiera que tuviese la dicha de estar en su cercanía. Incluso a mí, como mujer, me afectaba el aura que desprendía.

El capitán no perdió el tiempo y, tan pronto como quedamos a solas, aseguró la puerta con una silla.

—Majestad, déjeme que le presente a lady Eleora... —titubeó, pero ella se limitó a arquear una ceja, como si le divirtiese su intento por sacarle la información que faltaba.

Cuando quedó claro que ella no pensaba revelarnos su apellido, rompí el incómodo silencio.

—Estoy encantada de conocerla, lady Eleora.

No se me escapó la confusión en sus ojos cuando repitió su reverencia.

—El honor es mío, su majestad.

—¿Le importaría tomar asiento? Me gustaría tratar un tema un tanto delicado. —Le señalé una de las sillas frente a la chimenea.

—¿En qué puedo ayudarla, majestad?

—Voy a ir directa al grano. —Me senté y aguardé a que ella siguiera mi invitación—. Quiero contratar sus servicios.

—¿Sabe lo que soy? —Si le sorprendió, en esta ocasión no lo mostró.

—No estaría aquí si no estuviera al tanto.

—¿Me estáis pidiendo que trabaje para vos, su majestad? —Eleora arqueó una ceja y le echó una ojeada al rostro indescifrable del capitán, que se había apostado ante la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho—. ¿En qué me convertiría eso? ¿En una prostituta real?

—¡No! ¡Por supuesto que no sería para eso! Jamás le pediría a otra mujer que vendiera su cuerpo por mí.

—Entonces, ¿qué es lo que desea? —indagó ladeando la cabeza.

—Seamos sinceras. No ha llegado a ser quien es si no fuese una mujer inteligente, y eso es precisamente lo que necesito ahora mismo para gobernar mi reino. Alguien que pueda aconsejarme y que me ofrezca una perspectiva diferente de la que puedan darme mis consejeros.

—¿Aconsejarla? ¿Yo? Su merced, ni siquiera me conoce. ¿Por qué habría de interesarle lo que yo piense?

Tomé una profunda inspiración. Le había dicho que quería sinceridad entre nosotras, y eso era justo lo que pensaba darle.

—¿La verdad? Lo sabe de sobra. Los nobles más poderosos de Lanlow han pasado por su lecho, entre ellos mis enemigos, los que planean arrebatar me el trono de un modo u otro. También lo han hecho sus secretos y sus confesiones. Los ha tratado a un nivel íntimo y confidencial, sabe de qué pie cojean y, lo queramos o no, esa es una información valiosa, lady Eleora.

—Aaah, ya veo a dónde quiere llegar. —Eleora ojeó de forma casual el bordado de su pañuelo y repasó con la punta de sus dedos las diminutas puntadas.

—¿Y? —Comencé a impacientarme.

Era fácil adivinar que trataba de ganar tiempo para valorar mi propuesta. Me habría

decepcionado si no lo hubiese hecho, pero ser consciente de ello no hacía mas corta la espera a su respuesta.

Al fin, Eleora alzó la cabeza.

—Confío en que sepa disculparme, su majestad, pero las cosas me van bien tal como están. Prefiero no pillarme los dedos entrando en un juego que puede llegar a ser peligroso, en especial para alguien como yo. Por mucho menos han acabado mujeres como yo acuchilladas por la calle o acusadas de brujería y llevadas a la hoguera.

—Nadie tiene por qué enterarse —insistí.

—No pretendo ofenderla, majestad, pero esa es una visión un tanto inocente de la vida. En su castillo las paredes tienen oídos, créame.

Me froté los brazos ante el repentino escalofrío que me recorrió. Por el rabillo del ojo percibí cómo el capitán también se puso rígido frente a aquella afirmación. No era algo que no hubiésemos sospechado de antemano, pero oírlo de labios de alguien como lady Eleora era muy diferente.

—Ese probablemente solo sea un motivo más por el que me vendría bien una mujer como vos a mi lado.

Eleora sonrió con sarcasmo.

—No creo que a mí me convenga estar al lado del suyo.

—Entiendo... —Me acerqué al fuego y estiré las manos para calentármelas mientras me planteaba un cambio de estrategia—. Y dígame una cosa, querida Eleora, ¿cuántos años tiene?

—Treinta y siete. —Alzó altiva la barbilla para señalarme que no se avergonzaba de cómo la había tratado el paso del tiempo.

—Vaya, se conserva muy bien —admití con sinceridad.

—Gracias. Como verá, no soy de las que esconden su edad.

—No se tome a mal lo que voy a preguntarle, pero... ¿qué hará cuando sea demasiado anciana para seguir desempeñando su oficio?

La sonrisa de Eleora desapareció de su semblante.

—¿Qué está insinuando?

—No estoy insinuando nada, pero admitámoslo: los años pasan volando y las mujeres no tenemos la ventaja de los hombres, nuestra hermosura y nuestro cuerpo se marchita antes de lo que nos gustaría. ¿Qué hará cuando una cortesana más joven y más hermosa le robe a sus actuales clientes? —Dejó que el silencio hiciera su trabajo antes de volver a hablar—. ¿No sería mucho más conveniente vivir en un hermoso castillo y bajo la protección de una soberana que acabar en la calle?

—Por ahora esa no es mi situación —replicó Eleora con frialdad—. Aceptar su proposición no solo pondría en riesgo mi vida, también conllevaría una pérdida precipitada de mis clientes y de mis ingresos. Dispongo de la suficiente información sobre la Casa Real como para saber de buena tinta que no está pasando por su mejor momento y, créame, no tendría dinero para pagarme.

—Tiene razón. Probablemente, aunque quisiera, no podría pagarle lo que está recibiendo de sus admiradores más generosos. Sin embargo, no le he pedido que abandone su rutina o su profesión. Y nadie tiene que enterarse de nuestra conexión. No tengo inconvenientes en que siga ejerciendo su oficio si así lo desea. Lo que me interesa es su consejo y su visión de mundo. Y si el día de mañana decidiese abandonar sus actividades más lucrativas, tendría las espaldas cubiertas a través de su posición en mi corte.

Eleora se echó atrás en el asiento y me estudió con atención.

—¿Y mi reputación?

Parpadeé confundida.

—Si no le importa ahora, ¿porqué habría de importarle en el futuro?

—Me refería a lo que mi reputación le haría a la suya —aclaró.

—¿De qué me sirve mi reputación si estoy muerta? —le pregunté de vuelta—. Además, ¿no cree que, si el reino vuelve a florecer, con el tiempo olvidarán algunos de mis pequeños fallos?

Le mantuve la mirada mientras una pequeña sonrisa se extendió sobre sus sensuales labios.

—La gente está equivocada. Sois mucho más capaz e inteligente de lo que imaginan, y apuesto a que más de uno se llevará una tremenda sorpresa por ello.

CAPÍTULO 16

KADEN



Hicimos el camino de regreso al castillo en un tenso silencio, que no se rompió ni siquiera cuando dejamos los caballos en el establo. Me constaba que ella había empezado a molestarse con mi actitud, pero, por una vez, no estuve dispuesto a hacer nada por redimirme.

No fue hasta que atravesamos el corredor vacío de camino a sus aposentos que se giró hacia mí poniendo los brazos en jarras.

—De acuerdo, vale, he hecho un trato con una cortesana. ¿Y qué? Dudo que eso suponga el fin del mundo —siseó con ojos brillantes y una postura sensual que me hacía desear cogerla en brazos y besarla hasta que su cuerpo perdiese la rigidez y acabase amoldándose al mío como sabía que podía hacerlo.

—No es por el hecho de que lady Eleora sea una cortesana —gruñí, molesto con la facilidad con la que mi anatomía respondía a su proximidad incluso en un momento como aquel.

—Entonces, ¿por qué? —exigió irritada.

—Porque estás jugando con fuego —respondí demasiado enfadado como para mantener el protocolo.

—¿Jugando con fuego? ¿Cuándo no he estado jugando con fuego desde que llegué aquí? ¿Crees que me divierte? —me preguntó sin reparar en que había comenzado a tutearla.

—A eso voy. No paras de hacerlo. Los estás provocando y eso, a la larga, no puede acabar bien.

—¿Provocarlos? ¡Son ellos los que me provocan a mí! ¡Ellos son los que me amenazan! Si los dejase, no dudarían ni un segundo en borrar me del mapa, ¿y tú me dices que no puede terminar bien? ¿Qué se supone que debería hacer?

Solté un profundo suspiro, no es que no pudiese comprender su punto de vista, pero dudaba sinceramente que a ese paso la llevara a un sitio que no fuera la tumba.

—No te he visto hacer ni una sola tentativa por ganártelos, todo lo que haces va enfocado a luchar contra ellos o a vencerlos.

Ella abrió la boca para responder, pero de buenas a primeras volvió a cerrarla, se dio la vuelta y prosiguió su camino dejándome allí de pie. Mascullando una maldición, la seguí.

—Su majestad, su majestad...

—Déjate de cortesías y títulos, ya llevas un buen rato tuteándome —me soltó entre dientes.

—Yo no...

Los centinelas apostados ante su puerta se enderezaron tan pronto nos vieron llegar.

—Dejadnos, quiero hablar con el capitán —les indicó a las damas que se encontraban en la antecámara de su alcoba.

Las mujeres dejaron lo que estaban haciendo y abandonaron enseguida la habitación, probablemente azuzadas por el tono inflexible de su soberana. Rebeca me echó una ojeada inquieta al pasar por mi lado, a lo que respondí con una leve negación de cabeza, señalándole que no necesitaba preocuparse por mí. Me congelé en el preciso instante en que encontré los penetrantes ojos de la reina considerándome con frialdad.

—Se acabaron los juegucitos, capitán. ¿Qué hay entre vos y la hija del conde de Redland?

Supe que iba a interrogarme incluso antes de que la puerta se cerrase y nos quedáramos a solas, aunque no me esperaba que fuera directa al grano, y menos que me confrontase sobre Rebeca.

—Nada. —Sostuve su inquisitorial mirada.

—¿Nada? ¿Y espera que me lo crea?

—Nada que pueda afectarla, su majestad —respondí armándome de paciencia.

—Nada que pueda afectarme —repitió despacio. Se acercó a una ventana y me dio la espalda—. ¿Y es consciente de que el conde es uno de mis rivales más hostiles en esta corte, uno de los que más motivos tiene para quitarme de en medio?

Apreté los dientes ante su insinuación.

—Le juré que la protegería a cualquier precio, puede tener la certeza de que jamás haría nada por ponerla en peligro y que, desde luego, no tengo ni la más mínima intención de venderla a Redland.

—Ya... —Ella ladeó la cabeza al estudiarme de nuevo—. ¿En serio es tan inocente de creer que puede tontear con su hija y no verse envuelto en una de sus tretas o manipulaciones?

—No estoy tonteando con ella. —Me erguí orgulloso a pesar de mi frustración.

—De acuerdo —replicó ella con una repentina dulzura, una que me puso los vellos de la nuca de punta porque era idéntica a la que empleaba cada vez que enredaba a alguno de sus enemigos en una de sus trampas—. Si no está tonteando con ella y tampoco está tramando nada, explíqueme por qué queda con ella en secreto fuera de la vista de los demás, ¿y a qué vienen todas esas miraditas o los gestos que comparten?

¿Cómo demonios había conseguido averiguar que Rebeca y yo nos escapábamos juntos en busca de privacidad? ¿Y por qué diantres tenía que ser tan observadora? Había hombres en mi guardia que no eran ni la mitad de perspicaces que ella. Maldije para mis adentros y busqué una excusa, percatándome de que no existía ninguna más allá de la verdad o al menos de la parte que podía confesarle.

—Es cierto que en ocasiones converso con ella, pero no hay nada de lo que deba preocuparse, su majestad.

—¿Compromete el honor de una de mis damas y no debo preocuparme? —espetó con ironía.

—Yo no...

—Cambiemos la pregunta, capitán. ¿Cuán importante considera a lady Rebeca en su vida?

No sé qué causó el descubrimiento, puede que fuera el veneno que se infiltraba en sus palabras o su exagerado desdén por algo que no debería haberle preocupado, pero de repente lo comprendí. Estaba celosa. Los latidos de mi corazón se desbocaron, ganando en fuerza, y la euforia se extendió por mi pecho, seguido de inmediato por la inquietud de lo que podría ocurrir si no conseguía aclararle la situación. El mayor problema era que no sabía cómo reaccionaría si llegaba a enterarse de lo que pasaba y que tenía las manos atadas para confesárselo.

—Mucho —admití con honestidad.

—Ya veo.

Con las palmas hacia arriba di un paso en su dirección.

—Su majestad, por favor, sé lo que parece, pero le garantizo que no es nada de lo que pueda imaginar.

—Entonces, ¿por qué no me lo cuenta?

—Porque no puedo. Di mi palabra de que no lo haría y para los hombres como yo es lo único que tenemos.

—¿Por qué habría de fiarme de vos?

El dolor en sus ojos consiguió que mi corazón se encogiera. Ella creía que estaba tratando de engañarla. Sin pensarlo me acerqué a ella y le tomé ambas manos mientras le mantuve la mirada.

—Me exigiste que te jurase lealtad como al resto de la guardia, y fui más allá, comprometiéndome a protegerte con mi vida sin que me lo pidieses. Jamás le hice ese juramento a mi anterior soberano. ¿Lo habría hecho por él? Es posible, dependiendo de las circunstancias. No obstante, si alguien me hubiera pedido que diese mi vida por él, me lo habría pensado y puede que incluso rechazado.

—¿Por qué?

A pesar de que todo lo que había dicho era cierto, aquella era una pregunta a la que aún no había sido capaz de enfrentarme y mucho menos responder.

—¿Importa? Te estoy entregando mi lealtad más allá del deber.

—¡Basta ya! —Se apartó furiosa de mí—. No puedes pedirme sin más que me fíe de ti.

—¿Por qué no? —Fue mi turno de afrontarla.

—¡Porque eres un hombre! ¡Los hombres prometéis cualquier cosa con tal de que os creamos y os dejemos saliros con la vuestra!

La seguí hasta dejarla atrapada contra la pared y, con una mano a cada lado de la cabeza, no le dejé más remedio que mirarme.

—Vale, lo entiendo, pero volveré a reafirmarte mi promesa todas las veces que necesites hasta que te la creas. No me importa el tiempo que requieras para hacerlo —espeté entre dientes, deseando que confiara en mí, aunque solo fuera esa única vez.

De repente me volví consciente de nuestra cercanía, la manera en que el calor de nuestros cuerpos se entremezclaba y nuestros alientos se fundían. Supe que debía separarme de ella, tenía que hacerlo, pero mis extremidades no respondieron a la débil orden de mis pensamientos.

Mi mirada cayó sobre la suave curvatura de sus senos. No se me escapó la manera en la que la subida y bajada de sus pechos se tornó más rápida y pronunciada bajo mi atención, ni cómo sus labios se entreabrieron o el modo en que su furia se fue tornando en pasión, la misma que a mí me quemaba desde dentro, urgiéndome a olvidarme de quienes éramos, lo que se esperaba de nosotros o las amenazas que nos rodeaban.

—Capitán... —su voz fue apenas una respiración, un soplo cálido que me acarició la tez y me recorrió las venas con un tentador cosquilleo que acabó por alojarse en mi ingle.

—Odio cuando me llamas eso —murmuré, fascinado por cómo sus labios parecían mucho más jugosos y tentadores desde la cercanía.

—¿Prefieres que te llame Kaden?

Mi anatomía replicó con una incuestionable afirmación, pero antes de que consiguiera traducir aquella respuesta a palabras sonó un golpeteo nervioso en la puerta.

—¿Capitán? —resonó desde afuera uno de mis hombres.

—Adelante —contesté, alejándome de ella y pasándome instintivamente una mano por los

cabellos, como si con ello pudiera borrar las prohibidas intenciones que inundaban mi mente.

—Su majestad. —Tras una inclinación a la reina, el guardia se dirigió a mí—. Hemos atrapado a un intruso. Sospechamos que pretendía atentar contra la vida de su majestad.

Mis puños se crisparon, mi pulso se aceleró y mis ganas de matar a alguien con mis manos desnudas sustituyeron por completo el tormentoso deseo que me había dominado apenas unos instantes antes.

—¿Quién y dónde está? —rugí fuera de control hasta que advertí el asustado paso atrás que dio mi reina y el miedo en sus ojos. Ni siquiera su bien entrenada impasibilidad era capaz de encubrir su repentino terror.

—Es un forastero. Lo están interrogando en los calabozos. Tratamos de avisar al general, pero no se encuentra en el castillo.

Con una profunda inspiración relajé mis manos y asentí.

—Quiero que se duplique la guardia ante la puerta de estos aposentos y cuatro hombres a ambos lados del pasillo. Avísame cuando esté hecho, me haré cargo personalmente del interrogatorio. Y que no le pase nada al prisionero hasta que yo llegue —advertí con una tensa calma.

—A la orden, capitán.

—¿Se encuentra bien, majestad? —indagué mientras trataba de mantener mi genio bajo control.

A pesar de que no había nada que quisiera más que envolverla en mis brazos y reafirmarle una vez más que la mantendría a salvo a cualquier coste, y que jamás permitiría que le ocurriese nada, regresé a las fórmulas y protocolos que nos distanciaban y nos ponían a cada uno en su lugar. Me gustara o no, ella era la reina y yo su siervo, e iba a ser bastante más efectivo protegerla si mantenía las distancias que si me perdía en las emociones que me provocaba.

Ella me estudió con ojos cargados de emociones. El dolor se entremezcló con el miedo, como si le afectase aquel distanciamiento tanto como a mí. Apreté la mandíbula y le sostuve la mirada aun cuando me desgarraba por dentro que ella pudiera estar sufriendo.

—Si han apresado al intruso, ¿no debería haber pasado el peligro? —Su voz tembló ligeramente.

Estuve tentado de mentirle y liberarla de su angustia. Con cualquier otra lo hubiera hecho, pero recordé nuestra conversación sobre Rebeca, sobre las cosas que no podía confesarle, y me negué a ocultarle nada más.

—Debería, pero primero indagaremos si hay más implicados y cómo pretendían dañarla. Es necesario eliminar cualquier posible amenaza. Por ahora no coma ni beba nada hasta que lo hayamos averiguado.

—¿Y si no lo confiesa o si lo que cuenta es alguna mentira? —inquirió frotándose los brazos en un gesto tan vulnerable que me hizo falta toda mi fuerza de voluntad para resistirme a abrazarla.

—Créame, tarde o temprano soltará la verdad —le aseguré con el firme propósito de convertirlo en realidad, aunque me condenase a los siete fuegos del infierno por ello—. Incluido el nombre de quién le pagó.

—Tardará en conseguirlo. No creo que quien esté detrás no haya tenido en consideración que pudieran prender a su esbirro. Incluso podría ser que solo sea una distracción para camuflar el verdadero intento de asesinato —concluyó en voz alta mis propias sospechas.

—Manténgase aquí, preferentemente acompañada por su prima. Reforzaré aún más la vigilancia en las puertas. Haga que sus damas prueben cualquier líquido o alimento un buen rato

antes de hacerlo vos y...

—¡No puedo hacer eso! —exclamó como si le hubiese pedido que les clavara una daga en el corazón—. Ellas no tienen la culpa de las maquinaciones de sus padres.

Fui a recordarle que su objetivo al elegir a aquellas mujeres había sido precisamente aquella, la de usarlas con la intención de salvaguardarse de los ardides de sus progenitores, pero, al pensar en Rebeca y que pudiese ser ella a quien le tocase probar la comida envenenada, cambié de opinión.

—Me acercaré yo mismo al pueblo y le conseguiré alimentos y bebida de la que estemos seguros que no esté adulterada.

—De acuerdo, pero esperaré en los baños romanos, no aquí.

—Estará más segura aquí.

—Aquí es donde esperan que esté —me retó con la barbilla alzada—. Además, solo existe una única entrada a esa parte del sótano y no es una zona transitada como lo son el resto de las áreas del castillo. Será mucho más sencilla de defender.

—Acepto su lógica. —Me saqué la daga de mi bota y se la ofrecí—. Pero prométame que evitará quedarse a solas.

—No me hace falta, gracias —me dijo apartando la mirada.

—La suya es muy bonita y valiosa, y los rubíes serán una buena distracción si pretendieran atacarla o raptarla, pero nadie esperará de su majestad que tenga escondida una más.

—¿Cómo sabe que llevo una? —preguntó boquiabierta.

—Una mujer como vos no dejaría su protección completamente en las manos de otros.

—¿Y cómo sabe que lleva rubíes? Jamás se la he enseñado —insistió ella.

Sonreí sin alegría.

—Le juré protegerla, eso incluye conocer de antemano hasta qué punto es capaz de defenderse por sí misma si surge la ocasión.

—Pero ¿cómo...?

—Llevamos toda la tarde juntos y le recuerdo que fui ladrón antes de formar parte de su guardia.

—¿Me sacó la daga de la limosnera sin que me percatara? —Me miró incrédula.

Encogí un hombro.

—No estoy orgulloso de ello, pero era bueno en lo que hacía.

CAPÍTULO 17

KADEN



Mis nudillos chocaron por enésima vez contra la mandíbula del apuesto forastero, impulsándole la cabeza hacia atrás y dejándome sentir la irregular hilera de dientes a través del fino tejido de su labio hinchado mientras los grilletes que lo sujetaban resonaban a través de la oscura habitación.

Ignorando la sangre de mis nudillos me sequé el sudor de la frente. Llevábamos más de una hora en los calabozos y lo más que habíamos conseguido sacarle eran frases sin sentido.

—Creo que ha llegado el momento de pasarlo a la sala de torturas —murmuró McGuiarre a mi lado.

—¿Huh? ¿Sala de torturas? Yo preferiría una de esas habitaciones de burdel que ha encontrado vuestra Reina Puta —farfulló el preso burlón, escupiendo con una macabra sonrisa un diente acompañado por una buena dosis de sangre.

Me paralicé mientras sus palabras penetraban en mi mente y se repetían una y otra vez. ¿Habitaciones de burdel? ¿Encontrado?

—Kaden, ¿dónde está la reina? —preguntó McGuiarre despacio, dándole forma a los pensamientos que yo me negaba a considerar.

—¡Mierda! —Sin perder el tiempo en explicaciones, me lancé hacia el pasillo, seguido de cerca por McGuiarre y los guardias que iba encontrando a mi paso.

Mi corazón latía a mil por hora mientras bajaba de tres en tres los escalones que llevaban al sótano, indiferente a lo que pudiera suceder si erraba uno de aquellos estrechos rectángulos de piedra. No recordaba una batalla en la que hubiese estado más alterado, y a la vez, más impotente que en aquel instante.

Sentía la presencia de mis hombres a mi espalda, pero lo único que importaba era lo que me esperaba en mi destino. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido de no adivinar aquella emboscada antes? ¡Ella había confiado en mí y le había fallado!

Con una expresión de alarma, los guardas situados a la entrada del corredor se enderezaron.

—¿Capitán?

—¿Quién está con la reina? —exigí sin detenerme.

—Algunas de sus damas de compañía, señor.

—¡Que nadie entre o salga sin mi expresa autorización! —decreté a voces.

Rezaba por llegar a tiempo. No quería ni pensar en que no fuera así. Iba a coger al culpable de la traición e iba a encargarme yo mismo de que pagase por ello, convirtiendo lo que le restase de

vida en un infierno.

La reacción de las siguientes dos parejas de centinelas apostados en el acceso a los baños fue idéntica a la de los anteriores. Esta vez no me entretuve en ofrecerles aclaraciones.

Me detuve en seco cuando nos recibieron gritos asustados, que reverberaron en las paredes de la sala, y tres pares de ojos femeninos se abrieron horrorizados.

—¡Qué demonios hacéis aquí! —La reina se tapó apresurada con los brazos los rosados pezones que se insinuaban inconfundiblemente bajo la tela húmeda de la camisola, en tanto que sus damas permanecían paralizadas en el exterior aterradas por nuestra interrupción en su santuario.

—Su majestad —Revisé la estancia con una rápida ojeada mientras procuraba recobrar el aliento—, el prisionero sabía que bajaría aquí. Temo que pueda haber algo que ponga en peligro su vida.

—¡¿Qué?! —Junto al horror en los ojos femeninos apareció una traza de inconfundible miedo.

Me arrepentí de inmediato de haberla asustado.

—No se preocupe, ya estamos aquí. —Hice un gesto que englobaba a la docena de hombres armados que me acompañaban, y les señalé que se repartieran por la sala. Esperaba que le tranquilizase verlos—. Nos ocuparemos de que no le suceda nada.

—¿Que no me preocupe? —resopló airada—. ¿Se supone que eso es una broma?

Indiferente a que su desnudez se transparentaba a través de la fina tela de su camisola o, quizá, inconsciente de ello, subió alterada los escalones para salir del baño y rechazó la toalla de lino que su dama trató de entregarle apresurada—. ¿Se sabe quién vendrá a por mí o qué pretenden hacerme? —exigió la reina.

—Todo el mundo con la vista abajo —les gruñí a mis compañeros, a pesar de que a mí mismo me costaba apartar la mirada de un cuerpo que, hasta ese instante, solo había podido imaginar. Incluso en mis sueños más atrevidos, jamás habría alcanzado a evocar tanta perfección. Tragué saliva cuando una parte de mi anatomía respondió a mis pensamientos—. Uno de mis hombres está sacándole el resto de la información al detenido, pero nuestra prioridad era salvaguardarla.

—¡Genial! —siseó acercándose a uno de los guardas más cercanos.

—¿Qué hace? —pregunté estupefacto cuando por la habitación resonó el silbido metálico de una espada al sacarla de su funda.

Sin un solo vistazo al arma que portaba en sus manos, la reina me fulminó con la mirada.

—No esperará que aguarde desnuda y desarmada a que, quien sea que pretenda matarme, venga a por mí, ¿no?

—Ya le he dicho que la protegeremos —mascullé tratando de ignorar las sensaciones que me arrancaba aquella actitud fiera y determinada viniendo de una mujer, por otro lado, tan vulnerable.

—Por supuesto, aun así, me tranquiliza saber que también tendré una posibilidad de defenderme si sus hombres fallan.

Estuve a punto de protestar y de aclararle que no tenía ni la menor intención de fallar en lo que a su seguridad se refería, pero ella escogió ese preciso instante para girarse y dirigirse hacia el biombo que estaba montado en la esquina aprovechando uno de los salientes de la pared. Con la visión del generoso trasero en forma de corazón, el último de mis pensamientos racionales se congeló.

—Su majestad —carraspeé cuando ella desapareció detrás de la mampara—. Tal vez sea mejor que se pusiera la túnica y que se vistiese arriba. No queremos arriesgarnos a que nos hagan

una encerrona. Será más seguro defenderla en sus aposentos, en especial si el ataque estaba previsto que se llevase a cabo aquí abajo.

—¿Y salir como una rata mojada y asustadiza? —Que ella lanzase la camisola empapada por encima del biombo dejó claro que ya era demasiado tarde. Una de las damas fue enseguida a por él—. Ni hablar. Ya quisiera más de uno verme así y no piens...

—¿Señora? —pregunté alarmado ante el repentino silencio—. ¿Su majestad? —Nada. Un breve intercambio de miradas con Robinson me reveló que estaba tan desorientado como yo. Decidido me acerqué al bastidor que la ocultaba de mi vista—. Majestad, le ruego que me conteste si no quiere que entre a buscarla.

Resonó un alarido que me penetró hasta los huesos, seguido por el choque de metal contra una piedra. Fui a por ella incluso antes de desenvainar mi espada, pero mis pies se quedaron pegados al suelo ante el horripilante espectáculo que me recibió.

—¡Que nadie se acerque! —Tragué saliva para aliviar la repentina ronquera—. Está todo bajo control. —Con cuidado pasé al lado del tembloroso cuerpo femenino, interponiéndome entre ella y la atrocidad que contemplaba conmovida.

Con la punta de mi espada lancé lejos la gigantesca cabeza de serpiente que, aun decapitada, seguía moviéndose y abriendo sus fauces para mostrar sus amenazadores colmillos envenenados. Por el bien de mi soberana, procuré ignorar el estremecimiento ante el cuerpo de la monstruosa criatura enrollada sobre el suelo y la idea de que podía haberla devorada entera, o a mí, dado el caso. Había oído hablar de aquellos seres a los trovadores, o a los vikingos que los traían de sus excursiones a países lejanos y los vendían en los mercados del norte, pero en mi vida había visto semejante horror viviente.

—¡Dios! —Las damas no fueron las únicas en jadear espantadas y apartarse ante la gigantesca cabeza decapitada que bien podría duplicar las suyas.

Era increíble que la reina hubiese logrado defenderse ella sola de semejante pesadilla. La simple idea de lo que podría haber ocurrido me puso la piel de gallina. Alcancé la túnica de terciopelo verde colgado en una arista del biombo y lo sacudí, asegurándome de que no hubiese más sorpresas.

—¿Se encuentra bien, su majestad? ¿Llegó a morderla? —Le abrí uno a uno los agarrotados dedos, para quitarle la empuñadura de la espada ensangrentada, y la envolví en la túnica, sin importarme que me dejase empapado—. Ya ha pasado —traté de tranquilizarla cuando no reaccionó.

Con ella en brazos salí a la sala de los baños.

—¡Madre del amor hermoso, señora! ¿Se encuentra bien? —preguntó la dama que estaba atendiendo a su compañera que yacía desfallecida en el suelo.

—Sí, está bien —mentí—. Quiero a cuatro hombres abriéndome paso y al resto cubriéndome las espaldas. George, encárgate de recoger los restos de esa criatura. La quiero disecada y expuesta en alguna de las galerías del castillo. La gente se merece ver el monstruo que ha vencido nuestra reina. —Sin esperar a comprobar si seguían mis órdenes, me la llevé lejos de allí.

Cuando apoyó la frente contra mi hombro y se abrazó a mí, la apreté contra mi pecho con una profunda inspiración.

—Todo está bien, ya se acabó el peligro —murmuré para que solo ella me escuchase.

La reina asintió. Al llegar a la planta baja la puse sobre el suelo, le arreglé la túnica y su largo cabello mojado echándoselo a la espalda, y con un dedo bajo la barbilla le alcé el rostro.

—Eres la reina. Acabas de matar a un monstruo y vas a mostrarles a esos malditos hijos de

perra que eres más fuerte que ellos. Te dirigirás derecha a tus aposentos, resuelta, sin miedo y con la cabeza bien alta. Yo estaré justo dos pasos detrás de ti.

Un profundo sentimiento de orgullo me llenó el pecho cuando ella asintió y, a pesar de su palidez y el temblor que aún la recorría, alzó la cabeza y marchó como la guerrera que era, demostrándole al mundo que no se dejaría achantar por nada ni nadie.

McGuire se colocó junto a mí en cuanto retomamos el camino.

—Tengo que admitirlo. Esta mujer tiene más cojones que toda su corte junta —me susurró mientras la seguíamos.

Con mi pulso aún trastocado por el susto, las comisuras de mis labios se curvaron con orgullo.

—Puedes apostar por ello —le confirmé.

Solo quedaba averiguar si nuestro mundo estaba preparado para una mujer como ella.

CAPÍTULO 18

MARÍA



Mis rodillas amenazaban con ceder bajo mi peso, mientras ponía un pie delante del otro. Con la barbilla alzada procuraba ocultar cómo me temblaban las manos o los labios. Atravesar el castillo con las miradas curiosas y los cuchicheos de la gente persiguiéndome, tratando de averiguar lo que había ocurrido, era comparable a andar sobre un sendero de brasas ardiendo. Lo más complicado, sin embargo, fue recorrer el último tramo del corredor que llevaba a mis aposentos privados a medida que mis escasas fuerzas fueron menguando más y más. Era como tratar de recorrer un camino que se desplazaba en la misma dirección y velocidad que tú, consiguiendo que nunca pudieses avanzar.

Uno de los escoltas me ofreció llevarme en brazos, pero me bastó una mirada del capitán con sus puños y labios apretados en una fina línea para negarme. No fue porque creyera que él no quisiera ayudarme, sino porque sabía que con una sola señal por mi parte me habría cogido sin pensarlo, llevándome al fin del mundo si se lo hubiese pedido y, a pesar de ello, se reprimía de ofrecerme ayuda. No tenía ni la más mínima duda de que su motivo era que fuera yo quien tomase la decisión.

Por más que me angustiase, el capitán tenía razón, finalizar o no aquel trayecto por mí misma era la diferencia entre ser una mujer poderosa o una que dependía de los demás para que la protegiesen, y mañana el mundo entero sabría cuál de las dos era la reina.

Justo cuando pensé que ya no soportaría dar ni un paso más y que terminaría por desmayarme allí mismo en el pasillo, alcancé la puerta. En cuanto se cerró a mi espalda el capitán me cogió en brazos, indiferente al salto que dieron mis damas, y me llevó a mi alcoba depositándome con delicadeza sobre la cama.

—¿Por qué no está encendida aún la chimenea? —Su tronido enfadado a las doncellas, que nos observaban boquiabiertas y con las manos sobre el pecho, contrastó con la delicadeza con la que me apartó el cabello húmedo de la frente. Pasaron unos parpadeos más antes de que mis acompañantes se pusieran en marcha como si de sopetón alguien les hubiera anunciado el apocalipsis—. Shhh... ya terminó todo —murmuró Kaden, tras un vistazo rápido que le aseguró que se mantenían entretenidas con el tronco de leña—. ¿Su majestad, desea un poco de agua? —preguntó en voz alta.

Hasta que no deslizó el pulgar sobre mi mejilla secándome una lágrima a su paso, no me percaté de que estaba llorando. Asentí y acepté que me ayudase a incorporarme para beber.

—Gracias —susurré con la garganta reseca.

—Puede sentirse orgullosa, su majestad, ni un solo hombre de este reino podría haber superado su valentía y destreza al decapitar a esa criatura. Se convertirá en objeto de leyendas y los trovadores cantarán sus hazañas.

Solté una carcajada seca al recordar mi terror. ¿Destreza? Ni siquiera supe lo que hacía cuando alcé la espada con ambas manos. Mi único pensamiento había sido que, si no conseguía mantener aquellos enormes colmillos lejos de mí, mi vida se habría acabado. Me había limitado a apretar los párpados y a rezar mientras giré mi tronco, espada en mano, con todo el ímpetu que mi desesperación me permitió reunir.

Antes de que consiguiera abrir la boca para confesárselo, irrumpieron Irene y Rebeca con gritos alterados.

—¡Dios, su majestad! ¿Qué ha ocurrido? Nos han contado algo de un monstruo en los baños del sótano —farfulló Rebeca perturbada, mientras mi prima se dejó caer de rodillas a mi lado y atrapó mi mano entre las suyas.

—Estás empapada —murmuró Irene con lágrimas en los ojos. Asentí—. No se te ocurra volver a darme un susto como ese —me riñó entre sollozos.

—¿Por qué no estaba con su majestad en los baños? —la interrumpió el capitán con frialdad.

—Yo... —Irene sacudió la cabeza como si se sintiese desorientada—. Ni siquiera me enteré de que había ido a los baños.

—¿Y no debería haberlo sabido? —exigió el capitán sin compadecerse de su visible sufrimiento.

—Kaden, no —musité agotada—. Ella no tiene la culpa de nada, la envié a hacer un recado.

Los ojos de Kaden se entrecerraron.

—Le indiqué que mantuviera a su pri... dama a su lado hasta que la amenaza pasase —me recordó.

—Y cuando lo hizo se le olvidó que yo jamás la pondría en peligro por mi causa, capitán —le recriminé con una voz cada vez más débil.

—Tiene que aprender a anteponer su seguridad a la de las demás, sin contar que, acompañándola a vos, siempre estará más protegida que andando a solas por el castillo —espetó el capitán.

—Kaden, ya basta, tienes que irte —lo atajó Rebeca con suavidad.

—No pienso irme de aquí mientras la reina requiera de mi protección —se negó Kaden sin dudar.

—Tienes que hacerlo —le indicó Rebeca.

La intimidad con la que le posó la mano sobre el hombro hizo que se me encogiera el estómago. Tampoco me pasó desapercibido que lo llamase por su nombre y no por su rango como hacíamos los demás.

—Le prometí que la protegería —insistió Kaden sin dejarse presionar por ella.

Rebeca soltó un resoplido.

—Kaden, escucha, está mojada y necesita cambiarse. Nadie en esta habitación quiere que coja una pulmonía, ¿verdad?

La simple idea de que pudiese marcharse de mi lado consiguió que me aferrase a la tela de sus calzas. La mirada de Kaden se encontró con la mía y, posando su enorme mano sobre la mía, la apartó con disimulo y le dio un suave apretón antes de levantarse y posicionarse junto a la pared donde cruzó los brazos sobre el pecho.

—Hacedlo, me pondré en la ventana y miraré al exterior.

—Kaden... —Rebeca trató de razonar con él, aunque esta vez evidentemente irritada y a

punto de perder la paciencia—. No hay nada que justifique que el capitán de su guardia esté presente mientras la desnudamos en su dormitorio para cubrirla con algo más seco.

Aquello pareció desestabilizarlo.

—Yo... Si le ocurriese algo...

—Espera en la otra habitación, te llamaré si hay el más mínimo incidente, te lo prometo.

Kaden me dirigió una última mirada. Ambos sabíamos que tenía que marcharse. Rebeca tenía razón, no era el momento de mermar aún más mi ya de por sí lastimada reputación. Los barones no se habían atrevido a usar los rumores que ellos mismos habían lanzado contra mí por temor a que pudiera repercutirles y a que el pueblo me había respaldado tras aliviarlos de sus impuestos, pero nada les impediría usar un escándalo entre la reina y el capitán de su guardia para encontrar la forma de dañarme.

—Estaré afuera, justo al otro lado de la puerta —me aseguró como si yo fuera la única persona en el cuarto.

Sin rechistar, dejé que Irene y Rebeca me atendiesen como si fuera una muñeca sin vida, que me secaran y me pusiesen un camisón limpio antes de arrojarme en la cama.

—Tome, esto la calentará desde dentro. —Rebeca me ofreció una copa de vino—. Le vendrá bien.

Cuando reconoció mi titubeo, tomó un buen trago y me la volvió a entregar.

—¿Por qué has bebido? —le pregunté aferrándome al frío metal en busca de consuelo.

—Porque le hacía falta y no se fiaba de que pudiese estar emponzoñado.

—Alguien podría haberlo envenenado sin que lo supieses —traté de amortiguar mi desconfianza demasiado descarada.

—Podrían suceder muchas cosas, pero soy su dama y esa es una de mis funciones, si algo tuviese que ocurrirme, entonces, que así sea.

Su firmeza al declararlo me llamó la atención. La estudié mientras me acercaba la copa a los labios. Como había augurado, el vino fue directo a mi estómago desde donde se expandió un ardiente calor que se agolpó en mi cara.

—Sabes que tu padre me odia y que me desea muerta, ¿cierto? —inquirí sin poder reprimirme.

—Mi padre odia a mucha gente, tendría una vida muy amargada si siguiera sus pasos. —Sonrió con tristeza—. Además, piense lo que piense, me siento feliz de ser la dama de la reina.

—¿No será que tu verdadero interés es estar cerca del capitán Kaden? —insinué cansada.

—¿Qué? —Ella parpadeó varias veces antes de dejarse caer en la silla al lado de la cama. Irene, atareada al fondo, me echó una mirada de advertencia sobre su hombro—. ¿Cree que hay algo entre Kaden y yo?

—Me parece bastante evidente, ¿no? —Ya era demasiado tarde para echarme atrás, y quería averiguar qué era lo que me ocultaba exactamente el capitán de mi guardia.

—Sí, pero... ¿por qué ha deducido que se trata de algo romántico? —me preguntó como si le pareciera una locura.

—¿Es solo algo pasional?

—¡Por Dios, no! —Sus ojos se abrieron espantados.

—Tal vez quieras saber que el capitán me confesó esta mañana que eres muy importante en su vida.

El semblante de Rebeca se iluminó y sus pupilas se llenaron de sorpresa. La envidié. ¿Cómo me habría sentido si Kaden le hubiese dicho eso a alguien sobre mí? Descarté la idea cuando me percaté de que él jamás mencionaría algo íntimo sobre mí, yo era su soberana, nada más.

—¿Eso dijo? —se aseguró ella como si necesitara volver a oírlo.

—Sí —confesé con honestidad, por más que me doliera.

De buenas a primeras me estudió con suspicacia.

—¿Y le explicó el motivo?

—No.

Ella asintió.

—Es un hombre de palabra —murmuró como si estuviera orgullosa de él.

CAPÍTULO 19

MARÍA



Fue el estruendo y las voces las que me sacaron a la mañana siguiente de un sueño intranquilo. Sin despertar a Irene que yacía vestida a mi lado, me levanté y me asomé por la ventana. Mi primera reacción fue sonreír al divisar a Kaden luchando con una furiosa majestuosidad contra cinco soldados en el campo de entrenamiento, hasta que reparé en que otros dos soldados retenían a su amigo McGuirre, evitando que interviniese. Fruncí el ceño y mi frente se cubrió de un sudor frío. ¿Qué estaba ocurriendo?

Incapaz de moverme presencié cómo consiguieron reducir a Kaden y se lo llevaron a rastras con ellos, a pesar de que él seguía resistiéndose con fiereza.

—¿Sabes de sobra que no he sido yo! ¿A qué estás jugando? —le exigía Kaden a gritos al general Middleton que observaba con impasibilidad cómo lo escoltaban—. ¡Maldito cabrón, hijo de perra!

Sin esperar ni un minuto más, le arrebaté mi túnica de las manos a una de mis damas y, poniéndomelo por el camino, corrí escaleras abajo donde encontré al general entrando al vestíbulo con dos de mis consejeros, como si nada acabase de suceder.

—¿General Middleton? ¿Qué es lo que ha ocurrido en el patio de armas? —exigí con la voz más tranquila que pude fingir, a pesar de que mi corazón estaba latiendo como si pretendiera salirse de mi pecho.

—El feriante sinvergüenza que trajo a ese monstruo de ayer, ha confesado que fue el capitán quien le pagó por atentar contra vos y quien trazó el plan de cómo y dónde hacerlo.

Mi corazón se detuvo, del mismo modo que lo hizo el tiempo mientras el mundo comenzaba a girar a mi alrededor. Imágenes de Kaden con Rebeca cruzaron por mi mente a una velocidad de vértigo. ¿Rebeca lo había convencido de traicionarme?, ¿o había sido el conde de Redland con algún trato de favor? ¿Le había prometido la mano de su hija a cambio de participar en su conspiración? Clavándome las uñas en las palmas, me obligué a seguir respirando y a sostenerme erguida. Era la reina y tenía que demostrarlo, aunque mi corazón acabase por resquebrajarse en mil pedazos.

—Traedme a ese feriante a la sala del consejo.

Me daba igual lo que me dijeran o lo que me lastimase, quería que me confirmasen la deslealtad de Kaden de primera mano.

—Señora... —Por el silencio que se hizo entre la gente que se encontraba en el vestíbulo, el general no fue el único en quedarse sin palabras.

Irene llegó y miró confundida a su alrededor.

—Creo que la orden ha sido clara, general —me reafirmé con firmeza.

No me pasó desapercibido el desprecio en su mirada cuando apretó los labios y le hizo un asentimiento al soldado apostado en la puerta. Algo en aquel gesto me molestó, no sé si fue la condescendencia con la que lo hizo, o si más bien fue el hecho de que hasta que él no dio el visto bueno nadie se movió. Me di cuenta de que la mayoría de los hombres que se encontraban allí eran soldados y que la asistencia de mis guardias era esencialmente inexistente. ¿Desde cuándo los soldados suplían a mi guardia en el interior? ¿Y desde cuándo el general Middleton tenía poder sobre soldados que no formaban parte de la Guardia Real?

Un repentino desasosiego me atenazó el estómago. Si él les hubiese ordenado en aquel mismo instante que me apresaran, ¿lo hubieran hecho? Si me hubiesen cogido de la melena para arrastrarme tras ellos, ¿alguien habría intervenido?

Me aterraba pensar en la respuesta, lo que por sí mismo ya resultaba revelador. Los únicos hombres de los que habría esperado que se interpusiesen eran Kaden y mi tutor, el primero estaba en los calabozos acusado de traición y el segundo inmerso en el cometido que le había encomendado unos días atrás. Mi mirada se tropezó con la de Irene, que parecía tan inquieta como lo estaba yo. De repente lo vi todo claro.

—Lo veré en la sala del consejo —le repetí al general Middleton antes de dirigirme a mis aposentos, seguida de Irene y otras dos damas de compañía—. Hablaremos mientras me visto —le advertí en un tono más bajo a mi prima antes de que lograra abrir la boca.

Poco antes de llegar a nuestro destino, nos alcanzó lady Rebeca sin aliento.

—¡Han apresado a Kaden! ¡Tiene que...!

—¡No quiero oír nada más sobre ese traidor! —espeté con absoluta frialdad.

—¡Pero, su majest...!

—¡Ni una palabra más, lady Rebeca, o acabará con él en los calabozos!

Fue Irene la que la cogió por el brazo y la arrastró con nosotras. No la soltó hasta que las tres estuvimos encerradas a solas en mi alcoba.

—Middleton está haciéndose con el control de tu seguridad y si lo consigue estás vencida —dijo Irene empujando a Rebeca a una silla.

Asentí y miré a Rebeca.

—Dame una buena razón que me permita creer que tú y Kaden no habéis estado conspirando junto a tu padre.

Sus ojos enrojecidos se abrieron horrorizados. Negó, se secó las lágrimas y volvió a mirarme.

—Kaden odia a mi padre a muerte.

—¿Por qué?

—Porque rechazó su paternidad y dejó tirada a su madre sin la más mínima ayuda hasta el día que murió en la pobreza.

—¿Qué? —Me dejé caer en el filo de la cama.

—¿El capitán y tú sois hermanos? —preguntó Irene, que pareció haber captado la idea mucho más rápido que yo.

—Sí —asintió Rebeca—. La madre de Kaden era una de las doncellas de mi madre, por la fecha en la que tuvo a su primer bebé, mi hermano Thomas. Mi padre echó a la madre de Kaden a la calle tan pronto como se enteró de que estaba embarazada y se desentendió del bebé. Si mi padre se enterase de que estoy en contacto con él me encerraría en mi habitación por el resto de mis días. —Los ojos de Rebeca estaban llenos de un ruego silencioso porque la entendiese—. Kaden es mi hermano, el único que tengo después de que las fiebres se llevaran a Thomas, y por

eso nos vemos a veces a escondidas.

—¿Tú fuiste quien le pidió que no se lo contase a nadie? —indagué despacio, demasiado sobrecogida por la noticia.

—No, esa promesa se la hizo a mi abuela. Nos descubrió y, por temor a que mi padre pudiese tomar represalias contra mí, le hizo jurar que jamás le contaría a nadie sobre nuestra relación.

Me llené los pulmones de aire y lo solté con lentitud.

—De acuerdo, necesito vestirme para asistir a la sala del consejo.

—Kaden nunca haría nada que la perjudicara o dañara, su majestad. —Rebeca se hincó de rodillas ante mí—. No es un santo y es capaz de muchas cosas, pero pondría las manos en el fuego por él en eso.

Había tanta franqueza en sus semblante que era imposible no creerla. Levantándome, la rodeé y le di la espalda.

—Eso es algo que vamos a descubrir muy pronto —contesté—. Irene, ¿qué piensas de la escolta que te asignó el capitán?

—Creo que son de fiar —afirmó con seguridad.

—En ese caso, averigua de ellos qué es lo que está pasando con mi guardia y por qué está ausente del castillo. Descubre de qué modo podemos restablecer nuestra protección. No puedo permitirme el lujo de que el general Middleton o alguno de sus espías me vea hablando con alguno de ellos, pero no recelará de vosotras si cree que estáis coqueteando con ellos.

—Eso está hecho —me prometió Irene.

—Podéis contar conmigo en lo que necesitéis, no importa el peligro. Haría cualquier cosa por protegeros y por salvar a mi hermano —confirmó también Rebeca.

—Bien, porque tengo un encargo aún más especial que ese —contesté girándome hacia ellas—. Necesito que localicéis a lady Eleora y me consigáis una cita en privado con ella, sin que nadie pueda sospechar su verdadera identidad.

Sentándome en mi silla a la cabecera de la mesa del consejo, esperé con calma a que me trajesen al prisionero. Cuando llegaron, prácticamente tuvieron que obligarlo a avanzar a empujones mientras sus pies se trastabillaban sin cesar.

No me hizo falta ser demasiado espabilada para darme cuenta de que le habían arrojado un par de cubos de agua con el fin de borrar los rastros de sangre de su rostro magullado y que le habían dado una muda limpia.

Aun sabiendo que había tratado de darme una muerte horrible con el veneno de aquella serpiente monstruosa o que esperaba que aquel esperpento me devorase, el contemplar a aquel hombre con los ojos tan hinchados, que difícilmente podía ver, y las uñas arrancadas y sanguinolentas, hizo que me despertara una lástima infinita. Yo era la primera que quería darle un escarmiento a aquellos que me deseaban la muerte, pero no de aquel modo.

—Siéntese —le indiqué la silla a mi lado.

Los soldados que lo traían intercambiaron una mirada. Al final uno de ellos sacó la silla y empujaron al preso hacia ella. El hombre se encontraba tan asustado que le temblaba el cuerpo de los pies a la cabeza. Serví una copa con agua y la empujé hacia él.

—Tome.

—Su majestad... —lloriqueó como si creyera que en vez de agua le hubiese echado cicuta.

Echándome agua en mi propia copa probé un sorbo.

—Beba —le indiqué llena de compasión.

El hombre se aferró a la copa con ambas manos y, tras un primer trago cuidadoso, vació el resto con tanta ansia que derramó una buena parte del líquido. Le rellené la copa y dejé que saciase su sed.

—Me han dicho que el capitán Kaden fue en su busca con la intención de sobornarle a cambio de que orquestase mi muerte. ¿Es así?

No se me escapó la mirada aterrorizada que le dirigió al general Middleton antes de bajar la vista y asentir.

—¿Cuánto le pagó? —insistí.

—Mil monedas de plata.

Me tomé mi tiempo en procesar la información. Mil monedas de plata era más de lo que Kaden cobraba por varios años de servicio.

—De acuerdo. Solo le haré una pregunta más. ¿Por qué intentó asesinarme?

—No era nada personal, yo no quería matarla. La gente dice que es buena. Hablan muy bien de vos, majestad. Pero mi familia... necesita el dinero —balbuceó el hombre nervioso.

Con una profunda inspiración me amasé las manos con disimulo sobre mi regazo. El hambre. ¿Cuántas personas habrían estado dispuestas a acabar con mi vida a cambio de menos? ¿Cómo iba a mantenerme viva si todo el mundo estaba dispuesto a hacer lo que fuese con tal de conseguir alimentos que llevarse a la boca?

—¿Cuándo se encontró con el capitán?

—La primera vez fue la noche siguiente a su llegada a Crowshead. —El hombre debía de tener una memoria envidiable si recordaba la fecha con tal exactitud.

—¿Está seguro?

—Sí, ya era tarde. Estaba en la taberna del Pato cojo cuando entró.

—En tal caso debió de reconocerlo alguien más, me imagino.

El vistazo al general fue tan veloz como su prisa por apartar la mirada.

—No lo sé, señora. Ya le dije que era tarde. Había poca gente a esa hora y la mayoría borracha.

—Ya veo. —Asentí despacio—. Creo que la cosa ha quedado bastante clara. —Me levanté y me acerqué a la ventana, apartando mi rostro de tal modo que nadie lograra verme—. No puedo dejarlo regresar con su familia porque eso le daría vía libre a cualquiera que planificase atacarme, ¿lo entiende?

El hombre asintió llorando.

—Pero mi familia... no le haga daño, por favor. Son inocentes, no sabían nada.

—Voy a pensar qué haré con respecto a esta situación —afirmé sin comprometerme a nada—, pero le daré la posibilidad de hablar con sus familiares. Le recomiendo que se despida de ellos y que les diga lo que necesite, es probable que sea su última oportunidad de hacerlo. Pueden llevárselo —les indiqué a los soldados que lo habían traído.

—Lo lamento, señora. De verdad que lo siento —chillaba el hombre entre sollozos mientras lo arrastraban fuera de la sala.

Mi corazón se encogió ante su terror.

—Más culpable es él o los hombres que lo han incitado a que cometa semejante crimen contra mí y la Corona. Le juro que su castigo será mucho mayor que el suyo —le prometí con los puños crispados.

—Me encargaré personalmente de que el capitán Kaden reciba su merecido hasta que mañana le cuelguen en la plaza del pueblo —intervino mi senescal, que hasta ese momento había permanecido apartado, limitándose a observar.

—No —repliqué con una helada seguridad—. Es a mí a la que ha traicionado y seré yo quien le haga pagar por ello. Nadie más que yo le pondrá un dedo encima.

—Su majestad... —comenzó el general Middleton de nuevo con esa dichosa manía que tenía de protestar por cada cosa que yo ordenaba.

—¿Cree que por ser mujer no soy capaz de vengarme de aquellos que quieren acabar conmigo? —pregunté con sorna.

—En ese caso, ¿desea que prepare su ejecución para mañana? —preguntó el senescal con un semblante impasible.

—No. Deseo tomarme mi tiempo en hacerle pagar al capitán Kaden por su deslealtad. Una muerte rápida sería más de lo que se merece.

CAPÍTULO 20

MARÍA



*P*or si la pestilencia al bajar las estrechas escaleras no hubiese sido ya lo suficientemente vomitiva, el tufo, que me recibió al entrar en lo que a todas luces era una sala de interrogatorios, me provocó arcadas. Colocándome el pañuelo sobre la nariz crucé el umbral, solo para detenerme horrorizada al ver a Kaden colgando de las muñecas en un rincón de la oscura sala. Sus ojos se encontraron con los míos, pero su rostro se mantuvo inexpresivo.

Ansiaba correr hacia él y liberarlo, no obstante, me retuvo la certeza de que, si quería que ambos saliésemos de aquello con vida, mi única opción era mantener la compostura.

Ignorándolo, me acerqué con tranquilidad a los instrumentos que encontré tirados de manera desordenada sobre una vieja mesa. Reprimí un escalofrío al percatarme de que el marrón rojizo del que estaban cubiertos algunos de aquellos artilugios no era solo óxido, y comprendí entonces de qué provenía el nauseabundo olor de aquella sala.

—Desnudadlo y dejádmelo sobre aquella mesa —les ordené a los escoltas que me habían acompañado.

—¿Su majestad? —Ambos intercambiaron una mirada incómoda.

—¿Quiere que lo pongamos sobre el potro, desnudo? —se cercioró uno de ellos como si no se fiase de lo que había escuchado.

—Ya tiene el torso desnudo. No debería de ser tan complicado, ¿no? —exigí con frialdad eligiendo al azar uno de los artefactos expuestos sobre la mesa.

Los hombres pusieron una mueca al ver lo que llevaba en las manos y uno de ellos se estremeció. El único de los allí presentes que sonreía de oreja a oreja, mostrando sus dientes picados, era el hombre con el mandil manchado de sangre que había estado en la sala antes de nuestra llegada. Estudié el artefacto. ¿Qué era lo que les daba tanto repelo a los demás? Era poco más que un tubo con la punta terminada en un afilado cono y agujeritos a lo largo de su superficie.

—Después de introducirselo tiene que girarlo así —me indicó el hombre de la sonrisa negra, cuyo aliento fétido habría sido capaz de resucitar a San Lázaro sin intervención divina.

Giró despacio el palo sobre el que se sostenía el tubo, haciendo que de los agujeros saltasen afilados pinchos. Su sonrisa se ensanchó aún más cuando uno de los soldados retrocedió con un leve gemido—. Luego puede retorcérselo en su interior o sacárselo y empezar de nuevo.

—Ya veo —repliqué fingiendo una calma que no sentía.

¿Qué clase de mente perturbada se entretenía en inventar semejantes artefactos de tortura?

Rayaban lo enfermizo, por no decir lo diabólico. Evité mirar en la dirección de Kaden, cuando este se resistió a que lo despojases de su ropa, y no volví a prestarle atención hasta que lo ataron sobre el potro con los brazos estirados por encima de la cabeza y las piernas abiertas.

Sus labios se apretaron en una fina línea cuando el hombre de los dientes podridos giró una rueda estirándolo hasta que sus costillas se transparentaron blancas bajo su piel.

—Gracias. Ya pueden irse —les comunicué a los presentes.

No sé cuál de mis guardias se quedó mirándome con mayor espanto.

—Su majestad, no podemos dejarla a solas con él.

—¿Por qué no? —demandé con una fingida despreocupación colocando otra de aquellas herramientas de tortura, con la que no tenía ni idea de qué hacer, en el filo del potro y poniéndome a ordenarlas como si estuviese decidiendo la secuencia en la que iba a emplearlos—. ¿No están seguros de haberlo atado bien y por eso temen que se escape? —pregunté con inocencia.

—No se escapará —afirmó uno de ellos alzando el mentón como si le hubiese insultado.

—En ese caso, no sé dónde está el problema —respondí. Tras intercambiar una mirada los escoltas se dirigieron incómodos a la puerta, no así el hombre de los dientes podridos—. ¿A qué está esperando?

Los pequeños ojos masculinos se abrieron horrorizados.

—Su majestad...

—Sabré apañármelas —le aseguré—. Pero le agradecería que me entregase la llave.

Alargué la mano, aliviada de haber seguido el consejo de lady Eleora de ponerme unos guantes antes de bajar allí.

El cerrojo chirrió como el engranaje oxidado de un molino en desuso. Me recorrió un escalofrío, pero al menos estaba a solas con Kaden al fin.

—He estado hablando con el feriante que dejó a ese monstruo en los baños —le conté como quien no quiere la cosa mientras me dirigía hasta él y giraba con esfuerzo la rueda tensora en un intento por aliviar en algo la postura estirada de Kaden.

—¿Eso ha hecho? —La voz de Kaden sonó tan inexpresiva como lo estaba su rostro marcado por el cansancio, pero sus ojos grises no me perdieron de vista.

—Ha confesado que le pagaste mil monedas de plata a cambio de que atentase contra mí.

—¿Mil? —Kaden resopló con sarcasmo echando el aire por la nariz—. Se me ocurren cosas mejores en las que emplear ese dinero que gastármelo en acabar con vos. Me habría salido más económico encargarme de ello personalmente.

—Sí, ¿verdad? —Me alcé los bajos del vestido para sacarme el pliego de lino que traía a escondidas y lo cubrí con el lo mejor que pude antes de sacarme el arsenal que llevaba escondido en la limosnera.

Kaden frunció el ceño al observarme.

—¡No mires! —le advertí—. También aclaró que fue mi segunda noche aquí cuando acudiste en su busca. ¿No es curioso? Precisamente esa noche tuve una pesadilla en la que trataron de asesinarme.

—¿Ah, sí? —Sus pupilas se mantuvieron sobre mí hasta que la curiosidad fue sustituida por entendimiento. La conexión que habíamos compartido en aquella ocasión, cuando me consoló y trató de calmarme en mi alcoba frente a la chimenea, volvió a hacer acto de presencia—. Yo la recuerdo por haberla pasado en la cama con una preciosa chica entre mis brazos.

La calidez invadió mi pecho al recordar cómo había vigilado mi sueño durante el resto de la madrugada acostándose a mi lado y envolviéndome en sus brazos.

—¿Consideras que era preciosa? —Sonreí sin poder evitarlo.

¿Cuánto no habría dado por encontrarme ahora entre sus brazos en algún lugar íntimo y seguro? Cuán diferente era ahora nuestra situación de la de aquella noche. Nunca habría esperado que alguna vez me tocara a mí salvarlo a él.

—Jamás he tenido a una mujer más guapa en brazos que ella, aunque puede que solo fuese un sueño si ese tipo afirma que estuve con él.

—¿Y lo disfrutaste? Toma —murmuré, acercándole a los labios la pequeña cantimplora de hidromiel que había traído—. Ayudará a hacerte más llevadero el dolor.

—Cuidado —susurró. Girando la cabeza, hizo un gesto extraño hacia el lado derecho de la habitación—. Nos están escuchando.

Al seguir la dirección en la que señalaba, descubrí la rejilla en el techo. Asentí en silencio y, tras rasgar un trozo de tela del lino y humedecerlo con el alcohol, le desinfecté algunos de los cortes y heridas que le habían hecho.

—Quema —siseó.

—Es preferible que queme ahora a que se infecte luego —le aseguré en un murmullo bajo.

—Van a matarme de todos modos —masculló Kaden.

—No, no permitiré que lo hagan. ¿En qué hombres de la Guardia Real crees que podemos confiar? —Me pegué todo lo que pude a su oído para que solo él pudiera oírme, pero Kaden giró la cabeza dejando nuestros labios apenas a un par de pulgadas de distancia.

Sin poder remediarlo, me vino a la memoria el primer día en que nos cruzamos en el mercadillo y el beso un tanto casto que me robó, y volví a experimentar el ansia de sentir sus labios.

—McGuire y Robinson. Los conozco desde que entramos de aprendices y sé que son leales. —Su cálido aliento me acarició la tez.

—¿Estarían dispuestos a arriesgarse por sacarte de aquí?

—Si tú se lo ordenas lo harán sin pensarlo —afirmó con seguridad.

—El general está involucrado. Creo que es él el que quiere quitarme de en medio. Sospecho que también el senescal.

Kaden me miró los labios.

—Es posible. Ese viejo carcamal es amigo de varios nobles, entre ellos Redland, y tiene debilidad por el poder y el dinero.

Ambos nos quedamos por un instante en silencio. Mis labios fueron acercándose a los suyos como si tuviesen un hechizo que los atrajese. En el último segundo, recordé que los tenía magullados y estaba fuera de lugar que tratase de aprovecharme de su debilidad en una circunstancia como aquella.

—Chilla —le ordené.

—¿Qué? —Kaden me miró confundido.

—Si nos están espiando es imperativo que grites. Se supone que ese es el motivo por el que estoy aquí, porque quiero martirizarte —le expliqué.

Si le hubiese ordenado que se colgase de un pino bocabajo, su mueca probablemente habría sido menos irrisoria.

—No puedo chillar ahora de repente. No lo he hecho ni siquiera mientras ese animal me estaba usando como saco de entrenamiento —refunfuñó ofendido.

—Pues ahora tendrás que hacerlo —le insistí.

—No voy a... ¡Ah!

—Ves, no ha sido tan difícil —le dije mientras me arreglaba el cabello.

—¡Me acabas de clavar un alfiler de pelo! —gritó en susurros.

—Si piensas lloriquear como una mujer, ¿podrías hacerlo al menos como una primeriza parturienta? —lo recriminé entornando los ojos.

—No vuelvas a pincharme —gruñó.

—Soy la reina, puedo maltratarte como me dé la real gana —declaré en voz alta mientras le enseñaba la lengua.

Los labios lastimados de Kaden se estiraron en una débil sonrisa.

—¿Es por eso por lo que estoy desnudo?

Mi boca se abrió y, como si mi mirada tuviese voluntad propia, bajó por su cuerpo ahora oculto por el lino, al mismo tiempo que en mi rostro ascendía un bochornoso calor.

—Ni siquiera sé por qué pedí eso. Supuse que sería lo típico si iba a atormentarte. No tiene mucho sentido hacerlo por encima de la ropa —admití.

—¿Se me permite exponer un hecho que no debería sacar a relucir en este contexto? —me preguntó.

—Llevas tuteándome desde hace un buen rato. ¿Crees que ahora me asustaré por algo que vayas a comentar?

Kaden arrugó el entrecejo.

—No me había dado cuenta. Lo siento...

—No seas ridículo, no es la primera vez que lo haces. Y ni se te ocurra llamarme ahora «su majestad». Podrás hacerlo cuando te saquemos de aquí. Por una vez sienta bien que seamos solo dos personas normales. ¿Qué querías comentarme?

—Nada, no tiene importancia —negó Kaden—. Estoy mareado, creo que se me ha subido esa bebida a la cabeza.

—Lógico, contenía algunas hierbas además de hidromiel.

—¿Me has drogado? —Me miró incrédulo.

—Solo un poco.

—¿Por qué?

—Necesito que estés inconsciente cuando me vaya de aquí.

Aunque por un momento pensé que iba a protestar, acabó por soltar un profundo suspiro.

—Imagino que es mejor a que ese bestia comience a usar sus juguetitos conmigo —murmuró Kaden—. Pero vas a tener que darme más si quieres que me duerma.

—También te he traído algo de pan y del dulce de esta mañana —le ofrecí. Kaden asintió, de manera que le fui partiendo pequeñas porciones del bizcocho intercalándolos con la bebida—. ¿Qué era eso que ibas a decirme?

—¿Aparte del hecho de que podría acostumbrarme a esto? —preguntó con una expresión medio feliz, que me reveló que la poción comenzaba a hacer efecto.

—Sí.

—Que no me habría importado que me martirizaras desnudo en otras circunstancias.

Le repasé el contorno de su mandíbula con la punta de los dedos y sonreí. Era hasta tierno verlo así. Se me constriñó el corazón al considerar lo indefenso que estaba en aquel instante mi fiero protector.

—Hubiera estado bien, ¿no? —En un impulso apoyé mi frente sobre la suya.

—Sí.

—¿A qué viene ese suspiro? —Alcé la cabeza.

—Me estoy quedando dormido. Tienes que comenzar a torturarme y tendrás que hacer algo más que solo pincharme con el alfiler. No son tontos, saben que no me desmayaría por algo así.

Mis entrañas se encogieron ante la idea, pero Kaden tenía razón.

—Lo siento mucho —musité antes de desaparecer de su lado.

Con cautela de no rozarme por ningún sitio, me aproximé al barril de la esquina. Comprobé satisfecha que estaba lleno de líquido y lo olí con reticencia antes de coger el cubo que había al lado.

Kaden no dijo nada cuando me vio aparecer de nuevo a su lado, al menos no hasta que aparté un poco la tela con la que lo había tapado.

—¿Qué estás planeando? —demandó con ojos entrecerrados.

En vez de responder le sonreí con dulzura, alcé el cubo y lo vacié sin consideraciones sobre la parte baja de su estómago.

—¡No! ¡Nooo! ¿Sabes lo helada que está? —siseó entre dientes.

—Shhh... Has gritado, eso es lo importante.

Casi rompí a reír al ver su cara.

—¿Pretendes tirar por tierra mi reputación? —gruñó disgustado cuando alcancé su camisa hecha retazos para secarlo con delicadeza, obligándome a resistir la tentación de echar un atisbo por debajo de su cintura.

—Me temo que esa ha sido la parte fácil —suspiré.

Saqué los botes de pomada que me había conseguido lady Eleora de su curandera.

—¿Qué es eso? —indagó Kaden con la desconfianza dibujada en sus facciones.

—Potingues hechos con plantas venenosas.

—¿Quieres envenenarme? —Ni siquiera parecía asustado ante la idea.

—No seas tarugo. Vamos a hacer que parezca que te he maltratado sin arriesgarnos a dañarte en realidad. Como mucho puede picar, pero, como de todos modos vas a dormir dentro de nada, no será un problema.

Con cuidado de no tocar la crema, empapé mi pañuelo y se lo pasé a Kaden por la comisura de los labios, el pómulo, la mandíbula y por encima del ojo.

—Esto hará que se hinchen y enrojezcan —le expliqué. Cambiando de tarro repetí el procedimiento, aunque esta vez en la parte baja de su abdomen y en sus muslos—. Este hará que aparezcan ampollas como si te hubiese quemado. ¿Pica?

—No. —Kaden sacudió la cabeza con los ojos cada vez más cerrados.

—Y esta va destinada a tus partes viriles, para que se inflamen y se pongan moradas. La curandera me advirtió que es posible que dejen de funcionarte, pero que como mucho a los diez años el efecto habrá pasado y podrás probar a tener hijos entonces.

—¿¿Qué?! —Los ojos de Kaden se abrieron de par en par—. Prefiero que no me lo echas.

—Piensa que es por tu bien. Es mejor vivir a estar con mujeres.

—¡No! ¡No! ¡Nooo! —Kaden comenzó a retorcerse y a tratar de librarse de sus ataduras mientras yo mojé el pañuelo y procuré echarle el maloliente líquido rojo sin mirar demasiado, lo que resultó prácticamente imposible por la forma en que se contorsionaba. Al terminar de embadurnarlo por completo y soltar el bote, Kaden cerró exhausto los párpados—. ¿Por qué me has hecho esto? —murmuró ronco, acusándome con su mirada al abrir de nuevo sus párpados.

—Porque necesitabas gritar y porque habría resultado perturbador echarte sangre de pollo y vísceras desmenuzadas por ahí mientras me observabas.

—¿De qué estás hablando?

Sonreí.

—Puedes relajarte. Todo sigue intacto ahí abajo, excepto por la apariencia sanguinolenta, sigues siendo tan hombre como lo eras antes. —Cogí el instrumento que tanto reparo les había

dado antes a sus compañeros y lo bañé con la restante sangre dejando algunos trocitos de vísceras enganchados a las púas. De paso limpié mis dedos en la parte interior de sus muslos, manchándolo como si acabase de causarle una masacre.

—Debes de estar bromeando —murmuró Kaden mientras me contemplaba con párpados pesados.

—Necesitamos ganar tiempo y que te dejen tranquilo hasta que podamos liberarte —me excusé.

—Posees una mente perversa. —Los hombros de Kaden se relajaron y sus ojos se cerraron.

—¿Y eso es malo? —indagué mientras le apartaba con ternura los mechones pegados a su tez sudorosa.

—Sí.

Me constaba que ya no era muy consciente de las cosas que hablaba, pero, aun así, su respuesta dolió.

—¿Por qué? —No sé el motivo por el que lo pregunté. En realidad, conocía la respuesta a la perfección. Las mujeres corrientes, las decentes, no hacían cosas como aquellas. Ahora que lo pensaba en frío, comprendí la barbaridad que acababa de cometer—. No importa, no necesitas contestar a eso. ¿Necesitas algo más antes de que llame a los guardias?

—Acércate.

Me incliné sobre él para oírlo mejor.

—¿Sí?

—Es malo, porque podría enamorarme de ti.

CAPÍTULO 21

KADEN



Seguía mareado al dirigirme a la sala del trono acompañado por McGuiarre, Robinson y dos compañeros más. La seguíamos a ella, a nuestra soberana que, aún enfundada en su túnica de terciopelo, tenía el porte de una amazona conduciéndonos a la batalla.

Imágenes de las últimas horas abarrotaban mi mente. Desde el mismo instante en que McGuiarre y Robinson me habían llevado a hurtadillas a los aposentos reales y me habían tendido en su cama, ella había estado allí, a mi lado, limpiándome, curándome las heridas, echándome ungüentos y aplicándome paños de agua fría que redujeron la hinchazón de mi rostro. Se había sentido bien que ella cuidase de mí y, por un corto periodo de tiempo, me había rendido al capricho de imaginarme como un hombre casado atendido por su esposa. Mi estómago se constriñó ante aquella idea. Sería algo que jamás sucedería mientras ella fuese reina. La simple idea de que soñase con ello era una estupidez, pero, aun así, tenía el convencimiento de que, de haber sido una mujer corriente, la habría hecho mía antes de que el sol se pusiera.

La presión en mi pecho me recordó que aquél no era el mayor de mis problemas en aquel momento. Aún me quedaba demostrar mi inocencia y mantenerla a ella a salvo en el proceso.

Los guardas apostados ante la sala del trono abrieron la puerta y, para mi sorpresa, más de la mitad de la Guardia Real se encontraba allí. Los que faltaban eran básicamente los altos mandos que lady Eleora había alejado del castillo con el señuelo de una fiesta. Con la excepción de algunas miradas curiosas, la mayoría de los hombres evitaban mirarme, lo que me hizo poner la mano en el mango de mi espada. ¿Se habían creído las acusaciones que había lanzado el general? ¿Pensaban que era culpable?

La reina se dirigió directamente al trono y se giró hacia nosotros de pie.

—Siento haberos hecho acudir a estas horas de la madrugada a una reunión. Quiero recordaros que los que estáis aquí me habéis jurado lealtad a mí, a la reina. De no ser así y haber cambiado de opinión, os ruego que salgáis de esta sala en este mismo instante.

Nos miramos entre nosotros evaluando a nuestros compañeros, pero nadie se marchó. Ella asintió tras una pausa.

—Hoy hemos sido objeto de una traición, tanto yo, como el cuerpo de la Guardia Real. —Un alterado murmullo se extendió por la sala y ella dejó que se acallase antes de proseguir—. Aún no podemos demostrarlo, pero existen sospechas de que el general ha tratado de asesinarme inculcando falsamente al capitán Kaden. ¿Alguien tiene algo que decir al respecto?

Roy dio un paso al frente.

—Esta tarde informé al general de que era imposible que Kaden hubiese estado en el Pato cojo aquella noche. Estuvimos hasta tarde organizando su seguridad y lo recuerdo porque precisamente al día siguiente anunciasteis la audición para sus damas y pusimos en práctica las estrategias que establecimos la noche anterior. Más tarde, ya casi de madrugada, me lo encontré de regreso de la cocina, a donde había ido a por agua fresca. Tenía el pelo revuelto y los ojos hinchados de haber estado acostado. —Roy me echó una mirada incómoda y se rascó el pecho—. Por si acaso hablé con el mozo de las caballerizas y constatamos que su caballo permaneció toda la noche en el establo. El general me amenazó con echarme de la Guardia si se me ocurría comentárselo a alguien y el mozo lleva toda la tarde desaparecido.

—Que alguien se encargue de descubrir qué le ha sucedido a ese chico —decretó la reina mirando en mi dirección.

—Robinson, encárgate tú —le ordené.

No necesité mirarle para saber que Robinson estaba asintiendo en silencio como solía hacer.

—Bien, vayamos al motivo por el que os he reunido aquí —continuó la reina juntando sus manos—. Por la presente, sois testigos de que nombro al capitán Kaden general y máximo mando de mi guardia.

La sala estalló en aplausos y vítores, pero lo más que pude hacer, mientras mis compañeros me daban cuidadosas palmadas en la espalda y me felicitaban, fue mirar boquiabierto a la mujer que había vuelto mi vida del revés.

La alegría por el ascenso vino con la oscura realidad de lo que suponía. ¿Ella era consciente de lo que implicaba que me designase para ese puesto? ¿Acaso lo había hecho incluso a propósito? Apreté la mandíbula al ver su confusión ante mi falta de alegría. No, no creía que tuviese ni la más ligera idea de lo que había hecho al concederme el rango de general, o al menos eso era lo que esperaba.

—No sé si hay algo concreto que debo hacer para validarlo —confesó la reina.

—El nombramiento público ante la guardia es suficiente, de todos modos, le prepararé un documento que pueda firmar mañana a primera hora —se ofreció Guilian—. Suelo hacer los escritos del general cuando son necesarios —aclaró.

—Me parece bien —asintió ella—. Ahora, cap... general Kaden, creo que está de más informarle que su primera tarea será detener a su antecesor y ocuparse de averiguar qué es lo que ha ocurrido.

—Me encargaré de ello —respondí con la garganta seca.

—¿Eso significa que puedo regresar a mi cama y dormir las horas que restan hasta el amanecer? —preguntó con una leve sonrisa.

Sin apartar la mirada de ella alcé la voz.

—McGuire, Robinson, Andrew y Philip, acompañad a su majestad a sus aposentos, revisad que todo esté en orden y luego montad guardia en el exterior. Que nadie entre, bajo ninguna circunstancia, hasta que ella os avise.

De inmediato mis hombres formaron un pasillo al lado del trono. Ella se levantó y al pasar junto a mí se detuvo.

—Enhorabuena, general. Le deseo suerte en su misión de hoy. Será decisiva.

Sin poder evitarlo y, aún sabiendo que no debía hacerlo, la miré a los ojos.

—Gracias, su majestad.

Ella fue a levantar el brazo, pero acabó por dejarlo caer de nuevo y se fue sin mencionar ni una sola palabra más.

—Vaya mujer —comentó uno de los hombres a mi lado y no pude más que darle la razón—.

En un momento, te viola con un instrumento de tortura y, en el siguiente, te nombra general, saltándose el resto de los rangos y a los hijos de nobles dispuestos a matar por ese puesto.

Una imagen de un artilugio en forma de tubo con pinchos apareció en mi recuerdo, pero acabé por sacudir la cabeza.

—Deja de decir estupideces, nadie ha violado a nadie.

—Pero vieron ese trasto ensangrentado y con trozos de tus vísceras tirado al lado del potro después de que ella se fuera.

Gemí para mis adentros. Quentin estaba equivocado sobre ella, lo correcto hubiera sido decir: «en un momento, te arruina la reputación y, en el siguiente, te nombra general».

—¿En serio creéis que si mis vísceras hubieran estado en ese dichoso aparato estaría aquí de pie? —mascullé.

Quentin me posó la mano en el hombro con gesto grave.

—Contigo nunca se sabe, pero que sepas que ocurriera lo que ocurriese allí abajo entre tú y ella, te admiro, serás un magnífico general y ella es la mejor reina que nos ha podido tocar.

—El que vuelva a hacer referencia a ese maldito trasto de los pinchos, lo probará en su reverendo trasero, y os garantizo que será entonces cuando comprobaremos si ese alguien puede o no mantenerse en pie después de eso —gruñí malhumorado.

El sol ya estaba alzándose en el horizonte cuando lady Eleora nos recibió en el vestíbulo de su casa, tan impecablemente perfecta como de costumbre.

—Buenos días, general. —Esbozó una pequeña cuando fruncí el ceño ante el nuevo título, sobre el que aún no sabía cómo sentirme—. Creo que lo que está buscando se encuentra en la primera planta, tercera puerta a mano derecha. Esther lo acompañará.

Una muchacha rubia más bien bajita con los ojos enrojecidos, el labio rajado y un pómulo hinchado nos saludó con un breve asentimiento y se dirigió a la escalera sin esperar a que la siguiésemos.

—Lo que le han hecho es reciente —murmuró Robinson a mi lado con gesto adusto—. ¿Crees que ha sido alguno de ellos?

Por más que todos trabajásemos al servicio del reino o que incluso estuviésemos en el mismo cuerpo, la línea entre los guardas de a pie y los altos cargos siempre había estado bien definida y ninguno nos identificábamos con ellos, ni siquiera yo como capitán.

La duda se resolvió cuando Esther se detuvo ante una puerta.

—Hágale pagar a ese cerdo por lo que me ha hecho, por lo que nos ha hecho a todas. Se merece todo lo que le hagan y más —espetó marchándose sin esperar una respuesta.

McGuire, Robinson y yo intercambiamos una mirada y no nos hicieron falta palabras para llegar a un entendimiento. Dejando al resto de los guardias en el pasillo, yo fui el primero en entrar en la habitación y en encontrar al general roncando desnudo en la cama, envuelto en el hedor de vino rancio y sexo. A su lado, en el suelo, se encontraba atada una pelirroja desnuda con sanguinolentas líneas en su trasero y muslos que nos miraba asustada mientras trataba de hacerse una bola lo más pequeña posible como si eso fuese a protegerla de nosotros.

Me coloqué un dedo en los labios para que se mantuviese en silencio y le hice una señal a McGuire para que la soltase, mientras yo y Robinson usamos las cuerdas de cuero sujetas al cabecero para atar al general, que hizo varios ruidos adormilados antes de abrir los ojos ensangrentados.

—¿Qué se creen que están haciendo? —balbuceó zarandeando de los amarres sin éxito.

Ignorándolo acompañé a la muchacha hasta la puerta donde ya la estaba esperando lady Eleora con una capa.

—¿Por qué le ha permitido que las tratase así? —le pregunté desilusionado con ella.

—Porque todas las que se negaron a estar con él acabaron raptadas y muertas a las orillas del río —replicó con frialdad mientras envolvía a la asustada criatura—. No hay justicia para mujeres como nosotras, ni siquiera para mí.

Mis puños se apretaron. Recuerdos de mi infancia inundaron mi mente: los gritos, los sollozos de mi madre, los cardenales y magulladuras... y los insultos y risas del conde de Redland. Era como si todos los años que hubiesen pasado desde aquellos momentos en los que mi madre solía esconderme en el arcón hubieran desaparecido.

Jamás le había contado a Rebeca la verdad sobre su padre y el verdadero origen de mi odio por él y nunca lo haría, pero las cicatrices seguían ahí.

—Dígame cuántas fueron y haré que pague por todas y cada una de ellas —le prometí a lady Eleora.

Ella me estudió por largo rato antes de asentir.

—Le haré una lista. Si va a recibir su merecido, lo mínimo que debe saber son los nombres de aquellas a las que ha maltratado y asesinado.

—Es lo justo —confirmé.

Tras cerrar la puerta, encontré a Robinson y McGuirre esperando al lado de la cama con los brazos cruzados sobre el pecho y expresiones llenas de rabia. No necesité preguntar si habían oído a lady Eleora.

—¡Suélteme ahora mismo o me encargaré personalmente de arrancarle la piel a latigazos! —gritó Middleton alterado.

Una sonrisa cruel apareció en el semblante de McGuirre antes de que tirase todo lo que había sobre la mesita de noche con un único barrido de su brazo y comenzase a sacar instrumentos de tortura de su abultada limosnera.

Algún día, Redland también pagaría por lo que le hizo a mi madre, pero hasta entonces, Middleton recibiría lo que se merecía, tanto por aquellas mujeres como por su traición a mi reina.

—¿Te suena esto de algo? —preguntó McGuirre mostrándome un cono metálico con agujeros por los que salieron pinchos en cuanto giró la pieza inferior.

Los ojos de Middleton parecieron salirse de sus órbitas.

—¡No...! ¡No podéis hacer eso conmigo! ¡Soy el general!

Ninguno le prestamos atención. Alargué la mano para coger el curioso instrumento y lo inspeccioné de cerca.

—Me has leído la mente. A algunos aún les quedaba la duda de si uno puede ponerse en pie y andar sin problemas después de que hayan usado ese trasto en él. Tal vez sea hora de ponerlo a prueba.

CAPÍTULO 22

MARÍA



Por segundo día aquella semana me despertaron los ruidos, aunque esta vez la algarabía procedía de mis damas de compañía que se encontraban en la antecámara.

—¿Qué es ese jaleo? —pregunté soñolienta al salir a comprobar qué ocurría. Me asomé por el balcón al lado de mis damas que parecían encantadas con el espectáculo—. ¿Por qué hay hoy tanta gente en el castillo? —indagué al ver la larga cola apostada ante el portón de entrada.

Lo que más me llamaba la atención era que se trataba de gente del pueblo y que acudía vestida de punta en blanco. ¿Sería hoy algún tipo de festivo en Crowshead?

Una de mis damas me miró extrañada.

—Se presentan a la audiencia real —dijo como si fuera lo más normal del mundo.

—¿Por algún motivo en concreto? Son muchos y hay muchas chicas jóvenes. ¿Ha pasado algo?

—El general —mencionó otra.

—Ha nombrado un nuevo general —añadió otra.

—¿Qué tiene eso que ver? —Cada vez entendía menos.

Regresé a la habitación y me senté al lado de la chimenea. Los golpes en la puerta apenas se oyeron entre las risitas nerviosas de mis acompañantes, pero al ver quién entraba una erupción de calidez invadió mi pecho.

—¡General! —Mi sonrisa se congeló sobre mis labios cuando no respondió a ella más que con una penetrante mirada de sus ojos grises.

—Su majestad —Kaden se inclinó con cortesía—, el senescal me ha pedido que la avise de que adelantarán la audiencia a fin de evitar que se acumulen demasiados plebeyos.

—Se sentirá halagado del interés que ha despertado, ¿no? Nunca he oído de semejante participación ante el nombramiento de un general —dijo Rebeca con una enorme sonrisa.

El semblante de Kaden permaneció inexpresivo ante la felicitación.

—¿Puede alguien aclararme de una vez qué es lo que ocurre? —pregunté perpleja.

—Las muchachas que se encuentran ahí afuera con sus padres han acudido a participar en la selección de la futura prometida del general —me aclaró Rebeca.

—¿Qué? —parpadeé.

—Es la costumbre, una vez que se nombra a un nuevo general y, si este no se encuentra ya comprometido, las doncellas del pueblo, a través de sus familiares, pueden ofrecer su mano en matrimonio para un posible casamiento con él. Su merced es quien elige a la prometida de entre

todas y el general deberá desposarla en el plazo de dos lunas llenas.

Me toqué el pecho cuando sentí que mis pulmones se quedaban sin aire. Los ojos grises no me perdían de vista. Incapaz de enfrentarme a su escrutinio, me levanté con brusquedad y me acerqué a la chimenea, apoyándome en el borde para estabilizar mis temblorosas piernas.

—Eso es una estupidez —carraspeé cuando mi voz comenzó a fallarme—. ¿Por qué iba a escogerle una esposa?

—Es una tradición —intervino Rebeca que había dejado de sonreír y ahora me estudiaba con la cabeza ladeada.

—¿No habría sido más lógico que no se casase? Eso garantizaría que se centrara en su trabajo —espeté.

—La razón por la que nos obligan a desposarnos es para asegurarse de que no cedamos a la tentación de dejarnos seducir por una espía o alguien que quisiera infiltrarse en el castillo con el propósito de dañar al rey, o a la reina en este caso, por eso, además, la novia ha de ser del pueblo y de una familia que pueda demostrar al menos dos generaciones de nacimientos aquí —explicó Kaden con una voz tan inexpresiva como lo era su cara.

Me giré furiosa hacia él.

—¿Descuidaría su trabajo y sus responsabilidades solo para meterse en el lecho de una mujer? —le exigí.

Kaden me respondió con una tensa calma.

—Jamás.

—Bien, entonces no veo por qué tendría que elegirle una prometida, ¿no?

—Tiene que hacerlo —me advirtió una de las damas de más edad—. Es lo que el pueblo espera de vos. Si no cumple con su parte del trato, se le echarán encima. Para ellos es un honor y una oportunidad única de participar, ninguna de esas personas se tomará a bien que despoje a sus hijas de ese derecho.

—No se puede anteponer el bienestar de las muchachas o de sus familias al del general y su potestad de decidir por sí mismo —insistí.

—¿Y pretende privar al general de la posibilidad de tener esposa y una familia propia? —preguntó Rebeca con una intensidad en sus ojos que nunca antes había visto en ella.

Miré a Kaden, que seguía quieto en el mismo lugar en que había estado desde que llegó. Nada en su porte o expresión permitía adivinar qué era lo que opinaba al respecto.

—¿Es que no piensa decir nada? —lo reté—. ¿Quiere casarse?

—No soy quien para decidir, su majestad. Haré lo que deseéis que haga.

—¡Acabo de daros la posibilidad de escoger! —siseé enfadada.

—La misma que le he dado yo a su majestad —respondió con aquella calma helada que solo consiguió sacarme aún más de mis casillas.

—¡Todo el mundo fuera de aquí, excepto vos, general!

Mis damas y los dos guardas que habían acompañado a Kaden se fueron dirigiéndome miradas, más o menos disimuladas, cargadas de curiosidad y extrañeza. Kaden, por su parte, se mantuvo en su sitio. El silencio se podría haber cortado con una daga cuando nos quedamos solos.

—¿Sabías que el cargo venía con el compromiso de matrimonio? —pregunté de espaldas a él, incapaz de mirarlo.

—Sí.

—¿Y aun así aceptaste? —Intenté que el nudo en mi garganta no estrangulase mis palabras, pero fue inútil.

—¿Me disteis la opción de pronunciarme al respecto?

Me giré hacia él.

—Pensé que era lo que querías, que te lo merecías.

—Y os lo agradezco. —Su voz se suavizó.

—¿Quieres contraer matrimonio? —Lo miré a los ojos tratando de encontrar la verdad que estaba buscando.

Kaden me mantuvo la mirada largo rato antes de contestar.

—Sí, pero con ninguna de ellas.

Mi garganta se estrechó.

—¿Con quién entonces? —musité.

—Soy un simple soldado, su majestad. Lo máximo a lo que puedo aspirar es a un matrimonio con una de esas doncellas. Cualquiera otra fantasía que pueda albergar es meramente eso, una ilusión.

—Pero...

—Rebeca y sus damas tenían razón, si no me entrega en matrimonio, una buena parte del pueblo se pondrá en contra de su merced. Su posición ahora mismo no es lo suficientemente estable como para arriesgarlo todo por mí.

Me dejé caer en la silla y lo miré sin ocultar mi desesperación.

—Yo no sabía... —mi voz se quebró.

Kaden dio un paso hacia mí, pero volvió a detenerse.

—Lo sé, pero ya no tiene remedio. Su merced tiene sus obligaciones y yo las mías. —Había tanta ternura como pesar en su tono.

—Y una vez que te hayas casado... ¿Estás seguro de querer seguir... formando parte de mi guardia? ¿De seguir aquí a mi lado?

Kaden no sonrió ni mostró ninguna de sus habituales muecas cuando se acercó y se acuclilló ante mí.

—¿Puedo serle sincero, su majestad?

—Necesito que lo seas —susurré.

—Desde que nos encontramos en el mercado, supe que este era mi destino, el de protegerla y verla sana, salva y, a ser posible, feliz. Si me pidiera la vida, se la daría sin dudarlo.

—Jamás aceptaría que murieses por mí —murmuré.

Kaden sonrió con tristeza.

—Incluso aunque no me lo solicitara...

Le coloqué una mano sobre los labios y la aparté enseguida al sentir su cálido aliento contra mis dedos.

—Ahora solo estamos tú y yo, olvida mi título y quién soy.

Él tomó una profunda inspiración antes de seguir:

—Aunque no me lo pidieses ofrecería mi vida con gusto.

—¿Y ese matrimonio?

—El único motivo por el que estoy dispuesto a aceptarlo es porque quiero quedarme aquí junto a ti. Es el precio que tengo que pagar y estoy preparado para asumirlo.

—¿Y si te dijera que no quiero que te cases?

Él se puso serio.

—Negarme a desposarme se consideraría traición y me obligarían a marcharme.

Cerré los ojos por un instante antes de volver a mirarlo con toda la angustia que me embargaba en ese momento.

—¿Existe alguna forma en la que la vida de una reina no tenga que ser una continua complicación?

—Si la hay, tú la encontrarás. —No fue hasta que Kaden alargó la mano y me secó una lágrima de la mejilla que me di cuenta de que estaba llorando. Era algo que parecía estar convirtiéndose en una costumbre—. Y yo estaré ahí para verlo.

—Kaden...

Llamaron a la puerta y él se alejó con un par de zancadas de mí, regresando a su postura firme con la vista al frente. Irene metió la cabeza.

—Su majestad, tiene que bajar. La gente se está impacientando y cada vez vienen más familias. Parece como si fuesen a venir todas las mujeres casaderas del pueblo. —Cuando no reaccioné, Irene entró y cerró la puerta tras de sí—. María, sé que no soy la más adecuada para darte lecciones, pero eres la reina, debes dar ejemplo —me recordó la lección más importante que nos había dado a ambas fray Roland.

Me conocía como solo una hermana podía conocer a otra y, aunque no lo habíamos hablado nunca, estaba segura de que ella había adivinado incluso antes que yo el motivo por el que no quería que Kaden se desposara con ninguna otra mujer.

Secándome las lágrimas me levanté y me alisé la túnica antes de enderezar los hombros.

—Adelántate y avisa de mi llegada. Ayúdale al senescal a organizar a la gente. Bajaré en cuanto haya terminado de arreglarme —le indiqué a Irene.

—Por supuesto, su majestad. —Irene dejó la puerta abierta al salir, dejando a la vista a mis damas que seguían esperándome en el pasillo.

Al pasar al lado de Kaden me detuve sin mirarlo.

—¿Tenéis preferencia por alguna en especial? —preguntárselo fue lo más difícil que había hecho en mi vida.

CAPÍTULO 23

MARÍA



El primer día atendiendo a los villanos con sus preciosas hijas, mientras pretendían convencerme de sus virtudes o incluso probaban a sobornarme con regalos y agasajos, fue una agonía. El segundo día resultó ser incluso peor, pero hoy, cinco días más tarde, pasar por la cena y una noche de festejos con motivo de la celebración del compromiso de Kaden, era más de lo que podía soportar.

En cuanto nadie estuvo pendiente de mí, me escabullí y subí al torreón norte, lejos de la gente, los invitados, mis damas de honor, mi guardia y sobre todo de la feliz parejita a la que todo el mundo envidiaba y felicitaba.

Magda, así era cómo se llamaba la preciosa muchacha que ahora estaba prometida a Kaden. La odiaba por su belleza, su dulzura, la generosa dote que aportaba a su matrimonio, su alegría y su don de gentes y, aun así, la había seleccionado de entre todas las aspirantes porque vi cómo lo había hecho reír. Quería verlo feliz, aun cuando eso significase mi propia infelicidad.

Fray Roland me había dicho una vez que ni la felicidad ni el dolor perduran para siempre y que depende de nosotros hacer que permanezcan o borrarlos de nuestras vidas. Lo que no me había enseñado nunca era cuán virulento podría llegar a ser ese dolor y cuán difícil deshacerte de él.

En cuanto pisé el exterior, me arrepentí de no haberme traído alguna mantilla que me abrigase, pero, aun así, prefería mil veces aquel viento gélido, que me quemaba la piel de las mejillas y la nariz, a tener que presenciar ni un solo gesto cariñoso más de la exuberante prometida a su futuro marido.

Me acerqué a las almenas y contemplé los bosques que se extendían ante mí, ahora casi negros por la oscuridad, con la excepción de algunos débiles candiles y antorchas encendidas en el pueblo.

¿No era una ironía que aquella enorme extensión en teoría me perteneciese? Nadie debería poseer más de lo que le cabe en la mano o puede llevar encima, y yo, sin embargo, era la dueña absoluta de todo un rincón del mundo, incluidos sus animales, habitantes y recursos. Yo... nada más que una mujer a la que a veces le costaba seguir poniendo un pie delante del otro para seguir avanzando.

Aquella realidad me hizo experimentar la soledad con mayor crudeza que nunca antes. ¿De qué me servía tanta inmensidad cuando lo único que anhelaba se encontraba fuera de mi alcance?

—No deberíais de estar aquí a solas. Es peligroso. Sería fácil para sus enemigos darle un

empujón y deshacerse de vos. —La voz profunda se deslizó sobre mi piel como un paño de terciopelo.

No me giré, ni lo miré.

—¿Cree que a alguien le importaría, general? —la añoranza se filtró en mi tono, aun cuando no era mi intención.

—Estoy absolutamente seguro de ello.

—Yo no —le confesé en un arranque de sinceridad.

Hubo una pausa.

—A mí me importaría si eso le sirve de algo —comentó Kaden, al fin.

Mis ojos se cubrieron de un ardiente escozor que emborronó mi visión. Sí, claro que me servía de algo, pero no podía confesárselo. No con palabras y mucho menos con gestos. Ese era el mundo que nos separaba ahora más que nunca. Yo era la reina y él el hombre que debía dar su vida y su libertad por mí. Eso, no obstante, era lo único que unía nuestros dos universos. Juntos, pero tan lejos como se encontraban aquellas estrellas que brillaban en el negro firmamento.

—¿Alguna vez ha deseado ser libre? ¿Poder hacer lo que le diese la gana con su vida, su cuerpo y su porvenir? —le pregunté.

—Cada día de mi vida.

Sorprendida por su respuesta me giré hacia él. Se encontraba apoyado contra la grisácea pared y las sombras lo cubrían tanto que apenas podía discernir un pequeño tramo de su nariz y su mandíbula. Aunque en el fondo no necesitaba verlo, conocía cada uno de los ángulos y relieves de su cara de memoria, como si lo tuviese grabado con un hierro candente en mi ser.

—¿No es curioso que, aun siendo tan diferentes, ambos tengamos las mismas necesidades y deseos de libertad? —pregunté ante la vehemencia con que lo había dicho.

—¿Hay alguien que no los tenga? —En su burla se escondía sarcasmo.

—Siempre había pensado que los que nos sentíamos atrapados éramos una minoría —admití.

Kaden soltó una carcajada seca.

—¿Considera que ser libre es tener que obedecer y trabajar para otros a cambio de un plato de comida y un techo? ¿Cuántos de nosotros podemos decidir a qué amo deseamos servir? ¿Y cuántos no se sienten encarcelados por lo que los demás esperan de ellos?

Sacudí la cabeza y volví a mirar el paisaje.

—Imagino que existen muchos tipos de esclavitud —murmuré.

—Así es.

—Si tuviese la potestad de hacerlo, ¿qué tipo de libertad escogería, general?

Él se tomó su tiempo en responder.

—Una en la que pudiese elegir a la mujer con la que quiero compartir mi existencia —dijo en un tono tan calmado y seguro que resultaba fácil creerlo.

Me abracé y traté de aliviar la quemazón de mis ojos, llevando el frío aire de la noche a mis pulmones.

—Debería regresar a su fiesta. Su prometida podría estar echándole de menos y posiblemente sus invitados también.

—¿Puedo preguntarle qué libertad desearíais vos, majestad? —me preguntó como si no hubiese oído mi advertencia.

Sonreí con tristeza ante el título que nos distanciaba una vez más y esta vez por siempre.

—La potestad de no tener que renunciar a mí misma y a mi vida en pro de que los demás puedan tener la suya, el poder luchar por la persona a la que amo en vez de... —Me coloqué la mano sobre la garganta cuando mi voz se quebró y, en un arrebato cargado de frustración, me

giré—. Esto no tiene sentido. Debemos regresar a la fiesta.

Kaden se interpuso en mi camino cuando me apresuré hacia la puerta. Casi choqué contra su firme cuerpo y me hubiese caído de no ser porque me agarró por los hombros para estabilizarme. En sus ojos se reflejaban la misma pesadumbre y agonía que yo sentía en mis entrañas.

El tiempo pareció detenerse cuando bajó lentamente la cabeza para alcanzar mis labios. Podría haberlo detenido, podría haberlo puesto en su lugar, podría haber hecho muchas cosas antes que dejar que aquello ocurriese, pero, en cuanto sus labios tocaron los míos y sus manos me cogieron de la cintura, me apreté contra él y le rodeé el cuello con los brazos.

Nos fundimos. Aquella era la única forma de describir aquel momento en el que compartimos nuestros alientos y mi cuerpo se adaptó al suyo mientras nuestras bocas se devoraban hambrientas. Y nos mantuvimos fundidos hasta que nuestros pulmones nos obligaron a coger aire.

Con la respiración pesada e irregular, Kaden mantuvo por unos minutos los párpados apretados.

—Su majestad, sería mejor que regresase a sus aposentos.

—Kaden... —protesté con debilidad.

—Solo soy humano, su majestad —murmuró con tono lúgubre.

CAPÍTULO 24

MARÍA



*P*ara cuando llegué a las termas, Irene y lady Eleora ya se encontraban a sus anchas en el agua, y parecían haber dado buena cuenta de la comida y la bebida, a deducir por la bandeja medio vacía de queso y pan colocada en el borde del baño, además de las copas en sus manos.

—¡Su majestad! Llegáis tarde —me recriminó Irene entre risitas—. No sabéis la de historias que me ha contado Eleora.

Arqué una ceja. ¿Desde cuándo lady Eleora se había convertido en Eleora a secas? Si las manchas rojizas en las mejillas de Irene ya me habían dado alguna indicación, las repentinas confianzas con la cortesana confirmaron su estado ebrio. No es que me molestasen las confianzas entre ambas, al contrario, la mujer me había ayudado a tramar el rescate de Kaden, pero apenas la conocíamos y seguía sintiéndome dividida entre mi necesidad de confiar en ella y el miedo a que pudiera traicionarnos.

—El día que consiga participar en un consejo, en el que todos esos idiotas no se pasen las horas protestando y perdiendo el tiempo en estúpidas discusiones, será el día en que pueda morir en paz —mascullé mientras metía la punta del pie en el agua para bajar los escalones—. Detesto a esos dichosos hombres. Es como si no tuvieran otra cosa que hacer que dedicar su vida a complicar la mía. —Si el agua no me hubiese llegado hasta el pecho, habría dado un pisotón por el simple hecho de airear parte de mi frustración.

—Eso suena al conde de Redland o a uno de sus amigos del alma. —Lady Eleora sonrió con los ojos cerrados y una expresión de éxtasis en su rostro.

—Redland, Clouthsword, Greymore... ¿qué más da? —Me coloqué a su lado y acepté la copa de vino de Magda, mientras trataba de olvidar que era la prometida de Kaden y, ahora, una nueva incorporación a mis damas de compañía—. Si pudiera los enviaría a todos a la horca esta misma tarde. Y con ellos a esos seguidores fieles que se han buscado para que los rodeen como monigotes.

—Mmm... Eso podría traer consecuencias. —Eleora tomó un sorbo de su copa y me escudriñó con un ojo entreabierto—. ¿Qué ha hecho esta vez?

—Convencer a los estimados miembros de mi consejo de que debo casarme, ¿te parece poco?

—Pues... si quiere que le sea franca, su majestad, probablemente sea una opción que le solucionaría bastantes problemas —expuso lady Eleora con cautela.

—¡No quiero casarme! —Di un manotazo al agua antes de hundir la cabeza con un gemido—.

Además, no es solo eso, es la forma en la que pretende manipularme y poner a todos en mi contra. Necesito encontrar alguna solución. Cualquiera día, él y sus amigos, me meterán en un problema del que no seré capaz de librarme. A este paso serán ellos los que van a acabar por llevarme a la horca.

—A las mujeres de la realeza no las ahorcan, les cortan el cuello —me recordó Irene.

—Gracias por ser tan específica —refunfuñé con sequedad—. Ahora, en serio, se supone que sois mis asesoras, ¿qué debo hacer con ellos? No paran de provocarme y humillarme. Kad... el general me aconsejó que me los ganase, pero haga lo que haga no encuentro la forma de hacerlo. Es como pretender cruzar de una habitación a otra dándote cabezazos contra la pared.

—En ese caso, deshágase de ellos —propuso Irene mientras soplaba en vano sobre su nariz en un intento por apartarse un mechón húmedo de la punta.

—¿Qué gran propuesta! —la alabé con ironía—. Ya solo hace falta que me digas cómo hacerlo. ¿Los meto en un barco y los mando a Normandía?

—Pues la verdad es que no sería tan mala idea. —Eleora puso uno de sus mohines pensativos que, para mi envidia, resultaban tan sensuales como los que ponía cuando disfrutaba de algún dulce.

—Claro, y también lo sería arrebatarles sus riquezas para que dejaran de ser tan poderosos y tuviera más probabilidades de enfrentarme a ellos. —Me pasé cansada una mano por los párpados.

—¿Arruinarlos? ¡Esa idea es extraordinaria! —Lady Eleora se enderezó animada.

—Aunque para eso tendríais que separarlos primero —opinó Irene como si toda aquella conversación fuera en serio en vez de una simple broma.

—¡Claro! ¿Por qué no? —espeté irritada.

—No, no lo entiendes, María. —Irene bajó la voz y miró por encima de su hombro para asegurarse de que Magda se encontraba lo suficientemente lejos como para que no pudiese oírnos—. Estamos hablando en serio, ¿verdad, Eleora?

—Opino que es una opción plausible. Bastaría determinar cómo lograrlo —admitió la cortesana.

Las tres nos quedamos un rato en silencio, hasta que Eleora comenzó a tamborilear con un dedo sobre sus labios e intercambié una mirada con Irene.

—Magda, ¿podrías traerle a la reina algo del pastel de carne que estaban preparando en la cocina? Ya debería estar listo —pidió Irene.

—Por supuesto. —Magda dejó su bordado y se levantó apresurada.

Todo había que decirlo, aunque en secreto la detestaba a muerte, la chica se volcaba en tratar de complacerme.

—De acuerdo, repasemos la idea —propuso Eleora cuando nos quedamos a solas—. Tenemos que aislarlos de modo que no puedan apoyarse los unos a los otros.

—Y enviarlos lejos y arruinarlos —completó Irene.

—El hecho de alejarlos nos lo facilitaría —murmuré pensativa—. Habría una forma de conseguirlo, pero... No, no pienso hacerlo.

—¿De qué estás hablando? —Irene y Eleora me echaron una ojeada expectante.

—De nada, no pienso hacerlo. —Lo descarté con la mano.

—Bueno, al menos cuéntanoslo, puede que nos ayude a encontrar otra solución basándonos en esa —sugirió Irene.

—Oh, es fácil. Quieren que me case, ¿no? —Alcé una ceja—. ¿No creéis que para evaluar a los mejores candidatos tendría que enviar a representantes de confianza a las diferentes casas

reales de nuestros vecinos y aliados?

—¡Por supuesto! —Sobre los labios de Irene se dibujó una sonrisa maquiavélica—. Y cómo no, su majestad no podría encontrar a emisarios más capacitados que el conde y sus compinches.

—Y cada cual habría de acudir a un reino diferente a fin de abarcar más territorio —completó Eleora.

—Eso nos daría de tres a cuatro semanas para mermar sus fortunas, aunque ese sería otro problema —reflexioné.

—El duque de Clouthsword está esperando la llegada de dos barcos mercantes —nos informó Eleora con un tono casual—. Si los navíos tuviesen algún tipo de percance que evitase que llegaran, sería una pérdida considerable. No lo suficiente como para arruinarlo, pero sí para causarle bastante daño.

—¿Y el conde de Greymore?

—Sería una lástima que su afición a las cartas y a las apuestas lo dominase durante una visita a la corte de la Isla de Francia. —Eleora se miró el pomposo anillo de su dedo anular—. Eso me recuerda que la última vez que la visitó se desencadenó un tremendo escándalo por la relación que mantuvo con una famosa cortesana. Teniendo en consideración que la familia de su esposa se sintió tremendamente ofendida y que es su cuñado el que le da el apoyo económico que necesitan para mantener su posición...

—¡Dios, Eleora, vales tu peso en oro! —exclamé con sinceridad.

—No es la primera vez que me lo han dicho y hasta alguna vez he llegado a cobrarlo —carcajeó la mujer.

—Nos queda el conde de Redland —nos recordó Irene.

—Nos *quedaría* —puntué—. No pienso casarme solo por poner en marcha ese plan, de modo que olvídale.

—Dadme un par de días de reflexión, ya se me ocurrirá algo que podamos usar en relación a ello y de paso encargarnos también del conde —nos aseguró Eleora.

—¡Esto tenemos que celebrarlo! ¡Magda, llegas justo a tiempo! —Irene le quitó la bandeja que traía de las manos y la colocó en el borde del baño—. Abre esas cortinas de la pared y tráenos más vino, la jarra está vacía.

En cuanto fue descubriendo las pinturas de las paredes, los ojos de Magda se abrieron y un tinte rosado invadió sus mejillas, dotándola de ese aire mitad inocente, mitad sensual que a un hombre seguramente le habría resultado de lo más morboso. Preferí no plantearme qué le parecería a Kaden o, si incluso, se enfadaría por haber expuesto a su inocente prometida a semejante decadencia.

Lady Eleora cruzó el agua para acercarse al borde contrario y, mientras estudiaba los frescos, vacié mi copa de vino de un trago y me recreé en el calor que me inundó. Sonreí ante la repentina ligereza que me invadió.

—¿En serio? —se burló Eleora—. Quién habría dicho que en este castillo pudiese encontrarse un... tesoro como este.

—Después de todo fue una fortuna que su majestad aceptase ser la Reina Puta. ¿Te imaginas que hubiese tenido que destruir este sitio con tal de conservar su honor? —coincidió Irene con una risita—. Yo ya no puedo vivir sin el placer de relajarme aquí.

—Me llamáis la atención, ambas. Vuestra mentalidad es demasiado liberal para vuestra cuna —admitió Eleora curiosa.

—Mi tía no me educó en el libertinaje —expliqué—. Pero consideró que, si como sucesora real debía tener alguna posibilidad en un mundo regido por hombres, necesitaba disponer de una

preparación que me permitiese entender cómo pensaban y, sobre todo, evitar que eso me asustase.

Me reservé que mi tía era la madre de Irene.

—Eso no es algo habitual —opinó lady Eleora interesada.

—No, no lo es. Tuve mucha suerte —admití.

Con un suspiro, lady Eleora, echó la cabeza atrás sobre el borde de los baños mientras cerraba los ojos.

—He de confesar que negociar con la realeza tiene sus ventajas.

Fingí una sonrisa mientras Magda rellenaba mi copa, pero fue imposible mantenerla estampada sobre mis labios, mientras observaba su sedosa piel de cerca y las imágenes que se me venían a la mente de Kaden con ella en su noche de bodas me retorcían las entrañas. Solo quedaba algo más de un mes para que eso sucediera y, entonces, cualquier cercanía que pudiese existir entre él y yo se acabaría.

¿Cómo iba a soportar convertirme en testigo de cómo Kaden se enamoraba de aquella criatura tan perfecta? Podía imaginar las largas noches sobre mi cama llorando en soledad mientras ellos eran felices juntos. No podían ser muy distintas a las noches que estaba pasando ahora, solo que por el momento aún podía convencerme a mí misma de que él también se encontraba a solas en su lecho, y cuando se casaran sabría, sin lugar a dudas, de que se encontraban juntos, desnudos y probablemente haciendo el amor, algo que yo no tendría jamás, al menos no con él.

Sin saborearla, vacié mi segunda copa de vino y la dejé ruidosamente sobre el bordillo.

—Está decidido, tenemos un plan. —Mi voz resonó en el silencio de la amplia sala—. Voy a casarme.

CAPÍTULO 25

MARÍA



Imagino que el tímido: «Señora, no debería seguir tomando vino» de Magda y su posterior desaparición de las termas deberían haberme puesto sobre aviso de que acabaría con los tormentosos ojos grises de Kaden fijos en mí. Y, por si me quedaba alguna duda de si había sido ella quien lo había avisado, la muy traidora regresó justo después de él a la sala y se refugió en un rincón como si eso la hiciese pasar desapercibida y la exonerase de cualquier culpa.

Entrecerré los ojos y me negué a achantarme por la imponente presencia de Kaden. ¿Quién se había creído que era para presentarse allí sin más? ¡Eran mis baños! ¡Mi escondrijo secreto en el que podía refugiarme del mundo y sus malditos juicios!

—¡Kaden! Llegas justo a tiempo de celebrar con nosotras —lo recibió Eleora con una alegría que me hizo examinarla con más atención.

¿Era otra de sus fervientes admiradoras? ¿Lo había sido de antes o desde que lo había subido de rango? Maldije el día en que se me ocurrió nombrarlo general.

—Ya lo que faltaba —farfullé antes de llevarme la copa a los labios.

¡Qué demonios...! Inspeccioné sorprendida el interior vacío. ¿Cuándo me había tomado lo que quedaba? Miré el agua a mi alrededor por si lo había derramado sin querer.

Kaden arqueó las cejas.

—¿Qué se celebra?

Eleora e Irene cruzaron una mirada de complicidad y rompieron a reír. Contuve el aliento.

—El poder de las mentes femeninas —se burló Irene—. Y un futuro lleno de prosperidad y éxitos.

Solo cuando respiré aliviada me di cuenta de que no estaba preparada aún para compartir con él mi resolución de casarme. En realidad, viéndolo ahora frente a mí, con sus intensos ojos escrutándome y esa ligera curvatura de sus labios que le transformaba el semblante las pocas veces que sonreía, no me quedó más remedio que reconocer que la idea de buscarme un candidato como marido era ridícula. Ninguno de ellos le llegaría ni a la suela del zapato a ese dichoso hombre y, desde luego, no iba a provocarme esas ganas de invitarlo a bañarse con nosotras por el simple motivo de apreciar mejor su cuerpo y, en especial, para descubrir si de cerca estaba tan musculoso como se veía desde la ventana de mi dormitorio cuando practicaba.

—No tengo claro que me atreva a celebrar hasta que no me ofrezcáis detalles más específicos sobre vuestros planes —argumentó Kaden con ese tono viril, aterciopelado y profundo, que

cualquier mujer con sangre en las venas querría oír cada noche antes de acostarse.

—¡Pamplinas! —salté antes de que una de las otras pudiera mencionarle algo sobre la estúpida idea de contraer matrimonio de la que habíamos hablado antes—. ¡Magda, trae vino para nuestro general y rellena también nuestras copas!

—¿Y por qué no aprovecha ya que está aquí y se da un baño? —le preguntó Eleora echándole una ojeada invitadora por encima del borde de su copa.

Los ojos de Kaden se cruzaron de inmediato con los míos y bajaron hasta el punto en que el agua cubría el inicio de mis senos. Los labios masculinos se curvaron con intención, tornándome consciente de mí misma.

—Quizá en otra ocasión —prometió con una repentina ronquera.

—¿Seguro? —intervino también Irene.

—Muy seguro —replicó dirigiéndome una mirada que me hizo arder por dentro.

¿Qué ocurriría si les pidiese a todas que se largaran y me dejasen a solas con él? ¿Existía una excusa lo suficientemente creíble que justificase una reunión en ese preciso momento y lugar, y sin testigos?

Por cómo Magda restregó los pechos como por casualidad por su brazo al entregarle la copa, me dejó claro lo fuera de lugar que se encontraban mis fantasías. Antes de girarme con brusquedad vi que Kaden apretaba la mandíbula.

—¿Puede al menos acercarse? Tenemos una pregunta que hacerle —le pidió Irene.

Cerré los párpados en un intento por recuperar la cordura en lo que él rodeaba el baño.

—¿Señoras? —preguntó Kaden.

Irene le dirigió una larga mirada a Magda y esperó a que la chica captase la indirecta para alejarse. Al principio se resistió, pero imagino que cuando las tres la miramos fijamente no tuvo más remedio que darse por enterada de que, aún siendo la prometida del general, no era bien recibida. En el mismo momento de girarse para marcharse, por su semblante cruzó una expresión que solo podía interpretar como furia, aunque pasó tan rápida que no habría podido asegurarlo. Irene, Eleora y yo nos arrimamos todo lo que pudimos al borde y Kaden se acuclilló para que pudiésemos bajar el tono de nuestra conversación. Un corto vistazo al rincón me aseguró que Magda se encontraba centrada de nuevo en sus labores de bordado.

—Si alguien planificase abordar dos navíos mercantes para hacerse con la mercancía y luego quisiese asegurarse de que no quedase rastro de su implicación... ¿Cuál cree que sería la mejor forma de lograrlo, general? —preguntó Irene con la cabeza ladeada y la inocencia de un angelito recién caído del cielo.

Kaden entrecerró los ojos.

—Imagino que, si quisiera evitar que se me relacionase con ello, le propondría un acuerdo a uno de los jefes vikingos que pasan por el mercado del noroeste a vender allí sus mercancías. Si el botín que se les promete es importante, podría pactarse el cincuenta por ciento de los beneficios o al menos el cuarenta.

Eleora y mi prima intercambiaron un gesto triunfal.

—Y díganos, ¿conoce a alguien de confianza y con la suficiente capacidad de negociar que pudiese alcanzar un trato semejante? —indagó Eleora.

Kaden removió pensativo el líquido de su copa.

—Podría ser, sí.

—¿Y bien? ¿A qué viene esa cara, general? —exigió Eleora divertida, sacándolo de su ensimismamiento.

—En que me asusta el poder de la mente femenina, en especial, cuando se pone a maquinarse.

—contestó él sin inmutarse.

—¿No nos considera capaces a las mujeres de planificar o de elaborar estrategias, como soléis hacer los hombres? —El sarcasmo se filtró en el tono de mi prima.

—Al contrario. Creo que ningún hombre está a salvo cuando varias mujeres juntan sus cabezas para derrocarlo.

Eleora esbozó una de sus sonrisas gatunas.

—Es un hombre inteligente. Brindo por ello y por el éxito de nuestro plan.

—¿Y puedo saber en qué consiste exactamente? —presionó Kaden.

—En dividir, alejar y conquistar. —Irene alzó su copa con una risita—. Y en demostrarles a los integrantes de esta corte que el cadalso no es el peor destino que pueda esperarles.

—Tengo que admitir que eso consigue que cualquier hombre se estremezca, incluido yo —admitió él con ironía, aunque parecía relajado, de hecho, rara vez se expresaba con aquella relajación y soltura a menos que estuviésemos a solas, compartiendo uno de aquellos extraños momentos de intimidad.

Me mordí el interior de los labios. ¿Se debía a la presencia de Eleora que actuase así? Mi estómago se llenó de acidez ante la idea y de lo que podía implicar.

—Ah, mi querido amigo, pero vos no estáis en nuestra lista, ¿verdad, su majestad? —bromeó Eleora.

Podría haberle asegurado que Kaden encabezaba mi lista, solo que se trataba de una que no tenía nada que ver con lo que estaban hablando.

—No, claro que no —respondí con la lengua pastosa.

—Es un alivio confirmarlo —se burló Kaden—. ¿Necesita ayuda para salir del agua, su majestad? La veo algo indispuesta.

—¡Pamplinas! —mentí.

—¡Ah, y aún no se ha enterado de lo mejor! —saltó mi prima alegre—. Su majestad ha decidido...

—Que vos y un pequeño grupo de sus hombres podrían venir a usar estos baños —balbuceé lo primero que me vino a la mente. Cualquier cosa con tal de acallar a Irene—. Se lo merecen y además ayudará a evitar que nadie vuelva a usar este sitio como un medio para llegar a mí.

—Seguro que les encantará la idea —replicó Kaden despacio, estudiándome como si no se fiase de mí.

—Es una idea genial —coincidió Irene—, pero cuéntale...

—¿Ha tenido alguna noticia de fray Roland y los hombres que he enviado a acompañarlo? —volví a interrumpirla.

Kaden frunció el ceño.

—Las misivas se las entregan a vos, señora. No pasan por nuestras manos.

—Sí, claro, es verdad. Qué cabeza la mía. —Me llevé la copa a los labios para encubrir mi mueca.

—¿Ya se lo puedo contar? —preguntó Irene con un puchero.

—No hay nada más que pueda interesarle. —La fulminé con la mirada.

—Claro que...

Esta vez fue lady Eleora la que le dio un codazo antes de alzar la voz.

—Magda, cielo, tráete el vino y revisa si el general también quiere más.

Podría haberle dicho que Kaden no había tomado más que un sorbo, pero me limité a esperar a que Magda nos sirviera y elevé mi copa con una sonrisa forzada, determinada a cambiar de tema y que Irene mantuviese el pico cerrado hasta que pudiera explicarle que había cambiado de

opinión sobre lo de contraer matrimonio.

—Porque todo salga según lo esperado —brindé con un tono demasiado agudo.

El general alzó la copa junto a las demás, pero su mirada se mantuvo sobre mí cuando se la llevó a los labios. Tuve la absoluta certeza de que no pensaba conformarse con ser dejado de lado. La única cuestión era a quién de nosotras tres iba a sacarle la información y cómo. Y si se conformaría con sonsacarnos la estrategia que habíamos trazado o si presionaría hasta averiguar lo que trataba de ocultarle.

Nuestras miradas se encontraron y de repente me perdí en sus ojos, olvidándome de quién nos rodeaba e incluso de qué habíamos estado discutiendo. Solía pasarme cada vez más en su presencia. Era como si me arrastrase con él a un mundo al que solo nosotros pudiésemos acceder.

—¿No es maravilloso que su majestad haya decidido casarse, Kaden? —resonó la voz empalagosamente dulce y melodiosa de Magda a su lado, dejando un tenso silencio tras de sí.

CAPÍTULO 26

MARÍA



*A*lguien apartó el edredón de un tirón y me dejó expuesta a la implacable luz que entraba por los ventanales.

—Buenos días, ¡oh, mi reina durmiente! Aunque decir buenas tardes sería más apropiado, dormilona. Ya es más de mediodía. —Irene se tiró a mi lado en la cama arrancándome un gimoteo lastimero cuando el mundo giró a mi alrededor como si estuviese colgada del asta de un molino de viento durante una tormenta—. No veas el trabajo que me ha costado convencer a tus consejeros de que te encontrabas indispuesta y que no podías asistir a la reunión de esta mañana. Hasta que no les he insinuado que estabas en esos días del mes, no han dejado de presionar. Es increíble lo blandengues que se vuelven los hombres con solo mencionar temas inconfundiblemente femeninos. Es como si creyesen que es algo contagioso —rio.

—¡Por todo lo que es santo, deja de pegar botes! —ladré sujetándome las sienes entre ambas manos, como si eso consiguiera detener el apocalipsis universal.

—¿Nadie le enseñó a su majestad que es mejor no beber como un bárbaro a menos que seas uno? —se mofó de mí sin la más mínima consideración.

—Tampoco es como si hubiese bebido mucho más que tú o tu amiga del alma, lady Eleora —farfullé girándome con extremo cuidado, solo para acabar gimiendo de nuevo—. Incluso empezasteis antes que yo, y no veo que tú estés ni lo más mínimamente afectada.

—Querida —espetó Irene con ese tono de superioridad que yo detestaba desde que era una cría—, para empezar, vaciaste el doble de copas en la mitad de tiempo, sin contar que Eleora y yo teníamos el estómago lleno y que ambas sabemos cuándo frenar. ¿Te imaginas que una mujer como ella no supiese cómo beber? ¿Cómo iba a manipular a esos pobres desgraciados que caen en sus redes si no lo hiciera?

—¿Y por qué no me detuviste? —me quejé.

—Porque ni en mis más atrevidos sueños imaginé que fueses a convertirte en una bruja endemoniada que se comiera a damiselas vírgenes o a vomitar sobre tu guerrero de brillante armadura.

Entre la neblina confusa, que seguía cubriendo mi mente, aparecieron imágenes del inofensivo y cándido rostro de Magda y de cómo su velada expresión de victoria se convirtió en abierto terror después de que saliera del agua, me tambalease hacia ella y le propinase tal guantazo que cayó al suelo. Me tapé los ojos cuando recordé cómo me había enfrentado también a Kaden cuando evitó que pudiese arrastrar a su dichosa prometida por los pelos.

Me embargó de nuevo la irritación. ¿Cómo se había atrevido a felicitarme!?

—¿Le vomité encima al general? —pregunté sin querer recordar del todo los vergonzosos sucesos de la tarde anterior.

—Vomitara, vomitara... —Irene puso una mueca—. Yo más bien diría que lo bañaste.

—¡Madre del amor hermoso!

—Sí, algo así, y luego... ¡Eh! ¡Oye!, ¿por qué estás llorando?

—Yo... —Fui incapaz de ganarle a mis sollozos.

—María, deja de llorar. Fue un accidente, nada más, no puedes ser siempre la mujer perfecta que pretendes aparentar ante el mundo, ni siquiera tus súbditos lo esperan de ti —probó a consolarme—. Además, fue Kaden quien te trajo a la cama. A saber las veces que habrá hecho lo mismo por nuestro tío. ¿O ya no recuerdas la fama de borracho que tenía? De modo que no debió de enfadarse, o al menos acabó perdonándote —finalizó tras una breve vacilación, como si hubiera recordado algo que la hiciese cambiar de opinión acerca del estado de ánimo de mi general.

No sé qué fue lo que recordaba ella, pero si algo se había quedado grabado en mi memoria era cómo me tiró sobre la cama cual saco de trigo y la frialdad con la que les encargó a mis damas que se ocupasen de mí, antes de marcharse, sin dirigirme ni una sola palabra más. Irene no podía estar al tanto, porque ella llegó después de despedirse de lady Eleora.

La idea de que Kaden estuviese furioso conmigo solo consiguió que mis sollozos escalasen hasta ahogarse entre las lágrimas y mis gimoteos.

—Anda, ven aquí, so tonta. —Irene me abrazó y me dio un beso en la frente—. Te emborrachaste, ¿y qué? Tenías derecho a hacerlo. Ya verás como en unos días ya ni te acuerdas, y él mucho menos. Podrías clavarle una daga en el estómago y ese hombre te lo consentiría y hasta te explicaría cómo mejorar tu técnica —bromeó Irene—. Adora el suelo que pisas, te perdonaría cualquier cosa.

—Pero no que me case —musité.

Se produjo un largo silencio, solo interrumpido por mis solitarios sollozos.

—Eso es lo que te ocurre, ¿no? Es lo que tienes desde que lo nombraste general y te enteraste de que tenías que prometerlo con otra mujer.

—¿Acaso no lo sabías ya? —Solté una carcajada seca.

Si alguien me conocía, era ella. Probablemente me conocía incluso mejor que a sí misma.

—Lo sospechaba, aunque tenía mis dudas. Que intenten asesinate te deja marcada. Era normal que no te encontrases bien y siempre has sido de las que prefieren callarse las cosas.

Me percaté de que, con el tema del compromiso de Kaden, no le había dedicado ni un solo pensamiento al hecho de que las amenazas de muerte se habían tornado más reales que nunca. Suponía que había algo bueno después de todo en aquel maldito matrimonio.

—Imagino que un corazón roto duele más que la posibilidad de morir —reí entre lágrimas.

—María, cielo, no tienes idea de cuánto lo siento —su tono abatido reveló que me había entendido.

—Ya es demasiado tarde para eso, ¿no? Los dos vamos a casarnos con otras personas.

—¿Es por eso por lo que te enfadaste con Magda? ¿Porque se lo querías contar tú misma?

Me enjuagué las mejillas.

—En realidad, pretendía retractarme. Cuando lo vi allí de pie, ante nosotras, me di cuenta de que sería incapaz de estar con otro hombre si él se encontraba cerca.

La expresión de Irene se tornó grave.

—Nos educaron para esto, María, para aceptar quienes somos y cumplir con la

responsabilidad con la que nacimos. Mi madre nos concedió más independencia de la que ninguna otra mujer de nuestra edad suele disponer, pero nos lo consintió porque esperaba que cuando llegase el momento abandonaríamos esa libertad para asumir nuestras obligaciones, y eso ocurrió el día en que el tío murió.

—Pero tú tienes a Alaric.

—¿Por qué crees que lo envié al extranjero? —me preguntó con tristeza.

—Pero dijiste que...

—Te mentí, ya tenías de sobra con tus propios conflictos, no quería agobiarte también con los míos.

Me incorporé sobre un brazo y la miré a los ojos, ignorando las vueltas que daba mi cabeza al hacerlo.

—No vuelvas a ocultarme tus problemas o tu dolor. Sin importar qué suceda, para mí siempre estarás por encima de todo y de todos.

—¿Ves?, ahí es donde está la cuestión, ni tú ni yo tenemos ya la potestad de decidir qué es lo más importante para nosotras, porque Lanlow y su gente deben ser lo primordial.

Rendida, me dejé caer sobre la almohada y contemplé el techo. Irene enlazó sus dedos con los míos.

—Lo siento mucho, María.

—Yo también lo siento —murmuré cansada, dándole un ligero apretón.

Estábamos condenadas, ambas.

CAPÍTULO 27

MARÍA



— ¡Fray Roland! ¡No sabe cuánto me alegra tenerle de regreso sano y salvo! —En cuanto traspasó el umbral me acerqué a saludarlo—. ¡Dejadnos a solas! —les ordené a los hombres que quedaban en la sala del consejo.

—Su majestad. —El fraile inclinó la cabeza.

—¿Qué tal fueron las negociaciones con el rey Coenwulf? ¿Cree que estará dispuesto a mantener el tratado que firmó con mi tío? —pregunté en cuanto nos quedamos a solas, impaciente por recibir por una vez una noticia buena.

Me bastó la expresión de mi tutor para adivinar que no sería tan fácil como a mí me hubiese gustado.

—Sí y no —confirmó el religioso mis sospechas.

—¿Sí y no?

—El rey Coenwulf considera positivo que siga cultivándose la paz entre ambos reinos.

—¿Pero? —seguí presionando.

Fray Roland me acompañó hasta la mesa y rechazó la copa de vino que le ofrecí.

—Desea que se establezcan unas garantías adicionales que refuercen el tratado y vinculen ambas soberanías con lazos más estrechos de los que podría suponer una simple firma sobre un pergamino.

—¿Y eso sería? —pregunté estudiándolo.

—El rey Coenwulf ha propuesto que ambas monarquías sellen su alianza a través del matrimonio de su majestad con su sobrino Ceolred, vizconde de Fernsby.

—¡¿Perdón?! —Lo miré espantada.

La postura de fray Roland no cambió ni un ápice ante mi reacción, así como tampoco lo hizo su calma.

—Creo que deberíais considerar la posibilidad, su majestad. Un casamiento con el sobrino del rey de Mercia no solo tiene significativas ventajas estratégicas en cuanto a lo que supone tener de nuestra parte al vecino más poderoso de todos, sino también a nivel interno. Ninguno de los nobles, que se encuentran a día de hoy conspirando contra vos, se atreverá a hacerlo si corren el riesgo de que un oponente con una supremacía tan destacada pueda atacarles en represalia. Eso os garantizaría una cierta tranquilidad durante los próximos tiempos.

—¿A mí o al consorte que tratará de hacerse con mi trono? —espeté con sarcasmo.

Fray Roland vaciló por un momento.

—Diría que Ceolred es un muchacho demasiado inocente y centrado en el placer como para pretender hacerse con su corona, pero los años me han enseñado que es mejor no fiarse nunca de las apariencias y que incluso los más cortos de entendederas pueden volverse peligrosos con un maestro titiritero a sus espaldas, y el rey Coenwulf sin duda es uno excelente.

—¿Muchacho? ¿Cómo de joven es ese Ceolred? —Solo el nombre ya me daba repelús.

—Diecisiete años.

—¡Vaya! —Me dejé caer en una silla—. De modo que me está diciendo que mi mejor propuesta ahora mismo es la de casarme con un crío caprichoso que seguramente estará manipulado por su tío con la intención de quitarme de en medio.

—También añadiría consentido. —Fray Roland soltó un profundo suspiro y se sentó frente a mí—. Pero, aparte del hecho de que es preferible un marido joven a uno anciano, no es eso en lo que debe fijarse.

—¿Y en qué debo hacerlo, entonces? Porque ahora mismo no sabría decir qué diferencia hay entre la amenaza que me suponen mis barones y la que representa ese vizconde.

—Con ese crío, como lo llama, viene la protección de un reino fuerte, al que nos conviene tener de nuestro lado para evitar guerras con las otras naciones —puntualizó fray Roland—. Por otro lado, os subestimáis, su majestad. El rey Coenwulf podrá poseer una influencia destacada sobre su sobrino, pero dudo que cuente con la que tendréis vos sobre él. No solo es una mujer inteligente y despierta, sino que además posee una extraordinaria fortaleza.

—¿Y? —pregunté cuando fray Roland hizo una pausa.

—Ceolred es de carácter débil, tal y como lo demuestra el dominio de su tío sobre él, si le añadimos el ímpetu juvenil y lo mezclamos con la mentalidad conservadora de su rey, entre ambos seguramente creerán que les bastará con fecundarla cuanto antes para tenerla bajo control.

Me recorrió un estremecimiento ante la idea y me froté los brazos con la intención de espantar el repentino frío que me había invadido.

—Ya veo —dije despacio—. ¿Opina que tratarán de hacerme parir como una coneja para que, tal y como pide mi naturaleza femenina, acabe por dedicarme a criar a mis hijos en vez de cuidar de mi reino?

La comisura de fray Roland tembló levemente.

—No lo habría dicho con esas palabras, pero sí, sería básicamente la jugada inicial que esperaríamos de ellos.

Ni siquiera le pregunté cómo podía evitar caer en semejante emboscada. Fray Roland podía ser religioso, pero vivía en el mundo terrenal y no era ni de lejos tan inocente como algunos esperaban. Jamás me alentaría a recurrir a una curandera en busca de una poción, ya fuese para evitar un embarazo, o directamente destinada a que mi joven y ferviente esposo tuviera problemas para llevar a término sus propósitos o darle salida a su pasión desbocada, pero tampoco me impediría hacerlo. La idea de que los planes manipuladores del rey Coenwulf fuesen evitables me sosegó un poco.

—¿Y después? ¿Qué ocurriría cuando se diesen cuenta de que esa estrategia no les ha funcionado? —pregunté sin querer pensar en un marido que se pasase el día tratando de montarme como a una yegua con tal de dejarme preñada.

Definitivamente volvería a visitar a la curandera de Lady Eleora. Puede que incluso antes de la noche de bodas. ¿Qué hombre, y además joven, se atrevería a confesarle al resto del mundo que carecía de la potencia viril que le permitiese cumplir con su esposa? Tal vez pudiera librarme de su presencia en mi lecho, sin que llamase demasiado la atención.

Mi tutor carraspeó, devolviéndome al presente.

—Le decía, su majestad, que para entonces quizá ya hayáis conseguido la suficiente estabilidad y autoridad como reina para que no le suponga un verdadero problema.

Tiempo... El tiempo era fundamental en aquel momento de mi vida.

—Creo que debo ponerlo al corriente de los últimos planes que hemos puesto en marcha durante su ausencia —le anuncié poniéndome de pie y recorriendo inquieta la sala.

—¿Su majestad?

—He enviado a varios de los nobles más problemáticos en misiones diplomáticas con la finalidad de buscarme esposo en territorio extranjero.

—Lo decís como si ese no hubiera sido su objetivo principal al enviarlos.

Me detuve y me pellizqué el puente de la nariz.

—Lo cierto es que no lo fue. La intención era alejarlos de aquí y hacernos con el control de la situación —admití.

Después de relatarle a fray Roland los detalles del plan, este asintió pensativo.

—La astucia siempre fue su mayor pericia, su majestad.

—La noticia de un compromiso con el representante de Mercia podría poner en jaque nuestra maniobra —le advertí—. ¿De cuánto tiempo disponemos para responder al rey Coenwulf?

—Una dilación excesiva podría ser contraproducente —opinó mi tutor—. Pero nadie esperará que regrese sin haber descansado al menos unos días, el viaje me llevará otros tantos y después trataríamos las negociaciones sobre la boda y las estipulaciones matrimoniales a firmar. Imagino que podría posponerlo dos semanas, con mucha suerte tres.

Apoyé la cabeza en el asiento y estudié la pared. Ningún tiempo bastaría para acostumbrarme a la idea de que me desposaría con un desconocido por el que no sentía ni siquiera respeto, sin embargo, podría ser un periodo adecuado para que se llevaran a cabo el resto de mis previsiones.

—Sería un plazo admisible —concedí.

Después de una breve llamada, Irene asomó la cabeza por la puerta.

—¡Fray Roland! ¡Qué placer que ya esté de vuelta! —chilló corriendo apresurada a saludarlo.

—¿Dónde ha dejado su control, lady Grey? —A pesar de que el fraile arquease una ceja ante los ademanes poco educados de mi prima, no se me escapó la leve curvatura de sus labios.

Yo siempre había sido su pupila más aventajada y su orgullo, pero la que verdaderamente se había ganado su corazón era Irene con su espontaneidad, desparpajo y alegría.

Fueron los fríos ojos grises con los que me encontré en la entrada los que me distrajeron de los efusivos saludos.

—¿Ocurre algo, general? —pregunté alzando la barbilla de forma automática.

—¿General? —Fray Roland, al que rara vez se le escapaba algo, se adelantó a la respuesta de Kaden.

—Tiene visita —replicó Kaden.

Asentí, dándole a entender que había captado de quién se trataba. Solo con lady Eleora venía personalmente a avisarme, y solo con ella evitaba decir el nombre y el título de mi visitante.

—Han sucedido muchas cosas en su ausencia, fray Roland. Lo dejo en manos de lady Grey, ella le pondrá al día y se encargará de que pueda descansar.

—Cuidado, tienes que acostumbrarte a llamarme Westwind —me recordó Irene.

—Podría ser una buena idea que aprovechéis para poner al tanto también al general sobre las nuevas de Mercia. Es posible que afecte a la seguridad en un corto plazo de tiempo.

Apreté los labios ante el inoportuno aviso de mi tutor, a la par que los ojos de Kaden se entrecerraban visiblemente.

—Lo haré en su momento —le aseguré a mi tutor, apresurándome a salir antes de que pudiera

darme más consejos en relación a mi escolta y a mis nupcias.

—¿Puedo preguntarle a su majestad a qué se refería el fraile? —Kaden acompasó sus pasos a los míos.

—Nada de importancia —murmuré sin detenerme.

—Permítame que discrepe, si afecta a su seguridad, lo considero trascendental.

Me paré en seco en medio del corredor y, asegurándome de que no me oía nadie, me enfrenté a él.

—Parece ser que ya tengo al candidato que se convertirá en mi consorte. ¿Satisfecho?

Su mandíbula se endureció y en sus ojos estalló un brillo de furia. Todo él pareció tensarse, desde sus puños crispados a sus hombros.

—¿Quién? —preguntó entre dientes.

—El sobrino del rey de Mercia. Un tal... —Solté una carcajada seca—. Ni siquiera recuerdo cómo se llama.

Aparté el rostro cuando mis ojos se llenaron de lágrimas.

—María...

Si me hubiera llamado «su majestad» o «señora» habría podido ignorarlo, pero acabé por mirarlo de nuevo. Todo rastro de ira se había esfumado de su semblante, sustituido por una mezcla de ternura y pesar.

—Lo sé. No soy quien para quejarme cuando a ti te están pidiendo lo mismo —me adelanté a cualquier cosa que pudiese decirme, a sabiendas de que no sería capaz de soportar su compasión. Aun así, no pude evitar que me temblaran los labios.

Di gracias al Altísimo cuando Kaden se limitó a abrir los brazos para que pudiese tirarme contra su pecho y aferrarme a él, liberando en su abrazo toda la agonía y desesperación que me embargaba.

CAPÍTULO 28

MARÍA



—*H*a llegado una noticia terrible. —Irene se situó a mi lado mientras me dirigía a los baños con lady Rebeca.

—¿Qué ha pasado? —Me detuve de inmediato para estudiarla.

—¿Es que no había ni un solo día en que no ocurriese algo malo?

—Se rumorea que ha habido un ataque vikingo —susurró Irene con confidencialidad.

—¿Dónde? —Alcé la mano para colocármela sobre el pecho, en un intento por tranquilizar los latidos desquiciados de mi corazón.

—Más que dónde es a quién. —Algo en sus ojos no iba en concordancia con el tono grave de su voz.

—¿A quién?

—Al duque de Clouthsword.

—¿Mi senescal?

—Sí. Han quemado uno de sus navíos, después de hacerse con su preciada carga, y el otro se escapó a duras penas.

—Ah... vaya...

Irene se quedó esperando con un brillo divertido en los ojos a que comentase algo más, pero, a pesar de haber planificado aquel ataque al detalle, ahora que habíamos conseguido nuestro propósito, ya no parecía ni la mitad de importante. Al menos no cuando acababa de recibir una carta timbrada con el aviso de que al día siguiente llegaría mi futuro marido.

—Pues yo me he enterado de rumores sobre el conde de Greymore —cuchicheó Rebeca, animada por la historia de Irene.

—¡Cuenta, cuenta! —Irene se enganchó de su brazo y prosiguió su camino como si aquellas noticias formasen parte de nuestro día a día.

—Dicen que ha perdido una fortuna en apuestas y fulanas en París y que su cuñado lo ha amenazado con matarlo si regresa aquí sin haber recuperado antes el dinero.

—¿Y cómo va a conseguirlo si ya no le queda nada? —preguntó Irene aparentemente escandalizada.

Rebeca soltó una risita.

—Eso es lo bueno del asunto, que no puede, sin dinero nadie lo quiere en París tampoco.

—Por lo que parece se ha librado del conde, su majestad —me dijo Irene con la satisfacción del gato que acaba de zamparse al ratón.

Aún no me había recuperado de la impresión, e Irene y Rebeca todavía reían, cuando entramos en los baños y los escoltas que nos acompañaban para inspeccionar la sala se petrificaron en el sitio y casi chocamos con sus amplias espaldas.

—¿Qué ocurre? —exigió Irene.

—Su majestad, no creo que...

Antes de que el hombre pudiese terminar, lo había apartado de mi camino y comprobaba por mí misma lo que le tenía alterado, pero, al igual que Irene, acabé con los ojos como platos y con mi barbilla casi fundiéndose con mi pecho.

—Lo siento, su majestad, pensamos... —Un McGuiarre mojado de los pies a la cabeza trató de taparse como pudo, colocándose la camisa a modo de escudo sobre la ingle.

—Bien, esto sí que ha sido toda una... sorpresa —espetó Irene divertida—. Y una de lo más interesante —murmuró un poco más bajo para nosotras, aunque, por el modo en que le subieron los colores a McGuiarre, este se había enterado de todo.

Le lancé una mirada fulminante a Irene cuando, tan descarada como de costumbre, escrutó a cada uno de los cinco cuerpos masculinos sin cortarse ni un pelo.

—¡Oh, Dios! —graznó Rebeca cuando pareció recuperar al fin su voz.

Los hombres desnudos de mi guardia inclinaron torpemente sus cabezas y se apartaron con gestos apurados de nuestra vista. Solo tenía dos posibilidades ante mí, o me marchaba rápidamente y daba por concluida aquella vergonzosa experiencia, o me tragaba mi bochorno y hacía como si no hubiera pasado nada.

Aunque siempre había imaginado que, en una situación así, habría aprovechado para echar algún que otro vistazo alrededor, ahora, enfrentada a la realidad, tanto músculo y hombre fornido me resultaba un tanto intimidante. Alzando la barbilla hice un forzado gesto de indiferencia al pasar junto a McGuiarre y hablé lo bastante alto como para que todos pudieran oírme.

—Me alegra que hayan hecho uso de mi invitación para usar estos baños, señor McGuiarre, aunque quizá sea conveniente que, en la próxima ocasión, aviséis a una de mis damas a fin de evitar situaciones que nos incomoden a todos. —El eco de mi voz consiguió que el único hombre que quedaba en el agua se enderezase sobresaltado, haciendo caer el paño que había tenido sobre los párpados.

—Gracias, su majestad, así lo haremos. —Tanto McGuiarre como el resto de los guardias se relajaron visiblemente y procuraron marcharse lo más rápido que pudieron, mientras yo me enfrenté a los ojos grises del hombre en el agua.

—Kaden... —Rebeca carraspeó—. Creo que deberías...

—Se me ha olvidado traer más toallas. Ven, Rebeca, necesito que me ayudes a ir a por ellas —la interrumpió Irene.

—Pero... —protestó Rebeca con debilidad, pasando su mirada de mí a Kaden y de regreso.

—Nada de peros. Acompáñame. —Irene zarandeó su brazo sin éxito.

Sabía lo que pretendía mi prima y comprendía la vacilación de Rebeca, pero aun así permanecí allí de pie, inmóvil y muda, atrapada por la penetrante mirada que tanto había echado de menos durante las dos últimas semanas en que habíamos estado evitándonos.

—Su majestad. Siento la molestia. Si me permitís un segundo me iré. —Kaden lanzó una mirada elocuente a su ropa y toalla, tiradas de forma descuidada en el suelo, a unos metros de mí, probablemente esperando que eso bastara para que apartase la mirada y le concediese la intimidad que necesitaba.

Lo ignoré.

—No os preocupéis. No sois molestia. ¿Verdad, señora? —ofreció Irene con tanta amabilidad

e inocencia que cualquiera diría que no se había dado cuenta de que Kaden se encontraba en el agua como su madre lo trajo al mundo—. Parecía relajado, no interrumpáis vuestro baño por nosotras.

Resistí mi necesidad de abrazarme y me limité a clavarme las uñas en las palmas cuando el duro rostro masculino no reflejó ni el más mínimo rastro de emoción mientras me estudiaba.

—¿Estáis segura, majestad? —se dirigió a mí, a pesar de que la invitación la había hecho Irene.

—Si a vos no le incomoda mi presencia, ¿por qué habría de molestarme la vuestra? —Traté de igualar su indiferencia.

—Jamás me incomodaría tenerla cerca. —Kaden me mantuvo la mirada, aun cuando resultaba imposible acertar qué pensaba.

Asentí y eché una ojeada a mi espalda. Irene y Rebeca seguían allí y también lo hacían los dos hombres que recogían sus enseres y ropa al lado de la entrada. ¿Se suponía que, porque no estaban mirándome descaradamente, debía creerme que no estaban pendientes de lo que ocurría? Habría apostado a que no se les escapaba nada.

—Aunque le agradecería que instruyera a sus hombres para evitar más visitas inesperadas hasta que termine —le pedí con una voz más inestable de lo que me habría gustado.

—Robinson, Thomas, salid, ahora. —A pesar de que su voz resonó alta y clara a través de la sala, Kaden no rompió el contacto visual conmigo—. Quiero una guardia de cuatro en la puerta y que no entre ni una mosca si no es con mi expreso consentimiento.

—A la orden, señor. Su majestad... —Robinson y su compañero hicieron una inclinación en mi dirección antes de marcharse.

CAPÍTULO 29

MARÍA



*M*i corazón retumbó en mi pecho como el de una presa que sabe que están a punto de cazarla.

—¿Señora? —Al lado de mi prima, Rebeca se frotó nerviosa los brazos mientras evitaba mirarme a mí o a su hermano.

También Irene estaba esperando mi respuesta, aunque su actitud era más bien de silencioso apoyo.

—Rebeca, deberíamos ayudar a su majestad a desvestirse e irnos a por las toallas —sugirió mi prima con suavidad.

Tras un titubeo, Rebeca intercambió una larga mirada con Kaden y acabó por cabecear y soltar al lado de los escalones la cesta con las toallas, que supuestamente no llevaban, y mis utensilios de limpieza. Entre las dos me ayudaron a deshacerme de la túnica de terciopelo bordado y se marcharon.

Fui consciente de cómo se oscureció la mirada de Kaden y de cómo sus pupilas dilatadas fueron recorriendo con parsimonia mi silueta en la ligera camisola de baño de lino blanco que me llegaba hasta los tobillos. Estaba segura de que no perdió ni un solo detalle, mientras me dirigía con piernas temblorosas a las escaleras, y no podía más que preguntarme si mi desnudez sería visible a través del fino tejido bajo el jugueteo de los tenues rayos que se colaban por los vanos en la pared.

Incapaz de enfrentarme a su mirada, mantuve la cabeza baja, fijándome en cómo el agua empapaba la tela a medida que me sumergía en ella, revelando mi piel cubierta a cada paso, casi como en un lento ritual mágico destinado a exponerme a él.

Con solo el eco del agua y nuestras respiraciones de fondo, me acerqué a él. Cogí el paño de las manos de Kaden, lo exprimí y lo plegué en un cuidadoso rectángulo con el que quise taponar de nuevo los ojos. Él me frenó sujetándome por la muñeca.

—No... Por favor... —murmuró ronco.

Titubeé por un largo momento, impactada por el ruego en su mirada. Me constaba que no era alguien que se rebajase a suplicar, ni aunque ello le supusiese la muerte. Con el tacto de sus callosas palmas sobre la sensible piel de mi muñeca acabé por asentir. Me estiré en busca de la pastilla de jabón y la restregué por el paño hasta dejar una espesa capa sobre la tela.

—¿Puedo? —Esperé a que asintiera antes de cogerle la mano y comenzar a enjabonarle el brazo.

Pronto me olvidé de la penetrante mirada que no me perdía de vista y disfruté del prohibido placer de repasar sus músculos uno a uno con movimientos largos y suaves, dejando una estela de jabón tras de sí, que me sirvió de excusa para explorarlo con los dedos mientras lo enjuagaba.

Él se dejó hacer, girándose y facilitándome la tarea de lavarle la espalda y el cabello.

—¿Por qué un cuervo? —pregunté al llegar al tatuaje sobre sus pectorales.

—Crowshead y el hecho de que me permitiesen entrar en la guardia me cambiaron la vida. El cuervo representa mi pasado y mi futuro, aquello de lo que estoy orgulloso y aquella parte de mí que prefiero mantener oculta.

Cedí a mis ansias por trazar los contornos del amplio tatuaje y repasé las líneas con la punta de mis dedos.

La nuez de Kaden se movió como si acabase de tragar saliva. Fue el instante en el que supe que no estaba dispuesta a parar a menos que él me detuviese. Dejé que mis dedos se deslizasen por debajo del agua, bajando por el firme abdomen a medida que los músculos de Kaden se encogían a su paso y su respiración fue tornándose entrecortada. Sin palabras le pedí permiso para seguir. No hubo oposición ni obstáculos y, aun así, no quería tomar algo que él no quisiera ofrecerme voluntariamente.

—Yo... No quiero que lo hagas porque sea la reina.

Su carcajada seca me estremeció desde el interior. Alargó ambas manos y me abrió las cintas de la camisola antes de bajarmelo por los hombros en una delicada caricia.

—Eres y seguirás siendo mi reina por siempre, y no dejaré que eso cambie nunca —murmuró—. Pero esto lo estoy haciendo por mí, no por ti.

Jadeé cuando me rozó los pechos expuestos con el reverso de sus dedos y me reconfortó su leve temblor, señalándome que no era la única afectada por la situación. Alentada, le rodeé su miembro rígido y aterciopelado, a lo que él echó la cabeza atrás con un gruñido y apretó los ojos.

Cuando nuestras miradas volvieron a encontrarse, tuve la certeza de que no habría marcha atrás. Nuestros labios colisionaron en un beso desesperado y hambriento, nuestros cuerpos se entrelazaron, y me aferré a él con un jadeo cuando me alzó sobre su erección.

Me recorrió con sus ásperas manos como si quisiese memorizar cada curva, cada palmo de mi piel, como si necesitara comprobar que era real y no solo un producto de su imaginación.

Mis uñas se clavaron en sus duros hombros mientras bajaba sobre él y se abría paso en mi interior.

—Kaden... —Me acalló con su boca, invadiendo la mía con su lengua, incendiándome con la misma necesidad que él parecía sentir por mí—. No pares, por lo que más quieras, no pares... —rogué contra sus labios a medida que en mis entrañas se fue formando un agónico nudo de placer.

Lejos de refrenarse, Kaden me sujetó por la cintura y alzó la pelvis, embistiéndome con un ritmo estable y decidido hasta que me arqueé hacia atrás y mis gritos inundaron la estancia al tiempo que él rodeaba mi pezón con sus labios, haciéndolo vibrar con sus gruñidos ahogados hasta que mi vientre estalló en placer y fue llenándose de un ardiente calor líquido.

En el repentino silencio que se produjo, el fuerte latido de mi corazón parecía haber conectado con el de él, ajustándose a su intensidad. Aún enterrado en mi interior, Kaden me rodeó con sus brazos y apoyó la frente sobre mis pechos. Era perfecto, tan perfecto que las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas.

—¿Su majestad? —Kaden alzó la cabeza y me estudió preocupado.

No sé si fue el hecho de que pronunciara aquel título o la preocupación en sus ojos, pero lo uno o lo otro consiguió que el resto de mi muro de protección se derrumbase arrancándome un

sollozo. Le tapé la boca y negué con la cabeza cuando Kaden fue a decir algo.

—Estoy bien, solo... Te necesito, por favor.

Sin decir nada más, con el rostro descompuesto por primera vez desde que lo conocía, Kaden me abrazó y dejó que me desahogase contra su hombro. Me apoyé en él y lloré lo que no había podido llorar en mucho tiempo. Lloré por mí, por el destino que me esperaba, por el peso de la responsabilidad que me superaba. Lloré por él, por lo que jamás podríamos compartir, y lloré porque, por una vez, había conseguido olvidarme de todo y ser simplemente yo.

—Dime qué puedo hacer —me pidió con la voz quebrada—. No puedo verte así.

—Abrazame, solo abrazame con fuerza. Déjame saber que estás conmigo.

Él me obligó a enfrentarme a sus ojos.

—Siempre estaré junto a ti, incluso cuando no me veas o no me quieras ver.

Con las lágrimas aún fluyendo, le acuné el rostro.

—Ojalá las cosas fuesen distintas.

Él me sonrió con tristeza y me secó las mejillas.

—No podrían ser diferentes, seguirías siendo mi reina aunque no lo fueses y yo seguiría estando a tu lado protegiéndote y dispuesto a dar mi vida por ti.

—Pensé que me odiabas. Has estado evitándome estas últimas semanas.

—Tienes razón. Te odio por despertar algo en mí que ningún guerrero debería sentir.

—¿Qué sientes? —le pregunté en un susurro.

Kaden negó con la cabeza y me presionó los labios con el pulgar, sellándolos.

—Hay cosas que es mejor mantener en secreto.

—Vas a desposarte, al igual que yo. Con la llegada del vizconde de Fernsby mañana, quizá sea la única oportunidad que tengas de confesármelo y yo de escucharlo.

Su semblante se ensombreció.

—No puedo hacerlo. Compréndeme —me pidió atormentado. Con un asentimiento bajé la mirada en un intento por evitar sus ojos. Ambos terminamos por contemplar el lugar en el que nuestros cuerpos seguían unidos. Kaden masculló una blasfemia en voz baja, pero no trató de apartarse—. Lo siento, yo... me dejé llevar. No estaba pensando con claridad—. Colocó la amplia mano sobre mi barriga, indicándome a qué se refería.

En un impulso coloqué la mano sobre la suya. ¿Podía ser? ¿Existía la posibilidad de que fuese a llevarme una parte de él cuando nuestros caminos se separasen? Lejos de arrepentirme u horrorizarme como debería haber pasado, me invadió la esperanza.

—Si... ¿Cuidarías también de él?

—Con mi vida. —No hubo ni la más mínima duda en su respuesta.

Me incliné a besarlo. Poco a poco, nuestros cuerpos se reajustaron el uno al otro, balanceándonos al unísono en una danza tierna, lenta, casi dolorosa, completamente diferente al apasionado encuentro que habíamos compartido la primera vez.

CAPÍTULO 30

KADEN



Fueron unos veinte soldados de Mercia los que pasaron por el portón de Crowshead, encabezados por el que sin duda era el sobrino del rey Coenwulf, Ceolred, vizconde de Fernsby, el hombre al que más detestaba en mi vida. Algo que tenía mérito si se consideraba el desprecio y repulsión que profesaba por mi propio padre.

—Es demasiada mujer para ese crío —murmuró McGuirre a mi lado—. Es tan enclenque que como se descuide se lo lleva el viento.

—Nos haría un favor a todos —gruñó Robinson—. Debería ser alguien de aquí, no un forastero el que viniese a gobernarnos.

—Nadie nos gobernará más que la reina, de modo que deja de decir sandeces —espeté irritado.

—Es una mujer, no le quedará más remedio que aceptar los hechos cuando esté casada —replicó Robinson con su usual cabezonería de no ceder una vez que hubiese hecho una declaración.

—¿En qué quedamos? ¿Es o no es demasiada mujer para él? —lo reté.

—Estoy con Kaden, me juego una paga a que, durante la misa de Navidad, ella seguirá siendo la que lleve el mando. —McGuirre se frotó la barbilla con una sonrisa de oreja a oreja.

Robinson vaciló, pero acabó por escupirse en la palma y ofrecérsela.

—Acepto, con la condición de que solo sea un tercio de la paga.

Pasando de su diatriba y de los otros guardias y soldados que fueron apuntándose a la apuesta, devolví mi atención a los escalones del castillo. Mi reina se mantenía erguida, con una expresión hierática y distante. Cualquiera que no la conociese podría haber pensado que era una criatura fría e insensible, pero se equivocaban. Yo había constatado en mi carne que era todo lo contrario y que su pasión, calidez y entrega no conocían límites.

Nuestras miradas se cruzaron y, lejos de rendirme a la agonía latente que me producía el estar a punto de conocer al hombre que la desposaría, me recreé en los recuerdos de la tarde anterior en los baños.

Algo me delató, lo pude notar en la forma en la que abrió sus labios y su expresión se suavizó. ¿Lo había visto en mis ojos? ¿Se reflejaba en ellos la urgencia con la que deseaba alejarla de allí, de la vista de todos, para sentirla de nuevo desnuda en mis brazos?

Un estremecimiento recorrió mi bajo vientre, instalándose a la altura de mi regazo. Mis labios, que hacía poco habían estado apretados en una fina línea, se relajaron al ver cómo, a pesar del

gélido viento, las delicadas mejillas femeninas adquirieron un tinte rosado y la elevación de sus pechos al respirar se aceleró. También ella estaba recordando nuestro encuentro, estaba seguro de ello.

Hasta aquel día la había deseado, la había admirado y me había dominado la necesidad de protegerla. Después de haberla tenido entre mis brazos, con nada más que aquel extraño contraste de vulnerabilidad, fuerza y ternura como vestimenta, se había convertido en parte de mí, de mi corazón y mi alma.

Si en algún momento había albergado alguna duda acerca de mis sentimientos por ella, se desvanecieron durante aquellos momentos en que nuestros mundos se redujeron a uno solo.

Los caballos de los visitantes se detuvieron y el que iba a arrebatarme a la mujer de mi vida realizó una florida reverencia antes de tomarle la mano y besársela mirándola a los ojos. Apreté los puños. No necesitaba hablar con él para adivinar que era un niño consentido, al igual que solían serlo muchos de los hijos de nobles, criados en el convencimiento de que el mundo era suyo por derecho propio y que el resto de la gente que vivíamos en él deberíamos besarles los pies y estarles agradecidos por el simple hecho de respirar.

No se la merecía, ni siquiera se merecía pisar el mismo suelo que ella. Quizá debería aprovechar aquella misma noche para retorcerle su endeble cuello y salvar nuestro reino de semejante fantoche y... Cerré los párpados y solté despacio el aire. ¿De qué serviría matar a un pretendiente para que luego lo sustituyeran con otro? Al menos aquel no tenía pinta de atreverse a hacer daño a mi reina. Suponía que debería de sentirme feliz por ello.

—¿Te encuentras bien? —McGuirre me estudió de cerca.

¿Bien? ¿A quién podría sentarle bien el enfrentarse al hecho de que era un bastardo indigno de la mujer a la que amaba? ¿Uno que debía conformarse con las migajas de ser espectador de cómo otro la hacía feliz? A pesar de que era una realidad a la que debería haber tenido tiempo de acostumbrarme, en aquel instante me golpeó más fuerte que nunca. ¿Iba a ser capaz de vivir tan cerca de ella sin poder tenerla? ¿Podría convertirme en un testigo silencioso que, un día tras otro, presenciaba su vida matrimonial y sus relaciones con ese presuntuoso vizconde merciano?

—Robinson, encárgate con los demás de atender a los soldados forasteros e infórmame de cualquier incidencia, rumor o mención sospechosa que pudierais escuchar —le indiqué con firmeza—. McGuirre, tú vienes conmigo a reforzar la guardia alrededor de la reina.

Magda apareció a mi lado de camino al comedor.

—¡No te lo vas a creer! La reina nos ha invitado a que asistamos a la cena de bienvenida de su prometido Ceolred —anunció Magda asfixiada por su esfuerzo de mantenerme el paso.

McGuirre, ajeno al reciente enfado de la reina con ella, arqueó una ceja por encima de su cabeza.

—Estaré allí, pero para hacer guardia. —Me obligué a recordar que pronto sería mi esposa y que lo mínimo que podía hacer era tratarla bien.

—¡Parece que ya me ha perdonado!

¿Era necesario que lo gritase a los cuatro vientos? Comenzaba a entender a la reina con respecto a ella. Si quería sobrevivir en aquella corte, iba a tener que hablar muy seriamente con ella y darle algunas lecciones. Con suerte la llegada del pretendiente de la reina proporcionaría un chismorreo lo suficientemente jugoso como para que nadie reparase en el comentario de una muchacha sin importancia.

La noticia de que la reina se había emborrachado y montado una escena con una de sus damas solo podría complicar más la situación en la que nos encontrábamos. En especial teniendo en cuenta que yo me encontraba en un sitio en el que no debería haber estado y que dicha dama era

mi prometida. Rumores sobre la reina y su general no nos convenían a ninguno de los dos.

—Me alegro —respondí con desgana.

¿La reina la había disculpado de verdad?, ¿o trataba de redimirse por lo que había ocurrido entre nosotros en los baños? Yo debería haber sido el primero en sentirme mal, pero, por más que traté de evocar aquella emoción, fue imposible. No podía experimentar culpa por engañar a una niña con la que me obligaban a casarme, una que, por agradable y linda que fuese, no despertaba en mí más que una superficial ternura, incapaz de compensar el modo en el que me irritaba su presencia, o su empalagosa alegría y superficialidad.

En el fondo era un alivio saber que mi trabajo me mantendría lo bastante ocupado como para no tener que verla más que por la noche y, con la casa que íbamos a ocupar en el pueblo, el mantener habitaciones separadas no sería un problema. Puede que, tras unas semanas de matrimonio, pudiese incluso regresar a mi dormitorio en el castillo sin levantar sospechas.

Mi nombramiento me obligaba a casarme, no a dormir con una criatura que me había erigido en su caballero de brillante armadura, sin preocuparse de conocerme mejor. Si se hubiese tomado la molestia de hacerlo, no habría tardado en descubrir que mi armadura solo servía para ocultarme y proteger a personas como ella de mi verdadero yo.

Aquel pensamiento me hizo detenerme. ¿Qué había sido distinto con María? María... saboreé su nombre. Rara vez me permitía el placer de pensar en mi reina con aquel nombre. Era demasiado arriesgado pensarlo siquiera. Cualquiera día se me podía escapar ante la presencia de testigos.

¿Qué tenía María que la hacía tan diferente a todas las demás? Magda era al menos igual de vulnerable que ella, más cariñosa y tierna, dependiente... y más alegre y dicharachera que María. Todas ellas eran virtudes que deberían haberme hecho feliz de compartir mi vida con la muchacha y, sin embargo, no me llamaban la atención en ella.

Mi reina era inteligente, luchadora... En ese momento lo comprendí, era su calidez y sinceridad, una inocencia humana, sin maldad, aun con ese toque pícaro casi perverso que me volvía loco. Pero, sobre todo, era su forma de mirarme. Cuando lo hacía, tenía la sensación de que veía a través de mí y que no me juzgaba por los defectos que descubría.

—¿Te has fijado en eso? —McGuirre señaló discreto hacia la derecha con su mentón, a medida que avanzábamos entre el gentío.

Me puse rígido al descubrir a Redland que, reunido con su habitual agrupación de amigos, intercambiaba una intensa mirada con el futuro consorte de la reina. En el momento en que una perezosa sonrisa de satisfacción apareció en su rostro, el vello de mi nuca se erizó.

—Está tramando algo —le confirmé a McGuirre con los dientes apretados.

—Yo diría que ya estaba tramado y que acaba de ponerse en marcha.

CAPÍTULO 31

MARÍA



*M*e mantuve quieta, distraída con los eventos del día, mientras Magda le ayudaba a Rebeca al quitarme el brial.

—Cuidado, se ha manchado —me advirtió Magda.

En cuanto mi mirada cayó sobre la inconfundible mancha rojiza que destacaba sobre el immaculado blanco de la tela como una acusación, mis ánimos cayeron por los suelos. Durante la semana y media que había pasado desde mi encuentro con Kaden en los baños, había soñado cada día con que su semilla hubiese dado sus frutos y que pudiera conservar un recuerdo que nos uniese por siempre.

Con mi boda con Ceolred en apenas unos días, nadie se hubiese enterado jamás. Tal vez debería haberme sentido culpable por engañar a alguien de aquel modo, pero, si algo había aprendido del pedante e inmaduro crío, era que no solo detestaba su cercanía, sino que además usaba su galantería y ojitos con cualquier mujer, casada o soltera, de la corte.

Si no fuera por los motivos que me habían alentado a aceptar aquel matrimonio, ya hacía días que lo habría enviado de vuelta a Mercia con su tío.

—Señora, ¿podría hablar un momento con vos a solas?

A duras penas me tragué un resoplido ante la petición de Magda. ¿No era ya suficiente con tener que tolerar su presencia a mi alrededor? Apreté los labios al caer en la cuenta de que estaba convirtiéndome en una amargada.

—Rebeca, ¿te importa?

Como de costumbre, la hermana de Kaden se marchó de inmediato, aunque no sin echarle un vistazo curioso a la que iba a ser pronto su cuñada, que permanecía en medio de la habitación mordiéndose los labios mientras se estudiaba las manos.

—¿Y bien, Magda?

—Yo... me preguntaba... Si sería posible que su majestad pudiese adelantarnos la boda a Kaden y a mí, o, a lo mejor, incluso concedernos el honor de hacerlo justo antes de la suya.

La idea de la consolidación del matrimonio entre Kaden y ella me dejó petrificada. Reuniendo el poco control sobre mí misma que me quedaba, ladeé la cabeza.

—¿Y por qué iba a hacer eso? —pregunté con fingida indiferencia.

—Es que... Me da tanta vergüenza decirlo... ¡He tenido una falta!

—¿Una fal...? —Le seguí la mirada hasta mi brial manchado y traté de tragarme el ingente nudo que de repente me atenazó la garganta—. Ya veo.

—Por favor, no se lo diga a nadie. Me da tanto bochorno lo que ha pasado —balbuceó Magda nerviosa.

—Hablaré sobre ello con el general y...

—¡No! No lo haga, se lo ruego —pidió desesperada—. Aún no le he dicho nada. No quiero que sufra por las consecuencias al igual que lo estoy haciendo yo.

—De acuerdo, está bien —asentí acercándome a la chimenea para poder darle la espalda mientras trataba de retener mis lágrimas.

Kaden iba a ser padre... con otra mujer.

—Su majestad, ¿podría hablar con vos? —me preguntó Kaden cuando mis consejeros se levantaron de la mesa para marcharse.

Habría reído de haber estado de humor. ¿No me habían hecho aquella misma pregunta la tarde anterior? Parecía que Magda después de todo decidió sincerarse con él.

—No es necesario. Ya he sido informada, y mi respuesta sigue siendo que lo tendré en consideración.

—¿Informada? —Kaden frunció el ceño—. ¿Informada de qué?

Entorné los ojos cuando me percaté de que algunos hombres estaban haciendo tiempo para meter el oído en nuestra conversación.

—Señores, ¿les importaría dejarnos a solas? —Me situé frente a la ventana y crucé las manos a la espalda—. ¿Y bien de qué quería discutir conmigo?

—¿A qué se refería con eso de que la habían informado? —La confusión se reflejó en el tono masculino.

—Dijo que quería hablarme. ¿Sobre qué desea hacerlo? —insistí sin dejarme presionar por él. Había juegos a los que podíamos jugar ambos.

Apretó la mandíbula y por unos instantes pareció dudar.

—¿Quiero saber qué ocurre?

—¿Sobre?

—Lleva todo el día lanzándome puyas sobre lo más mínimo, ignorándome y... y no necesito explicarle nada más. Lo sabe de sobra. Está enfadada conmigo y no sé por qué.

Tomando una profunda inspiración, me giré hacia él.

—¿Y no puede ser que simplemente lo trato como el hombre comprometido que es?

—Vos también lo estáis —me recordó con acidez.

—Un motivo más para comportarme en consecuencia.

—Eso no le impidió dirigirme la palabra la semana pasada, mirarme o al menos... —Kaden sacudió la cabeza—. Creo que lo mínimo que me merezco es una explicación sobre qué es lo que he hecho.

Solté una carcajada seca y me acerqué despacio a él, con mi ira interior acrecentándose a cada paso.

—Tal vez, general, no me gusta compartir mis amantes con otras mujeres, a lo mejor... —recité mientras lo rodeaba como una gata habría hecha con un ratón—, me molesta ser una más en una extensa lista de conquistas o, quizá, considero que valgo más de lo que puede ofrecerme.

—¿De qué está hablando? —Kaden fue girando la cabeza a la par que lo rodeaba—. No he estado con nadie más si es eso lo que trata de insinuar.

—A estas alturas ya debería saber que me disgusta que traten de tomarme por tonta o de mentirme. Y no intente convencerme de que tiene obligaciones con su prometida, porque, hasta donde sé, acostarse con ella no es una de esas imposiciones hasta que hayan pasado por el altar.

—¿Qué demonios...!

Le di la espalda, negándome a oír sus mentiras o excusas, pero él no pareció coincidir conmigo. Sus dedos se clavaron en mis brazos el tiempo justo de hacer que me parase para enfrentarme a él. Me arrinconó contra la pared con la mandíbula apretada y un brillo furioso en sus ojos.

Debería haberle tenido miedo y de haber sido cualquier otro hombre lo habría sentido, pero no con él.

—No me he acostado con ella —espetó entre dientes.

—¿Qué? —parpadeé.

—Lo que has oído, María, no he estado con ninguna otra mujer desde que pisaste este maldito castillo por primera vez, excepto contigo.

—Pero, Magda... —Tragué saliva al entender lo que aquello implicaría si fuese verdad.

—A Magda la elegiste tú como mi prometida. Es una niña linda y agradable, y me casaré con ella porque es mi deber hacerlo, pero no le he puesto ni un solo dedo encima, ni pienso hacerlo hasta que sea estrictamente necesario. Yo... ¡Por todo lo que es santo! —Kaden dio un paso atrás y se pasó una mano por el cabello, como si se arrepintiese de lo que acababa de confesar.

Abrió la boca mirándome con tanta desesperación que me penetró hasta los huesos. Fue mi turno de dar un paso hacia él. En mi fuero interno reconocía lo que experimentaba, porque era exactamente lo que yo sentía cada vez que pensaba en lo que supondría mi noche de bodas para él, para nosotros. Y lo peor era que la culpa de que nos encontrásemos en aquella situación, de la que ya no teníamos manera de escapar, era enteramente mía.

Hubo un breve golpeteo en la puerta antes de que se abriese y que Irene entrara y cerrase precipitada a su espalda.

—Hay consejeros afuera que están tratando de poner el oído y con las voces que estáis pegando no se lo estáis poniendo difícil. —A pesar de que se suponía que debía ser una riña, la preocupación se reflejaba en los ojos de mi prima.

Kaden y yo intercambiamos una mirada. No importaban nuestros deseos, el mundo entero parecía estar confabulado para separarnos.

CAPÍTULO 32

MARÍA



*K*aden golpeó la pared con una maldición y se marchó sin decir ni una palabra más. Irene estuvo de inmediato a mi lado.

—¿Te encuentras bien? ¿Qué ha pasado?

Me froté los brazos al inspeccionar la habitación vacía y traté de ordenar mis tumultuosos pensamientos.

—Acaba de asegurarme que él no le ha puesto una mano encima a Magda.

—¿Y qué? —Irene soltó un pesado suspiro—. María, tienes que empezar a sacarte al general de tus pensamientos. Es eso, un alto mando de tu guardia, nada más. —Me sujetó del brazo en el mismo sitio donde lo había hecho él—. Ahora estás prometida y en un par de días vas a desposarte. No puedes seguir pensando en... ¡Un momento! ¿Dices que él no la ha tocado?

—Es lo que he dicho, sí —murmuré.

—O sea que, o Magda ha mentido...

—O está embarazada de otro —finalicé por ella.

—¡Madre mía! Como si no fuese suficiente que el pobre se vea obligado a casarse con esa niña tonta y engreída, ahora encima va a tener que cargar con el bastardo de otro.

—¡No pienso consentirlo! —Airada, me deshice de su agarre.

Ella ladeó la cabeza y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Y cómo piensas evitarlo?

—Descubriendo quién es el padre de la criatura —declaré con la barbilla alta.

—Sí, eso lo solucionaría todo en un mundo ideal —replicó con su sempiterno sarcasmo—. Pero no en este, de modo que pon los pies en el suelo. Magda no te dirá nada. Sería su condena si lo hiciese. Y tampoco va a salir ningún galán del armario para reclamar su paternidad. Será la palabra de Kaden frente a la de ella. Aunque él lo negase, están comprometidos y él es un general que acaba de obtener el puesto careciendo del beneplácito de mucha gente. Lo usarán contra él para desacreditarlo y presionarte con la intención de que lo reemplaces.

—No pienso echarlo, ni ahora ni nunca —siseé enfadada—. Y tampoco pienso consentir que él pague por mi error de valoración al elegirle esposa.

—De acuerdo, ¿y qué piensas hacer, entonces? —me retó Irene.

—¿Yo? —le respondí arqueando la ceja al igual que lo hacía ella—. Serás tú quien la incite a disfrutar de mi fiesta de esta noche y quien se encargará de ofrecerle todo el vino que requiera para hacerlo.

Sobre los labios de Irene se dibujó una sonrisa cargada de picardía.

—¿Y luego?

—Cuando esté lo suficientemente feliz le dejarás su espacio. Si su amante está en el castillo, apostaré mi corona a que tarde o temprano desaparecerá de la fiesta. Y es entonces cuando la seguiremos para ver hasta quien nos lleva.

—¿Y si no es alguien de la corte?

—Entonces, terminaremos la fiesta en mis aposentos y la haremos hablar —decidí sin inmutarme.

Puede que aún no supiese exactamente cómo, pero lo que sí tenía claro era que no pensaba permitir que pasase ni un solo día más sin descubrir la verdad, no cuando lo que estaba en juego era el futuro de mi general.

—Lástima que los trovadores sean todos hombres y que se limiten a cantar hazañas como las de ese maldito monstruo al que decapitaste en los baños, porque no tienen ni idea de las historias que se pierden con una reina como tú —carcajeó Irene sacudiendo incrédula la cabeza.

Me tomó todos mis años de entrenamiento con fray Roland como tutor para mantener mi atención apartada de Magda e Irene, quien se había tomado a pecho seguir mis indicaciones durante la fiesta.

En parte traté de no mirarlas para no alarmar a la muchacha, pero sobre todo tomaba aquella cautela por Kaden, que como de costumbre se encontraba allí vigilando, y porque, conociéndolo, se daría cuenta de que ocurría algo y, a menos que lo achacase a mis celos, terminaría por descubrir que estaba ocupada con una de mis maquinaciones.

Sin poder evitarlo, mis ojos recorrieron la multitud para localizarlo y fruncí el ceño cuando no lo encontré. Un vistazo en dirección a mi prima me indicó que Magda seguía con ella.

Casi se me escapó una sonrisa involuntaria cuando Kaden apareció por la puerta, pero su expresión asesina me detuvo. Verme pareció calmarlo. Intercambiamos una larga mirada antes de que le hiciera una velada señal para que me siguiera hasta la ventana. Era el sitio que tácitamente se había convertido en nuestro lugar para llevar a cabo conversaciones privadas a la vista de todos.

—¿Su majestad? —se dirigió Kaden a mí con su estudiado semblante de indiferencia.

—¿Qué ocurre?

Sus ojos se entrecerraron brevemente, pero no hizo el intento de negarlo.

—Aún no esto seguro, señora, solo tengo mis sospechas.

—¿Cuáles? —insistí, preparándome para lo peor.

¿Habría descubierto la infidelidad de Magda? ¿Cómo? Estaba segura de que no había dejado la fiesta ni un instante.

—No va a gustarle la noticia —me advirtió.

—¡Suéltelo de una vez!

—Su pretendiente ha estado en estrecho contacto con el conde de Redland y ahora mismo se encuentra reunido con él y otros dos nobles cerca de los establos.

—¿Perdón? —Lo miré boquiabierto.

Me había esperado de todo menos aquello.

—Sé que no tiene mucha lógica teniendo en consideración que va a contraer nupcias con vos, pero todo parece indicar que Ceolred está conspirando junto a los barones en su contra.

Apoyé una mano en el muro con la intención de evitar que mis repentinamente débiles piernas cedieran bajo mi peso.

—¿Y los ha dejado allí, sin más?

—Necesitamos pruebas para condenarlos si no queremos provocar una rebelión en la corte. Robinson sigue vigilándolos, y uno de los chicos nuevos se ha vestido de mozo, eso le permitirá acercarse sin llamar la atención. He preferido estar a su lado por si era una estrategia de distracción para atacarla sin resultar sospechosos.

Asentí con mis pensamientos atropellándose entre ellos. Kaden tenía razón. ¿Qué sentido tenía que Ceolred quisiera conspirar contra mí con anterioridad a que se formalizasen nuestros votos? Lo lógico hubiera sido hacerlo después, con la idea de hacerse con el trono y quitarme de su camino. ¿Le había comido Redland la cabeza? ¿o era una estratagema de su tío, el rey Coenwulf, destinada a hacerse con el control del reino sin arriesgar una batalla?

—¿Su majestad? ¿Está bien? —La preocupación en los ojos de Kaden fue inconfundible.

—Imagino que no es necesario especificarle que lo quiero a él y a los asistentes a esa reunión más vigilados que nunca. Conciérteme un encuentro con lady Eleora, es posible que pueda sonsacarle a Ceolred, o a alguno de los otros, la información que necesitamos.

—¿Está dispuesta a pagarle para... estar con su prometido? —Los ojos de Kaden se abrieron con incredulidad.

Si hubiese podido, le habría pagado a Eleora incluso por pasar con Ceolred la noche de bodas, pero aquello era algo que no podía confesarle así sin más.

—¿Necesito aclararle la diferencia entre deber e implicación personal con respecto al matrimonio, general? —le pregunté—. Además, acaba de informarme de un posible atentado por parte de esa persona hacia mí. ¿Si estuviese en mi lugar, escogería acostarse con él o que lo hiciera otra por vos?

Su mirada se mantuvo largo tiempo fija sobre mí.

—Eso depende de quién estuviésemos hablando. Se me ocurre una mujer por la que preferiría morir con su daga clavada en mi corazón, antes que compartirla con otro —el tono bajo y aterciopelado no hizo nada por ocultar la enmascarada confesión que me hizo estremecer.

CAPÍTULO 33

MARÍA



La señal de Irene, indicándome disimuladamente la dirección por la que había desaparecido Magda, la llamé.

—¿Su majestad? ¿Puedo ayudarla en algo? —me preguntó con una reverencia.

—Sí, me gustaría que me acompañase a mis aposentos a refrescarme un poco —le anuncié con mi mejor sonrisa de indiferencia, cruzando los dedos para que nuestros testigos se tragasen el teatrillo que les estábamos ofreciendo.

—Por supuesto, señora.

—Yo también la acompañaré —se ofreció de inmediato Rebeca.

—Gracias, pero con la compañía de lady Westwind será suficiente. —Me sentí culpable al ver la decepción que se reflejó en el rostro de la chica, sin embargo, no podía arriesgarme a que averiguara nuestros planes y mucho menos que le revelase a Kaden o a su padre lo que pretendíamos destapar.

Sin perder el tiempo en excusas, acepté el brazo de mi prima y me marché con ella antes de que perdiésemos el rastro de Magda.

—¿Tienes idea de adónde ha ido? —pregunté, después de cruzar con ella el vestíbulo.

—Cogió el camino hacia la cocina, apuesto a que ha bajado al sótano de los baños y, si no está tomándose un baño con su amante, están usando alguno de los cuartuchos de ahí abajo. Por las noches no suele haber centinelas y menos durante esta semana de festejos en la que han tenido que reforzar la seguridad en las plantas superiores.

—¿Quiero saber por qué dispones de esa información? —pregunté con sequedad.

—Probablemente, aunque no por ello te voy a contestar —se burló Irene.

Entorné los ojos y la seguí hasta que llegamos a las escaleras que bajaban a la oscuridad más absoluta. Titubeé.

—¿No deberíamos localizar a algún escolta para que nos acompañe? ¿Y si es una emboscada?

—Pues claro —se mofó ella—. ¿Por qué no invitamos al general? Le encantará presenciar de primera mano las habilidades de su prometida al ponerle los cuernos.

Solté un profundo suspiro.

—¡Dios! ¿Cómo puedes permitir que cometa semejante locura? Coge las antorchas —le pedí.

—Tal vez el Altísimo quiere que salves a tu amado de una vida llena de desdichas matrimoniales —propuso Irene burlona al entregarme una de ellas.

Resoplé en respuesta y me sujeté la túnica para descender por los estrechos escalones.

—Kaden no es mi amado y, aunque lo fuese, dejaría de serlo en cuanto se enterase de que me he arriesgado a bajar sin escolta al mismo sitio en el que ya han tratado de matarme una vez.

—Ah, cierto... Aunque, a menos que me equivoque, tu galán ya se dio trazas de dejarte unos recuerdos mucho más agradables de los baños, ¿no? —Carcajeó sin cortarse ni un pelo.

—Sigue soltando idioteces, quizá podríamos darles unas voces a Magda y su amante, y anunciarles nuestra presencia por si quieren terminar con su celebración antes de que llegemos —refunfuñé irritada.

—¿Y estropearle a su majestad el espectáculo? ¡Dios me libre de cometer semejante sacrilegio! —Irene rompió a reír cuando le dirigí una mirada fulminante por encima del hombro, pero al menos procuró hacerlo por lo bajo.

Una no se da cuenta de lo segura que la hacen sentir un par de guardias a su lado, hasta que no se encuentra a solas en el vestíbulo de un sótano lóbrego y solitario y tiene que recorrer un corredor aún más opaco.

¿Qué podría ser lo peor que pudiese encontrarme allí? ¿Una trampa puesta por los que querían apropiarse de mi trono? ¿Viejos espíritus de pervertidos romanos dispuestos a divertirse a mi costa?

Abrí la boca para gritar cuando algo se deslizó con rapidez por la periferia de mi visión, e Irene me tapó la boca, evitando que mi chillido histérico pudiera formar un eco a través del pasillo.

—Solo era una rata —me consoló mi prima.

¿Solo una rata? ¿Le parecía poco? ¿Ya no se acordaba de aquella vez que uno de esos traicioneros roedores le mordió el dedo gordo del pie durante la noche? Por si mi corazón no hubiese latido ya con suficiente fuerza, se aceleró todavía más cuando un fuerte golpe resonó en algún sitio de aquellos sótanos.

—¿Qué ha sido eso? —balbuceé casi sin voz.

—Creo que eso es justo lo que íbamos buscando —replicó Irene con satisfacción cuando además de cuchicheos nos llegaron largos jadeos femeninos.

—¡Sí, sí, así! —resonó la aguda voz de Magda al traspasar, algo apagada, alguna de aquellas puertas cerradas.

Irene y yo intercambiamos una mirada y arqueamos las cejas al unísono.

—¿Son imaginaciones mías o eso ha sonado un tanto artificial? —susurró encogiendo la nariz como si hubiese mordido una manzana podrida.

No perdí el tiempo en respuestas y me limité a entregarle mi antorcha, para acercarme a las diferentes estancias y poner el oído, sin que ellos pudiesen detectarnos por la luz que traspasara por los resquicios.

No fue difícil encontrar el cuarto en el que se encontraban y aún menos ver a través de las ranuras acentuadas por el tiempo que había entre los paneles de la vieja puerta de madera. Tan pronto como reconocí al hombre que bombeaba entre las piernas de Magda con la camisa suelta y las calzas bajadas, me tapé la boca y retrocedí hasta que casi tropecé con la pared contraria.

—¿María? ¿Qué ocurre?

Incapaz de hacer algo más, moví la cabeza horrorizada. Irene soltó las antorchas y se arrimó a echar un vistazo. Retrocedió con la misma expresión de horror que yo y me estudió preocupada.

—¿Estás bien? —susurró.

Negué.

—¿Cómo se atreve a hacerme eso la misma noche de nuestra celebración de compromiso?

Irene me frotó los brazos y le echó una ojeada a la puerta.

—Imagino que es preferible descubrir ahora qué clase de hombre es, a que lo hagas más tarde. Una lenta ira me invadió. ¿En serio pensaba que podía engañarme de un modo tan descarado y salirse de rositas?

—Creo que es hora de que él también se entere de quién soy yo —mascullé airada.

—María, ¿qué vas a hacer? —preguntó Irene alarmada.

Con un resoplido la rodeé con la intención de darle a la dulce parejita la sorpresa de su vida. Justo cuando mis dedos tocaron el pomo, una fuerte mano rodeó mi muñeca y otra se posó sobre mi boca acallando el grito asustado que había estado a punto de soltar.

—¡Kaden! —musité angustiada en cuanto apartó su mano.

Él se colocó un dedo sobre los labios, comunicándome que me mantuviese en silencio. Me mordí los labios. Necesitaba sacarlo de allí antes de que se enterase de quién se encontraba tras aquella puerta. Se merecía tiempo para asimilarlo a solas antes de tener que enfrentarse a la gente cuando se corriera la voz. Miré a Irene en busca de ayuda, pero ella parecía tan impactada por la situación como lo estaba yo.

—No mires —le rogué a Kaden cuando giró la cabeza.

Se detuvo por un instante, sin embargo, acabó por hacer exactamente lo contrario de lo que le pedí. Después de echar un vistazo a través de la ranura, apretó la mandíbula, se enderezó y nos señaló a mí y a mi prima que nos encamináramos hacia la salida.

—Pero... No puedes permitir que se salgan con la suya así, sin más —siseé enfadada.

—Hablares al salir de aquí —me dijo con una calma que estaba muy lejos de la furia que a mí me consumía por dentro.

—María, tiene razón, es mejor que nos vayamos —lo apoyó Irene en susurros.

Justo en ese momento el choque de cuerpos se volvió más frenético y por el corredor resonaron los gruñidos animales de Ceolred.

Hecha una fiera, recogí una de las antorchas y me alejé sin esperarlos. Irene se apresuró a seguirme y Kaden se mantuvo a nuestra espalda, vigilándonos como hacía de costumbre.

—¿Y bien? —chillé fuera de mí cuando alcanzamos mis aposentos—. ¿Puedes explicarme ahora por qué tenemos que aguantar semejante traición sin hacer nada?

—Hace solo un rato estaba dispuesta a pagarle a lady Eleora para que se acostara con él. ¿Qué diferencia existe con respecto a lo que ha pasado ahí abajo? —me recriminó Kaden como si le molestara mi actitud.

—¿Que qué diferencia hay? ¿Y me lo preguntas precisamente tú? Es posible que Magda esté embarazada y que trate de responsabilizarte a ti de ese retoño. ¿Te parece poca la distinción?

Kaden alzó las cejas.

—¿Por qué no nos centramos en tu prometido, en vez de en la mía?

—¿Te refieres a ese al que acabas de dejar que se salga de rositas y que mañana negará cualquier cosa que afirmemos haber visto? ¿A ese cuyo tío tiene uno de los ejércitos más poderosos de los reinos vecinos y que no admitirá que me retracte sin más de nuestro acuerdo? ¿Has tenido en cuenta que soy mujer y que será mi palabra contra la de su sobrino?

—El rey Coenwulf no te habría permitido echarte atrás del convenio ni aunque hubieses expuesto a los tortolitos en público. Alegará que su sobrino es un hombre joven, que aún no estáis casados y, siendo realistas, hasta vuestros propios súbditos lo excusarán.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo lo que tienes que decir? —Lo miré boquiabierta—. ¿Qué hay de ti y de Magda? ¿Piensas dejar que se ría de ti así, sin más?

—Eso no es lo que he dicho.

—Entonces, ¿qué? —lo reté con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Mi asunto con Magda tendrá que esperar. El tuyo es más urgente.

—¿Por qué? —lo desafié, negándome a que pasase por alto el tema de Magda. ¿Es que no se daba cuenta de que acababa de perder su posibilidad de librarse de un matrimonio con ella?

—Porque en tu caso no estamos hablando de unos simples cuernos que ni siquiera deberían importarte, sino del hecho de que tu prometido está tratando de traicionarte junto a tus nobles.

—Bien, al menos en algo parece que estamos de acuerdo —mascullé irritada.

—No seas obtusa —me riñó Kaden—. Además, el rey de Mercia no te liberará por las infidelidades de su sobrino, aunque las perpetrase delante de tus narices y las de tu corte, sin embargo, no podrá oponerse si cogemos a su sobrino conspirando contra ti o tu vida.

—¿Y pretendes que me despose con él y que juegue a la feliz esposa durante nuestra noche de bodas hasta que tengas tiempo de descubrir qué es lo que planean él y Redland? ¡Ah, no, espera...! Me hago la dormida cuando nos acostemos para ver si me asfixia mientras lo hago...

—¡No vas a casarte con él! —gruñó Kaden dando un paso hacia mí, pero se detuvo con los puños crispados cuando Irene dio un paso adelante, dispuesta a interponerse entre nosotros.

—¡La boda es dentro de dos días! —grité alterada.

CAPÍTULO 34

MARÍA



Magda ya se encontraba hincada de rodillas ante el trono cuando entré en la sala. Me inspeccionó inquieta por el rabllo del ojo al pasar a su lado. Tal y como habíamos acordado, solo se encontraban allí Kaden, Robinson, McGuirre, fray Roland e Irene, quienes permanecieron en un expectante silencio cuando tomé asiento

—General, sería tan amable de dejarme a solas con mis damas. Y a ser posible, evite que puedan molestarnos hasta que acabemos.

—Su majestad, si hay algún tipo de acusación contra mi prometida, me gustaría estar presente, tal y como es mi derecho como su futuro marido.

Ante la palabra *acusación*, Magda alzó la cabeza atemorizada, pero ni yo ni Kaden le prestamos atención.

—Su prometida tiene la edad suficiente de hacer frente por sí misma a las consecuencias de sus actos —respondí con frialdad—. Puede retirarse.

—Kaden... —musitó Magda asustada.

Kaden le echó una mirada oscura antes de negar y marcharse sin rechistar junto a sus compañeros, dejándola a mi merced, algo de lo que ella parecía estar muy consciente por la forma en la que había comenzado a temblar.

Adopté una pose hierática y un semblante digno, que esperaba estuviese a la altura de alguna de las estatuas de diosas romanas que habíamos descubierto en el sótano, y solo movía los dedos de los pies para darle salida a parte de mi impaciencia.

Cuando estudié a Magda arrodillada ante mí, con su rostro cándido y el miedo alojado en sus pupilas, me infundió lástima. En el fondo no era más que una niña inconsciente de dónde se había metido y con quién.

Irene frunció el ceño, como si fuese capaz de adivinar mis pensamientos y le disgustase que fuese tan tonta de compadecerme de ella después de cómo nos había degradado a Kaden y a mí.

Lo cierto era que ambas dudábamos que la relación de Ceolred con ella fuera algo serio. Probablemente solo la había usado en la búsqueda de su propio placer, aunque, claro, Ceolred dudosamente podría ser el padre de la criatura, si era cierto que estuviese encinta, porque apenas llevaba una semana allí. Ninguna mujer podía saber en unos pocos días que estaba preñada, a menos que fuese una bruja con poderes adivinatorios.

Mi imperturbable mutismo no tardó en conseguir el efecto deseado. Magda pasó de estar pálida e intimidada a romper directamente a llorar.

—¿Crees que las lágrimas te librarán de tu castigo después de lo que has hecho? —le pregunté con una pasmosa calma.

—Su majestad, no sé de qué me habla —farfulló, atragantándose con sus hipos y sollozos.

Fray Roland se acercó a ella y se inclinó hacia su oído, aunque todos nos enteramos de lo que le murmuró en tono paternal.

—Antes de continuar, mi querida niña, creo que deberías saber que de lo que estamos hablando aquí es de traición a la Corona. No solo has seducido al futuro cónyuge de la reina, desviándolo hacia el mal camino, sino que eras una de sus damas y aceptaste el compromiso de serle leal y guardar su honor y el tuyo ante la corte y el reino de Lanlow. Antes de negarlo, deberías plantearte si te conviene enfrentarte a ella y enfurecerla más de lo que ya está, o apelar a su bondad y que conserve la calma y considere la posibilidad de perdonarte la vida.

—¡Lo siento, majestad! ¡Lo siento muchísimo! —saltó Magda como un resorte, tirándose en el suelo ante mí.

Fray Roland regresó a su sitio, junto al trono.

—De modo que es cierto. Has seducido a mi prometido. ¿Cómo has podido hacerme eso, Magda? —Me coloqué una mano en el pecho y con la otra me llevé el pañuelo a los ojos secándome lágrimas imaginarias—. ¡Te acepté con los brazos abiertos entre mis damas y confiaba en ti!

—Señora, no sé qué me ha ocurrido. El vizconde de Fernsby fue tan atento y, y... me dijo todas aquellas cosas tan bonitas y... me dejé llevar.

—¿Cuánto tiempo llevas yaciendo con él? ¡Magda! —insistí cuando la muchacha apartó la mirada.

—Desde la noche en que llegó.

—Ya veo... —No pude evitar un cierto deje amargo en el paladar. Una cosa era que me importara un comino con quién alternase Ceolred y otra muy diferente que estuviera comprometida a un cerdo mentiroso e infiel. ¿Qué matrimonio me esperaba con él si nuestros planes de desenmascararlo no salieran bien?

—Lo siento, su majestad. De verdad que lo siento. No sé qué es lo que me ha sucedido. Sé que no debería haberlo hecho. No tengo excusa.

—¿Estás enamorada de él? —Era una pregunta extraña para que la hiciese precisamente yo, pero algo dentro de mí me impulsó a averiguarlo.

Los cachetes de Magda se colorearon de un sospechoso tinte rosado.

—Sí, su majestad —murmuró sin atreverse a mirarme.

¿Cómo podía alguien ser tan ingenuo de enamorarse de un canalla mujeriego como Ceolred?

—¿Y es el padre de tu hijo? —Si no podía zafarme de mi destino, al menos debía salvar a Kaden del suyo—. ¿Quién es, entonces? —presioné cuando negó—. Y nada de mentiras, Magda.

El tono carmesí de su rostro se profundizó, extendiéndose hasta los lóbulos de sus orejas y su escote.

—Redland, señora —reveló tras un furtivo vistazo a fray Roland.

Una ira ciega me hizo hervir por dentro.

—El general me ha jurado que no ha llegado a yacer con...

—Ha dicho Redland, su majestad —me interrumpió Irene—. No está refiriéndose al general, sino al conde.

El mundo se congeló cuando comprendí sus palabras y mi estómago se rebeló ante la idea de que la prometida de Kaden le hubiese sido infiel precisamente con el progenitor que lo había rechazado y humillado de pequeño. ¿Qué clase de mujer podía llegar a cometer semejante

atrocidad? ¿Qué tipo de hombre podía hacerle algo así a su propio hijo?

—Lárgate de mi vista —espeté antes de girarme hacia fray Roland—. Encárguese de mantener a esta pecadora lejos de mí hasta que decida qué hacer al respecto.

—Me haré cargo de ella, su majestad —aseguró mi tutor inclinándose ante mí.

—Y ten presente esto, Magda: tienes prohibido hablar con el general, el vizconde de Fernsby, el conde de Redland o cualquier otro de esta conversación. Bastante me has ofendido ya, como para permitirte que lo hagas aún más. Como reina, es mi obligación hacer justicia con todos por igual. De manera que, si alguien se entera de que sé que me has ultrajado, no habrá más consideraciones, y me veré en el compromiso de someterte a juicio. Y sabes cuál será el resultado si eso llegase a ocurrir, ¿no es cierto, Magda?

—Gracias, su majestad. No se lo contaré a nadie, se lo juro. Gracias por concederme su perdón.

Me levanté despacio del trono y paseé alrededor de ella.

—Tu condena será la de ver al hombre al que amas casarse con otra, a sabiendas de que no has pasado de ser un juguete en sus manos —le restregué por la cara algo que debía al menos escocerle—. Tenlo siempre claro, Magda. No significas nada en la vida de un hombre hasta que este no te da el lugar que te corresponde.

Contemplé cómo Magda abrió sus rosados labios para protestar, pero acabó por cerrarlos otra vez.

—Sí, su majestad.

—Retírate de mi vista y procura mantenerte fuera de mi camino y el de mi futuro esposo.

—Gracias, su majestad. —Acompañada por fray Roland, Magda se marchó con breves inclinaciones en su retirada trastabillada hacia atrás.

CAPÍTULO 35

MARÍA



La marcha de Magda y mi tutor dejó tras de sí un cargado silencio.

—Ya puedes entrar —avisé a Kaden en voz alta, consciente de que, tal y como habíamos planeado, estaría escuchando a través de la puerta entreabierta que comunicaba con mi despacho—. ¿Lo has oído todo? —pregunté cuando apareció con expresión grave.

—Sí.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunté con suavidad, incapaz de mantener mi fachada.

—No hay nada que hablar al respecto —replicó con dureza.

—De acuerdo. —Solté un pesado suspiro—. Las fichas están colocadas en el tablero de juegos. Ahora es a ellos a los que les toca mover.

—Esa chica parecía aterrada. —Irene estudió la salida preocupada—. ¿No nos habremos pasado? Si se mantiene alejada de Ceolred o Redland, todo nuestro plan está condenado al fracaso. No tendremos forma de conseguir pruebas contra ellos y eso implicará que tendrás que contraer matrimonio con ese engendro de Mercia.

—Lo que creo es que le va a faltar tiempo de correr derecho en busca de su amante —dije por la simple razón de que necesitaba creer que así sería.

Demasiado tarde me di cuenta de que eso podría hacer referencia a cualquiera de sus dos amantes y que Kaden se encontraba demasiado callado.

Si antes se me hacía imposible pensar en la noche de bodas que me esperaba con Ceolred, ahora prefería arder en las llamas del infierno antes que entregarme a él.

—Tal vez deberíamos haberla interrogado un poco más antes de dejarla marchar —opinó dubitativa Irene.

—La idea era dejar que se confiase. Un interrogatorio habría llamado demasiado su atención —argumenté—. ¿Kaden?

—Hay algo que no me gusta de todo esto. Algo que se nos está escapando. Más allá de compartir la misma amante, ¿qué tiene *mi padre* para ofrecerle a Ceolred? ¿Y cuándo han hablado en todo este tiempo? Durante las comidas o los actos públicos han evitado incluso mirarse. Anoche ni siquiera se saludaron. ¿Cómo es posible que en poco más de una semana hayan llegado a intimar lo suficiente como para trazar un plan juntos y que, desde el primer instante, solo se hablasen en privado y a escondidas?

El planteamiento de Kaden me hizo pausar.

—¿Crees que ya se conocían con anterioridad a su llegada? ¿Que a lo mejor incluso esté

envuelto el rey Coenwulf en ello? —indagué.

—Sería plausible, sí —afirmó Kaden.

—Eso explicaría que Magda cayera en las redes de ese crío engreído desde su llegada — reflexionó Irene—. Puede que fuese el propio Redland quien se la enviase con el propósito de que le entregase algún mensaje.

—Si el rey Coenwulf está mezclado en ello, lo que se nos viene encima es mucho más grande que una mera traición de la corte —comentó Kaden con gravedad—. Deberíamos enviar espías a Mercia por si tiene planeado invadirnos.

El alma se me cayó a los pies ante la idea de una guerra con nuestro vecino más poderoso. ¿Es que los problemas no iban a acabarse nunca?

—Necesitamos sacarle información a Magda como sea. Seguro que sabe más de lo que aparenta. —Irene se mordisqueó inquieta los labios—. Es evidente que tanto Ceolred como Redland la han estado utilizando. ¿Cómo de descabellado sería que le hayan prometido una corona o un título a cambio de que los mantenga al día sobre ti, o incluso para que les ayude a acceder a ti?

—Podría ser una opción —confirmó Kaden—. Pero sigo sin tragarme que Redland se conforme con entregarle el trono a un forastero. Además, comentasteis que Magda había querido adelantar nuestro matrimonio.

—Podría hacerlo por ese niño que está esperando —sugerí.

—Redland no siente ni el más mínimo nexo con sus hijos y menos por los que son bastardos, creedme, es algo que me consta —espetó Kaden con sequedad.

—De acuerdo, está claro que la única llave que tenemos de momento es esa muchacha y, en un momento dado, Eleora —resumí.

—¿Cómo conseguimos que Magda suelte la lengua? —preguntó Irene.

—Supondría una pérdida de tiempo que yo tratase de interrogarla si a lo que aspira es precisamente a mi trono. Necesitamos a alguien que pueda convencerla de que me odia y que la apoya a ella.

—¿Y ese alguien sería?

Por primera vez se me escapó una sonrisa desde que había descubierto la deslealtad de Magda, aunque, a decir verdad, se trataba de una bastante retorcida.

—Tú, mi querida prima. Tú eres la que vas a convertirte en su confidente, en mi mayor enemiga y en la instigadora de que sus planes se adelanten antes de que tenga que plantearme el drogar al traidor de mi esposo la noche de bodas.

Irene me respondió con una sonrisa al menos igual de torcida:

—Por fin ocurre algo interesante en esta corte. No sabes lo que me alegra el poder divertirme un rato.

—Si tantas ganas de entretenimiento tienes, ¿por qué no lo haces también con mi prometido? —la provoqué con ironía.

—Su majestad, ¡¿cómo puede incitarme a cometer semejante acto de perversión?! —exclamó Irene fingiendo una expresión escandalizada, aunque la sonrisa pícara que la sustituyó enseguida la traicionó—. No me queda más remedio que confesar que, más que él, quien me gusta es ese escolta que siempre lo acompaña. ¡Es tan lindo y tímido!

—Anda, vete, y procura salir llorando de aquí. —Toqué las palmas impaciente—. Se nos está acabando el tiempo.

Como si acabase de insultarla, los labios de mi prima se fruncieron en un pucherito y sus ojos se tornaron rojos y brillantes. Con un grito ahogado salió corriendo, hasta que oímos sus sollozos

desconsolados en el pasillo.

Kaden se giró boquiabierto hacia mí.

—Eso ha sido...

—Mejor no preguntes —le advertí entornando los ojos.

—Si no hubiese estado aquí me lo habría tragado —confesó pasmado.

—Tú y el más pintado. Es su especialidad. Librarse de los castigos convirtiéndose en la víctima —le expliqué.

—¿Tú también aprendiste a hacer eso? —Kaden se frotó la nuca.

—Mi fuerte es más bien lo de ignorar a todo el mundo —admití, aliviada de que volviese a tutearme—. ¿Y tú? ¿Cómo te encuentras? Ha debido de ser difícil escuchar esas barbaridades que ha confesado la mujer con la que ibas a desposarte.

—Habría sido peor si no hubiera tenido tan claro desde el inicio que jamás llegaré a sentir nada por ella más allá del cariño que pueda dar la convivencia.

Sus palabras consiguieron que mi corazón se saltase un latido y que el vello de mis brazos se pusiese de punta.

—Hablas como si aún tuvieras intención de casarte con ella —comenté despacio.

El semblante de Kaden se tornó más grave aún.

—Soy un bastardo y sé qué implica serlo. El hijo de Magda no tiene la culpa de lo que ha hecho ella o mi padre.

CAPÍTULO 36

KADEN



«Soy un bastardo y sé qué implica. El hijo de Magda no tiene la culpa de lo que ha hecho ella o mi padre».

ErEran mis propias palabras y, sin embargo, no cesaban de perseguirme desde que las pronuncié. Por muy sinceras y ciertas que fueran, con ellas me sentenciaba a un futuro de soledad y amargura.

Que el bebé encima fuese de mi padre parecía una broma del destino. Estaba unido a él del mismo modo en que estaba condenado a ser el vástago de un demonio sin escrúpulos por el resto de la eternidad.

—No creo que nos den nada evidente a lo que agarrarnos —murmuró McGuirre mientras vigilábamos a Redland durante la cena—. Es demasiado listo. Se la jugó con el tema de la serpiente. No cometerá de nuevo ese error. Además, sabe que la reina tiene cada día a más gente respaldándola y que se le echarían encima de correrse la voz de que él es el culpable de su muerte.

Tenía razón, el pueblo la admiraba por su valentía y valoraba su generosidad, y una buena parte de la corte comenzaba a considerar que el cambio de poderes que había traído con ella podía resultarles beneficioso. Sin contar que no todos pensaban solo en ellos mismos.

—Es lo que tenemos —mascullé entre dientes—. Tarde o temprano meterá la pata en algo, no es un dios todopoderoso.

—¿Por qué no lo matamos sin más y nos ahorramos problemas? Basta que lo hagamos parecer un accidente —sugirió McGuirre.

Solté una carcajada seca. Ganas no me faltaban y hasta podía sentir su nuez hundiéndose bajo la presión de mis dedos.

—Podríamos haberlo llevado a cabo antes de la llegada del pretendiente de la reina. — ¡Maldita sea! ¡Aquello era lo que debería haber hecho hacía años! ¿Por qué seguía torturándome con ese hijo de mala madre cuando podía habérmelo quitado de encima y haberle olvidado a él y sus recuerdos?—. A estas alturas ya es demasiado tarde. No se trata solo de él, ahora está envuelto Mercia. No está claro qué es lo que pretenden y tampoco podemos acusarlos sin pruebas. No estamos preparados para una guerra contra ellos.

McGuirre se rascó la barba con una mueca de dolor.

—Sería un suicidio —confirmó—. Ni siquiera tenemos bastantes armas.

—Nuestra única oportunidad es la de atrapar a Redland y al merciano con las manos en la masa, y obligarlos a que suelten la lengua. No sé si eso ayudaría a evitar un enfrentamiento con Mercia, pero al menos le daría a la reina la justificación necesaria para que la corte y el pueblo la apoyen.

—Si al menos tuviésemos más tiempo —gruñó McGuirre—. No veo cómo piensas pillarlos antes de la boda.

Una pesada carga se instaló sobre mi pecho al pensar que, si los deteníamos, con toda probabilidad Magda también se vería involucrada. La reina había estado evitándome desde que le confesé mis planes con respecto a mi compromiso. ¿Me valoraría lo suficiente para permitir que la chica se librase una segunda vez? La simple idea de tener que pedírselo ya me revolvió el estómago. Era como si ensuciara todo lo que habíamos compartido hasta aquel momento.

Mi corazón se calentó al recordar su intento de protegerme de la cruda realidad con la que nos topamos en el sótano. Lejos de sentirse ofendida por el ultraje de su pretendiente, como había interpretado al principio ante su reacción, María me demostró su preocupación por mí, cuando ambos compartíamos exactamente la misma situación. Jamás nadie había hecho algo así por mí.

Era curioso lo que nos asemejábamos en algunos aspectos y lo que diferíamos en otros, y me moría de ganas por descubrir qué más teníamos en común y qué más nos quedaba aún por compartir... si la situación hubiese sido distinta.

¿Podía permitirme el lujo de dejar que las cosas siguieran su cauce natural y que Magda acabase decapitada? Tan pronto se me pasó por la mente sacudí la cabeza. No era una opción, no con un bebé en su vientre y, mucho menos, cuando era la vida de mi hermano no nato la que dependía de ello.

No importaba lo que yo quisiera, tenía responsabilidades con las que debía cumplir.

CAPÍTULO 37

MARÍA



A lo largo de los años, mi tía y fray Roland me habían preparado para muchas cosas. Donde él me había enseñado a pensar, ella me había instruido para la vida en la corte y a gobernar en un mundo dominado por hombres. Sus métodos no siempre habían sido los tradicionales y mucho menos para una joven, pero el tiempo y la distancia me hacían apreciar sus enseñanzas y a verlas desde otra perspectiva.

Podía pasarme horas con una sonrisa aplastada sobre mis labios fingiendo una calma digna de una santa mientras soportaba sustos, insultos, humillaciones, pellizcos o arañas recorriéndome los brazos. Además de Matemáticas, Latín o Filosofía, había aprendido a usar la racionalidad masculina enfocada a alcanzar sus ambiciones sin dejarse detener por las implicaciones para los demás, lo que, lejos de predisponerme negativamente contra ellos, hacía que a veces los comprendiera incluso mejor que a mis propias congéneres.

Aún me resulta curioso, y casi incomprensible, cómo una señora toda corazón y bondad, al menos en su relación con su hija y conmigo, pudiese enseñarnos a reconocer la debilidad humana ante los pecados capitales y a manipularlos a nuestro favor con el arte digno de un estafador.

Sin embargo, ninguna de aquellas difíciles lecciones me había preparado para enfrentarme al espejo con la exquisita túnica bordada con la que al día siguiente me desposaría con el individuo que pretendía asesinarme para hacerse con mi trono, en tanto que su cómplice y amante, la prometida del hombre al que verdaderamente amaba, se encontraba pululando entre mis damas de honor como si nada.

Lo cierto era que en ese preciso instante añoraba a mi tía, tanto sus consoladores abrazos como la mente perversa que se ocultaba tras su fachada de dulce mansedumbre. Suponía que era una fortuna que ya no me diese lugar de invitarla a la boda, porque estaba más que tentada de enviar a alguien a por ella, aunque eso la pusiera en peligro o supusiera que nos echase uno de sus sermones a su hija y a mí.

Un día. Eso era todo lo que me quedaba para hallar una escapatoria que me ayudase a evitar mi muerte y el mayor fracaso de mi vida.

No importaba lo que hiciesen Kaden o mi prima en su afán por protegerme, puede que consiguieran abortar uno, o quizá dos intentos, pero tarde o temprano, Redland y Ceolred conseguirían su objetivo si no los atrapábamos primero. Por ahora, con Magda manteniéndose apartada de Irene y sus cómplices comportándose con una actitud intachable, mi única solución consistía en seguir adelante con la boda o asesinarlos a ambos y arriesgarme a una guerra con

Mercia mientras mi corte y mi pueblo se rebelaban contra mí.

—Está adorable, su majestad, no recuerdo una novia real tan exquisita como vos —me alababa lady Hemsworth con su apasionado aire de condescendencia.

Resoplé para mis adentros, impaciente por que acabasen de una vez de arreglarme los bajos. ¿Cuántos años tenía lady Hemsworth para haber conocido a otra soberana contrayendo nupcias? Mi tío había estado en el trono veinte años sin pasar por el altar, y su antecesor, mi abuelo, se casó a la edad de catorce años con una niña de nueve. ¿Estaba comparándome con una chiquilla que apenas debía de tener altura suficiente como para poder mirar por encima de una mesa?

—¿Alguien podría servirme una copa de vino? —pedí con la garganta reseca.

—La jarra está vacía —constató una de las damas inquieta—. Ahora mismo voy por más, su majestad.

A su salida se tropezó con Kaden. Los ojos grises se cruzaron con los míos a través del reflejo. Presentí el placentero calor que siempre me invadía ante su presencia, pero esa vez me negué a sucumbir frente a él. No podía hacerlo, no cuando él mantenía su intención de casarse con Magda. Una cosa había sido aceptar que contrajera matrimonio por obligación y otra muy diferente que ahora lo hiciese por voluntad propia.

¿Qué hacía allí de pie? Con él cerca, jamás cogeríamos a nuestros sospechosos. A una señal, Irene salió a averiguar qué era lo que quería.

—Señora, me comunica el general Kaden que tiene una visita. —Por si la formulación del anuncio no hubiera sido indicio más que de sobra, que mi prima mantuviese la voz baja me reveló lo que no decía en alto.

—Se acabó. —Toqué las palmas para llamar la atención de mis damas—. Podéis terminar sin mi presencia. Tengo asuntos más importantes que atender.

Para cuando llegué a mi despacho privado, que es donde solía reunirme con Eleora, Irene ya se encontraba allí con ella.

—Lady Eleora, ¿a qué se debe el placer de su visita?

Ella me consideró con gravedad.

—La curandera me ha informado hoy de que una muchacha rubia, de rostro redondeado y la mirada de un bebé, ha estado en su casa para comprarle algunas pociones.

—¿Magda? —pregunté ignorando el jadeo incrédulo de mi prima.

—La descripción coincide, por eso estoy aquí —admitió Eleora—. Si es ella, están a punto de poner su plan en marcha.

Me eché una copa de agua para deshacerme de la repentina sequedad en la boca.

—¿Qué probabilidades hay de que se atrevan a envenenarme durante el brindis matrimonial? —mi voz se volvió áspera, escapándose de mi control.

—La misma de que puedan envenenar el vino en la iglesia. Yo procuraría no beber del cáliz —me advirtió Eleora.

—¡Maldita sea! —Irene recorrió la habitación como si fuera un zorro enjaulado—. Si al menos pudiera enterarme de cómo y cuándo lo traman, pero esa estúpida niña me está evitando como la peste.

—Es porque sabe que eres la prima de la reina.

Las tres nos giramos sobresaltadas hacia Rebeca, que nos estudiaba serena desde el umbral.

—¿Qué haces ahí? —chilló Irene fuera de sí.

—¿Cuánto has escuchado? —preguntó Eleora mucho más calmada y calculadora.

—Lo suficiente. Vine a avisar a su majestad de que han traído la corona para su consorte, por si quería inspeccionarla antes de que se la entreguemos al arzobispo. Imagino que, con las voces

de Irene, no me han oído entrar y, al reconocer a lady Eleora, tardé un poco en reaccionar.

—¿Sabes quién soy? —Eleoraladeó la cabeza y arqueó una ceja.

—Sí, no es la primera vez que la veo reunida con la reina y sentía curiosidad, de modo que hice indagaciones. No la había visto en la corte, pero su porte y forma de vestir no tienen nada que envidiarle a ninguna de las damas que conozco.

Eleora sonrió.

—Su majestad, creo que me gusta esta dama.

—Es la hija del conde de Redland —irrumpió Irene—. Lo siento, Rebeca, no tengo nada contra ti, pero no podemos jugar con la vida de la reina.

—Lo entiendo, pero quiero ayudaros.

—¿Perdón? No sé si lo has entendido, pero de lo que se trata es de evitar que tu padre pueda asesinarla —insistió Irene.

—Sí, lo sé. No soy tan tonta como crees —se mofó Rebeca con ironía.

—¿Y por qué íbamos a fiarnos de ti? —preguntó Eleora con ese aire casual con el que solía iniciar sus interrogatorios.

—Primero, porque ya me he enterado de lo que hablabais y, por tanto, podría ir directa a contárselo a mi padre. Segundo, porque soy la persona perfecta para sonsacar a Magda. Siendo la hija del conde supondrá que estoy de su parte y puede que con ese aliciente se sincere conmigo. Tercero, porque considero que su majestad es lo que más le conviene ahora mismo a nuestro reino y su gente; y cuarto, porque si los planes de mi padre fallan, y espero que lo hagan, prefiero asegurar mi inocencia y la de mi madre, demostrando que estoy del lado de nuestra soberana.

—¿Sabías que Magda y tu padre están... relacionados de alguna manera? —pregunté con cautela.

Rebeca soltó un profundo suspiro.

—Lo sospechaba, aunque no es ninguna novedad. Mi padre es un mujeriego y, lady Eleora aparte, las jóvenes rubias e inocentonas son justo el tipo de mujeres con las que suele mantener sus aventuras.

—Poder estar conmigo es una manifestación de lujo y ostentación y, en resumidas cuentas, de estatus. Es posible que solo se acerque a mí por eso —explicó Eleora con suavidad.

Irene y yo intercambiamos una mirada alucinada. Estaba claro que aún nos quedaba mucho que aprender sobre cómo funcionaba el universo masculino.

—Hay algo más que deberías saber sobre Magda antes de que tomes la decisión de echarnos una mano —le advertí a Rebeca.

—¿Su majestad?

—Al parecer está encinta y Redland es el padre.

CAPÍTULO 38

MARÍA



No sé cuál de las tres estaba más taciturna en el trayecto a lo que sería mi último baño como soltera, Irene, Rebeca o yo.

—Te veo muy pálida, ¿te encuentras bien, Rebeca? —La miré de lado.

Imagino que su intención era sonreír, aunque consiguió esbozar poco más que una mueca.

—He pasado mala noche. —Las tres seguimos en silencio por el corredor, hasta que de repente explotó—: ¡No me parece justo que Kaden tenga que asumir la responsabilidad que le corresponde a mi padre! Lo de... —Eché un vistazo a las rígidas espaldas de los escoltas que nos iban abriendo camino con las antorchas y bajó la voz—. Lo de esa mujer no es su culpa.

—Ojalá pudiera hacer algo, pero es él quien lo ha decidido así —repliqué con sinceridad.

—Esa no es una verdadera decisión, solo es conformarse con lo que otros le han dejado. Debería tener derecho a casarse con quien él elija.

Solté una carcajada seca. ¿Me lo estaba diciendo a mí? ¿La que en unas horas estaría casada con un traidor infiel? Irene me echó una ojeada. Desde ayer tarde, todo rastro de su habitual alegría se encontraba ausente.

—Esta noche me quedaré haciendo guardia en tu puerta y empezaremos a hacer turnos para que no pueda hacerte nada mientras duermes —saltó mi prima como si fuese algo que llevara un buen rato rumiando.

—Dudo que se atreva a hacerme daño en mi propio lecho —le respondí con una calma que no sentía.

—Pues... pues...

Me paré a abrazarla.

—Todo saldrá bien —le prometí—. Kaden está haciendo lo que puede y vosotras también estáis a mi lado.

—No es justo. Nada de todo esto lo es. Es con el general con el que deberías haberte casado. Habrías sido feliz y pondría la mano en el fuego a que jamás te habría hecho daño.

Demasiado exhausta para protestar, no me tomé la molestia de recordarle la presencia de Rebeca, ni tampoco traté de averiguar cómo se había tomado el descubrimiento de que sentía algo por su hermano.

—Tú misma lo dijiste, tengo una obligación como soberana y debo asumirla —le recordé.

—¿Y si hubiera una forma de cambiar las cosas? —preguntó Rebeca con debilidad—. De que mi hermano...

—No la hay —la corté, harta de seguir dándole vueltas al mismo asunto una y otra vez y siempre con idéntico resultado.

—Pero, y si...

—Entonces, seguiría existiendo el problema de que tu hermano está comprometido y tiene sus propias responsabilidades, adquiridas por él mismo o no —espeté, reanudando mi camino sin darles la oportunidad de darme esperanzas donde no las había.

Al llegar a los baños ni siquiera las esperé. Dejé caer la túnica al suelo y me zambullí en el agua, como si eso me ayudara a limpiarme de pensamientos indeseados y de los miedos que me atosigaban.

—María...

—Déjalo estar, Irene. Nos iremos enfrentando a los hechos tal y como vayan surgiendo. ¿Rebeca? —La estudié más de cerca. A la luz natural que entraba por los vanos, su tez se veía mucho más grisácea que pálida—. ¿Seguro que te sientes bien?

—Sí, son los nervios y las preocupaciones que se me han metido en el estómago —murmulló frotándose la barriga.

Irene y yo intercambiamos una mirada.

—¿Has comido algo que haya estado destinado a mí? —indagué acercándome inquieta al borde del baño.

—No. —Rebeca sacudió la cabeza sin fuerza. A cada momento que pasaba parecía mantenerse más encorvada—. Cogí unas galletas de jengibre de la cocina. Nada más.

—¿Y beber? —insistí inquieta—. ¿Qué has bebido?

—Agua...

—Creo que lo mejor sería que vomitaras —intervino mi prima frotándole la espalda.

—Dudo que me falte mucho —musitó Rebeca.

—Mejor ahora —gruñó Irene.

Cogiéndola por sorpresa le metió los dedos hasta la tráquea. Me aparté del borde del baño con la nariz fruncida cuando la pobre Rebeca desperdigó su escueto desayuno sobre el suelo.

—¿Te has vuelto loca? —graznó Rebeca ahogada cuando estuvo claro que ya no le quedaba nada más que echar.

—Ya me darás las gracias más tarde —replicó mi prima sin inmutarse.

—Irene, acompáñala arriba. Que se acueste. Y llama al médico de la corte para que le eche un ojo —le instruí.

—¿Estarás bien aquí abajo a solas? —inquirió Irene dubitativa.

—Los centinelas están apostados en la entrada del pasillo. No me sucederá nada. Puedes enviarme a la primera de mis damas con la que te encuentres y de paso a una criada para que se encargue de eso —señalé sin mirar la maloliente mancha esparcida por el suelo—. Pero no tengas prisa. Me vendrá bien un rato de soledad.

Lo último que me habría esperado de Irene era que se tomase al pie de la letra aquello de: «Puedes enviarme a la primera de mis damas con la que te encuentres» y que apareciera precisamente Magda. Con un suspiro me despedí de mi momento de relajación y paz cuando entró en los baños.

—No es necesario que lo limpies, avisé a Irene de que mandase a alguien para hacerlo. Debe de estar a punto de venir —le dije a Magda cuando se dispuso a limpiar el vómito.

Ella encogió un hombro.

—El personal de servicio está atareado con el banquete de bodas.

—Ah... vaya...

Después de apartar el cubo y secarse las manos, me trajo una copa de vino.

Titubeé. Si Magda hubiese estado tan animada como de costumbre... pero no, por una vez era el modelo de serenidad más absoluta, más incluso de lo que solía serlo Rebeca.

—Hagamos una cosa. —Alcé la copa con falsa alegría—. Brindemos por tu próximo matrimonio con el general. Es algo que ya deberíamos haber hecho desde hace tiempo. Toma.

Ella ojeó la copa que le ofrecía con una mueca imperceptible, de no haber sido porque la estaba estudiando con atención.

—Se lo agradezco, su majestad, pero ando indispuesta, ya sabe, por eso del embarazo. —Se tocó la barriga aún plana—. Pero me encantará brindar con un vaso de agua.

Estuve por insistir, pero, si el vino de verdad hubiese estado envenenado, ¿quería ser la asesina de una niña y de su bebé no nato?

—De acuerdo, usaremos agua entonces. —Meforcé a sonreír—. Tira el vino.

—No necesita hacerlo por mí —objetó con labios temblorosos.

—Insisto. —Mantuve la calma que ella comenzaba a perder.

—Yo... Voy a por el agua, entonces. —Magda me aceptó a regañadientes la copa.

—¿No hay algún sitio por aquí del que puedas tomarla? —pregunté, no muy segura de cómo funcionaba el flujo de agua a los baños.

—Es más fácil ir a por ella a la cocina —me aseguró, desapareciendo antes de que pudiese rechistar.

Fruncí el ceño. ¿Qué iba a hacer cuando regresara? ¿Fiarme de ella y beber? Resoplé. Aquello no pasaría en un millón de años y aún menos estando con ella a solas. Lo mejor era aprovechar que no estaba para salir del baño y acudir a un lugar más concurrido. La presencia de testigos no era un truco infalible, pero seguro que era mayor garantía de seguridad que permanecer aislada con ella.

Con un jadeo sobresaltado me giré ante un ruido que bien podría haber sido un trueno, si bien bastante apagado. Me invadió una sensación desagradable en la boca del estómago ante el inesperado visitante.

—¿Vizconde? ¿Qué hace aquí?

—¿Una boda no se merece un baño? —se burló Ceolred echando una ojeada detrás de las cortinas de la pared y tirando finalmente de ellas con brusquedad para dejar a la vista los escandalosos frescos romanos—. Es una lástima que tape estas pinturas, son de lo más interesantes —habló con tono casual, como si no acabase de hacer ningún destrozo.

Apreté los puños y me obligué a recuperar la serenidad.

—No es apropiado que esté aquí conmigo —le advertí cuando comenzó a desvestirse, esparciendo las prendas con descuido por el suelo.

Apreté los dientes al percatarme de que mi ropa se encontraba doblada sobre un escalón decorativo cerca de la entrada, y que iba a ser imposible alcanzarlo sin pasar por su lado. Irritada por su falta de cortesía, le di la espalda cuando se deshizo de la última prenda quedándose desnudo.

—Vamos a casarnos antes del mediodía, querida. —El sonido del agua, que me avisó del momento en el que entró en el baño, fue seguido casi de inmediato por un gruñido de satisfacción—. Estaban en lo cierto los que me contaron que era un placer celestial. ¿O debería de decir más bien uno infernal? —soltó una carcajada—. No tengo claro que este lugar fuese construido con demasiadas buenas intenciones a deducir por esas pinturas.

—Vizconde, tengo que pedirle que se vaya y me deje a solas —le exigí, dominando a duras penas mi furia y recordándome que aquel era el hombre con el que iba a casarme.

Su risa retumbó en la sala. Me giré hacia él para demostrarle mi disgusto.

—¿Por qué habría de irme? —me retó acercándose a mí.

—Como ya le he dicho, no debería estar aquí conmigo.

—¿No es apropiado que esté con la Reina Puta? —sus palabras hicieron que me recorriera un estremecimiento helado—. ¿Piensa negarme lo que a los demás les ha regalado tan generosamente?

Tragué saliva para deshacer el repentino amargor que me había invadido la boca.

—No debe creers... ¡¿Qué hace?! —exclamé cuando me asió del brazo obligándome a darle la espalda y me acorraló contra el borde del baño.

—No se preocupe, querida —me ronroneó al oído—. No me importa que tenga experiencia. De hecho, lo prefiero.

—¡Estese quieto! —chillé luchando por impedirle que me alzara la camisola.

—Creo que no lo ha entendido aún, su majestad —continuó con su mofa, aunque lo hizo entre dientes apretados por el esfuerzo de mantenerme sujeta—. Aquí la que se tiene que quedar quieta sois vos.

El latido frenético de mi corazón se saltó varios latidos cuando su erección se presionó contra mis nalgas desnudas. Y, junto al horror que ya me había dominado, comenzó a inundarme el pánico.

—Ceolred, Ceolred, no, por favor, espera...

—Ahhh, ¿ya comenzamos con las familiaridades? Si hubieras sido mi mujer, te habría puesto en tu lugar, pero, como ramera, supongo que me excita más que grites mi nombre.

—Ceolred, por favor, ¡para! —le pedí aterrada cuando me inmovilizó con una mano, manteniéndome un pecho en un doloroso agarre, mientras con la otra se situó para abrirse camino entre mis nalgas.

—¿Por qué habría de hacerlo? —preguntó entretenido.

—¿En serio crees que me desposaría con un hombre que se dedica a forzarme?

Su risa desquiciada me paralizó.

—Si tuviese intención de casarme contigo, estoy seguro de que seguirías aceptándome, aunque solo fuera para evitar las consecuencias de una guerra con el vejestorio de mi tío, pero, dado que no llegaremos tan lejos, ¿qué más da?

—¿A qué te refieres con que no llegaremos tan lejos? —pregunté en un intento por ganar tiempo cuando me fijé en que se detenía a pensar sus respuestas.

Esa vez su risa vibró contra mi oído, dejándome sentir su aliento inundado de vino rancio sobre mi piel mojada.

—¿No lo has adivinado aún? No pienso rebajarme a contraer matrimonio con una zorra mancillada a la que puede follarse cualquiera.

—Entonces, no lo hagas, te concedo tu libertad y te apoyaré ante tu tío —me apresuré a asegurarle—. Pero, si sigues, no habrá vuelta atrás. No saldrás vivo de aquí. Mis guardias vendrán en cuanto me oigan gritar.

—¿Tus guardias? ¿Hablas de los que se han largado para hacer de vientre, porque han bebido de un vino que deberían haber rechazado estando de servicio? ¿Ves?, ese es el motivo por el que una mujer no debería ser reina. Todo el mundo sabe que puede hacer con ella lo que quiera y que no trascenderá.

—Ordenaré que te degüellen y te cuelguen en un mástil a las afueras del castillo si no me

suestras de inmediato —siseé entre dientes.

—Aprovecha para respirar ahora que puedes, porque estoy deseando comprobar cómo aprietas el culo cuando te asfixie bajo el agua.

Las pocas fuerzas que me quedaban parecieron evaporarse, huyendo de la atrocidad que acababa de describir. ¿Qué clase de ser enfermo podía siquiera plantearse semejante barbaridad?

—Sabrán que eres tú quien lo ha hecho —gimoteé mientras trataba de escabullirme sin éxito fuera de su alcance.

—Por fortuna, es de dominio público que estás liada con el bastardo al que nombraste general. Asumirán que ha sido él. ¿Qué hombre no se enfurecería si su ramera particular decidiera desposarse con otro? En especial, si es una con un cuerpo como el tuyo —espetó entre dientes haciendo un nuevo intento por penetrarme.

—Kaden te matará cuando descubra lo que intentas hacer.

—Ah, querida. ¿En serio me consideras tan tonto? Ya me he encargado de él.

—¿Qué le has hecho? —mi voz salió en un chillido agudo.

Espantada de que pudiera haberle hecho algo a Kaden, tomé una profunda inspiración y escogí el único camino que aún me quedaba. Cerré los ojos y lancé la cabeza hacia atrás con todo el ímpetu que me restaba. Por la sala resonó un aullido de dolor y su agarre sobre mí se debilitó cuando se llevó las manos a la nariz.

Aproveché para escaparme, pero pequé de inocente al pensar que liberarme iba a ser mi mayor problema. Por más que intentaba correr, la resistencia del agua y la camisola enredándose entre mis rodillas apenas me dejaban avanzar.

Apenas había logrado subir los escalones cuando vino tras de mí y consiguió sujetarme un tobillo, cayéndome al suelo.

Un intenso dolor se irradió de mi mentón hasta el resto de mi rostro y por mi boca se extendió un sabor ferroso. Sin tiempo de recrearme en el dolor, traté de reptar con jadeos ahogados lejos de su alcance. Fue inútil.

—¡Maldita, hija de perra! ¡Me has roto la nariz! —gritó iracundo.

—¡Suéltame! —gemí desesperada por alejarme de él y la brutalidad de sus manos.

—Vas a pagar por lo que has hecho —masculló tirándome tan fuerte del cabello que pensé que me partiría el cuello y, por más que me defendía o que la tela empapada se pegase a mi cuerpo, no pude evitar que volviera a levantarme la camisola.

—¡Ceolred! ¿Qué estás haciendo? —Reconocí a Magda más por su voz que por la sombra que se deslizó por la periferia de mi visión.

—Lo que a ti no te importa —gruñó él con desprecio—. Vete de aquí y déjate ver entre la gente si no quieres que sospechen de ti.

—Pero...

—¡Largo de aquí, si no quieres acabar como ella! —la furia en su voz dejó claro que no estaba bromeando.

—Pensé que me querías... —lloriqueó Magda.

Sentí cómo se puso rígido.

—¿Quererte? —Carcajeó—. ¿En serio pensaste que podría quedar prendado por una fulana como tú? —Rio aún más fuerte ante el jadeo estrangulado de la muchacha—. Haz algo útil antes de irte y tráeme algo que me sirva para atarla.

Acompañado por un alarido ronco, el peso de Ceolred desapareció de mi espalda. Apenas registré cómo salía corriendo detrás de Magda que hizo el intento de huir. Tropezando corrí hasta mis ropas. El eco de un guantazo, seguido de un grito adolorido, me anunció que Magda no se

encontraba en una posición mucho mejor que la mía.

Sin entretenerme en averiguar cómo estaba, rebusqué con manos inestables en la limosnera. Magda se encontraba gimoteando en el suelo y Ceolred regresaba a por mí. Estaba tan asustada que ni siquiera el hecho de que mis dedos rodearan el mango de la daga me ayudó a sentir alivio.

—¿De verdad esperas detenerme con eso? —espetó con una mueca burlona al ver mi arma.

Jamás llegué a averiguarlo. Un puño impactó contra su mandíbula y Ceolred cayó al suelo parpadeando confundido.

—¡Voy a matarte, maldito hijo de perra! —gritó Kaden con los ojos inyectados en sangre mientras se lanzaba sobre él dispuesto a cumplir su promesa.

CAPÍTULO 39

MARÍA



No sé cuánto me tomó reaccionar y salir de mi estupor. Mi corazón me latía con la rapidez de unos cascos de caballo durante una carrera y mis pies parecían estar anclados al suelo.

—Kaden. ¡Kaden! ¡Tienes que parar! —Impotente contemplé cómo le propinaba un puñetazo tras otro, y Ceolred terminó ensangrentado y a punto de desvanecerse—. ¡McGuirre, páralo! Si mata a ese hombre estaremos en guerra con Mercia.

—Kaden, basta ya... —McGuirre y Robinson lo sujetaron y lo apartaron entre los dos del merciano.

Fray Roland llegó junto a más guardias, sin aliento, con la frente brillante de sudor y con el semblante enrojecido, justo a tiempo de presenciar cómo Magda, con la mandíbula hinchada, se tiraba gimoteando sobre el cuerpo inerte de Ceolred.

—¿Qué has hecho, bestia?! ¡Lo has matado! —acusó a Kaden con lágrimas en los ojos.

—¡Dios, no! —gemí ante lo que eso podría suponer para nosotros, para todo el reino.

Fray Roland se arrodilló junto a Ceolred y le tocó el cuello, tomándole el pulso.

—Sigue vivo.

—¡No por mucho tiempo! —gruñó Kaden haciendo un nuevo intento por lanzarse sobre él.

Robinson y McGuirre consiguieron retenerlo a duras penas.

—¡Os matarán, os matarán a todos! ¡El rey Coenwulf os hará pagar por esto! —chillaba Magda con gritos agudos que quedaban ahogados entre sollozos.

—General —mi tutor le lanzó una mirada fija a Kaden—, la reina ahora es lo primero. Póngala a salvo y asegúrese de que esté bien. Cerciórese también de que el resto del castillo esté bajo alerta y protegido. No queremos más ataques por hoy.

Las palabras de fray Roland parecieron actuar como un cubo de agua fría, Kaden se enderezó y dejó de luchar contra el agarre de sus compañeros.

—McGuirre, hazte cargo del castillo, ciérralo a cal y canto hasta que lo tengamos todo bajo control e infórmame de cualquier incidente. Estaré en los aposentos de la reina. Búscate una excusa para la gente y tranquilízala, pero que no sepan aún el alcance completo de lo que ha ocurrido hasta que hayamos tenido tiempo de analizarlo y hablar, eso incluye al senescal. Robinson, quiero a esa mujer encerrada en mi cámara. —Señaló a Magda, que seguía inclinada sobre Ceolred llorando desconsolada—. Ponle dos vigilantes y que no salga ni hable con nadie sin mi expreso consentimiento. Que se aseguren de sacar todas mis armas antes de dejarla a

solas. Luego ponte a disposición del fraile y encárgate de este deshecho merciano —escupió entre dientes como si le costase siquiera mencionarlo.

—Nos encargaremos de todo —afirmó McGuirre con los hombros cuadrados.

Kaden asintió, vino hasta mí y apretó los labios tras escrutarme de arriba abajo. No habló mientras me envolvía en mi túnica, ni lo hizo cuando me alzó con cuidado en brazos y me llevó a mis aposentos.

Como si mi mente ya no diera para más, todos mis pensamientos se apagaron, dejando solo la presencia del calor que desprendía Kaden y el cálido aliento que me acariciaba. Posé la palma sobre su pecho y cerré los párpados cuando sentí el fuerte latido de su corazón.

Como si me llegara desde otra parte, oí a Kaden repartir instrucciones a los guardias y mis damas ante mis aposentos, que incluían entre otros: agua caliente y que buscasen a Irene y que nadie entrara a mi alcoba excepto ella o lady Rebeca. Después cerró tras nosotros y me depositó con delicadeza sobre la cama.

—¿Llegó a...? —La nuez de Kaden saltó como si acabase de tragar saliva—. ¿Te hizo daño?

Comprendí a qué se refería cuando seguí su mirada hasta el escote entreabierto de la camisola, donde quedaba visible parte de mi pecho. Había rasgado el tejido y oscuras manchas moradas comenzaban a hacer acto de presencia sobre mi piel.

—Lo intentó, pero... —Negué con una débil sonrisa—. Llegaste a tiempo. ¿Qué te ha pasado a ti? —Tracé con cuidado su ojo hinchado y el contorno de una herida en la mejilla.

—Nos pusieron una distracción y caímos en la trampa como pardillos —masculló Kaden molesto—. ¡Dios! ¡Solo de pensar que podría haber llegado tarde y que ese hijo de perra te hubiese...!

—Se lo impediste —lo corté.

Apoyó su frente sobre la mía y soltó un profundo suspiro.

—Cuando al fin comprendimos lo que ocurría pensé que no lo conseguiría, y cuando escuché los gritos y no vi a ningún guardia cerca...

La puerta se abrió de golpe e Irene me buscó frenética con los ojos, justo detrás de ella cruzó Rebeca que, a pesar de su palidez, ya se encontraba visiblemente mejor.

—¿Qué ha ocurrido? —graznó mi prima corriendo a mi lado.

—Cerrad la puerta —les ordenó Kaden.

—Irene, cálmate, siga viva —la tranquilicé cuando se tiró de rodillas en el suelo.

Me tomó las manos y se las llevó a la cara.

—Bien, me alegro, aunque un día de estos seré yo la que te estrangule por darme tantos sustos.

—Rebeca, ¿qué tal te encuentras tú? —intenté desviar la atención hacia ella.

—Bien, bien, se me pasará.

Alguien llamó con debilidad y Kaden se incorporó precipitado, sacándose una daga antes de comprobar quién era.

—Dejadlo sobre la mesita de noche y marchaos —les indicó a las damas que trajeron un cuenco con agua caliente y paños.

Rebeca sacó un camisón seco del arcón e Irene cogió un paño y lo humedeció en agua, pero Kaden estuvo de inmediato a su vera y le sujetó la muñeca.

—Yo me encargaré de eso —gruñó arisco.

Mi prima intercambió una mirada insegura con Rebeca.

—Kaden, no podemos dejarte a solas con ella estando todo el mundo al otro lado de la puerta —advirtió Rebeca con suavidad.

—Entonces, no lo hagáis, pero seré yo quien me ocupe de ella —contestó Kaden con una extraña intensidad en su tono.

Rebeca me interrogó con la mirada y yo asentí. Si Kaden tenía la necesidad de cuidarme sin que le importase saltarse las normas por hacerlo, mi urgencia de su cercanía y contacto era al menos igual de intensa.

—Si necesitas ayuda, avísanos —murmuró Rebeca, tomando a Irene del brazo y llevándosela hasta las sillas de la chimenea.

Ambas nos dieron la espalda como si quisieran concedernos un poco de intimidad.

Sin mediar palabra, Kaden me ayudó a deshacerme de la camisola. Cuando vio mi mueca de dolor al mover el hombro, usó su daga para cortar a través de ella.

Debería de haberme invadido el bochorno al quedar expuesta ante él, pero había algo extrañamente íntimo en ello y, lejos de vergüenza, me sentí cuidada y protegida a medida que me limpiaba los arañazos y escoceduras y me secaba con delicadeza la piel mojada.

—Rebeca, ¿puedes conseguirle algo caliente para beber? ¿Algo de lo que estemos seguros de que no esté envenenado? —preguntó Kaden después de ayudarme a ponerme el camisón y acomodarme en la cama.

—Iré yo. —Irene le puso una mano a Rebeca sobre el hombro, señalándole que se quedara sentada.

Kaden me colocó un paño debajo de la cabeza para que no mojase la almohada y me apartó los mechones húmedos del rostro.

—¿Mejor? —preguntó.

Supongo que debería de haberle asegurado que sí para que se tranquilizase. La vieja María no habría dudado en hacerlo, pero no fui capaz. No cuando la sensación de Ceolred pegado contra mi espalda y sus intenciones de ahogarme mientras pretendía raptarme, aún seguía persiguiéndome. Si había una muerte más horrible que la que él me había preparado, no se me ocurría en ese momento.

—¿Qué puedo hacer para que te sientas mejor? —preguntó Kaden con la voz quebrada cuando negué en silencio.

—Hazme olvidar —musité.

Me acunó la cara entre ambas manos y sus labios rozaron los míos con suavidad, con una delicadeza tan extrema que apenas superaba al aleteo de una mariposa. Fui yo quien alzó la cabeza y lo buscó, exigiéndole lo que le había pedido. Kaden abrió sus labios con un gruñido bajo y me recibió en su boca. Nuestras lenguas se enzarzaron en una lucha por el dominio y mis manos se deslizaron hasta el cuello de su camisa para abrirse paso hasta su piel.

Sentía tanta urgencia, tanta necesidad por sentirlo, que bien podrían haber bajado los cuatro heraldos del apocalipsis que los hubiera ignorado. Mi cuerpo entero cobró vida, hambriento por lo que podía ofrecerme, por su calor, el contacto de sus callosas palmas al recorrerme y la paz que sabía que me conquistaría cuando me mantuviese en sus brazos.

Aún seguía inmersa en aquel caótico remolino de sensaciones, cuando me sujetó las manos y se apartó de mí.

—No puedo hacerlo —murmuró con una significativa ojeada en dirección a Rebeca, sentada ante la chimenea de espaldas a nosotros.

—Tienes razón —susurré de vuelta con los párpados cerrados en rendición.

Con su frente sobre la mía soltó un profundo suspiro.

—Jamás te harás ni una pequeñísima idea de lo que me provocas.

Con el regreso de Irene, Kaden se apartó y dejó que ella tomase el relevo.

—¿Conseguiste apresar a Redland? —le pregunté después de dejarme caer sobre la almohada. La expresión de Kaden se endureció.

—El muy cabrón ha sido listo. Salió de caza esta mañana con su grupo de amigos. Deben de estar a punto de regresar con la excusa de acudir a la boda —masculló con los puños crispados—. No tenemos ni la más mínima prueba contra él.

—¿Crees que podemos conseguir que Ceolred lo incrimine? —indagó Irene—. No podemos permitir que se escape de nuevo. Mientras siga vivo, seguirá yendo a por María.

—La única forma de sacarle algo al merciano sería torturándolo —dijo Kaden mirando en mi dirección.

Negué.

—Esa posibilidad queda descartada. Debemos devolverlo en unas condiciones razonables a Mercia —alegué luchando contra la venganza que me inundaba.

—¿Piensas dejar que se marche a Mercia? ¿Has perdido la cordura? —Irene abrió los ojos alucinada.

Resoplé. La primera a la que le habría gustado que usasen con él algunos de los artefactos de tortura que había visto en los calabozos habría sido yo. Puede que hasta me hubiese animado a descubrir por mí misma cómo funcionaba en realidad aquel trasto de los pinchos que tanto había asustado a los guardias, pero había cosas más importantes en las que pensar que una represalia inútil.

—Ese crío no vale la pena, no para que comprometamos Lanlow en una contienda para la que no estamos preparados —repliqué en voz alta.

—No necesitáis hacerlo —replicó con serenidad Rebeca, perdida en las llamas—. Siempre que mi padre no sospeche que no podéis tocarle un pelo al merciano, tenéis la posibilidad de sonsacarle y que se traicione él mismo. Es raro que pierda la compostura, pero, si lo azuzáis lo suficiente y conseguís que se enfurezca, acabará soltando algo que lo incrimine. Os ayudaré a planificar el interrogatorio. Lo conozco mejor que nadie.

—Rebeca, sabes que si confiesa tendré que condenarlo a muerte, ¿verdad? —pregunté impactada ante su oferta.

—Hablad con él, en privado, con testigos en los que confiéis y de los que estéis seguros que no filtrarán información que no deseéis hacer pública. Cuando hayáis conseguido lo que queréis de mi padre, dadme la oportunidad de hablar con vos antes de dictar una sentencia. Tengo una propuesta que haceros.

CAPÍTULO 40

KADEN



Si había esperado que a mi regreso de los calabozos la reina se encontraría aún acostada o, en el mejor de los casos, escondida en sus aposentos atemorizada por los recientes sucesos, me había equivocado. En contra de lo que había anticipado, la localicé en la sala del trono erguida y orgullosa ante la ventana, inspeccionando el paisaje a través de la cristalera. Con excepción de su palidez, nada en ella revelaba que hacía apenas unas horas se había escabullido de la muerte, o que posiblemente tuviese que enfrentarse pronto a algún tipo de represalia por parte de Mercia.

Fray Roland también se encontraba presente y permanecía en el centro de la sala en un tenso silencio. Colocándome al lado del religioso, le eché una ojeada antes de hablar.

—¿Habéis solicitado mi presencia, su majestad?

—¿Ya están encerrados? —A pesar de que habló alto y claro, el leve temblor que se traslucía en su voz me hizo apretar los puños.

—Sí, tanto el merciano como Redland y sus compinches. Cada uno en una celda independiente, a la espera de su decisión sobre qué quiere que hagamos con ellos, su majestad.

—¿Y Magda?

Tragué saliva.

—Retenida en mi alcoba.

—¿Por qué no está en los calabozos con los demás? —La serena frialdad con la que lo preguntó asustaba más que cualquier exabrupto furioso que pudiese tener.

—Señora... está embarazada, le ruego que me perdone por mi atrevimiento, pero...

—¿Y por qué está en sus aposentos?

Podría haberle confesado que era para tener a Magda vigilada y de paso asegurarme por mí mismo de que no se le ocurriera volver a atentar contra ella, pero aquello era tanto como condenar a Magda. Además, no temía solo la reacción de la reina. Dudaba mucho que fray Roland mantuviese su postura impasible ante una posible amenaza a su pupila y, por más que me disgustase la idea, no podía culparlo. Magda se había ganado a pulso su condena.

—Sigue siendo mi prometida, su majestad.

No sé qué era lo que había aguardado de ella, pero desde luego no fue el silencio helado que siguió a mi respuesta. Incluso a fray Roland se le había escapado una ojeada extrañada al escucharme, aunque no encontré en sus ojos la acusación que habría esperado de él.

Cuando se mantuvo callada, fray Roland y yo compartimos una mirada preocupada.

—¿Su majestad? —insistí de nuevo.

—Mañana a primera hora partirá personalmente a Mercia para entregarle al rey Coenwulf a su sobrino, general. Le daré una carta con las explicaciones oportunas. Le diga él lo que le diga, o me acuse de lo que me acuse, no entrará en debates, ni pondrá en riesgo su vida ni la de los soldados que lo acompañarán.

—Señora, no puedo dejarla sola justo después de que haya habido un atentado contra vos —protesté estupefacto ante su decisión.

¿Es que quería que la mataran?

—Fray Roland le acompañará —continuó ella como si no me hubiera oído.

—Su majestad... —repetí más fuerte esta vez.

—Puede dejar a su hermana y a los hombres que estime oportunos para que cuiden de su prometida, o puede llevársela si así lo desea.

¿Llevarme a Magda? Ni por todo el oro del reino. ¿Acaso no sabía que mis ganas de pasar tiempo con aquella niña eran nulas?

—María...

Por primera vez se giró hacia mí, pero la esperanza de que me escuchase se evaporó tan pronto como vi su rostro inexpresivo.

—Pueden marcharse —indicó antes de darnos de nuevo la espalda.

Abrí la boca para protestar. ¿Es que se había vuelto loca? ¿Estaba tratando de invitar a sus detractores a que la asesinaran? Lo que proponía era un suicidio.

—Vamos, general. Ha sido un día largo, su majestad necesita descansar y vos deberíais preparar el viaje de mañana. —Fray Roland posó una mano sobre mi brazo—. No es el momento —murmuró tan bajo que solo yo pude oírlo.

—Tardaremos al menos dos semanas en regresar —mascullé en cuanto salimos al corredor—. No podemos dejarla tanto tiempo desprotegida.

—¿Insinúa que sois la única persona de su guardia dispuesto a protegerla? —Los inteligentes ojos del religioso me estudiaron con la misma calma por la que se caracterizaba su alumna.

Apreté la mandíbula.

—Me siento más seguro estando cerca de ella.

—De modo que es por vos, no por ella —constató el fraile enlazando sus manos.

—Yo no...

—General, acompáñeme a dar un paseo —me interrumpió con cortesía. Esperó a que llegásemos al vestíbulo principal antes de hablarme—. ¿Alguna vez ha estado a punto de quebrarse? ¿Ha estado en una situación en la que desconocía si a la mañana siguiente sería capaz de levantarse de nuevo o si iba a haber algo por lo que valiese la pena luchar si eso sucedía? Es como caer a un abismo infinito y sin luz, y, en vez de rezar por salir vivo, por lo que ruega es para que al llegar al fondo ya no exista nada más que el final, o un vacío en el que pueda plegarse sobre sí mismo para entregarse al dolor que le está resquebrajando el alma. ¿Resulta confuso lo que trato de explicarle?

—¿Por qué lo pregunta? —Si estábamos hablando de María, quería saberlo para estar a su lado y ayudarla, no que se anduviera con estúpidos rodeos.

—Estamos tan acostumbrados a ver el lado fuerte de la reina que nos olvidamos que, como todos los demás, ella también tiene un límite. Por si no se ha percatado, ella ya ha llegado a ese punto.

—¿Qué le ocurre?! —Me negué a dar ni un solo paso más hasta que me lo contase.

—Una corte llena de traiciones, atentados contra su vida, sacrificios, la responsabilidad de un

reino arruinado sobre sus hombros y, me atrevería a añadir, la creencia de que ha sido abandonada por alguien por el que siente más de lo que debería haberse permitido.

Me mordí la lengua para no gritarle que yo jamás la había abandonado, ni lo haría nunca, pero ¿cómo podía estar seguro de que no se trataba de uno de los juegos del fraile para arrebatarme una confesión íntima sobre lo que existía entre María y yo? Nadie, ni siquiera él, debía averiguar qué era lo que nos unía a ambos.

—¿Por qué me ha traído a contarme todo esto? —Con disimulo revisé que no hubiese nadie en el jardín que pudiera escucharnos.

—Porque, como ya le he mencionado, la reina está a punto de desmoronarse, y si lo hace, ni yo ni nadie puede predecir si será capaz de recuperarse para salvarnos a todos. Necesita tiempo y espacio, y ese es el motivo por el que lo ha enviado lejos, y también por lo que debe concedérselo sin rebelarse contra sus decisiones.

—¿Y su seguridad?

—¿De qué sirve salvarle el cuerpo si permitimos que se marchite su alma?

—Hablaré con ella, quizá...

—¿Y de qué hablará, general? ¿De su responsabilidad hacia otra mujer y el fruto que esta lleva en su vientre? —La compasión que se reflejó en sus ojos me dejó claro que negarlo sería inútil.

Una violenta furia se extendió en mi interior, una dispuesta a arrasar con todo, empezando por mí mismo si hubiese podido.

—¿Considera que sería mejor que ignorase lo que creo que está bien? —pregunté entre dientes—. ¿Que condenase a ese niño a sufrir por algo de lo que no tiene la culpa?

—No, lo que creo es que debe hacer justamente lo que su soberana le ha pedido. Cumplir con sus órdenes y evitar que una guerra con Mercia se añada a los muchos problemas a los que ya se está enfrentando.

CAPÍTULO 41

KADEN



Detuve mi caballo en cuanto avistamos la fortaleza amurallada ubicada en lo alto de la colina y les hice una señal a mis hombres para que siguiesen mi ejemplo. Era preferible que los centinelas mercianos nos viesan llegar con tranquilidad, a que se pusieran nerviosos tratando de defenderse de un posible ataque. La ansiedad no era buena consejera cuando uno tenía que tomar decisiones rápidas y, mucho menos, para que fuesen buenas. Nada estaba más lejos de mis intenciones que entrar en una contienda surgida por un malentendido.

—¿Cómo supone que nos recibirán? —le pregunté a fray Roland cuando llegó a mi altura, sin apartar la mirada de la robusta muralla protectora.

Si algo había aprendido a apreciar del viejo fraile en nuestro viaje hasta Mercia era su perspicacia a la hora de adivinar estrategias y anticiparse a ellas, y si el rey se asemejaba en algo a su sencilla pero robusta fortaleza, entonces, se trataba de un hombre que no temía un enfrentamiento y que luchaba para salir vencedor con el mínimo coste.

—Con el rey Coenwulf nunca se sabe. Es como si tuviese un toque de locura que siempre lo indujera a actuar de la manera más imprevisible.

Apreté la mandíbula y meforcé a relajar los músculos. A ese paso la tensión iba a pasarme factura. No era como si no me viniera bien una pequeña lucha para darle salida al constante peso que había acarreado desde la noche anterior a nuestra partida de Crowshead, pero mi soberana me había dado una orden y mi misión era cumplir con ella. Tampoco pensaba entretenerme más de lo estrictamente necesario.

—Vayamos, entonces. —Espoleé a mi yegua marcándole un trote confiado—. Cuando antes terminemos aquí, antes podremos regresar a proteger a la reina.

Como había esperado, los centinelas mercianos, que nos habían avistado desde los muros, habían dado la alarma y, cuando traspasamos el portón, nos esperaban armados y preparados para una posible defensa. El rey Coenwulf, por su parte, nos aguardaba en los escalones del castillo y aparentaba sosiego, demasiado para mi gusto.

—¿Qué hace aquí mi sobrino y por qué va enjaulado? —su voz tronó con la suficiente fuerza como para que pudieran haberlo oído incluso en las afueras del recinto amurallado.

Desmonté de mi caballo antes de contestar.

—Su majestad. —Realicé una cortés inclinación antes de mostrarle la misiva que llevaba—. Mi reina lo saluda y le envía esta carta explicándole lo que ha ocurrido.

—¡Sacadme de inmediato de aquí! —a pesar de los gritos furibundos de Ceolred, los soldados

miraron hacia su rey en busca de una señal afirmativa que les indicase qué hacer. Coenwulf asintió, otorgándoles el permiso, mientras leía pensativo la carta—. ¡Tío, exijo que estos hombres sean juzgados y castigados, aquí y ahora, por el ultraje al que me han sometido!

—Ya veo —murmuró el rey bajando el pliego con el ceño fruncido.

Nada en su rostro revelaba si estaba disgustado por lo que acababa de leer o si era porque sus planes hubiesen salido mal. Sus ojos calculadores estaban puestos sobre su sobrino, que gesticulaba en dirección al público que, poco a poco, fue reuniéndose a nuestro alrededor. Ceolred se encontraba tan enfrascado intentando ganarse a los espectadores con su diatriba que no se percató de cómo su tío se acercó a él, ni de cómo los demás nos pusimos rígidos.

—Mercia no se merece un trato... ¡Ahhhh...! —chilló cuando el rey le agarró el cabello dorado con brusquedad y le echó la cabeza atrás—. ¿Tío? —Las palabras apenas brotaron en un susurro confundido de los labios entreabiertos cuando ya todo hubo terminado.

Con los ojos abiertos como platos, Ceolred se giró hacia el rey mientras una fuente de sangre corría de la amplia raja en su cuello.

—Estás en lo cierto, mi querido sobrino, Mercia no se merece que un representante de la familia real manche su nombre cometiendo un acto de traición contra la reina con la que estaba destinado a desposarse —comentó el rey contemplando sin inmutarse cómo su sobrino caía de rodillas para acabar estampado contra el suelo en un charco de sangre—. Pueden comunicarle a su reina que el rey Coenwulf ha hecho justicia tal y como ella me pidió y que se mantendrá nuestro tratado de paz. —Ignorando el cadáver del que fuera su sobrino se giró hacia nosotros.

—Me encargaré de transmitírselo personalmente, su majestad. —Me incliné y me subí a mi montura sin esperar una posible invitación para descansar.

Aunque a todos nos hubiera venido bien comer y refrescarnos, no era una buena idea quedarse en el territorio de alguien capaz de matar a un familiar con la frialdad con la que lo había hecho aquel individuo. Prefería enfrentarme a una manada de lobos hambrientos antes que a un desquiciado caprichoso que sostenía el poder de todo un reino en sus manos.

Fray Roland debió de compartir mis pensamientos, porque me siguió sin siquiera darle las gracias al rey por su predisposición a mantener las relaciones con nuestra reina.

—Tenía razón, es un loco —mascullé de tal modo que solo él pudiese oírme—. No me extraña que el sobrino actuara con la misma falta de lógica que él.

—¿Eso creéis? —murmuró fray Roland pensativo.

—¿Qué está insinuando? —Lo miré de reojo hasta que de repente entrecerré los ojos—. Espere un momento—. Me reajusté en mi asiento—. No ha sido puro capricho, ¿verdad? El rey Coenwulf lo tenía planificado desde el principio, ¿no? Ese fue el motivo por el que envió al vizconde a Crowshead, quería quitárselo de en medio.

—Diría que es una apuesta bastante segura. Yo tampoco había caído en ello hasta que le cortó el cuello, pero sin duda ha sido una forma magistral de deshacerse de una de las mayores amenazas a su reinado. Con el vizconde fuera del panorama y sin descendientes, al siguiente heredero en la línea de sucesión le quedan unos buenos diez años antes de convertirse en un posible problema. Su hermana no se arriesgará a planificar un atentado contra él hasta que su hijo pequeño no cumpla al menos dieciséis años. Se arriesgaría a que otro familiar se hiciese con el trono de Mercia.

—Pero... ¿qué es lo que pinta el conde de Redland en todo esto? —A pesar de las piezas que acababan de encajar, había otras que seguían sin hacerlo.

—El rey Coenwulf posiblemente lo haya usado como peón, al igual que a su sobrino. Puede que quisiese matar a dos pájaros de un tiro y que no considerase al vizconde de Fernsby apto

para orquestar un asesinato por su cuenta y que por eso decidiese involucrar al conde seduciéndolo con alguna promesa o vendiendo su apoyo a cambio de algo. Sin duda habría sido una jugada magistral si hubiese podido extender los territorios de Mercia a nuestra costa y de paso eliminar la amenaza que le suponía su sobrino. Pasara lo que pasase, Coenwulf salía ganando.

Maldije para mis adentros. Si alguna vez me tocaba enfrentarme con él en un campo de batalla, tendría que ir prevenido para las retorcidas maquinaciones de ese malnacido. Puede que María tuviese razón después de todo, y era conveniente que conociésemos a nuestros posibles enemigos para atajar cualquier ataque en el futuro.

Con el alivio de saber que Ceolred ya no iba a poder hacerle daño y que el rey Coenwulf parecía dispuesto a conservar la paz entre ambos reinos, tomé una determinación.

—Fray Roland, me gustaría adelantarme para regresar cuanto antes a casa. Yendo a mi ritmo podré ganarle al menos dos jornadas al trayecto.

Si no hubiese estado mirándole, no habría detectado el ligero levantamiento de sus cejas ni el temblor en la comisura de sus labios.

—Vaya. Adelántese. No me pasará nada —aseguró.

—Los hombres se quedarán con vuestra merced. ¿Quiere que le transmita algún mensaje a la reina a mi llegada?

El religioso negó con la cabeza.

—No la presione, general. Recuerde lo que le mencioné, está a punto de quebrarse, no sabemos si ha tenido tiempo de recuperarse durante nuestra ausencia.

Apreté los dientes. ¿Y si María había cruzado aquel límite durante esos días? La simple idea de que mi inteligente y fuerte soberana llegara a ese punto, y que yo no hubiese intentado nada por ayudarla, me carcomía por dentro. Asentí y espoleando a mi yegua la lancé a la carrera azuzado por la urgencia de llegar junto a María y descubrir cómo se encontraba.

CAPÍTULO 42

KADEN



McGuirre se acercó mientras me bajaba del caballo.

—¡El hijo pródigo ha vuelto! ¡Me alegra verte! ¿Cómo han ido las cosas? —Me saludó con una palmada de bienvenida en el hombro.

—Mejor de lo que me esperaba. Deja que informe a la reina y te lo cuento. ¿Por aquí ha habido alguna incidencia?

—Pues, por raro que parezca, ha estado más calmado que de costumbre —afirmó mi compañero.

—Ella... —vacilé—. ¿La reina se encuentra bien?

—Yo diría que sí. Cuando cree que nadie la observa sonrío y lleva varios días con esa expresión en el rostro que me hace temer que está tramando algo.

Fruncí el ceño.

—¿Sonríe? ¿Estás seguro? —A pesar de que era algo que debía de ser bueno, me invadió una cierta inquietud.

Fray Roland no había parado de advertirme de que estaba quebrándose y, justo cuando nos marchamos y la dejamos a solas, ¿se ponía feliz?

—Absolutamente —confirmó McGuirre—. Por cierto, ¿y los demás?

—De camino. Tardarán uno o dos días en llegar.

—De acuerdo, ¿quieres que te busque algo de comer?

—No, iré primero a presentar mis respetos a la reina.

—No te ofendas, pero... —McGuirre frunció la nariz con una mueca y sacudió la cabeza—. Hoy es día de audiencias y, créeme, no quieres que ella te huela llegar antes de que cruces por el umbral. —Gemí para mis adentros, probablemente estuviese en lo cierto—. ¿Por qué no haces uso de la invitación de utilizar los baños mientras te busco algo para picar?

Apreté los párpados y asentí en rendición. Quería estar con María a solas, quería abrazarla y besarla hasta que comprendiese que estaba allí por ella y que, pasara lo que pasase, eso era algo que jamás iba a cambiar, ni siquiera aunque fuese a casarme con...

—¿Magda continúa encerrada a buen recaudo en mis aposentos? —pregunté con un suspiro.

McGuirre apartó la mirada.

—Ve a bañarte y hablemos.

—¡McGuirre! ¿Qué ha sucedido?

—Ella está bien, si es eso lo que quieres saber.

Sentirme limpio y tener el estómago lleno ayudó a digerir la noticia de que Magda se había marchado de Lanlow con su padre, pero no lo suficiente como para borrar la furia que me embargaba por el hecho de que María hubiese manipulado mi vida sin tener en consideración mis convicciones y deseos.

Encontrármela de frente en la sala del trono y presenciar cómo se le iluminaba el semblante al divisarme, sin importarle los testigos que nos rodeaban, era harina de otro costal, y durante unos instantes logró que se me olvidara la cuestión de Magda y su intervención.

—General, es un placer tenerlo de regreso. —María me hizo una señal para que me acercase a ella—. No lo esperaba tan pronto.

—Su majestad... —Incliné la cabeza en señal de respeto—. El rey Coenwulf zanjó la situación con rapidez y decidí adelantarme al resto de la expedición para traerle las nuevas.

Su sonrisa flaqueó y sus manos se tensaron en el antebrazo del trono dejando a la vista los nudillos blancos.

—¿Qué ocurrió?

Por la sala se extendió un denso silencio.

—Me temo que el vizconde de Fernsby murió, su majestad. Su tío consideró sus actos una traición y se encargó él mismo de ponerle fin.

—Ah... vaya...

—El rey le envía el mensaje de que desea y espera que el tratado de paz entre ambos reinos se mantenga.

—Es un alivio saberlo. —Su sinceridad quedó evidente cuando sus manos se relajaron.

—Dado que su prometido está muerto, su majestad —la voz de Redland sonó alta y clara en la sala, acallando a todos los presentes—, me tomo la libertad de proponerle a mi hijo, Kaden, el futuro conde de Redland y general de la Guardia Real como candidato a la mano de su majestad.

Que Redland estuviese libre y entre el público me golpeó como lo habría hecho el mástil de un barco al romperse en una tormenta, pero que encima tuviera la osadía de clamar semejante barbaridad me provocó un paralizante escalofrío. Si no hubiera sido porque todos los ojos de la sala estaban puestos sobre mí, habría pensado que era producto de mi imaginación, o tal vez una pesadilla, aunque los semblantes de los que me rodeaban me revelaron que habían quedado tan impactados a como lo estaba yo, o al menos la mayoría lo estaban.

—No sabía que fuera su hijo. —Fue tanta la serenidad de María mientras evitaba mirarme que no pude evitar la sospecha de que los planes de Redland no la cogían por sorpresa.

Fue como si una repentina claridad me golpease de frente. La sonrisa secreta de mi hermana, su aire sosegado, la presencia de Redland... Lo estudié más de cerca al verle los labios apretados en una fina línea. Su mentón estaba demasiado alzado como para que fuera debido al simple orgullo. En ese mismo instante habría apostado mi mano a que la reina lo había chantajeado y, no conforme con ello, le estaba haciendo pagar por su traición, obligándole a humillarse en público.

—Lo reconozco ahora, ante todos los presentes, como mi sucesor —pronunció mi padre rechinando los dientes, como si se le estuviesen atragantando sus propias palabras—. ¿No es eso suficiente?

Con la garganta reseca intenté tragar saliva. María había encontrado la forma de que pudiéramos estar juntos, como marido y mujer, por siempre, y aun cuando hasta ese momento había sido mi máximo deseo y mi mayor sufrimiento, la idea de darle a ese malnacido el placer

de alzar su linaje hasta el trono y convertir a los futuros reyes en herederos no solo de la Corona, sino también de su apellido, fue más de lo que podía soportar después de todo el daño que le había hecho a mi madre y el que había tratado de hacerle a María.

—Supongo que...

—No. No basta —corté a María y di un paso al frente, sin perder de vista a Redland que enrojeció bajo mi mirada furiosa.

—Pero, Kaden, ¿qué haces? —siseó Rebeca, acercándose precipitada para cogerme del brazo. Me deshice de ella con un movimiento brusco.

—Me niego a llevar el apellido y el título del bastardo que llevó a mi madre a la muerte y que atentó contra su majestad. Se ha ganado a pulso que lo encierren en los calabozos hasta que sus huesos se pudran, no que su nombre llegue a ocupar el trono.

—Kaden... —la voz de María se quebró y por primera vez me fijé en su palidez.

Mi corazón se contrajo al descubrir el dolor en sus ojos, esos que me miraban grandes y confusos, buscando una explicación a mi negativa.

Mis puños se crisparon. ¿Quería a alguien con linaje? Yo no lo era, ni podía serlo por ella. ¿Qué clase de hombre se traiciona a sí mismo y todo aquello en lo que cree? ¿Tan difícil era de entender?

—¿Me llamas bastardo? —vociferó Redland iracundo—. Se te olvida, hijo, que aquí el único vástago ilegítimo que hay eres tú mismo—añadió con frialdad—. Bastardo y tarugo para rematar, aunque no sé qué otra cosa podría haber esperado del hijo de una fulana que era demasiado...

—¡Kaden, no! —gritó Rebeca aterrada.

Los ojos de Redland se abrieron y, por un instante, mientras me abalanzaba sobre él, reconocí el miedo en ellos. Me inundó la satisfacción incluso antes de que el derechazo que le lancé alcanzara su mandíbula de asno engreído.

—¡Basta ya! —la reina gritó la orden estampando un pie en el suelo.

Rechiné los dientes el momento en el que mis compañeros de la guardia me apresaron y me alejaron de Redland, y constaté con satisfacción cómo un enorme parche rojo en su mejilla iba tornándose oscuro, destacando más y más contra el tono ceniciento de su tez.

—Su majestad —me dirigí a ella decidido a liberarla de cualquier pacto al que pudiese haber llegado con él—. Estoy dispuesto a acusar a...

—Sacadlos a ambos de aquí, lejos de mi presencia. —Les ordenó a mis compañeros—. Mañana tomaré una decisión sobre qué hacer con ellos, pero, por el momento, no quiero a ninguno en mi cercanía.

—¿María? —pregunté incrédulo cuando estuvo a punto de pasar por mi lado sin dedicarme ni una sola mirada.

—Su majestad, para vos, guardia. No vuelva a olvidar cuál es su lugar y cuál el mío —me recordó con frialdad.

Con una desagradable sensación ácida en el estómago contemplé cómo se marchaba, pero me negué a analizar el motivo por el que de buenas a primeras se había instalado un creciente terror en mi interior.

—¡Dios, Kaden! ¿Qué has hecho? —preguntó Rebeca con lágrimas en los ojos.

—Sé que es tu padre, pero no puedes esperar que le perdone todo lo que le hizo a mi madre —me defendí sin estar muy seguro de qué.

—¿Quién te pidió que lo perdonaras? —exigió afligida.

—¿Y qué se supone que hubiera implicado que aceptase su apellido? —pregunté exasperado.

—Habría significado que le venciste, que conseguiste que te concediera su nombre y reconocimiento aun en contra de su voluntad. ¿Crees que hubiera disfrutado viéndote en el trono, ocupando un puesto por encima de él? ¿De ser desterrado a Mercia y forzado a desempeñar un cargo de emisario de segundo grado? ¡Por Dios, Kaden, te ha ofrecido en bandeja de plata todo aquello con lo que siempre habías soñado! ¿Tan difícil es de comprender?

—Redland no se merecía que un rey llevara su apellido —mascullé.

—Tu ira no te deja ver la verdad. —Me contempló con tristeza cuando mis compañeros me arrastraron con ellos.

—Está bien, está bien —les gruñí malhumorado—. Podéis soltarme, no voy a resistirme.

Me soltaron, pero ninguno de ellos me habló. Ni siquiera McGuiarre o Robinson que se limitaron a flanquearme y a mantener la vista al frente.

—¿Qué diantres te ocurre? —Examiné a McGuiarre con ojos entornados—. Se supone que el ofendido debería de ser yo, no tú.

—No me digas —rechinó McGuiarre sin mirarme.

—Sí, sí te digo —lo reté mosqueándome de nuevo por su actitud—. Si querías el título, habérselo pedido a Redland, parecía lo suficientemente desesperado como para regalárselo a cualquiera.

McGuiarre me sacudió dejándome sin aliento cuando mi espalda chocó contra la pared.

—¡Eres un cabrón idiota que no ve más allá de sus narices!

—¿Qué diablos te está picando? —Le devolví el envite para quitármelo de encima.

—¿Quieres saberlo? Pues espera a que te lo diga—gruñó McGuiarre—. Acaban de ofrecértelo todo. Una mujer que te adora y que haría cualquier cosa por ti, incluso llegar a un acuerdo con el hombre que ha tratado de matarla. Tenías a una hermana que te quería con locura, podías haber dedicado tu vida a lo que más te gusta, a configurar una guardia y un ejército como el que siempre habías dicho que este reino se merecía. Podrías haber defendido y luchado por la gente de a pie que no tienen la suerte de esos malditos barones. ¿Y qué has hecho? ¡Estropearlo todo! ¿O ahora vas a tratar de convencerme de que no sientes nada por ella y que solo se trataba de un entretenimiento? Yo que tú no perdería el tiempo haciéndolo, porque ¿sabes qué? He visto cómo la miras y cómo la proteges.

—No lo he negado —mascullé entre dientes—. Y nada va a cambiar con respecto a eso. Que no sea un noble no significa que mis sentimientos, o lo que estoy dispuesto a sacrificar por ella, hayan desaparecido.

McGuiarre soltó una carcajada seca.

—Tu hermana tenía razón, estás ciego.

—¿De qué estás hablando?

—Por tu conducta y tus acusaciones, la reina se verá obligada a condenar al conde a muerte. Se te ha ocurrido plantearte, que por mucho que a lady Rebeca le repelan sus intenciones o su táctica, ese hombre sigue siendo su padre. ¿Cómo piensas que se sentirá cuando tenga que presenciar su decapitación? ¿Cuando comprenda que el culpable es el hermano al que tanto admiraba?

Entrecerré los ojos ante sus reproches.

—¿Estás enamorado de mi hermana?

—Dudo que eso te incumba.

—Ahora lo entiendo —dije despacio—. Conmigo como heredero la presión sobre ella habría disminuido lo bastante como para que pudiera casarse con... ¿digamos el nuevo general? —pregunté con sarcasmo.

Que la respuesta de McGuirre se retrasara confirmó que había dado en la diana.

—Ya no es asunto tuyo, ¿verdad? —escupió—. Tu puesto al frente de la guardia de su majestad está en juego y, en consecuencia, el honor de responsabilizarte de nuestra soberana.

Sus palabras escocieron lo suficiente como para que quisiese cambiar de tema.

—¿Quién te dice que mi hermana hubiese accedido a casarse contigo? —me burlé de él.

—Cierto. ¿Cómo se me habrá podido ocurrir semejante desvarío? —replicó con sequedad, dándome un empujón para que reanudara la marcha—. Es casi tan descabellado como lo del individuo que cree que la soberana a la que ha despreciado en público, rechazándola ante su corte, vaya a perdonarlo y a estar dispuesta a tolerar de nuevo su cercanía, ¿verdad?

—Yo no...

—Maldito estúpido, ¿en serio crees que en esa sala había una sola persona que no se diese cuenta de que la reina estaba chantajeando al conde para que te reconociera y que lo hizo con la intención de casarse contigo? Rechazándolo a él la rechazaste a ella, y lo hiciste ante la corte al completo.

Con un impulso me empujó dentro de una apestosa celda y corrió el cerrojo con llave.

—Deberías aprovechar para reflexionar. Si no me equivoco, no te queda mucho más por hacer —sugirió con acidez antes de que se alejaran sus pasos.

CAPÍTULO 43

KADEN



El sol apenas estaba acercándose al horizonte cuando yo ya me encontraba al límite y dispuesto a tirar abajo la puerta de mi prisión. Hacía un frío endemoniado, un prisionero en alguna de las celdas anexas no paraba de lloriquear que era inocente y las largas jornadas a caballo de los últimos días me habían dejado la espalda adolorida. Lo peor, sin embargo, era la desleal traición de las personas en las que más confiaba, y no había manera de desterrarla de mi cabeza.

María me había privado de mi libre albedrío. No es como si la libertad de elección hubiese abundado en mi vida desde que entré a trabajar en la Guardia Real. Nos debíamos a nuestro soberano y al reino, y se esperaba obediencia ciega de nosotros, incluso cuando no estábamos de acuerdo con las órdenes. Pero María...

Apreté los dientes. Si el anterior rey hubiese sido el que hubiera tratado de manipular mi vida, me lo habría esperado, aceptado incluso aunque por dentro me hubiese consumido la furia. ¿Por qué? No lo sé. Puede que porque de él no aguardaba nada. Puede que porque con él sabía que yo no era más que otro peón de entre todos sus súbditos. Con ella, sin embargo, todo era diferente. De ella esperaba más, con ella me dolía más. Viniendo de ella me sentía desnudo y expuesto hasta el alma. ¿Cómo había podido hacerme algo así? ¿Tan poco le importaba que mi dignidad y mi honor fuesen pisoteados sin miramientos? ¿Y cómo podía arrebatarme el derecho a un padre a una criatura no nata?

No me quedó más remedio que preguntarme si la mujer que yo creía conocer existía de verdad o si solo era un reflejo de lo que yo había querido ver en ella. Jamás había imaginado que pudiese llegar a protagonizar actos como aquellos. Le habría retorcido a alguien el cuello de haberlo tenido a mi alcance.

A lo lejos resonó el chirrido de unas bisagras y una cerradura oxidada al abrirse. Los cuchicheos se acercaron deprisa y no tardé en tensarme ante la cualidad femenina de una de aquellas voces.

Tal y como había esperado, los pasos se detuvieron ante mi celda. Con una mueca me levanté y cuadré los hombros. Si María pensaba que iba a rogarle que me perdonase e indultara, entonces, estaba muy pero que muy equivocada.

El salto inicial de mi corazón, al ver entrar en aquel apestoso agujero a una figura encapuchada, fue sustituido por decepción al caer en la cuenta de que era demasiado baja y delicada como para haber sido la reina.

—¿Rebeca?

Ella se bajó la capucha con la mano libre, dejando al descubierto su nariz encogida.

—¿Eres lerdo?

Fruncí el ceño ante el ataque fortuito y crucé los brazos sobre el pecho.

—¿Qué haces aquí? Este no es sitio para una dama.

—¡Tampoco lo es para un caballero! ¡Y mucho menos para un general de la Guardia Real y el hijo de un conde!

—No soy hijo de nadie, soy un bastardo.

—Reniega cuanto te dé la gana, la sangre de tus venas es de un linaje que una vez estuvo mezclado con el de reyes —explotó sin achantarse por mi tenebroso humor.

—¿Qué haces aquí? —repetí la pregunta, negándome a entrar en debates sobre nuestro progenitor.

—Traerte la comida, ¿qué si no? —Me pasó enfadada el cuenco con estofado aún caliente y una pelleja con líquido.

A pesar de mi intención de mantenerme firme, mi estómago protestó alto y claro en la diminuta celda. Si el resto de los presos hubieran llegado a sospechar el sabroso tesoro que albergaba, probablemente habrían tirado sus puertas abajo dispuestos a asesinar por arrebatármelo.

—Gracias. Ya lo has hecho, ahora vete.

Supongo que, siendo mi hermana como era, debería de haber previsto que me echaría las mismas cuentas que de costumbre: ninguna.

—Tienes que disculparte con ella. —Rebeca puso los brazos en jarras.

No necesité que me especificara a quién se refería.

—¿Por qué? ¿Por mangonearme como si fuera su títere?

—No fue idea de ella, sino mía.

—¡¿Qué?! —Casi se me cayó el cuenco de las manos.

—Comprendo que odies a nuestro padre y sé que se ha granjeado a pulso el ser degollado, pero no por ello quiero que suceda, Kaden. Obligarlo a cederte el título fue la única opción que se me ocurrió de poder salvarlo y, de paso, ofreceros a ti y a ella una oportunidad de estar juntos.

—Tú misma lo has dicho, lo odio.

—¿Y qué? El acuerdo era que una vez que fueras conde, él se marcharía. Jamás habrías tenido que volver a verlo y te hubieras quedado con lo que te corresponde por ser quien eres.

Titubeé.

—¿Y tu madre?

—Ella también se merece algo mejor que él. —Rebeca alzó la nariz desafiante, no tenía muy claro si para convencerme a mí o a ella misma.

—¿Buscabas la redención de Redland para luego echarlo de una patada?

—Lo sé. —Rebeca se frotó los brazos—. Es una locura, pero no lo puedo explicar. Sé que padre no es una buena persona y que está mejor lejos de nosotros, pero no quiero que muera así, no teniendo que presenciarlo. Además, se te olvida que, si lo condenan por conspiración, tanto yo como mi madre caeremos en desgracia ante la corte. Incluso ahora que son solo rumores la gente nos trata con cautela y nos evita como si portáramos la lepra.

Con pesadez me dejé deslizar al suelo y abrí la pelleja para tomar un trago. Habría preferido agua, pero el dulzor del vino me calentó la garganta. Después de limpiarme los labios con el reverso de la mano, volví a mirarla.

—Rebeca, sabes que daría mi vida por protegerte, eres mi hermana y haría cualquier cosa por

ti, pero no puedo aceptar su título. Sería como traicionarme a mí mismo y a mi madre. El honor y la dignidad son lo único que tengo.

Ella tomó una profunda inspiración y asintió.

—Lo sé y lo comprendo. De todos modos, por el momento, lo importante es que la reina te perdone y no lo hará si no le pides disculpas.

—Que ella no idease ese plan no significa que no lo aceptase y planeara imponerse a mis propias decisiones —le recordé—. Tampoco quita que por motivos egoístas fue en contra de mi voluntad con lo de casarme con Magda y de darle un nombre a su hijo.

—¿Hijo? ¡¿Qué hijo?! —espetó ella furiosa.

—El niño no tiene la culpa de que nuestro padre sea un malnacido, ni de los delitos de la madre.

—¿Quieres escucharme de una vez! —Rebeca dio un pisotón enfurecido—. ¡No hay niño y nunca lo hubo!

—¿Qué? —La miré boquiabierto.

—Magda mintió.

—¿Cómo se puede mentir sobre algo así?

—Empezamos a desconfiar la noche en que defendió al vizconde merciano, pero lo comprobamos durante tu ausencia. No solo no tenía ninguno de los síntomas que suele tener una mujer encinta, sino que, además, a los pocos días de irte, le vinieron sus cosas de mujer.

La pelleja se deslizó de mis manos.

—Pero me dijeron que se había marchado con su padre.

—Cuando descubrimos la verdad, solo nos quedaban dos opciones: o te desposabas tú con ella y os marchabais juntos de aquí, dejando atrás lo que eres por una mujer que no se lo merecía; o teníamos que acusarla e implicarla del intento de asesinato a la reina con lo que eso implicaba. La reina hizo lo que consideró más correcto para todos. No tuvo intención de manipularte, pensó que estaba protegiéndote como habría hecho con cualquier otro de sus súbditos, y en especial con los hombres de su guardia. ¿O tú no habrías hecho lo mismo por ella?

—¡Dios! —Impactado y desorientado me pasé las manos por los ojos.

¡No había niño! Había estado dispuesto a atarme a una mentirosa manipuladora por nada.

—Debes pedirle perdón a la reina —insistió Rebeca—. Si no lo haces por ti, hazlo por ella. No es justo que la obligues a tomar una determinación que no quiere y de la que el único culpable eres tú.

—Rebeca, yo...

—Tú no la oyes llorar desconsolada noche tras noche, ni ves sus ojos enrojecidos e hinchados cada mañana antes de que lo disimule con paños fríos. No tienes que presenciar cómo finge sonreír cuando sus ojos rebosan soledad y desesperación, o cómo traga tres bocados como si le hubiésemos servido piedras y arena reseca para comer.

Con cada palabra de mi hermana, mi corazón fue encogiéndose más y más.

—Tampoco es justo esperar a que me dispense sin más. Si todo lo que has dicho es cierto, entonces, debe de considerar que la he traicionado —murmuré, percatándome por primera vez de que efectivamente había sido yo quien le había fallado por no confiar en ella y conocerla mejor.

—Solo ella puede saberlo y está en su derecho de tomar esa decisión. —Rebeca no tomó partido en esa ocasión.

A mi cabeza regresó la advertencia de fray Roland de que la reina se encontraba a punto de quebrarse.

—Puede que lo mejor que podría hacer ahora mismo sea salir de su vida para que pueda

olvidar todo el daño que le he causado. —Incluso antes de terminar de hablar, mi pecho parecía quedar aprisionado bajo el derrumbe de una torre.

CAPÍTULO 44

MARÍA



Con los ojos cerrados, el viento helado en mi cara y las ásperas piedras de la almena bajo mis yemas, me pregunté qué sería mi vida si pudiese alejarme de los problemas y las intrigas de la corte.

—¿Te encuentras bien, mi niña?

—¿Tía? —Me giré sobresaltada nada más reconocer su voz—. ¿Tía, qué haces aquí?

Bastó que mi ella abriera sus brazos para que me tirase a ellos de cabeza.

—¿Cuánto tiempo crees que podíais ocultarme que mi hija se encontraba en Crowshead? —me recriminó ligeramente irritada—. En cuanto me enteré de las noticias de tu boda y de que no me invitaste, supe que había gato encerrado.

—Lo siento, tía. No quería...

—Ahórrate las explicaciones, ya se las he sacado a ella. Y toma este manto, hace un frío de muerte aquí arriba. Aunque tengo que admitir que las vistas son impresionantes. —Mi tía se acercó a las almenas de la torre y miró el paisaje que se extendía ante nosotras.

—Me gusta subir hasta aquí a contemplar el ocaso —confesé, envolviéndome en la cálida tela—. Me ayuda a reflexionar y aclararme las ideas.

—Un espectáculo precioso, sin duda. —Mi tía se giró hacia mí—. Y, ahora, confiesa, te conozco como si te hubiese parido y, reina o no, sigo siendo tu tía y no vacilaré en tirarte de la oreja si hace falta.

Sonreí ante la amenaza. ¿Cuándo había sido la última vez que me había tirado de la oreja? Posiblemente fuese la vez que Irene me convenció de que jugáramos a las curanderas con el mozo de los establos, que debía de tener más o menos nuestra misma edad. No teníamos más de diez u once años y mi tía llegó justo cuando estábamos extendiendo nuestra pomada, que no era otra cosa que barro mezclado con hierbas, sobre el torso descubierto del chico. Me dolió más la humillación de que nos arrastrase por las orejas hasta nuestros cuartos, pasando por delante de los criados y algunos arrendatarios que se rieron de nosotras, que el tirón en sí.

—La estoy fastidiando de lo lindo, tía, y... me siento perdida.

—¿Perdida? Por lo que me han contado tu prima y lady Rebeca, has logrado sobrevivir a dos regicidios, has conseguido mejorar el estado de las arcas a costa de los barones que te difamaron, conseguiste darles su merecido a los que iban contra ti y alcanzaste un acuerdo con el rey de Mercia. Eso no es precisamente lo que yo entendería por andar perdida.

—Y mira de qué me sirvió aceptar a un pretendiente de Mercia. Casi acabo muerta y raptada.

—Pero también a eso le diste la vuelta y ahora es él el que se encuentra a un metro bajo tierra —me recordó ella frotándose el brazo con cariño—. Puedes optar por ver el bosque de árbol en árbol, o puedes verlo en su conjunto.

—¿Y si te dijera que he cometido el mayor error de todos? ¿El que me avisaste una y otra vez que no cometiera? —le pregunté sin esperanzas.

—Cielo, llevo media vida dándote consejo, facilítame la tarea recordándome a qué te refieres. A mi edad cuesta ponerse a recordar.

—He confiado en un hombre, me he expuesto por su culpa y, en recompensa, me ha humillado ante mi corte.

—Ahh, ya veo —dijo mi tía despacio—. Estamos hablando de ese general del que no me han dejado de hablar tu prima y lady Rebeca, ¿no?

—¿Te contaron lo que sucedió?

—¿Que privaste a un hombre de su potestad de elegir, pusiste en jaque su ridícula dignidad varonil y, de paso, te entregaste a él en bandeja? ¿Y que todo eso lo hiciste en público sin habérselo planteado primero y sin ofrecerle la oportunidad de hacerse a la idea antes?

Abrí la boca y la volví a cerrar.

—Sí... Imagino que es una forma de verlo —admití, aunque no me gustaba para nada su elección de palabras.

—Verás, cariño. Sospecho que tú y yo diferimos acerca de lo que consideramos la lección más importante de todas. A priori no es malo que confíes en un hombre. Jamás te he pedido que no te fíes del padre Roland, ¿a qué no? Y religioso o no, sigue siendo un miembro del estamento varonil. Y tampoco es malo que le entregues tu corazón a alguien, siempre que elijas bien a quién se lo das.

—¿Y cuál es, entonces, el aprendizaje fundamental para una reina? —le planteé incapaz de responder a sus reflexiones.

—Has esperado de un hombre que actúe como lo hubiese hecho una mujer, y lo has hecho ante la presencia de otros individuos. —Ignoró mi pregunta.

—Créeme, tía, actuó de forma totalmente emotiva. No hubo nada racional en su comportamiento.

—Por supuesto, no he dicho lo contrario. Es más habitual de lo que crees que se dejen llevar por sus emociones, por mucho que traten de ocultarlo. Lo hacen a menudo, en especial cuando han herido su orgullo, aunque luego tratarán de argumentar que su decisión era lógica. Defender lo que él considera honorable y sacrificarse por una mujer y su hijo para ponerlos a salvo, para él son decisiones racionales basadas en lo que le han enseñado desde pequeño. —Mi tía me acunó la mejilla con una sonrisa tierna, aunque en sus ojos se mantuvo la seriedad—. Rechazar los apellidos de su padre es simple coherencia con las excusas que ha buscado durante toda su vida para aceptar que su padre lo rechazó y abandonó. ¿Entiendes a lo que me refiero?

—Pero...

—Si eso mismo lo hubieses hablado con él en privado, sin su padre o testigos presentes, probablemente ahora mismo estarías planificando tu boda con él.

—Dios, tía. ¿Por qué no viniste antes? —pregunté con amargura.

Mi tía me abrió los brazos para acogerme en ellos y me acarició la espalda.

—Cariño, habría bastado con que me invitaras a venir.

—Ya es demasiado tarde para arrepentirse. —Sonreí con tristeza.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Lo es? ¿Estás segura?

—Tengo a Kaden en los calabozos junto al conde que ha estado conspirando contra mí. Ya no hay vuelta atrás en eso. No puedo devolverle su título de general, así como así. Sería dar un mal ejemplo.

—¿Tú crees?

—Tía, ¿tratas de insinuar algo?

—Solo digo que eres la reina —contestó ella con una sonrisa enigmática dibujada en sus labios.

—¿Y de qué me sirve ser reina si no puedo hacer lo que quiero? ¿Si no puedo decidir ni siquiera algo tan básico como es el elegir a mi marido?

CAPÍTULO 45

MARÍA



El cuchicheo de la gente me anunció su llegada mucho antes de que se fuera abriendo un pasillo entre los asistentes. Kaden apareció frente a mí con gesto grave y profundas ojeras. Mi corazón se comprimió. Fui yo la que le había causado aquello, yo la que ordenó su encierro durante dos días en prisión.

—Señor... —vacilé al percatarme de que, a pesar de lo que habíamos compartido y de los sentimientos que albergaba por él, seguía desconociendo incluso algo tan básico como el nombre de su familia, y no pude más que preguntarme si los demás lo conocerían más allá de los títulos de capitán o general que le había arrebatado.

Si él se sintió ofendido por mi falta de conocimiento o por el hecho de que no emplease ninguno de sus rangos anteriores, no lo demostró.

—Su majestad, ¿me permite hablar y anticiparme a lo que ha de decirme?

—¿Sí? —Aunque hubiese querido hacerlo, el nudo en mi garganta era demasiado grande como para hablar sin que nadie se percatara.

—Quiero suplicar su perdón. Me disculpo por mi comportamiento del otro día ante vuestra presencia, no hice honor al cargo que me concedió, ni al respeto que me ha dispensado desde que ha llegado a esta corte. No era mi intención ofenderla y habría sido mi mayor felicidad que mi padre hubiese sido otro y que me hubiera propuesto como candidato a ser vuestro esposo.

—Pero no la suficiente como para aceptar el condado de Redland.

Mi tía me lanzó una ojeada de advertencia y Kaden alzó por primera vez la vista para mirarme a los ojos.

—Aceptar sus migajas habría supuesto la pérdida de mi dignidad y una traición a todo cuanto pienso y soy. Sin ideales, sin creencias y sin honor... ¿En qué clase de hombre me habría convertido? Vos y nuestro reino se merecen mucho más que eso.

Me quedé mirándolo demasiado impactada como para mover siquiera un dedo y menos aún para responder. ¿Dónde estaba el hombre furioso con el que había temido enfrentarme hoy? ¿Dónde estaba la traición que había esperado encontrar en su mirada? ¿Dónde el desprecio que justificase su rechazo?

Entendí en ese mismo instante que aquellos eran los verdaderos motivos por los que no había ido a verlo a los calabozos para exigirle explicaciones o recriminarle como había hecho con Redland y el resto. Lo había evitado por miedo a tener que afrontar mis propios errores, por no tener que oír sus acusaciones o enfrentarme a su desdén.

Debería haberlo hecho, debería haberlo buscado y haber hablado con él en privado, para que ambos pudiésemos sincerarnos y aclarar las cosas. ¿Cómo podía decirle ahora que no todo había sido culpa suya? ¿Cómo podía reconocer ante mi corte que había chantajeado a Redland para que le cediese su nombre? ¿Qué respeto podría tenerme mi pueblo cuando se enterasen de mi confesión y de cómo había manipulado la vida de mi general por razones personales?

Me encogí ante el impacto de la hebilla del cinturón contra el suelo. Mis ojos se abrieron cuando Kaden se quitó la sobrevesta por encima de la cabeza. Los murmullos a nuestro alrededor se acentuaron tan pronto como le siguió la camisa, dejando a la vista las marcadas líneas de su abdomen, tornándose escandalizados cuando tocó el turno de las calzas.

—¿Que alguien pare a ese desquiciado! —tronó el duque de Clouthsword alterado.

McGuirre a mi lado carraspeó.

—¿Desea que lo detengamos, su majestad?

Lo correcto habría sido afirmar, pero la extraña actitud de Kaden despertó mi curiosidad.

—No.

Muchos de los testigos apartaron sus rostros cuando Kaden quedó como su madre lo trajo al mundo, pero también los hubo que no lo hicieron y aquellos que lo admiraron con disimulo. Y no me extrañaba. A pesar de haberlo visto infinidad de veces con el torso al descubierto durante sus entrenamientos o de haberlo hecho mío en los baños, o incluso de tenerlo tendido sobre el potro, nada me permitió comprobar hasta aquel mismo momento lo magnífico que era a pesar de las cicatrices que le recorrían aquí y allá.

Descalzo y sin hacer ni el más mínimo intento por cubrir sus partes nobles, Kaden avanzó un paso hacia mí y se arrodilló con los brazos abiertos.

—Esto es todo lo que soy y lo que tengo —dijo con firmeza—. No tengo nada más que ofrecerle, ni joyas, ni riquezas, ningún título, nada lo suficientemente valioso para una mujer normal y, mucho menos, para una reina como vos.

Tragué saliva ante su honestidad y mis ojos comenzaron a escocer.

—¿Y por qué se ha desnudado para contarme eso? —Ni siquiera los años de entrenamiento de mi tía fueron capaces de amortiguar el temblor de mi voz.

Él me mantuvo la mirada.

—Porque, aun cuando no tengo nada, quiero ponérselo todo ante sus pies, deseo estar a su lado para protegerla, para entregarle mi respeto y la seguridad de que pase lo que pase estaré a su lado y dispuesto a entregar mi vida a cambio de la suya si llegara el caso. Le seré fiel siempre y jamás la traicionaré.

Por la sala se oyó algún que otro suspiro femenino.

—¿Me dice eso porque desea recuperar su cargo de general? —pregunté ronca, tratando de aparentar una calma que hacía rato que había perdido.

—No, no he venido para rogarle por mi trabajo, ni por mi rango.

—¿Entonces?

—Sé que carezco del derecho a hacerlo, que algunos incluso lo considerarán una osadía, no obstante, quiero pedirle su mano y que, más allá de un linaje, valore en mí el hombre que soy y el apoyo que puedo ofrecerle.

Al principio hubo risas y carcajadas, hasta que poco a poco se fueron apagando. Se hizo un silencio sepulcral y todos los ojos se mantuvieron sobre mí. ¿Cuántos de ellos especulaban que cedería a mis sentimientos? ¿Qué harían si lo hiciese?

Mi tía carraspeó manteniendo la vista fija sobre mí, una que no me permitió zafarme de la realidad.

—General... —Me estudié las manos en un esfuerzo vano por restaurar la seguridad en mi voz—. Lo valoro y estimo mucho más de lo que pueda imaginarse. —Se me escapó una lágrima cuando vi cómo se iluminaron sus ojos—. Sin embargo, soy la reina y me educaron para asumir la responsabilidad que conlleva el cargo. También me explicaron que hay un motivo tras cada una de las tradiciones que se han establecido a lo largo de los siglos. Entre ellas, la de que una reina debe casarse como mínimo con un noble si no puede ser con un rey. Y no es una cuestión de capricho, sino de garantizar la estabilidad de una soberanía, así como de premiar a aquellos que se sacrifican por su reino y sus soberanos. Si todo el mundo pudiese acceder al trono, pronto se establecería una anarquía, hasta el campesino más inculto del reino vecino podría venir a luchar por el poder y tratar de hacerse con el trono, siempre que tuviera la fortaleza o los medios para hacerlo. Lanlow se dividiría por el caos y quedaría desmembrado por encarnizadas luchas internas. ¿Es eso lo que desea?

Se me partió el corazón cuando dejó caer los brazos y sacudió la cabeza sin fuerzas. Después de estudiar el suelo, alzó al fin la mirada.

—Lo entiendo, su majestad —dijo sin el brío anterior, aunque mantuvo la barbilla alta y la espalda erguida cuando se levantó y se giró para marcharse, indiferente a su desnudez.

—No he terminado. Vuelva a arrodillarse.

Algunos de los espectadores me contemplaron horrorizados, sobre todo las mujeres. Era fácil leerles las mentes. Me consideraban un monstruo dispuesto a humillar a un hombre derrocado que había venido a exponerse a la sorna y bromas de la corte a cambio de nada.

Kaden, sin embargo, se dejó caer de rodillas sin soltar ni una sola protesta. Solo las manchas rojizas que se distribuían por sus mejillas, cuello y orejas lo delataban.

Una mirada de mi tía me mostró su velado consentimiento. La calidez en sus ojos me devolvió la confianza que me había inspirado su charla de la noche anterior. Yo, y nadie más, era la reina. Era mi obligación y mi derecho el ser leal a mi corazón, del mismo modo en que Kaden lo había sido al suyo.

«Guiar un barco a través de un mar embravecido no solo requiere resistencia, sino también habilidad», me había dicho mi tía. Me bastaron aquellas palabras para entender exactamente qué era lo que debía hacer para alejarme de la tormenta y alcanzar la costa.

McGuire evitó mirarme cuando me levanté.

—Déjeme su espada.

—Su majestad... —McGuire se puso rígido.

—Señora —Mi senescal cambió incómodo el peso de un pie a otro—, no es una buena idea que llevéis a cabo el castigo vos misma, sois una dama. Al fin y al cabo, para eso están los verdugos. La horca es una ejecución más apropiada para un hombre de tan baja condición y no ensuciará el suelo de sangre.

—Le aseguro que lo conozco, llevo con Kaden toda una vida, y le juro que no pretendía insultarla —balbuceó McGuire apresurado—. Es un pobre loco, nada más. Me encargaré personalmente de echarlo del castillo si así lo desea y...

—McGuire, su espada —lo atajé.

CAPÍTULO 46

MARÍA



Me habría reído de haber podido. ¿En serio pensaban que iba a darle una estocada de muerte a Kaden?

Con una última mirada desesperada a su amigo arrodillado, McGuirre me entregó su pesada arma. Con el sudor de mis palmas casi se me resbaló. Que Rebeca soltara un jadeo aterrado no ayudó a la estabilidad de mis manos. El duque de Clouthsword, por su parte, apretó los ya de por sí finos labios en una línea que prácticamente los hizo desaparecer.

Kaden, quien era el que de verdad debería haber temido por su vida, mantuvo la cabeza alta y la vista al frente. Me entraron ganas de tirarle la espada y de romperle una jarra de vino en el cogote. Que los demás fueran unos tarugos era una desgracia, que lo fuese él me sacaba de quicio. ¿Cómo se atrevía a esperar semejante barbaridad de mí después de lo que habíamos compartido? ¿Es que acaso no me conocía?

El carraspeo de mi tía me devolvió a la realidad.

—Su majestad, ¿me da permiso para interceder por este hombre?

Llena de incredulidad me giré hacia ella. Fue el brillo pícaro en sus perspicaces ojos verdes, tan iguales a los de su hija, lo que me reveló que conocía perfectamente mis intenciones y que estaba manipulando la situación a mi favor. Mi tía era una excelente jugadora del Alea Evangelii y solía llevar el juego de mesa más allá, convirtiendo la vida real en su tablero para dar salida a su pasión por la estrategia. Con demasiada frecuencia sus contrincantes desconocían que se encontraban en una partida con ella, aunque en la mayoría de las ocasiones su ceguera se debía a que la subestimaban. ¿Quién podría imaginarse que una mujer, y más de su edad y buen talante, pudiese enmascarar la perversa mente de una *selkie* en piel de foca?

—¡Por favor, escúchela! —Rebeca se tiró ante mis pies con un sollozo y por poco me hizo perder el equilibrio—. ¡Se lo ruego, por favor!

—Vuestra merced tiene mi permiso para hablar —espeté ignorando mi urgencia por calmar a la pobre muchacha.

Con la ayuda de Irene, mi tía levantó a Rebeca del suelo.

—Compórtate, niña. Esa no es la forma de proceder de una dama de la reina —la riñó antes de dejarla al cuidado de mi prima y acercarse a Kaden para considerarlo llena de abierta curiosidad—. No conozco a este hombre, pero todo lo que he oído sobre él ha sido extraordinario. Si los rumores son ciertos, ha salvado la vida de su majestad de forma repetida, es leal a su persona y a la Corona, y ha arriesgado su propia seguridad para solventar la situación

causada por el vizconde merciano, lo que imagino que previno un enfrentamiento con nuestros vecinos.

—¿Y qué es lo que sugiere entonces?

—Creo que se merece un castigo, tanto por su comportamiento deshonesto como por su imprudencia de solicitarle matrimonio sin merecerlo, su majestad.

—¡Mamá! —siseó Irene por lo bajo mientras trataba de consolar sin éxito a Rebeca.

Mis dedos se agarrotaron alrededor del mango de la espada. No necesitaba aquel recordatorio poco sutil de que debía hacer cumplir la ley, incluso con el hombre al que amaba. Mi tía se limitó a arquear una ceja ante la ojeada iracunda que le lancé.

—Sin embargo —prosiguió—, es evidente que también debe de recibir el reconocimiento que se ha ganado. Sería una decepción que aquellos que se entregan al reino no recibieran su merecido, al igual que lo hacen los traidores. ¿No está de acuerdo conmigo, su excelencia? —Mi tía se giró hacia el duque de Clouthsword.

—En realidad, no es algo habitual que se compense ese tipo de acciones —opinó el senescal buscando con la mirada a mis consejeros en demanda de ayuda, aunque ninguno intervino.

—¿Y no cree que eso incentivaría que la gente copiase su entrega y fidelidad a la Corona? —preguntó mi tía.

—Sss... sí, claro —farfulló mi senescal confundido.

—O sea, que coincide conmigo —insistió mi tía como una loba que se niega a soltar su presa.

—¿Está de acuerdo con esas afirmaciones? —pregunté al duque con la cabeza ladeada como si aquella respuesta me hiciese reflexionar.

El hombre escudriñó la espada en mis manos y acabó afirmando. Era casi como si pudiese leerle la mente, y habría apostado mi reino a que, en aquel instante, estaba preguntándose qué importancia podía tener que premiase a un soldado cuando de todos modos estaba a punto de quitarle la vida.

—Aunque, si me lo permite, su majestad, le sugeriría que actuase en el orden en que acontecieron los hechos y que le concediera la distinción antes de que dictase su condena —acabó, recuperando su compostura y con ella su carácter petulante.

Sonreí para mis adentros. El muy idiota seguía pensando que era una niña caprichosa incapaz de manejar las situaciones. Era una lástima que en la corte no hubiese un pintor lo suficientemente rápido como para que captase su rostro mientras hacía lo que había planeado la noche anterior en la cama.

Centré de nuevo mi atención en Kaden, que permanecía quieto como una estatua y sin pestañear, cuando alcé la espada con una maldición interior. ¿Cómo demonios conseguían los hombres luchar con lo que pesaban aquellos trastos?

Descansé el peso de la resplandeciente hoja sobre su hombro para que nadie se percatase de cómo me temblaban las manos, y no pude más que considerar la facilidad con la que podría quebrantar su piel desnuda con el afilado filo, a pesar del imponente físico de curtido guerrero.

—Por salvarle la vida a su reina en repetidas ocasiones, por deshacer las maquinaciones y rebelión de algunos barones... —cambié la espada al otro hombro—, por evitar una guerra con Mercia y por implicarse en su trabajo y obligaciones más allá del deber de su puesto, por el presente, ante Dios y ante los testigos de mi corte —recité—, le nombro marqués de Crowshead.

Resonaron algunos jadeos y, por un momento, se habría oído incluso una aguja al chocar contra el suelo. Había anticipado aquella reacción. Lo más a lo que un soldado como Kaden podría haber aspirado habría sido a ser nombrado caballero. Marqués no era un título que pudiese competir con el de duque o el de conde, pero resultaba suficiente para mis planes. Solo me

quedaba esperar si el resto de mis barones aceptaría mi gesto o si acabarían rebelándose contra él. De repente, alguien tocó las palmas y poco a poco la conmoción fue reemplazada por aplausos y vítores. No fue hasta que llené mis pulmones de aire que me di cuenta de que había estado reteniendo la respiración.

—Enhorabuena, marqués —lo felicitó Irene con entusiasmo.

—Yo... —Kaden cerró la boca y parpadeó con un brillo rojizo en sus ojos.

El senescal carraspeó a mi espalda.

—Tengo que recordarle, su majestad, que ese título no existía con anterioridad y que por lo tanto no hay tierras ni posesiones vinculadas a él.

—Ahora que mi padre ha sido condenado y privado de título, podría entregarle el condado de Redland —intervino Rebeca de prisa como si temiese que retirara mi concesión.

Estuve por explicarle que a su hermano no le hacían falta tierras, porque no pensaba permitirle que se alejase de mí, pero recordé tanto la precaria situación en la que ahora se encontraba ella como la reacción de Kaden del otro día.

—Creo que es algo que podemos determinar después de que el marqués haya recibido su castigo.

—Pero... —Ella me miró horrorizada.

—Lady Grey estaba en lo cierto, se merecía un reconocimiento, pero también debe asumir sus responsabilidades. General McGuiarre. —El semblante del hombre se cubrió de un tono granate tan profundo que casi parecía púrpura ante el título con el que acababa de nombrarle sin ceremonias—. Encárguese de que el marqués reciba veinte latigazos por comportarse de forma inapropiada en mi presencia y una docena más por su atrevimiento de hoy. Dado que ya ha perdido su cargo, considero que es un castigo suficiente. Pero... —Mis ojos bajaron por el cuerpo de Kaden antes de que pudiese evitarlo—, haga que se vista primero —murmuré.

—Señora... —Kaden se estiró a por sus calzas y se tapó la ingle con ellas antes de incorporarse ante mí.

—No puedo asistir a... Tengo que encargarme de... —Tragué saliva—. Tengo trabajo pendiente —mentí para ocultar mi incapacidad de presenciar cómo le infligían daño, no tanto por la debilidad que eso reflejaba frente a mis súbditos, sino por cuánto revelaba aquello de mí—. Pero estaré ahí luego, para que solucionemos lo del marquesado —le aseguré.

Sus facciones se suavizaron y asintió.

—Gracias, su majestad.

CAPÍTULO 47

MARÍA



La espera se hizo eterna y la agonía de saber que Kaden estaba recibiendo los latigazos que yo misma había ordenado se convirtió en la peor tortura de todas. En momentos como aquellos, ser reina era el peor oficio del reino y yo odiaba serlo.

Cuando la puerta se abrió y Kaden apareció bajo el umbral de pie, aunque inclinado y con visibles dificultades para moverse, me tapé la boca para ahogar mi jadeo. Por la expresión de su rostro, la última persona que él esperaba encontrar en su alcoba, era a mí y, por un instante, cuando se congeló en el sitio, pensé que iba a echarme de allí.

—Gracias, McGuirre, puedo apañármelas solo. —Entró, entrecerró la puerta y se situó de tal manera que ninguno de sus compañeros pudiese atisbar el interior de la estancia.

Se me saltaron las lágrimas ante la camisa ensangrentada.

—¿Estás seguro? —McGuirre pareció vacilar—. Necesitas atender las heridas.

Cerré los párpados y rechiné los dientes. Había estado tan necesitada de eximirme por haberlo enviado a que lo azotaran que no había caído en la posibilidad de que sus amigos quisieran cuidar de él. Había contado con Rebeca, pero no con ellos. ¿Qué pensarían del hecho de que la reina estuviese esperandolo en su dormitorio?

—Te avisaré si necesito ayuda —le indicó Kaden impasible.

—Mira, si estás enfadado...

Dejé de respirar. Mientras más insistiera McGuirre, más probable era que acabase por descubrirme. ¿Por qué me protegía Kaden después de lo que había pasado?

—No estoy enfadado. —Kaden se mantuvo en sus trece—. Hiciste tu trabajo, McGuirre, nada más, ahora vete.

—Escucha, yo... —McGuirre enmudeció al mismo tiempo que yo cambié mi peso de un pie a otro y la tabla que pisaba crujió—. ¿Qué...?

—¡Largo! —gruñó Kaden.

—Sí... eh... mejor me voy —farfulló el guardia, marchándose como si el diablo le hubiera indicado el camino.

Kaden cerró tras de sí con una mueca.

—¿Se ha percatado de mi presencia? —mi voz salió inestable, aunque no tenía nada que ver con McGuirre y sí con el hombre que tenía frente a mí.

—Sospecha, pero no hablará. Es leal y sabe lo que sucedería si se arriesgase a irse de la lengua.

Rehuí su intensa mirada y me froté los antebrazos.

—¿Qué ocurriría?

—Que se las tendría que ver conmigo —lo dijo con una firme calma, como un hecho irrefutable y seguro.

Asentí y le señalé el banco ante la chimenea donde, con la ayuda de Rebeca, había preparado un barreño con agua caliente, paños y lienzos limpios, jabón de cebo, el ungüento para su herida y el güisqui.

Sin mediar palabra lo ayudé a deshacerse de la camisa y con cada mueca que ponía, mi estómago se encogía. Olía a polvo, sudor y hierro. Lo que en otros podría haberme repelido, en él me hacía inspirar y recrearme en la intimidad de la cercanía.

Me estremecí ante los sanguinolentos surcos que recorrían su espalda. Las líneas rojizas se entrelazaban y sobreponían a otras más antiguas que se habían vuelto blancas con el tiempo. Con las marcas superficiales, se intercalaban profundos cortes que habían desgarrado la sensible piel esparciendo la sangre como un silencioso grito de dolor. Con todo, no me quedaba más remedio que reconocer que McGuirre, aun cumpliendo con mis órdenes, se había esmerado a la hora de infligir el daño justo.

Con un pesado suspiro me armé de valor y cogí uno de los paños para mojarlo en la palangana.

—He pasado por azotes peores —dijo Kaden con suavidad, con sus penetrantes ojos puestos sobre mí como si pudiese leerme la mente.

Mi sonrisa forzada se acompañó con un resoplido.

—Lo siento.

—¿Por qué? —parecía sorprendido.

—Por mandar que te azotasen.

Entrecerró los ojos y meneó la cabeza.

—Su majestad hizo lo que tenía que hacer. Me lo había ganado.

Que me pusiera las cosas tan fáciles tuvo el efecto contrario al que él probablemente había esperado, porque se me formó un nudo en la garganta y mi visión se empañó.

—No me llames así, no ahora. No estoy aquí como tu soberana —mi voz tembló.

—María... —Kaden se levantó con los dientes apretados y se colocó frente a mí cogiéndome por los hombros.

La presión de sus manos, su calor, la cercanía de su piel desnuda... Me cosquilleaban las puntas de los dedos por descubrir su tersura, y, sin embargo, la conciencia de que lo único que deseaba era refugiarme en sus brazos y rogarle para que no me abandonase jamás me hicieron retroceder un paso.

—Siéntate. El agua se va a enfriar y necesitamos ocuparnos de tu espalda.

Me estudió por unos instantes y se sentó con evidente esfuerzo. Me permitió que le atendiera sin resistirse. De cuanto en cuanto siseaba ante el escozor, pero no soltó ni una sola queja. Tampoco hizo ningún comentario cuando le enjaboné los brazos, pecho, cuello y cara, ni al enjuagarlo y secarlo con delicadeza. Solo cuando abrí el tarro con el ungüento de brezo y lavanda, encogió la nariz y comenzó a refunfuñar sobre su olor.

Como si de sopetón se me hubiese quitado un enorme peso de encima, sonreí.

—Estoy segura de que no es la primera vez que tienes heridas, ni la primera en que has usado esta pomada o alguna que huelva aun peor.

Kaden bufó y masculló algo tan bajo que no conseguí entenderlo.

—Perdón, ¿qué has dicho?

—Nada.

—Claro que sí. Has dicho algo. He oído perfectamente las palabras «mujer» y «no esperaba» y, si no hubieras refunfuñado como un oso con estreñimiento, me habría enterado del resto también.

Entornó los ojos malhumorado.

—He dicho que nada, *mujer*.

—En vez de marqués de Crowshead tendría que haberte nombrado marqués de cabeza de chorlito —resoplé irritada—. O mejor cabezón a secas, hubiera sido lo más acertado para un borrico testarudo como tú.

Su mandíbula se endureció como si hubiese apretado los dientes. Con los brazos en jarras lo reté a que se atreviera a replicarme. Sus labios se convirtieron en una fina línea, pero de buenas a primeras se estiraron en una sonrisa diabólica. Se quitó las botas con los pies y les dio una patada lanzándolas a un rincón. Mis ojos se abrieron cuando se abrió el cordón de las calzas.

—¿Qué haces? —Boquiabierta vi cómo dejó que se deslizaran al suelo.

—¿No ibas a asearme? ¿O pensabas dejarme a medias?

Sin pretenderlo, mi mirada bajó a su regazo, donde quedaba más que evidente que él no hacía nada a medias.

—¿No se te está subiendo tu título muy rápido a la cabeza? Te recuerdo que la reina sigue estando varios niveles por encima de un marqués.

—Pero tú no estás aquí como reina —me recordó con una sonrisa cada vez más descarada.

—Oh... Pero tú si estás aquí en tu nuevo papel de noble, ¿no?

—Tengo que estrenar mi nueva posición.

Si no hubiese sido por el brillo divertido en sus ojos, le habría vaciado la palangana por encima.

—Ya veo.

—Y, por cierto, cuando hablas de cabeza... —Mi mirada siguió la suya al bajar por su cuerpo—. ¿A cuál de ellas te refieres?

El calor se agolpó en mis mejillas, haciendo que las orejas me hirvieran tanto que estaban a punto de salirme columnas de humo. Estuve tentada por salir corriendo para refugiarme en algún agujero y taparme la cara hasta que se me pasara el bochorno, pero las reinas no huían, ponían la espalda recta, alzaban la barbilla, miraban de frente y afrontaban la situación. Por mi parte, además, le añadí una sonrisa llena de dulzura que hizo vacilar la suya.

—¿Con cuál de ellas suele pensar, mi señor? —pregunté con inocencia, le estampé la toalla de lino en el estómago para que se tapase y me arrodillé ante él para ayudarlo a deshacerse de los calcetines.

—No creo que ahora mismo lo haga con ninguna de las dos —murmuró sin perderme de vista con sus enormes pupilas tan negras y brillantes como el azabache pulido.

Sonreí para mis adentros y traté de distraerme con las pequeñas cicatrices blanquecinas que atravesaban aquí y allá sus fuertes piernas, contrastando con el oscuro vello. Tuve que recordarme que caer en la tentación de abandonarme al deseo que nos unía solo podría alejarme de lo que de verdad ansiaba.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo ya tendido en la cama mientras le echaba la pomada.

Con la cabeza apoyada sobre sus antebrazos parecía agotado.

—Por supuesto.

—Sabes que el título de marqués no es suficiente para ofrecerme de nuevo como tu pretendiente, ¿cierto?

Por un momento me quedé inmóvil. Su voz rebosaba cansancio. Le habría prometido el mundo en ese mismo instante con tal de borrar aquella tristeza, pero muy dentro de mí sabía que no podía, ni debía hacerlo. Dejé el tarro del unguento en la mesita, al lado de la cama, y me limpié las manos con el paño.

—Sí, soy consciente de ello.

—¿Lo hiciste a propósito? —No hizo el intento de girarse, ni de mirarme.

Le aparté el cabello con gentileza de la frente.

—Que fueras el hijo de un conde ha sido lo único que ha refrenado al resto de nobles de rebelarse contra tu nombramiento, no me habrían permitido convertirte en duque. —Fue una jugada arriesgada. Muchos han comenzado a seguirte, pero temen tu creciente poder e independencia. No se trata solo de Redland, sino de lo que pasó con el conde de Greymore y los otros. No son tontos. Sospechan que has estado moviendo ficha y que eres la responsable de la caída de muchos de ellos. La situación entre los barones es tensa —admitió Kaden—. ¿Por qué te arriesgaste si el título no me sirve de nada?

Sonreí con melancolía.

—Te lo merecías. Crowshead es tu hogar y todo lo que es importante para ti. Ahora duerme, necesitas descansar. Redland ha dejado un puesto libre en el Consejo, ahora que ya no eres general ocuparás su lugar. Te necesito a mi lado, apoyándome. ¿O también estás en contra de eso?

Se tomó su tiempo en contestar.

—Estaré en el Consejo, estaré a tu lado y te protegeré, pero no me convertiré en el secreto sucio de la reina, ni en el hazmerreír de la corte mientras te casas con otro.

—Nos envenenaría a ambos —coincidí, encaminándome a la puerta.

—Te equivocas.

Me detuve con la mano en el pomo y me giré hacia él. Por primera vez desde que se había acostado me miró a los ojos.

—¿En qué? —le pregunté.

—No es Crowshead, eres tú. Lo más importante para mí eres tú.

CAPÍTULO 48

MARÍA



A pesar de que la temperatura en la habitación parecía ascender por momentos, me tomé mi tiempo en responder.

—De acuerdo, acepto —accedí con gravedad.

El desconcierto de mis consejeros ante mi aparente rendición no duró mucho, y pronto cinco pares de ojos me consideraban con abierta satisfacción y, tras cada uno de ellos, se ocultaba una codicia calculadora. A algunos solo les faltaba frotarse las manos. ¿Serían conscientes de que en el fondo sus enmascaradas pretensiones los convertían en rivales? Suponía que debían de saberlo. Uno no llegaba a viejo en la corte si no era a base de perspicacia y desconfianza.

El único que permanecía con la vista al frente y la mandíbula apretada era Kaden. Incluso sus puños estaban tan crispados que se veía los nudillos blancos asomándose a través de la piel curtida. Aparté la mirada y meforcé en mantener mi atención en fray Roland, que mantenía su indeleble serenidad como de costumbre.

—¿Y entonces? ¿A qué reinos quieren que envíe a los emisarios? —pregunté con fría calma.

Alguien resopló. Hubo intercambios de miradas y alguna que otra mueca de desprecio.

—Creemos, su majestad —fue el duque de Clouthsword el que habló—, que sería preferible que su elección se realizase entre los barones de Lanlow, al fin y al cabo, ¿quién mejor en el trono que alguien que realmente ame el país?

—Una alianza con otras monarquías supondría poder, dinero... —protesté con debilidad.

—¡Ningún noble aceptará volver a ejercer de emisario en el extranjero! ¡No, tras lo que pasó la última vez! —explotó el cuñado del conde de Greymore dando un manotazo en la mesa. La espalda de Kaden se puso rígida y sus ojos se entrecerraron—. Además, ya vimos lo que sucedió con el merciano —suavizó su ataque cuando alrededor de la mesa resonaron algunos carraspeos incómodos—. No permitiremos que algo así vuelva a repetirse.

—Duque o no, si vuelve a hablarme con ese tono y esa falta de respeto, lo expulsaré de este Consejo —le advertí cuidando la pronunciación de cada palabra para que no quedaran dudas.

—¡Vos no...!

—¡Póngame a prueba! —lo atajé con idéntico brío.

—Un cónyuge extranjero, como ha dicho su majestad, aporta evidentes ventajas —intervino mi senescal con tono apaciguador—, pero también conlleva el riesgo de poner Lanlow en manos forasteras.

—Está bien. ¿Qué proponen entonces? —me rendí con fingida desesperación.

—Podríamos hacerle una lista de los candidatos más adecuados, su majestad —ofreció el senescal, como si ambos no supiésemos que esa lista ya hacía tiempo que estaba hecha y que se había configurado en función de sus propios intereses en vez de los míos o los de la Corona—. Y, por supuesto, le aconsejaremos en lo que necesite.

—Sería una opción peligrosa, ¿no les parece? Elegir a dedo a uno de mis vasallos... Si se corre el rumor favorecería la erupción de luchas internas —lo avisé.

—Es la mejor que tenemos —aseguró otro de los consejeros con determinación—. Si se hace con rapidez no tendrán tiempo de reaccionar y, con un candidato fuerte en el trono, nadie se atreverá a oponerse.

Por sus palabras quedaba claro que ni siquiera se planteaba que pudiera oponerme a ceder el poder a favor de mi futuro esposo.

—¿Qué otras opciones tenemos? —inquirí con toda la calma que pude reunir.

—No hay otras, a menos que quiera celebrar un torneo —mencionó alguien cosechándose una mirada asesina del cuñado de Greymore.

—¡Eso es una estupidez! —espetó con una vena señalándose en su sien.

—¿No cree que evitaría una rebelión entre los nobles? —Me mordí los labios como si vacilara y usé el pañuelo para ocultar que me estaba clavando las uñas en la palma—. Además, la semana que viene es San Juan y ya estaba prevista la celebración de uno.

Kaden captó mi mirada de advertencia y volvió a cerrar la boca que había abierto. En sus ojos un repentino interés había sustituido a la impotencia.

—Creo que su majestad tiene razón —intervino el vizconde de Cartland—. Una justa sería la mejor forma de evitar peleas y revueltas.

—¡Nada de eso! —El furioso tinte morado en el semblante del duque era tan venenoso que llegué a temer que de un momento a otro fuera a explotarle la cabeza.

—¿Por qué no? —Fray Roland pareció considerar las propuestas—. Dejar la decisión a la voluntad de Dios podría ser lo mejor para nuestro reino, para todos nosotros.

—¡No! —El duque se levantó alterado, hasta que un disimulado tirón en el brazo por parte de su compañero, el marqués de Felondale, le hizo sentarse de nuevo.

—¿Insinúa que el Altísimo no sabe lo que nos conviene? —Si algo caracterizaba al fraile era su paciencia para enredar a sus adversarios en una telaraña de la que resultaba cada vez más difícil salir.

Se alzó de inmediato un revuelo entre los presentes. Aquellos consejeros con buenos luchadores en sus familias, como Cartland, contra aquellos que ostentaban un poder más político y económico, como Clouthsword y el cuñado de Greymore. Yo y Kaden nos mantuvimos al margen de la discusión. También evitamos mirarnos.

El torneo acabó sometiéndose a votación y di por cerrada la sesión en cuanto ganó el sí, cerrando la posibilidad de más discusiones sobre el tema. Me quedé sentada cuando todos se fueron. Kaden, quien había ido tras ellos, cerró la puerta quedándose en la sala conmigo. Parecía una estatua de espaldas a mí, contemplando la puerta.

—Lo tenías planificado. —No fue una pregunta, sino una simple constatación cargada de incredulidad y asombro.

Me puse rígida, preparándome para la confrontación.

—Si tratas de acusarme de manipulación, te recuerdo que posees libre albedrío. Nada te ata a mí, más que el vasallaje del resto de mis súbditos. Eres libre de participar en el torneo si lo deseas o abstenerte de participar. No seré yo quien te obligue a hacerlo.

Él se giró con lentitud hacia mí.

—Entonces, ¿por qué lo has hecho?

—Estuve hablando con mi tía y no tuve más remedio que darle la razón. Si me niego a casarme o trato de posponerlo, tarde o temprano, uno de ellos me raptará, me violará y me obligará a unas nupcias forzosas con él. Es mejor seguirles el juego.

Kaden apretó la mandíbula.

—La lista habría sido una opción más segura en ese sentido. Los que están en contra del torneo podrían tratar de poner en práctica el rapto antes de que se celebre.

—Lo sé. —Junté las manos sobre mi regazo. Seguían sudándome las palmas, incluso ahora que todo había ido según mis planes—. Habrá que redoblar la guardia.

Él asintió pensativo.

—Me encargaré de hablar con McGuirre, no permitiré que te ocurra nada, ni que te fuercen a hacer algo que no quieres. —Se produjo un corto silencio—. ¿Por qué te has arriesgado?

Se me escapó una carcajada reseca.

—¿De verdad necesitas que te lo explique? —Le mantuve la mirada—. Ya me humillé una vez ante ti, no pienso hacerlo una segunda.

Una expresión de arrepentimiento cruzó por su rostro, se acercó a mí y me acunó la mejilla.

—Jamás estuvo en mi mente rechazarte y mucho menos humillarte. Te juro que ganaré ese maldito torneo y que te convertirás en mía —su voz áspera, descarnada, se deslizó sobre mi piel en un suave estremecimiento, aunque quizá fue debido a la intensidad que reflejaban sus ojos junto al juramento silencioso de que no permitiría que ninguna fuerza de la naturaleza se interpusiera en su camino.

—Esperaba que decidieras tomar parte en él —confesé.

—No te quepa la menor duda de que lo haré. He desperdiciado una oportunidad, no se repetirá.

—Impondré la condición de que mi cónyuge renunciará a reinar —le advertí.

—Mejor, eso reducirá el número de aspirantes.

—¿Te da igual? —Lo estudié desconcertada.

Una pequeña sonrisa ladeada se dibujó en su semblante.

—Por lo que veo a mi alrededor, las casas mejor llevadas son aquellas gobernadas por mujeres, y los matrimonios más felices aquellos en los que cada cual conoce sus funciones, aunque te pediría que dejaras que me encargue de tu seguridad y la del reino, poniéndome al mando de la guardia y el ejército.

—Todos tuyos —susurré, más y más afectada por su cercanía—. Podrás ser comandante o hasta senescal si eso te complace. No hay nada que quisiera más que deshacerme del duque y sustituirlo por alguien en quien puedo confiar.

—¿Puedo solicitarte una cosa más? —preguntó Kaden.

—Dime.

—En realidad son dos —me advertió.

—¿Y esas serían?

—La primera, que la boda se oficie justo después del torneo. Cuanto antes lo hayamos consumado, antes habremos atajado el peligro. Tampoco sé si seré capaz de esperar mucho más por ti sin perder la cordura. —Sonrió en una extraña mueca de dolor.

—¿Y la segunda?

Su sonrisa se fue aclarando a medida que adquiría un aire travieso, casi peligroso. Acortó aún más la distancia entre nosotros y me habló junto al oído.

Mis uñas se incrustaron en los antebrazos de la silla, y aún bastante rato después de que me

dejara a solas seguía respirando alterada, con el calor agolpándose en mis mejillas.

Una semana.

Una semana entera para el torneo.

Una semana eterna con mi vida en manos del destino.

CAPÍTULO 49

MARÍA



Las palabras de Kaden aún seguían resonando en mis oídos una semana después, a pesar del griterío del público y el choque metálico de las espadas y los jadeos. Y la escena que había dibujado en mi mente, seguía estremeciéndome cada vez que pensaba en ella.

«Te haré mía en este mismo trono, con tu cabello suelto y tu corona como única prenda...».

La imagen era tan nítida que podía incluso sentir el efecto de la fría madera contra mi piel desnuda.

No sé quién se encontraba más nerviosa, si yo, mi prima o Rebeca. Las tres nos abanicábamos ansiosas bajo el toldo del estrado, mientras en el espacio que se extendía ante nosotras, Kaden luchaba con su oponente después de que ambos cayeran durante la justa del caballo con el golpe final de las lanzas.

La victoria en esa ronda era el último escollo que me separaba de tener lo que más deseaba en este mundo: a Kaden a mi lado, sin secretos ni remordimientos. Di un respingo en mi asiento cuando el acero de su rival dejó una sangrienta línea en su brazo. El alarido de Rebeca consiguió que me subiera la bilis por la garganta y que mis dedos se aferrasen al apoyabrazos.

Estaba tan, tan cerca de estar con él, que la idea de perderlo en el último instante me provocaba náuseas. ¿Qué iba a hacer si aquel bruto del norte con los dientes podridos ganaba? Me había comprometido a casarme con quien ganase, pero... Me coloqué un pañuelo sobre la nariz y traté de calmar mi respiración.

—Ambos están agotados y el norteño posee mayor fuerza física, pero Kaden es más hábil con la espada. Con la fusta habría tenido mis dudas, pero con la espada ganará. Es el mejor espadachín que he conocido en mi vida —aseguró McGuirre.

Él y Robinson no habían abandonado mi vera en los dos días de torneo, pero cuando habló la vista del guardia estaba puesta sobre Rebeca.

Como si sus palabras hubiesen sido una premonición, en la arena resonó un último grito, y el gigante caído dejó descansar ambas manos al lado de su cabeza en rendición, mientras la punta de la espada de Kaden se posaba debajo de su nuez. Kaden apartó de inmediato su arma y le ofreció a su contrincante la mano para ayudarlo a levantarse.

Como si mi mente necesitara tiempo para asimilar lo que acababa de ocurrir, permanecí sentada, con mi atención sobre Kaden, mientras Irene y Rebeca se levantaron de un salto y tocaban las palmas. También mi tía se incorporó. Robinson saltó a la arena y le estrechó la mano con una amplia sonrisa y una palmada sobre el hombro.

Yo no sonreía, como tampoco lo hacía él. Creo que, en el instante en el que nuestros ojos se cruzaron, ambos nos dimos cuenta de que todo había terminado, que a partir de ese punto nuestras vidas cambiarían y que jamás volverían a ser las mismas.

—Su majestad... —Kaden se arrodilló ante el estrado.

Su mueca de dolor fue tan rápida que solo alguien que no le quitaba la vista de encima podría haberla visto. Su cabello enmarañado estaba húmedo y los goterones de sudor de su frente habían dejado finos regueros a través de la tierra y el polvo pegado a su tez. Por fortuna, para ser la segunda jornada de los torneos, las magulladuras en su rostro no eran demasiadas, aunque, si hubiese sido por mí, me habría arrodillado junto a él para besar todas y cada una de ellas.

Me levanté y tomé una profunda inspiración preparándome para hablar en voz alta.

—Declaro por la presente al marqués de Crowshead como campeón del torneo de San Juan de este año y, por tanto, mi futuro esposo. ¡Que comiencen los festejos!

El aplauso y la excitación de los aldeanos y demás vasallos fue tan grande que casi podría haber olvidado las miradas resentidas y las expresiones ultrajadas de algunos de mis barones, entre ellos, cómo no, el cuñado del conde de Greymore. Le mantuve la mirada hasta que espetó algo con un escupitajo y se marchó airado. Kaden estaba en lo cierto, cuanto antes nos desposáramos, antes nos libraríamos del peligro, al menos de uno de ellos.

Mis damas me dieron algo de intimidad cuando bajé los escalones para acercarme a mi campeón. Ambos éramos conscientes de que la gente no nos perdía de vista y que muchos de ellos podían incluso escucharnos, pero, con nuestras miradas entrelazadas, solo la disciplina consiguió recordarme que el mundo no había desaparecido a nuestro alrededor.

—¿Se encuentra bien, mi señor? —Miré el tajo que le habían dado en el brazo para señalarle a qué me refería.

—Sobreviviré —aseguró, aunque aceptó mi pañuelo limpio para colocárselo encima y apretarse la herida.

—Le enviaré a alguien para que lo revise y se lo cosa si es necesario, no me gustaría perder a mi prometido justo antes de la boda. No creo que vaya a conseguir un tercero después de dos intentos fallidos —me burlé mordiéndome las mejillas ante las caras que pusieron lady Hemsworth y su grupo de amigas que, evidentemente, habían puesto los oídos.

Kaden siguió mi mirada hacia el escandalizado círculo de señoras y la comisura de sus labios tembló.

—Le prometo, señora, que nada me impedirá llegar a la noche de bodas y cumplir con mi cometido, y, si lo peor ocurriese, por la presente, la autorizo a usar mi cuerpo para consumar el matrimonio y convertirse en viuda con todas las de la ley.

Casi me atraganté con mi propia saliva ante los jadeos incrédulos que nos rodearon. Mi futuro esposo se inclinó con un destello burlón en sus pupilas antes de marcharse bajo la atenta mirada de las féminas que se encontraban por los alrededores.

Si ya antes había llamado la atención de las mujeres, ahora, que se había convertido en el héroe del día, parecía que se había duplicado su fama entre las damas de mi corte. Me inquietaban los efectos que una corona y el poder de un rey podrían causar en ese sentido.

Como si presintiera mis pensamientos, Kaden regresó, me tomó de la mano y se la llevó a los labios.

—Perdone mi atrevimiento, mi señora, pero quiero que sepa que hoy se ha cumplido mi mayor sueño y que me hace feliz que me acepte como su esposo.

Sonreí. Era lo único que podía hacer en ese momento. Kaden sonrió de vuelta, con una de esas expresiones tiernas, llenas de significado que lo caracterizaban. Algo rígido, tocó la palma de mi mano y me apretó a escondidas los dedos en un puño.

—McGuirre, Robinson... —Kaden esperó a que ambos asintieran en una silenciosa comunicación antes de guiñarme un ojo y marcharse.

Lady Eleora pasó por mi lado como quien no quiere la cosa.

—Lo del torneo ha sido una jugada inteligente, mi querida reina —murmuró para que solo yo pudiese oírla.

—Sí, ¿verdad? —Sonreí para mis adentros y me recreé en el calor colmado de felicidad que experimentaba.

—Mis más sinceras felicitaciones. —Eleora se alejó como si nunca nos hubiésemos cruzado.

A mi lado aparecieron Irene y Rebeca.

—Para ser una pobre víctima de su título, acabas de hacerte con el mejor trasero del reino —afirmó mi prima sin perder de vista la espalda de Kaden al acercarse a su tienda—. Lástima que no le dé por desnudarse más a menudo en público.

—¡En el nombre del Altísimo! ¡Cállate! Estás hablando de mi hermano —se quejó Rebeca con los labios fruncidos.

Reí con una repentina humedad en los ojos y me froté los brazos.

—No olvides que soy la reina y que me merezco lo mejor —me mofé de mi prima, aunque en mi fuero interno me moría de ganas de correr detrás de Kaden.

Con disimulo abrí el trozo de pliego que me había entregado y, de inmediato, volví a ocultarlo y a llevarme la mano al pecho con una sonrisa que se negó a desaparecer hasta un gran rato después.

«Me diste la libertad de elegir y te elijo a ti».

KC.

CAPÍTULO 50

MARÍA



A pesar de que la primera claridad del día comenzaba a filtrarse a través de los huecos y resquicios del altillo en el viejo establo en el que nos habíamos escondido Kaden y yo, a lo lejos seguía oyéndose la algarabía de los invitados que apuraban los últimos toneles de vino y los restos de comida del festín nupcial. Más de uno seguramente se encontraba tirado inconsciente debajo de la mesa o se había buscado algún rincón para entregarse a los brazos de Morfeo.

Alcé la robusta mano entrelazada con la mía y la estudié. Las tablas de madera y la paja crujieron bajo el peso de Kaden cuando se giró hacia mí. Me besó el hombro con una gentileza que contrastaba con el mordisqueo apasionado y posesivo con el que había recorrido mi piel hacía apenas un rato... por tercera vez. Sonreí. Habría sido difícil disfrutar de aquella intimidad en mi alcoba, a sabiendas de que media corte estaría esperando en la antecámara la consumación de nuestro enlace matrimonial o con el miedo de que alguno de mis barones quisiera hacer un último intento por evitar que se produjera. Ahora ya era demasiado tarde. Ya no había marcha atrás y no me arrepentía en lo más mínimo.

—¿Quieres que regresemos? Tu tía debe de estar preocupada —sugirió al dejarse caer de espaldas.

Apoyé la cabeza sobre la mano y arqueé una ceja.

—¿Estás buscando excusas para irte a una cama y dormir?

Sus labios se estiraron hacia un lado y me quitó la paja que se había enredado con mis rizos.

—Soy un soldado de la Guardia Real, jamás duermo antes de que lo haga mi reina.

—Mmm... —Por la sospecha que emergió en sus ojos, en mi rostro se estaba reflejando el curso travieso de mis pensamientos—. ¿Eso significa que puedo mantenerte despierto todas las noches que se me antojen?

Se tomó su tiempo en responder, del mismo modo en que lo hizo su dedo al recorrerme el hueco del cuello y delinear la curvatura de mi seno.

—Nací para servirla, su majestad —lo dijo con suavidad, casi en un susurro reverente.

—¿Cómo y cuándo yo quiera?

—Cómo y cuándo queráis —replicó sin vacilaciones.

—¿Aquí y ahora?

Se acercó, tentándome sin compasión con sus labios.

—Aunque... —Se separó.

Fruncí el entrecejo ante su mueca avergonzada.

—¿Qué ocurre?

—Que aún nos están esperando para que consumamos nuestro matrimonio y no me gustaría tentar a la suerte y que, por manos del diablo, cuando llegue la hora no pueda... —titubeó—, ya sabes...

Lo miré. Miré al guerrero fuerte e invencible, al hombre dispuesto a dar su vida por protegerme, a mi amigo, amante y esposo, pero vi también a la persona vulnerable e insegura que se escondía en su interior, la parte humana que lo hacía tan frágil como lo era yo. Mi fortaleza interior se despertó ante aquella idea y estaba más que dispuesta a compartirla con él.

Le acuné el rostro y rocé mis labios con los suyos.

—No creo que nadie nos pida ninguna prueba después de que hayamos estado horas desaparecidos, en especial, cuando nos vean regresar con los labios hinchados y el cabello revuelto. Pero, si lo hicieran...

—¿Si lo hicieran?

—Si lo hicieran, y si por los motivos que fuese te costase trabajo cumplir con las expectativas... —Tracé un dibujo sobre su pecho con la punta de la nariz e inspiré su calidez entremezclada con el fondo del jabón y los suaves toques de mi perfume de jazmín con el que lo había dejado marcado—. Entonces, quizá, necesites que te recuerde que ahora también tú eres un rey y que la persona con la que compartes el trono no es una simple reina, sino tu esposa. Una que está a tu lado, que confía en ti, una a la que no le importa lo que los demás puedan esperar de ti, pero que está dispuesta a ayudarte y apoyarte siempre que lo necesites.

Su sonrisa se volvió tierna.

—Me gusta como suena eso.

—¿Ah, sí? —Reí cuando tiró de mí y me sentó sobre su regazo, donde quedó evidente que no iba a tener ni el más mínimo problema en desempeñar sus obligaciones maritales.

—Sí, me encanta que seas mi mujer, pero...

—¿Pero...?

—Hay algo que aún necesito confesarte.

Me puse rígida, preparándome para lo que iba a venir.

—Cuando me encerraste en la celda...

—Cielo...

—Shhh... Deja que hable.

Asentí con un suspiro.

—Tuve tiempo de reflexionar. No hay nada como estar metido en una mazmorra apestosa y oscura, con tu vida en juego y la posibilidad de haber perdido a la persona que te llena el alma, para enfrentarte a ti mismo.

—¿Y qué descubriste?

Meneó la cabeza.

—Sería demasiado largo y complicado de explicar. Lo haré y puedes preguntarme lo que quieras luego. —Me detuvo antes de que pudiese interrumpirlo—. La cuestión es que acabé haciéndome un juramento a mí mismo y quiero que sepas cuál es.

—Te escucho.

—Juré que, si salía de aquel agujero, no volvería a cometer los mismos errores y que, por encima de todo, me sería leal a mí mismo, a mi corazón y a mi reina. —Me cogió la mano y me la colocó sobre su pecho, en el punto exacto en el que los latidos golpeaban con fuerza contra mi palma—. Y tú eres ambas cosas, mi corazón y mi reina, quiero que lo sepas.

Me incliné sobre él y posé mi frente contra la suya.

—También tu mujer, no lo olvides nunca.

—Mi mujer y parte de mi alma, ¿cómo podría olvidarlo? —murmuró con ternura antes de besarme de nuevo.

EPÍLOGO

KADEN



El estrépito de cerámica explotando contra una superficie dura fue seguida de una ristra de improperios femeninos que en su fervor ahogaron el gruñido masculino. Con una sonrisa satisfecha, estiré las piernas junto al brasero y seguí escuchando la riña en la cámara de al lado hasta que me encontré con la ceja arqueada de mi esposa sentada frente a mí.

—Estás disfrutando de lo lindo, ¿verdad? —me acusó María con un brillo divertido en los ojos.

—¿Yo? ¿Por qué iba a hacerlo? —le pregunté con inocencia.

—Eso mismo me pregunto yo. ¿Tengo que recordarte que McGuirre es tu amigo y que Rebeca es tu hermana?

—Ese mequetrefe se lo ha buscado él solito pidiéndote que la eligieras a ella como su esposa.

—Mmm... ¿hubieras preferido que te lo pidiese a ti?

—Sabe de sobra que le hubiera dado un puñetazo en esa cara de puerco arrogante que tiene.

—Habría sido una lástima con lo guapo que es, aunque igual le hubiese favorecido. El aire peligroso y vulnerable que dan algunas magulladuras o heridas puede llegar a resultar bastante atractivo en algunos hombres —afirmó ella acercándose la copa a los labios.

Entrecerré los ojos estudiándola con atención para averiguar si me estaba hablando en serio. Lo había dicho con serenidad, sin mirada soñadora o ese tono de adoración que las mujeres usaban en ocasiones cuando estaban encaprichadas de algún hombre en concreto, aun así, su observación me reconcomía de alguna forma por dentro.

—¿Te gusta ese asno engreído? —Había cosas que prefería tener claras desde el principio.

—Sí.

—¿Sí? —La miré boquiabierto. ¿Y me lo admitía así, sin más?

—Claro, no lo habría nombrado general si no lo considerase un hombre competente y me agradara su presencia.

—María...

—Kaden...

Maldije para mis adentros al ver cómo le temblaban los labios.

—¡Te estás riendo de mí! —le reproché, aunque en mi fuero interno el alivio de que solo me estuviese tomando el pelo se llevó con él cualquier posible ofensa.

—¿Yo? Para nada. ¿Cómo se te ocurren esas cosas? —Rompió a reír sin la más mínima vergüenza y acabó contagiándome.

Atrapando su mano, tiré de ella y la senté sobre mi regazo.

—Debería ponerte bocabajo y darte una buena tunda por reírte así de tu pobre esposo — bromeé desmintiendo mis palabras con un beso.

Ella me rodeó con los brazos.

—¿Y no debería yo hacerte lo mismo por ponerte celoso sin motivos?

—Yo no me he puesto... —mi protesta se ahogó ante su elocuente mirada. Con un suspiro negué con la cabeza—. Tienes razón, pero no lo puedo evitar.

Ella me acunó el rostro con ternura.

—¿Necesito recordarte que te elegí a ti por encima de todos los demás?

Sonreí. Si no hubiese estado enamorado ya de los pies a la cabeza de ella, lo habría hecho en ese mismo instante. ¿Qué hombre en su sano juicio podía resistirse a una mujer así? Ambos nos encogimos cuando resonó otro estruendo aún más fuerte que el anterior. De no haber sido por los gruesos muros, habría apostado que de un momento a otro iba a volar una silla por encima de nuestras cabezas. Tras un breve golpeo, entró una ansiosa Irene acompañada por su madre.

—Si no ponéis pronto fin a eso, van a acabar destrozando el castillo —avisó lady Grey.

—Lo mejor sería que decidieras de una vez si vas a concederle al general su petición — coincidió Irene.

—¿Y qué hago exactamente? —preguntó María con un gemido, levantándose de mi regazo para recorrer ansiosa la habitación—. Ya me equivoqué la primera vez cuando escogí a Magda como esposa para Kaden. No quiero obligar a Rebeca a aceptarlo, pero si ella sigue en sus trece de no querer casarse con él, tendré que designarle a McGuirre otra mujer y, cuando lo haga, ya no habrá vuelta atrás. ¿Y si Rebeca descubre luego que siente algo por él? Eso sin contar que a él lo condenaré a compartir su vida con alguien que no considerará más que una sustituta de lo que él realmente quería.

Me revolví inquieto en mi asiento. María tenía razón y ambos nos habíamos visto en una situación demasiado similar hacía apenas unas semanas. No era lo que le deseaba a mi hermana y, desde luego, tampoco a uno de mis mejores amigos.

—Aunque lady Rebeca ya no posea títulos ni propiedades, su cercanía al rey la ha convertido en una opción atrayente para muchos barones. ¿Habéis considerado esa posibilidad?

Me encogí por dentro ante las palabras de lady Grey. Yo era el culpable de que mi hermana hubiera perdido su vida anterior y que cayera en desgracia. Si hubiese aceptado el dichoso título de Redland... —Sacudí la cabeza. Ya era demasiado tarde para arrepentirse.

María e Irene intercambiaron una mirada.

—No estoy segura de que alguno de esos nobles sea lo que Rebeca quiere —admitió Irene—o si son siquiera lo que le conviene.

—Siempre podríais consultarle a lady Eleora, ella conoce a la mayoría de los nobles, y podría contarnos cómo son en la intimidad, eso nos dirá mucho más de ellos que la apariencia que muestran en la corte —sugirió lady Grey.

María se giró hacia mí.

—Kaden, es tu hermana. ¿Qué quieres tú para ella?

Su consulta me dio pausa. Sabía lo que quería para mi hermana. Deseaba para ella lo mismo que yo había conseguido: amor, amistad, pasión, esa felicidad que se experimenta al despertar por la mañana junto a un cuerpo caliente entre los brazos y la certeza de que aquel era justo el lugar donde debía y quería estar, la confianza de que, fuera a donde fuera o ocurriese lo que tuviese que ocurrir, mi hogar estaría siempre junto a la mujer a la que amaba.

—¿Qué te hace pensar que ella albergue sentimientos por él? —me aseguré antes de

comprometerme con una decisión.

—Suele observarlo desde la ventana en el campo de entrenamiento, al igual que hacía yo contigo. —La admisión de María hizo que se me hinchara el pecho—. Su expresión suele iluminarse cuando él entra en la habitación y se queda callada cuando él se va.

—¿Y qué hay de cuando están peleándose o se enfada con él? Parece suceder muy a menudo —intervino lady Grey.

—¿No te has fijado, tía, que con la única persona con la que Rebeca pelea es con él? Nadie más le afecta lo suficiente como para que pierda su serenidad.

—Tienes razón —admití pensativo—. Siente algo por él y McGuirre ha debido de hacerle algo que la ha puesto a la defensiva. La conozco. No pierde el tiempo en confrontaciones con gente que no le importa.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—¿Me das tu permiso para llevar esta situación? —pregunté con cautela.

Habíamos dejado claro cuáles iban a ser nuestros respectivos papeles en relación al gobierno del reino, y no quería que creyese que, apenas una semana después de nuestra boda, ya trataba de hacerme cargo de sus funciones.

—Te lo agradecería —accedió con una exhalación de alivio.

*Y*a era de noche cuando regresé. Encontré a María en su lecho, leyendo algunas cartas con la vela encendida.

—No deberías forzar tanto la vista —le advertí desvistiéndome de prisa para meterme en la cama con ella.

Ella me sonrió y soltó los pliegos sobre la mesita de noche.

—¿Cómo fue la cosa con tu hermana y el nuevo general?

—A él lo he mandado a una misión que lo mantendrá durante unos días lejos del castillo, y a ella le he dado a elegir entre casarse con McGuirre o con el duque de Clouthsword.

—¿Que has hecho qué?! —Se sentó de golpe y abrió los ojos horrorizada—. ¡No puedes casarla con ese vejestorio!

—No pienso hacerlo —la tranquilicé metiéndome en la cama con ella—. Se decidirá por el mal menor, y ese es McGuirre.

María resopló, pero volvió a acostarse.

—Ahora nos odiará a muerte.

—Me odia a mí, no a ti. Le he dejado claro que la decisión la he tomado yo.

—Pero ¿y si nos equivocamos con McGuirre? ¿Y si no es eso lo que ella quiere?

—McGuirre es un buen hombre. Pondría la mano en el fuego por él y sé que la protegerá y cuidará. Y mi hermana ahora dispondrá de unos días para reflexionar sin presiones. Puede que el poder elegir por sí misma la ayude a reconocer sus verdaderos deseos y prioridades, al igual que me pasó a mí contigo.

—Pero...

—Mi amor, deja de darle vueltas. Todo saldrá bien, confía en mí.

—De acuerdo. Si sigues vivo, no puede haber sido tan malo. —María alzó la cabeza y me estudió con ojos entornados—. ¿Por qué acabas de poner esa mueca?

—He de serte honesto. —Usé mi expresión más grave para comunicárselo—. Las cosas no fueron tan bien.

—¡Oh, Dios! ¿Qué pasó? ¿Qué te dijo?

Cerré los ojos con un gemido teatral.

—Que mejor te espabilas en sacarme provecho ahora que puedes, porque piensa echarles un maleficio a mis partes nobles para que nunca más vuelvan a funcionar.

—Tus... eh...

Ambos bajamos la vista a la zona de mi regazo donde se levantaba una notoria colina bajo las sábanas.

—Creo que aún no ha tenido tiempo de echarme ese maleficio —murmuré con un guiño—. Deberías sacarle partida.

Ella se quedó mirándome fijamente.

—¡Idiota! —Rio de repente, dándome un manotazo en el pecho—. Te lo tendrías merecido. Te pusiste tan serio que me asustaste. Puede que le pida el hechizo para echártelo yo —me amenazó con picardía.

Sonreí y le aparté un rizo de la mejilla. Estaba preciosa con sus ojos brillantes y aquella luz que parecía iluminarla desde dentro.

—Puedes intentarlo, pero no hay magia suficiente en el mundo que pueda evitar lo que despiertas en mí.

—Eso solo lo dices para engatusarme y poner a salvo tus joyas de la Corona —me reprendió acurrucándose contra mí y acariciándome el pecho con su nariz.

—¿Y ha tenido el efecto deseado? —Cerré los párpados recreándome en las aterciopeladas sensaciones.

—No sabría qué decirte, creo que deberías seguir hablándome hasta que me convenzas —ronroneó con suavidad, arrancándome otra sonrisa.

—Sus deseos son mis órdenes, mi reina. No se me ocurre mayor placer que...

Los suaves labios femeninos sellaron los míos, tan delicados como hambrientos.

—Deja las palabras para luego, prefiero que me lo demuestres.

—¿Y qué quiere que le demuestre exactamente, señora? —la reté.

—Demuéstrame que tu corazón es mío —exigió con la misma seguridad con la que comandaba a sus vasallos, la misma con la que yo sabía que ahora y siempre sería la única mujer en mi vida—. Y que me amas.

Girándonos ambos, me coloqué sobre ella y le mordisqueé la mandíbula.

—Más que a mi vida —murmuré perdiéndome en ella.

Fin